

F I C T I O N E S



SOBRE
PETER KURZECK
HIELO

Jus

SOBRE HIELO

PETER KURZECK

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN DE
CARLOS FORTEA

Jus

TÍTULO ORIGINAL

Übers Eis

© Peter Kurzeck, 1997

© de la traducción, Carlos Fortea

© 2019, Malpaso Holdings S. L.

C/ Diputació 327, principal primera.

08010 Barcelona

www.malpasoycia.com

Sobre hielo

ISBN: 978-84-17893-83-5

Primera edición: septiembre de 2019

Diseño de cubierta: Cecilia Picco

Composición digital: Mutãre, Procesos Editoriales y de Comunicación

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía, el tratamiento informático, la copia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los editores

Para Carina

¿No tendré que pasar todo el tiempo aquí,
como predecesor, en la Prehistoria?

1

Primero un invierno de lluvia, y después de nieve. Cuando empezó el año 1984, después de la separación, de un día para otro me quedé sin nada. Ni casa, ni una imagen de mí, ni siquiera el sueño me quedaba. Se acabó y se acabó. Según parece, uno vuelve a empezar su vida cada pocos años, y desde el principio. En medio de la catástrofe, como si se hubiera caído del mundo. Apenas amanece, el día continúa su interrogatorio conmigo. Un cuarto trastero en una casa ajena. Me mudé a finales de enero. Escribía notitas e iba a visitar a mi hija. Se llama Carina. Por aquel entonces tenía cuatro años. La recogía. Botas de invierno, gorro de lana, manoplas de colores con cintitas. Íbamos a comprar leche. Antes hay que contar el dinero. Hay que conocer el camino, con sus pasos, peldaños y puertas. Jugábamos juntos y hablábamos en verso. ¡Cuidado con tropezar! Luego, historias del zorro y el castor y de personas que por la mañana van tranquilamente a comprar leche y, ¿de qué hablan? La puerta de una casa de Frankfurt. Adelante, tres peldaños de piedra arenisca. En el más alto, un gato peludo. Y pregunta adónde se ha ido el verano. E historias de ese que tú también conoces, historias del viento. Como si fuera mi vida, otra vez mi propia vida, de la que no puedo dejar de hablar. Leche en bolsas, leche urbana. Y, por la mañana, a la guardería con ella. Los mismos caminos de siempre. Y ella junto a mí, como si no hubiera pasado nada. Y el día también transcurre como si no hubiera pasado nada. Lentamente las calles. Un padre. Una hija.

Había empezado un libro nuevo. Mi tercer libro. Aún no tenía título. Pronto haría cinco años que había dejado de beber. Ni un trago, y tampoco nada de drogas. Era como si, aparte de escribiendo, sólo pudiera aguantar mi vida caminando o conduciendo. En aislamiento. Entrada la noche me veo,

junto a una turbia lámpara, contemplando mi último par de zapatos, descalzo. Cansado y con los hombros caídos. ¿Qué voy a decirles a los zapatos? Agotados. ¡Los zapatos están agotados! ¿Qué es lo que ha ido mal en tu vida para que estés aquí, helado, en el silencio de la medianoche, y hables con tus zapatos? Un cuarto trastero en el que trato de dormir como un desconocido. Con cautela. Hasta nueva orden. Por así decirlo, en tercera persona. En medio de la estancia, polvoriento y pulido, un piano negro con su tapa. Cerrado, mudo como un ataúd. Desde mi colchón, presa del mareo, como en una balsa, veía el piano alzarse como un escollo, como un monumento funerario. Cansancio. Arritmia. ¿Por qué el silencio es tan silencioso, y la luz de la lámpara tan turbia? Mientras dormía, dejé de saber si dormía. Por las noches, las paredes se juntaban para estrujarme. ¿Cómo averiguar, cómo voy a saberlo, si mi grito ha sido mi propio grito o sólo lo he soñado? Ataques de tos, y después casi asfixia. Habría sido un alivio dormir junto a una grabadora, es decir, registrar noche tras noche mi desflecado sueño. Mejor aún sentarse, certificado de nacimiento, carnet de identidad, reloj en mano, para levantar acta, y contemplarme durante mi sueño. Me hubiera gustado tener una radio. Por lo menos unos minutos al día. Como un prisionero, como en la celda. Hay que solicitar un formulario y presentar una petición. Tres veces al día durante tres minutos. Sólo una, un transistor pequeño, me habría bastado. Una voz humana, que tres veces al día anunciara el tiempo sin miedo. Y una armónica infatigable, con su correspondiente aliento.

Cuando peor se alzaba el piano era al amanecer (entretanto era febrero). Oía pasar el tranvía y me paralizaba como un muerto. El suelo temblaba, la casa entera. Jamás en mi vida querría ser enterrado en medio de un temblor permanente como ese. El día comenzaba su marcha. Yo reunía fuerzas, escribía notitas (¡no te enfermes!) y salía al día. A grandes zancadas. A recoger a mi niña, a mi hija. Todavía temprano, hacía frío. El cielo lleno de grajos y gritos y vencejos, antes de que se hiciera realmente de día. Yo caminaba deprisa. Al borde de la calle, nieve, nieve antigua. El portal un abrupto sobresalto: ¡como si ya no me conociera, tan perturbado! Mi niña, mi hija, Carina. En pijama en el alféizar de la ventana. Con sus ojos claros. En la pijama, patos y margaritas. El cielo era amarillo y las chimeneas humeaban. Cuatro años, cuatro y medio. Se acaba de enfermar. ¡Se pasa la noche en vela y grita! Sueña que una mujer

te ha enterrado. Te ha enterrado profundamente y tiene que volver a desenterrarte, dijo la madre de mi hija; se llama Sibylle. Y me miró directamente a los ojos, para que no pensara que no podía mirarme a los ojos. Una mañana de invierno. Las nueve. Lleva unos leotardos rojos, no lleva chaqueta, y se ha puesto un grueso jersey de colores que compartimos durante muchos años, exactamente igual que el tiempo y el calor que compartimos una y otra vez ella y yo. La mayor parte del tiempo, invierno. Un perfume nuevo. La mayoría de los libros ya están embalados, las cajas llegan hasta la escalera. En cuanto me fui dejó de soportar ver los libros. Naturalmente, no estábamos casados. Vivimos nueve años juntos. Una hija. Cuando me fui, íbamos a repartirnos la custodia. Pensábamos que nuestra hija podía estar todo el tiempo con los dos, bien y a gusto. Pero apenas dos semanas después Sibylle me dijo: ¡Si quiero, puedo hacer que no vuelvas a verla! Como siempre no había dinero, pero encima acababa de perder, con preaviso, incluso mi trabajo de media jornada. Sentarse y escribir. Mi tercer libro, un libro sobre el pueblo de mi infancia. Stauffenberg, en el distrito de Giessen. Escribía todos los días. Escribía para permanecer. ¡Para poder seguir en mí y en el mundo todos los días!

Dos muelas del juicio. Mejor a tiempo, dijo la dentista. Mejor una después de la otra, así que mejor fijar dos citas. Y yo había asentido. Así tumbado, con una mordaza atornillada, alta tensión, un tubo que imita una catarata y dos manos ajenas en la boca, ¿cómo va uno a poner objeciones? Lo mejor es quedarse sentado en ese perfecto sillón de dentista ajustable con mando a distancia. Seguir así. Lámpara, vaso de agua, escupidera. Y con reposabrazos, reposacabezas y descanso para los pies. Horizontal. Y, al menos durante un rato, no ser responsable de mí ni del mundo ni de mi época. Siempre tan rubia, luminosa y limpia la dentista y su clínica, como si tú, con tus manos, zapatos, pensamientos sucios acabaras de salir otra vez de un burdel o vinieras directamente de la obra. Cada vez. Con las peores intenciones. Robo, vandalismo, violación, sudor, hambre, halitosis, dudas, escamas, trastornos digestivos. Quizá también en Frankfurt, con mierda de perro de Frankfurt en los dos pies. En tus pensamientos... ¿qué clase de pensamientos? Parecen de distinto color a derecha e izquierda, de distinta clase. Y ni siquiera lo has notado enseguida, sólo te has dado cuenta aquí, sobre la alfombra de color perla. ¡Nacimiento, lugar de residencia, profesión, todo falso! ¡Todos los

nombres son falsos! ¿Quizá también la tarjeta sanitaria esté falsificada? ¿Y cómo no iban a verlo, a notártelo? ¿Y la pobreza? La pobreza es un olor. Pesado como un abrigo viejo. Quizá aparte de mí sólo tenga pacientes privados. Durante casi cinco años esta dentista, para que sepa quién soy, para que me cuide, para que me trate con cuidado, se tome la molestia de hablar, durante cinco años, una y otra vez de nosotros y del tiempo y de nuestros hijos. Desde la más inmediata proximidad. Ella, como dentista, dentro de mi boca. Diente a diente. Ya antes de nacer empezaban esas historias de niños. ¿De qué otra manera se puede soportar tal proximidad? Y entretanto se ha casado. Coronas, puentes y empastes en mi boca. Esquinas, bordes y muretes. Y ahora que está casada quiere tener un hijo. En la Myliusstraße, en el West End, en Frankfurt am Main. Una clínica moderna y luminosa con tres o cuatro salas de tratamiento. Una de las muchas rubias y limpias ayudantes agenda las citas para mí y prepara el sillón conmigo sentado para el aterrizaje electrónico-neumático. Eso fue en enero. Aún había nieve en el camino. Siempre, después de ir al dentista, tienes que preguntarte dónde han ido a parar todas las buenas ideas que tenías cuando estabas en la sala de espera. ¡Indiscutible! ¿Estaban ahí antes de que entraras, y ahora se han ido, no es posible encontrar alguna de ellas? ¿Cuánto costará un sillón de dentista como ese, el mejor? Durante el camino de vuelta a casa ya oscurece. La calle, silenciosa. Jardines frontales, nieve, un mirlo en la nieve al atardecer, y adelante, en la esquina, un supermercado, un HL. Falta poco para cerrar, y la gente se amontona en las cajas. Enfrente, el Café Laumer. Luz en las ventanas. Por aquel entonces yo aún vivía en la Jordanstraße. A finales de enero, ya estaban contados mis caminos de vuelta y los últimos días con Sibylle y Carina en nuestra casa. La Bockenheimer Landstraße. Árboles en invierno, castaños. Esperando. Muchas luces al atardecer. El mismo camino de todos los días de todos esos años, de ida y vuelta a la guardería, pero quedo yo, ¿a dónde se ha ido mi vida?

Primero la de abajo a la derecha. Me tocaba a las tres de la tarde, y cuando me fui, ya había oscurecido. ¿Desde cuándo está oscuro? Abajo a la derecha, fuera muela del juicio. Escupir sangre por toda la acera. Me siento mal. ¡Deberías cantar! (¡Una frase de mi libro anterior!) Escupir la sangre y cantar, o al menos como un órgano, una sirena de niebla, una sirena que se ha extraviado y no encuentra el camino, un barco anuncio. Al menos como un

lobo, un lobo solitario, una y otra vez. Perdido a lo largo de la acera, con un único aullido en la boca. Nieve al borde, silencio y nieve en los rincones. En HL están a punto de cerrar. Febrero. Restos de nieve. Una media luna de plata en diagonal, y en medio del dolor de pronto desaparece mi noción del tiempo. Como si llevara ya una eternidad, como si estuviera desde siempre en la Bockenheimer Warte. Hace frío, es de noche, un tranvía muy iluminado pasa y allí adelante, en el cruce, las luces brillan como estrellas. Escupir sangre, caminar, caminar conmigo y en realidad un lobo. Mi antiguo camino a casa. No hacía ni tres semanas que me había ido. Aún tenía mi llave. Lo mejor es que te acostumbres a llamar a la puerta como una visita. Y luego un rostro. Aguantar en la boca la sangre escaleras arriba, cuatro pisos. Carina que me sale al encuentro en pijama, una pijama con mariquitas. Me quedé hasta que Carina se acostó. Me senté en la calidez de un sillón y fumé, traté de fumar, y bebí té tibio con leche. Carina duerme. Qué bien me conoce el sillón. El aturdimiento cedía y el dolor empezaba a llamar a la puerta, firme y fiable. Prefieres quedarte aquí, me dice Sibylle, ¡quédate a pasar la noche! Pareces agotado. Todavía no eran ni las nueve. Qué a gusto me habría pasado el resto de mi vida, o al menos los próximos dos años, allí, en la casa, como ahora. Lo mejor era seguir a salvo allí sentado con el dolor y con el dolor en la boca, y decir: ¡Y ahora, a la cama! Una única y larga velada y todo el tiempo va hacia las nueve. Desde que había dejado de beber, la anestesia siempre me sentaba mal. Como si me diera asco. El teléfono. En el silencio. Casi como antes suena el teléfono. Mi amigo Jürgen. Desde el Café Elba. Está allí con Edelgard. Se separaron desde hace siete años, pero ahora está sentado con ella en el Café Elba. Primero había sido un café heladería, luego un sitio de pizzas para llevar. Y ahora, poco a poco, empieza a convertirse en un auténtico restaurante italiano, un italiano de Frankfurt. Sólo ahora, en invierno. Estamos sentados aquí y hablamos de nosotros y de ti y del mundo, dice él. ¡Y ella no quiere, no quiere entenderme! Ya sabes cómo es. ¡Dice que yo no la entiendo! Desde que nos conocemos. Pronto hará diecisiete años. Tú también la conoces casi desde la misma época, dice él. ¡Ven! He estado en el dentista, dije yo. La dentista que tú conoces. La muela del juicio inferior derecha, fuera. Toda la boca llena de sangre. La boca entera una única herida. No puedo. Como mucho por el camino, de regreso a casa. Cinco minutos. Sí, dice, no hace falta que te des prisa. Vamos a quedarnos un rato. Nos quedaremos aquí sentados mirando hacia la puerta, hasta que vengas. Miraremos la puerta cada vez que venga

alguien, dice. Así que hasta ahora. Hasta ahora. Un rato más aquí, sentir a mi alrededor el calor y a Carina y su sueño, su respiración tranquila mientras duerme en el cuarto de al lado, bajo la noche proyectada en el techo. ¡Quisiera no haber dicho de regreso a casa! Según el reloj, pasan exactamente cinco minutos y luego otros cinco minutos. Pañuelos de papel de Sibylle. Inconsolable de todos modos. Muchos pañuelos de papel. Luego, dejo atrás mi vida aquí en el calor y me pongo en camino como un lobo.

Inferior izquierda. Diez días después. Una suplente, pero me saluda como si me conociera. Como una pariente lejana de la dentista. Empezamos a las dos y media, y a las seis aún no se atisba el final. Tampoco puede detenerse porque entretanto ha destrozado trabajosamente la muela hasta los cimientos. ¿Dónde se apoya ahora? Sólo queda la raíz. Dos ayudantes. Voy a orinar a menudo pasando por en medio de ellas. En cada ocasión tienen que incorporar el suspirante sillón, sacar todas las manos y todos los aparatos de mi boca y dejarme el camino libre. Un armisticio. Las lámparas zumban, la clínica da vueltas en mi cabeza. Luego, adelante con la carnicería. Hasta entrada la tarde. Sólo ella y yo y las dos auxiliares más experimentadas, todos los demás se han ido a casa. Otra vez los rayos X. Qué fuerte es la raíz, cómo se ha atrincherado bajo tierra. Al final van a tener que serrar el hueso. Otra serie de inyecciones de anestesia, y tuve que volver a orinar. Con la dignidad de una estatua beoda. Con la cabeza pesada, una dignidad pétreo. ¿Se va con o sin babero? Ver temblar a la dentista. Por primera vez se me ocurrió que quizá sus fuerzas no alcanzaran, ¿y entonces? Había estado mirando, desde una lejanía interior trabajosamente conseguida (como de algún otro), cómo oscurecía detrás de las costosas persianas de aluminio automáticas ajustables a distancia. Yo había pensado que sólo había venido a las dos y media para enjuagarme varias veces la boca y descansar un poco en el sillón de dentista y ordenar mis ideas. ¿Y si no es ninguna suplente? ¿Es ella misma, con un peinado nuevo y un poco cambiada? Mi amigo Manfred me dijo en una ocasión: Cuando seas paciente de un dentista tienes que darle de antemano una buena sensación para que no se sienta inseguro. Para que tenga una buena sensación como dentista. Sabía que tenía que desprenderme un solo instante de mí y de la raíz en mi cabeza, pero ¿cómo? Mi marido también es dentista, dice ella. Viene enseguida. Si no hay otro remedio, tendremos que cortar. Luego su marido. Todavía con el

abrigo puesto. Contempla las radiografías. Parece un guardabosques. Más bien un guardabosques de una película alemana antigua. Por fin, ella vuelve a intentarlo o hace como que lo intenta, y la raíz sale. ¿Qué tal estoy? ¿Quiero que llame un taxi? Mi vieja chaqueta. Los analgésicos, las citas para el posoperatorio. ¿Será ella la que me atienda entonces? ¡Qué más da! Digo que sí y que no y que no a un taxi. Me reconozco, con esfuerzo, en el dolor y en mi vieja chaqueta. La cabeza vacía. Realmente no podía hablar. Luego, solo rumbo a casa con luna llena. El HL ya ha cerrado. Caminar, con un poco de viento y el mundo en contra. De un lado para otro, siguiendo mi camino como borracho. Detenerme, agarrarme. Lo mejor es *seguir arrastrándome*. A cuatro patas. Con rastro de sangre y piel de lobo, jadeante. A lo largo de la calzada y en el semáforo, como visión extraña en el cruce. Como sombra. Bajo la luna. De pronto muy seguro de que esta situación no tiene derecho a formar parte de mi vida. Ni la sangre ni el abismo de dolor en mi boca, ni la tarde de hoy y la forma en que estoy caminando. Ni tampoco el cuarto trastero, la separación, las últimas semanas y no saber si mi hija ya está dormida. Pero no yo, ¿siempre yo? Eso no puede ser, te dices. Sangre en la boca. ¡Cómo me late el corazón! Lo único que parece correcto es lo de la luna: no hay nada en contra de la luna. Luego, a seguir trastabillando de poste a poste.

En la Jordanstraße, llamar a la puerta de mi antigua casa (me mudé hace tres semanas) y volver a aguantar la sangre en la boca mientras subo las escaleras. Carina ya está esperando. Jirafas y cerezas en la pijama. ¿Cómo será cuando crezca? KD al teléfono, grita Sibylle. Llevo ya tres horas intentando localizarte. ¿Qué tal ha ido? Increíble, dije, y a Carina, de prisa, ¡buenas noches! La verdad es que no podía hablar. No me senté. De hacerlo, no habría podido volver a levantarme. Pañuelos. El suelo se tambalea. ¿Quieres quedarte aquí?, pregunta ella, por lo menos a pasar la noche, pero yo ya me voy. Dos calles más allá, el cuarto trastero. En una casa ajena. En el pasillo, estaba a punto de voltear cuando la dueña de la casa, Mali, salió de su despacho con una nota. ¡Ha llamado KD Wolff! Sí, dije, mi editor. Ella parecía saber quién era. Debo devolver la llamada enseguida. Mejor mañana. He pasado seis horas en el dentista. Todo mañana. La verdad es que no podía hablar. En el cuarto trastero, como sombra, enciendo la lámpara. Cordones, me quito los zapatos. ¿Mi sentido del equilibrio? Ya no está. ¡Me caigo! Un

animal se agazapa cuando está enfermo. A los pies del piano el colchón, como llevado por la marea. El libro, mi vida, el cuarto trastero, el día de hoy, y el hecho de que ya no me queda mucho tiempo en el cuarto trastero, todo eso tiene que esperar hasta mañana. Por suerte el dolor es lo bastante fuerte, te dices. Agudo, un dolor superior. Y por tanto un aplazamiento. Me quito el jersey con cuidado. Me abro la camisa. La máquina de escribir, mi manuscrito encima de la mesa y el dolor insuperable en mi boca, un abismo de dolor. Un animal se agazapa cuando está enfermo. Pero luego al teléfono. KD Wolff. Sólo para decir que mañana. ¡Hoy ya no! Estamos hablando de la editorial, dice él. Mi amigo Rudolf Schönwandt está aquí. Si vienes ahora te dirá quiénes son los publicistas y cómo ponerte en contacto con ellos. Seis horas en el dentista, dije yo, seis y media. Tengo la boca llena de sangre. La boca entera es una herida. Literalmente las mismas frases en los dientes frontales, pero sólo en ese momento me doy cuenta de lo que significan. Mejor mañana, en otra ocasión. De verdad que no podía hablar, y él no parecía entenderme. Toma un taxi, dice. Que te dé factura. Te devolveré el dinero.

Camisa, jersey, mi equilibrio, la nota y la vieja chaqueta. Treinta y ocho marcos setenta. Por aquel entonces siempre sabía exactamente cuánto dinero llevaba encima (excepto los céntimos). Esta mañana no he comido nada, y a mediodía dos plátanos, para calmarme. El cuello torcido. La mandíbula entumecida. El oído me grita de dolor. Me enjuago la boca con cuidado. En el espejo no hay ninguna imagen. Y me pongo en camino. El sueño de Carina, la imagen nocturna y su respiración durante el sueño. Sibylle seguirá empaquetando libros. ¿Qué llevaba puesto esta noche? ¿Qué hora es? No hay nadie en la calle. Los raíles del tranvía. La calle desierta en mitad de la noche, hacia la lejanía. Sobre la puerta de una tienda, blanco y redondo, un reloj que no funciona. Noche, viento, la luna y, en la Bockenheimer Warte, adelante del nuevo MacDonald's, un taxi Mercedes blanco bajo la luna.[1] Llevo, dice el taxista, dieciocho años estudiando de forma consecuyente el azar, ¡y ahora viene casualmente usted! Antes he ido por el Alleenring y nada, por la Friedberger y nada, ni un cliente. Acabo de comer una hamburguesa aquí, porque mi pareja es vegetariana. Mi compañera. Y, según estoy masticando y preguntándome si no sería mejor ir hacia la Feria, ¡viene casualmente usted! ¿A dónde lo llevo? Y arranca. Holzhausenstraße, dije. Difícil la palabra en mi

boca, sangre en la boca. Holzhausenstraße, número cuatro.

2

Sibylle se va el viernes a mediodía a Gießen, a ensayar su futura vida familiar. Yo, a pasar el fin de semana con Carina en la Jordanstraße. Antes, en el cuarto trastero, he pasado toda la mañana escribiendo. Escribí hasta la una y media, luego fui a la guardería. Llevas el manuscrito contigo. Los niños a punto de salir, y todos que aún no han terminado con algo. Colchonetas y juguetes, las paredes pintadas, y en medio de todo, en colorida confusión, los días pasados y el verano entero almacenados. ¡Siempre olvidan saludar a los padres por encima de los niños! Carina ya lleva el anorak, el gorro y la bufanda. Está de pie y espera. Qué sería cuando está a solas consigo misma. Al aire libre, ella junto a mí. Caminar y caminar, y enseguida me siento mejor. Casi como si hubiera dejado atrás mi vida, el presente, mi cuerpo. Al menos de momento, ya veremos. Como cuando uno ha perdido su idioma y vuelve a encontrarlo. Dos animales, un zorro y un tejón. El tejón se llama Josef, y el zorro Leo. Animales de peluche, pero en nuestras historias viven desde hace muchos años. Caminar. Nieve, un invierno de nieves. Viernes por la tarde. Febrero. En casa, su cansancio y el mío, y cómo convertimos eso en juego. Luego está la biblioteca, una sucursal de la biblioteca municipal en la Seestraße. Vamos con frecuencia, dos o tres veces a la semana, cada dos o tres días estamos en la biblioteca. Nos conocen. Se siguen sorprendiendo porque Sibylle y yo ya no vamos juntos, sino que cada dos o tres días uno va solo con la niña. Y desde hace algún tiempo la niña siempre está tan pálida. La biblioteca, y detrás una frutería, diminuta. Un italiano. Sin luz. Que sabes que está dentro por la puerta abierta y los cestos de frutas a la puerta. ¡Sólo enciende la luz cuando hay clientes! Al final de la calle, mirando ya al atardecer. La tienda es casi tan sombría y angosta como un armario. Abrió hace un año. Desde entonces, Sibylle, Carina y yo, con nuestro poco dinero, hemos sido sus clientes

principales la mayor parte del tiempo. Un viejo camión de reparto, oxidado, con la ITV caducada. Cuando va por la ciudad, la segunda no le entra. Y con eso va día tras día, a primera hora de la mañana, tiritando, al mercado mayorista. ¡Fruta y verdura, frescas todos los días! Las cestas, las preocupaciones. Y siempre solo. Pequeño y enjuto, pero duro. Profundas arrugas. ¿Es que no tiene nombre? Me parece armenio. ¿Se hará pasar por italiano sólo para la frutería? El negocio es el negocio. Me hubiera gustado preguntarle a Sibylle qué opina de esto. Como si yo tuviera cara de armenio. Plátanos, manzanas y naranjas sanguinas, y mirarlo mientras las elige y pesa para nosotros. También él parecía desolado con nuestra separación. Pronto va a cerrar. Los libros, la fruta, Carina y yo. De camino a casa, hay que comprar leche. En la Leipziger Straße. En el supermercado Schade, en la caja bajo las luces de neón. Como siempre, hace años que está aquí. Cansado entre desconocidos. Viernes por la tarde. Cansado de cargar demasiado y con muchas palabras relucientes e imágenes en la cabeza. Y, a la entrada, la noche ya azulea, invierno.

Viernes por la tarde, aún es pronto. Acabas de pensar que la casa va a hundirse con nosotros en la tierra al caer la noche. Luego te das cuenta de que tira, tira suavemente del borde de la noche y nos lleva, nos empuja hacia el tiempo. Lentamente el tiempo. Desempaquetar, recoger, agarrar de aquí y de allá, comer queso y fruta. Sacudidas. No como un terremoto, sólo como si estuvieras ensayando la palabra. Aquí y allá, en la casa y en tus pensamientos. Luz eléctrica, puertas abiertas. Recoger la ropa sucia y clasificarla para la lavadora. Cada acción práctica, una redención, así me parecía. Justo después, el baño. En el dormitorio, abrir las ventanas y tender las camas. Cambiar el edredón y la almohada de Sibylle por los míos. Por suerte hay grandes cestos de ropa de cama, ¡todo dentro! Casi como en una vida anterior, de visita en tu propia casa... ¿aún querrías volver, sí o no? ¿Dónde estarán ahora las instrucciones de uso ilustradas, en ocho idiomas, de la lavadora? ¡Cómo echo de menos la música en el cuarto trastero! Los cinco o seis discos que llevo años oyendo mientras escribo. Nunca tuvimos más que esos cinco o seis. Quizá más tarde llegue la música, te dices, date tiempo. Ella ha llegado hasta la *M* empaquetando libros. Ha desmontado ya una estantería, paredes vacías. Las cajas de libros a la puerta, en el cubo de la escalera, un piso con

buhardilla. Carina de un lado para otro. Asuntos propios. Y qué bien poder decirle: ¡Ahora, deja descansar las botas! ¡Pregúntales si quieren comer! Son de piel. En los pastos. La calefacción murmura. Enseguida el agua para el baño, una larga tarde. Desde la cocina llega el ruido de la lavadora. Y suena como la minuciosa construcción fallida de una imitación teatral de rompiente detrás del escenario. Y, muy pequeño, un piloto de control. Como una señal, como un barco en la noche y la distancia. Todo en orden, dice ese pilotito. Y, ante la ventana de la cocina, la torre de la televisión. Parpadea, muestra el camino a las nubes. Incluso de noche. Parpadea como si nos mirara siempre a nosotros. También aquí una jarrita de expreso para mí. *Made in Italy*. Y cómo me conoce, como la vida misma. Llama, empieza a hablar. ¡Llama y llama! Carina con un gorro de cartón, una manzana mordida, conversaciones consigo misma y un taburete al cual subirse. Una tapa de caja de zapatos de cartón con cintitas. Y pasa corriendo delante de mí. Una y otra vez. En el pasillo, entre las puertas abiertas. Nos conocemos, cada uno a sí mismo, sus caminos, el equilibrio y la casa con sus rincones, tan bien que aprovechamos rápidamente cada resbalón y cada tropezón como un atajo. Hace mucho, en todo momento, ella y yo. Sus zapatillas de piel son tan familiares, cálidas y suaves como corderitos. Pero resbalan como el demonio. ¿De dónde le viene, es para sorprenderse, esa inclinación a hablar consigo misma? Y con varias voces que se contraponen. Como si lo que ve empezara enseguida a hablar dentro de ella.

Llamada de buenas noches de Sibylle, y por hoy ya no puede pasarnos nada más. Cierro la ventana del dormitorio. Luz y calor. Carina en pijama. Como todos los niños de Frankfurt, se pasa medio invierno tosiendo y estornudando, y la mayor parte del tiempo respirando por la boca. Enseguida, el agua del baño. Aceite de romero y de tomillo. Un cuenco con manzanilla caliente en el dormitorio, encima del radiador. Enseguida huele, y empieza a desprender el aroma del recuerdo de uno y de todos los veranos pasados. Conmigo no se despierta por las noches. Sabía que podíamos librarnos de la tos, infusión de hinojo, leche con miel. ¡Pregunta a tus pies si quieren una bolsa de agua caliente! Una pijama verdiazul, sin dibujos. Meterla en la cama. Meterla tres veces en la cama. Cinco libros favoritos. Historias. La imagen nocturna. Una luna amarilla en el reloj de juguete, y la noche delante de la ventana. Apenas son las nueve. Los peluches ya duermen, pero hay que taparlos mejor. En una ocasión Sibylle, Carina y yo. En una montaña, en

verano, los tres dormidos. A mediodía. Al borde del bosque. En julio. Y al despertar, delante de nuestros ojos, las más hermosas fresas silvestres. Cada vez más fresas silvestres. Y a nuestros pies, al sol, con todos sus detalles, los tejados rojos a dos vertientes y las torres, las ves, muy cerca. Y son de verdad. Nosotros también. Y a la luz y a la sombra las calles adormiladas de sábado por la tarde de la pequeña ciudad de Lauda, en el valle del Tauber. Como siempre las hemos conocido. Como si nos pertenecieran desde siempre. Y los viñedos, maizales, huertos, una avenida de tilos. Aquí en la montaña, aquí arriba al borde del bosque, nosotros tres, el verano y nuestras voces y las manchas de luz entre los árboles. Nuestro último verano. Y azules, a lo lejos, las azules colinas de la lejanía. Ayer, en vez de ir a comprar a Frankfurt para el fin de semana, vinimos aquí haciendo *autostop* con el resto de nuestro dinero. Qué buenas fresas silvestres. Uno habla a menudo de eso. Luego, de la nieve y de la guardería. Meike sabe montar en bicicleta. Pasado mañana, el abuelo de Meike le va a regalar una bicicleta y una casa y una piscina y cuatro perros de verdad. El abuelo de Meike es rey. Eso ha dicho Meike hoy. El día de hoy vuelve a pasar ante nosotros. Todos los caminos. Todos los días. Hablarle mientras se duerme, acariciarla mientras se duerme, respirar hasta que se duerme. Se duerme, y entonces suspira en sueños y sigue durmiendo, más profundamente. Lo notas en su manera de respirar. En cómo la lleva su respiración. Cuanto más tiempo duerme, tanto más suave se vuelve su piel. Y el sueño ablanda su rostro, blando y redondo. Y mañana aún tenemos todo el día, y una noche más y hasta el mediodía del domingo. Pero desde mañana tienes que volver a contar y a temblar por dentro: las horas, las horas. Pero ahora, ahora tengo paz, tiempo suficiente. Llevarla a la cama se hace así: de pie, allá donde estemos, ella pone los pies sobre los míos. Uno encima de otro, o ambos en dirección a la meta. La agarro de las manos y camino con sus pies sobre mis pies, serio y con pasos de cigüeña, con pasos de oso, con pasos de robot, como un monumento, como un gigante de profunda voz venido de la Prehistoria. Paso a paso. Sorpresas, rodeos, cámara lenta. También puede hacerse marcha atrás. ¡No me hagas cosquillas! ¡No pises las piezas de las construcciones! Así voy con ella hasta la cama. Hasta la misma cama. Acostarla. Agarrarla por debajo de las axilas y columpiarla encima de la cama, ¡salta! Ligera como una pluma. Y en medio del estruendo de nuestras carcajadas digo con gran seriedad: ¡Sssch! ¡Ahora a dormir! ¡A dormir ya! Ella y todas las risas caen de cabeza a la cama. Le gusta que la tire de cabeza

allí. ¡No te rías! ¿Qué hora es? Tomar leche. Volver a tapar todos los peluches. Otra vez hambre y sed y el día anterior. ¡Quiero volver a mirar por la ventana! A la puerta de la cocina, sus pies sobre mis pies. Pronto tendrá cuatro años y medio. Me llega hasta los bolsillos de los pantalones. Subida a mis pies, casi hasta el cinturón. La imagen nocturna. El reloj de juguete. La buena luna. Su pijama tiene pies. Cinco libros favoritos. Historias. Ojos adormilados. Otros dos peluches cansados. Al otro lado de la lámpara. A lo lejos, encima del armarito. Al otro lado del mundo. Duérmete, yo los taparé, le dices. ¡Pero los peluches *no quieren* eso! ¡Sólo quieren que los tape ella! Siempre durmiéndose, aún quiere aprender muy deprisa cómo funciona el reloj, y los números y todas las letras. Acostarla siempre es nuevo, siempre distinto, tienes que empezar a practicar horas antes. ¿Duerme ya o aún estamos en los ensayos? ¡Si me duermo antes que ella me despertará! ¡O justo después! ¿Duerme? Febrero. Noche en torno a la casa. Noche e invierno. ¿Y si yo, y si mi vida, han pasado, o sólo han pasado aquí? Luego, en el baño, tender la ropa, ¡y no olvidar respirar al hacerlo! Noche y silencio, y la casa empieza a temblar.

3

Sábado por la mañana, con ella, en el rastro. Hace un frío gélido, es el día más frío del año. Demasiado frío hasta para fumar, pero por otra parte soy fumador en cadena, y el ascua está viva. La gente estaba de pie junto a la parada del tranvía de la Bockenheimer Warte, se encogía ante el frío y decía: ocho grados bajo cero. Once bajo cero. Quince en el indicador de la pared. El barómetro, un regalo publicitario. En la ventana de mi cocina, dice uno, esta mañana a las cinco, diecisiete bajo cero. Carámbanos, como en la guerra. La cara norte. Nornoreste. El barómetro calibrado. Mi yerno es óptico. Mi hijo es droguero titulado. Como puntas de lanza y espadas de caballero, los carámbanos a las cinco de la mañana. Ahora está por encima de diez, ¡aquí hace por lo menos doce o catorce grados bajo cero! Rusia. Stalingrado. Retornado tardío. Siberia. El día más frío desde la reforma monetaria. Cigarrillos. El tranvía no llega. La línea eléctrica, el cable, la helada contrae el cable. Los pájaros como pequeñas bolas de hielo en el cable o ya caídos. El cable se tensa cada vez más en medio de la helada. Chispas azules. El cable empieza a cantar de miedo. Especialmente por la mañana temprano, antes de que de verdad sea de día. Como de estaño, como de hierro, el cielo. Y entonces el cable se rompe, y una vez que se ha roto el tranvía no viene, no puede. En los suburbios, la mayor parte de las veces antes de amanecer, el cable se rompe. En Ginnheim, en Schwanheim, en Preungensheim, en Oberrad y en Höchst. En Offenbach también. Helada o sabotaje. La helada quizá también sea sabotaje. Si un cable así te cae en el fusil, en el casco, en la cabeza, o si uno tropieza con él, estás listo, dice el hombre que estuvo en Stalingrado. *Mi* yerno es farmacéutico, dice una mujer con un triste sombrerito. Cuando un cable así se rompe por la helada y cae por casualidad justo encima de los raíles. Intervención enemiga. Ataques terroristas enemigos. En uno de los dos raíles. Se ha caído el tramo

entero, desde Bornheim, pasando por la Alleenring y Friedberger, toda la Mainzer Straße hasta Höchst, es decir la doce, la línea doce, está expuesta a la corriente. ¡Alta tensión! ¡Peligro de muerte! ¡Si llega un coche, tropieza con el cable y no tiene ni idea, lo que hace falta es tener cuidado! ¡Y una persona más! ¡Se quema rápido! ¡Primero te da una sacudida, luego te achicharras, carbón puro! ¡Como si estuvieras empanado! ¡Paisanos!, dice el retornado tardío al hombre que estuvo en Stalingrado. Como hermanos los dos. Observo que mi hija escucha con atención y trata de hacerse una imagen del mundo, una imagen propia. Y tiene que clavarme las uñas en la mano.

Varios autobuses llenos hasta los topes. Pasan de largo sin parar. Excepcionalmente habría estado dispuesto incluso a dar la vuelta. Podríamos estar en casa en tres minutos y poner enseguida la calefacción. Correr las cortinas, encender todas las luces y pasarnos el día entero hablando de cómo estuvimos a punto de congelarnos, por la mañana, en la parada del tranvía. ¡Casi nos congelamos, menudo frío! Pero Carina insistió en ir al rastro. Quizá porque lo tiene en su memoria como un sitio de verano, quizá porque nunca da la vuelta. Nunca le han quitado la testarudez. El día más frío desde la guerra. Los de allí arriba, que se sientan en sitios calientes y dejan que nosotros les demos de comer, dijo el hombre que estuvo en Stalingrado, los de la administración municipal, los señores funcionarios. En Bornheim esto pasa con más frecuencia, allí vive mi hermana, dice la mujer del sombrerito triste, pero a Höchst, con el doce, pronto hará veinte años que no voy. Desde que murió Lisa, mi nuera. El día más frío desde 1914. Aún más autobuses repletos. Como en fuga. Tan deprisa como si sólo tuvieran en mente salvar su propia piel. Un amor perdido, me dije. La mujer del sombrerito triste sacó un grueso pañuelo de lana a cuadros de su bolsa de la compra y se lo anudó en la cabeza. Un pañuelo de cuadros amarillos y marrones. Luego volvió a ponerse el sombrerito. Encima. Yo tenía veintinueve marcos cuarenta. Más tarde contarás los céntimos. Carina, más de cuatro marcos de su propio dinero. Un amor perdido, y eso quiere decir que lo arrastras contigo el resto de tu vida. Necesitarás el resto de tu vida para ver si sobrevives. ¿Quieres sobrevivir? Separado y con una hija. Aún será pequeña durante mucho tiempo. Esta mañana de sábado estamos en la parada como si todo fuera bien, como si nuestra vida aún estuviera con nosotros. Un padre. Una hija. El día frío, pero

luminoso. ¡Un autobús vacío! Demasiado deprisa, apenas ha podido frenar. Las puertas se abren con un ruidoso silbido. Está sobre los raíles del tranvía. ¡Hoy vamos a Kimmtka!, grita el conductor. Es un servicio sustitutorio. Un servicio de ida y vuelta. ¡Viajamos en lugar del diecisiete, pero sólo hasta la estación local! Cómo le entusiasma la situación de excepción. La mayoría de la gente sube sin billete y no compra ninguno. El conductor y sus conversaciones consigo mismo. Va deprisa, y desde su elevado asiento insulta a sus adversarios, que se desplazan con lamentable lentitud. Para en cuanto alguien quiere bajar. Incluso si no hay parada. Como si hubiera robado el autobús, se lo hubiera llevado sin permiso y sólo estuviera jugando con él, por puro placer. Cruza el Main y no hay rastro, sólo orillas vacías. Sí, dice el conductor, se han llevado el rastro. Ahora lo han puesto en el Matadero. Ha sido el Ayuntamiento. Vaya hasta la estación local, es la última parada. Y luego tome la calle tres. Lo voy a llevar hasta la esquina, por hacerle un favor, hace frío de narices desde esta noche, voy a dejarlos delante del puente. Oficiosamente. A usted y a la niña.

El rastro está en el Matadero. En filas. Encerrado, orden. Cada puesto necesita una autorización, tasas, número. Seguir un plan. Los comerciantes son comerciantes. Y en medio el público, clientela. Entre los puestos, en filas, caminando de un lado para otro. No hay río, no hay caminos, no hay distancia. Apenas hay cielo, no hay plátanos y tampoco la ciudad está al otro lado del río, como un cuadro. Todo eso ha desaparecido. Ahora no es más que un recuerdo. Sólo está en mi cabeza. No queda nada. Ni rostros, solamente una multitud que camina como con anteojeras. Siempre en rectángulos, en ángulo recto las filas. Y, como prisionera de un crucigrama, la gente entre los puestos. Un orden y un personal de orden y de limpieza. Un frío gélido y un día luminoso. Más frío a cada minuto. Mi día más frío en Frankfurt. Para Carina, el día más frío de su vida. No lleva guantes, o no quiere ponérselos, ¡porque lleva su carterita en la mano! ¡Con las dos manos! ¡Más de cuatro marcos de dinero propio! ¿De dónde ha sacado ese dinero? ¿Por qué no está Sibylle con nosotros, para que podamos preguntarle? Ahora estoy aquí con ella, con Carina. Y ella con la carterita entre la multitud. De todos modos no hay juguetes, apenas hay niños, ¿dónde están los peluches? Todos los comerciantes parecen verdaderos comerciantes y no, como antes había entre ellos,

numerosos bebedores, perdedores y encontrados, expertos en trastos, buscadores de tesoros, locos, coleccionistas, frikies, campesinos y cazadores de campesinos, rateros felices, rateros ocasionales, liquidadores de patrimonios, retornados, inmigrantes, deudos y quien pronto empezará una nueva vida, otra persona. ¡Emigrar! Y quien tiene algo que quizá puede necesitar alguien. Y quien necesita urgentemente ocho marcos o nueve o diez u ochenta. Y los niños con sus tesoros. Cuentas de cristal, canicas, piedras preciosas, libros ilustrados, reinos, la isla del tesoro, Lego, Babar y, baratísimo, un puzzle de leones de mil cuatrocientas ochenta y cuatro piezas que se pueden contar (el número concuerda, pero tiene que haber alguna equivocada, de otro puzzle, ¿cómo reconocerla y dónde estará ahora la correcta, que a su vez es errónea donde esté?). Niños con mansos peluches, ¿dónde están los niños? Lo que más le importa a Carina son los peluches. Ya desde que tenía dos años, desde el verano anterior a cumplir dos años. Y mirar a los niños que hacen aquí sus cosas sin sus padres. ¿Cómo son tan grandes, y cómo se han librado de sus padres? ¿Cómo lo han hecho? Pero, esta vez, apenas hay niños y casi no hay peluches. Teníamos que abrirnos paso en todas partes. ¿Para qué sirve un orden con el que no sabes si debes ir primero a un sitio o a otro? ¿Me falta esta fila, o es la tercera vez que paso por ella y gimo? Y arrastra los pies y empieza a cojear de hastío. Teníamos que abrirnos paso, Carina y yo, para estar seguros de que no nos habíamos saltado nada. Me pide que le explique los precios. Lo mejor es hacer una conversión que le sirva de comparación. Tantos o cuántos chicles, panecillos, plátanos, un pequeño bloc de notas, una tableta de chocolate, veinte sobres, un sello para una carta, ¡un sello así puede ser muy importante! Dos manzanas. Dos manzanas rojas, dos verdes, un helado de dos bolas, un litro de leche. ¿De dónde ha sacado el dinero, y los ademanes que lo acompañan? Se compra un perrito de peluche. Marrón, un peluche. Dos marcos. A una niña rubia. De ocho años. Con flequillo y un hueco entre los dientes. Me llamo Anke. Ahorro para comprarme unos patines nuevos. Y a un hombre malhumorado que apenas nos mira, porque está especializado en accesorios de modelismo de ferrocarriles y fraude fiscal, le compramos por un marco cincuenta un animal descolorido del que decidimos que es una llama. Muñecas no, no quiere. Y tampoco una alcancía de cerdito de porcelana. Su propio dinero. Y lo que sobra se lo queda en su carterita. Un teckel de largos cabellos y una corneja de ojos brillantes, pero ambos vivos e invendibles. El teckel va con una pareja de

personas mayores. La corneja va sola y tiene prisa. Hace un frío gélido, y el día es luminoso. Estridente el sol invernal, y alrededor de nosotros la gente con pálidos y encarnizados rostros invernales. Los ojos irritados. Como atacados por algún tipo de locura, o como si todos llevaran enfermos mucho tiempo. Ahora, por fin, Carina se deja mover a irnos. Con la cabeza vuelta hacia atrás y una idea fija, que hay algo que no ha visto. ¡Es posible que haya algo que no haya visto! Confía muchísimo en sí misma, pero sólo después de cerciorarse varias veces. (¿Hay niños con peluches? ¿Filas enteras, que no hemos encontrado? ¿Entradas secretas? ¿Empieza el verano allí detrás?). Se ha guardado la carterita. Pero ahora lleva el perro y la llama: ¡tienen que acostumbrarse! Tiene las manos moradas como bolas de hielo.

Llegamos a la Affentorplatz. En una ocasión, después de Navidad, Sibylle y yo nos desocupábamos. Los días son tan silenciosos y oscuros que a mediodía ya hay que encender la luz. ¿No suena la calefacción como si ya no pudiera más? ¡Hay que escuchar el interior, el interior! A Sachsenhausen, dice Sibylle, tan tontamente, con tanta nostalgia, que se me hace un nudo en la garganta. Me duele la garganta de nostalgia. Ah, ¿no podríamos ir a comer a Sachsenhausen? ¡Sólo una vez, por excepción! Contar el dinero. Atraer a Carina y acariciarla y adornarla con muchos nombres y ponerle toda la ropa cálida que tenemos para ella. Eso tiene que haber sido hace dos, tres años, aún era tan pequeña. Y en tranvía. Pasando por el Rossmarkt y el iluminado hotel Frankfurter Hof. El tranvía está vacío. Va despacio. No hay casi nadie en la ciudad. Faltan uno o dos días para Nochevieja, y quizá además sea domingo. En la Gartenstraße, en un gran silencio, pasamos a pie delante de la casa en la que Sibylle vivió de niña durante unos años. Como pan duro con el que las mujeres hacen pan rallado, así son desde siempre estos últimos días de diciembre.[2] Carina dormida en el cochecito. Las cuatro de la tarde y ya ha oscurecido. Solamente fantasmas aislados. Demasiado tarde para comer y demasiado pronto para cenar. De todos modos, vamos de puerta en puerta leyendo las cartas de arriba abajo, y también sus precios. Y explicarle a Sibylle y a mí qué son las tarjetas de crédito y por qué nunca tuvimos una. Pero son prácticas. ¿Y si hubiéramos reservado por teléfono una mesa en el Frankfurter Hof para toda la tarde, una habitación, una doble con baño, una *suite*, una palabra que tú sólo conoces por los libros, y que no sabes cómo se

pronuncia en realidad? Lo mejor es que la deleetrees: una *S-u-i-t-e* con Nochevieja incorporada, es decir hasta la mañana de Año Nuevo, un año entero. Años y años de antemano. Da igual lo que cueste. Si hubiéramos tenido lugares duraderos, un lugar, tiempo, presente, vida, derecho a la existencia, un lugar en el tiempo, como reserva para dos adultos y una niña. ¡Tome nota de la reserva! Y enseguida: ¡Pagado! ¡Apúntelo! La niña duerme. Estamos en la Affentorplatz. El dinero contado. Tres veces ya el dinero contado. Como encerrados aquí afuera. El día se ha quedado junto a nosotros. Nos mira receloso. En la Affentorplatz, y no saber adónde ir. ¿Por qué se llama Affentorplatz? Tiene que haber sido en diciembre de 1980, calculas. Carina tenía un año. Yo había dejado de beber. Trabajaba media jornada en una tienda de antigüedades. Escribía por las noches. Mi segundo libro. Cuando ya no me quedaba día, seguía escribiendo en la cabeza. Precisamente ahí tuvo que haber sido que a veces empezara, a modo de ensayo, a imaginar que quizá terminara siendo un libro. En vez de matarme. Y ahora aquí, en medio del frío. El libro existe. Carina ya es mayor, pronto tendrá cuatro años y medio. Carterita. Memoria. Palabras propias. Una persona autónoma. En medio del frío. Los ojos llenos de viento, parpadeando a la chillona luz invernal. Mediodía del sábado. El penúltimo fin de semana de febrero. En la Affentorplatz. Caminar y caminar hasta la Schifferstraße. A cada paso más frío. Entonces nos encontramos un café que hace esquina. Palmcafé. Tiene que ser nuevo. Y, en el último minuto antes de congelarnos, entramos al café, ella y yo, al calor.

Está lleno. Todo nuevo, como si acabaran de abrir hace tres días. Gente joven y amable. ¿Hermanos? ¿Una relación triangular equilibrada con un puesto de trabajo en común? Casi como si nos conociéramos, así de amables. Sólo hay una mesa libre. Acaba de quedar libre. Exactamente la mesa que hubiéramos elegido Carina y yo. En medio del café, un pequeño surtidor iluminado, hacia el que ella irá en seguida. Cuando dejemos mi chaqueta, su anorak, su gorra y su chal en una silla libre, el sobrecargado perchero se desplomará delante de nuestros ojos. Y le calentaré las manos con mis dos manos. Chocolate caliente para los dos. Con nata. Enseguida, el miedo existencial se apodera con fuerza de mí. Sin dinero, sin casa, los zapatos pronto perforados. Sin nombre, sin ingresos y todavía con los papeles en desorden. ¡Siempre! ¡Pueden elegir un trozo de tarta del mostrador! (¿No

suenan como un encantamiento?) ¿El perro se llama quizá Peluche? ¡No! Un perro tan serio y pensativo, un perro enteramente filosófico, no puede llamarse simplemente Peluche. ¿Y la llama? Una llama tan descolorida y lamentable. Ha pasado semanas enferma y hambrienta bajo la lluvia. Y la han olvidado una y otra vez dentro de la lavadora. ¡Dios mío, ni siquiera tiene ojos! ¡La llama *tiene* ojos! Dice mi hija, y bracea en el aire con las manos. Eso significa que no hay que volver a tocar nunca ese tema. Ahora va hasta la fuente con los animales. Luego nos traen la tarta. ¿Y Sibylle dónde está? Me doy cuenta de cómo le cuento el café y el día. ¿Dónde estás? ¿A dónde va el tiempo con nosotros? Carina regresa de la fuente. Ella toma tarta de manzana, yo de queso, y cada uno prueba la del otro. Un nombre para cada animal. Y, como pasado, un currículum para cada uno de ellos. Cada animal ha elegido él mismo qué clase de animal quiere ser para toda la vida. Luego, al irnos, tengo que ponerle la capucha encima de la gorra de lana, me digo. Si es preciso obligarla. Después de pagar, ¿qué me queda? Por suerte, cigarrillos suficientes. A través del frío hacia la Schweizer Straße, una expedición por un camino de vuelta no exento de peligros, y con el tranvía a casa, con el diecisiete. Entretanto los del servicio técnico habrán vuelto a encolar y a empalmar el cable, o sea el trole, ojalá. Mejor dicho: ¡lo habrán clavado con habilidad al permanente cielo urbano!

A casa con ella. Los sábados a mediodía las calles se quedan desiertas. Incluso en el corto trecho que va desde la parada hasta la puerta de nuestra casa, el frío es casi insoportable. En la Homburger Straße, mi amigo Jürgen. Sale de la floristería con un ramo gigantesco. Un buen fin de semana a varias voces y enseguida cierra la puerta. Sábado a mediodía. Nos quedamos solos. Y caminamos juntos unos pasos, mi hija, mi amigo Jürgen y yo. Las flores como necesidad. Ya sabes, mi casa es como una oficina, dice. Como el escaparate de una tienda de muebles. Acaba de volver de Sicilia. Antes estuvo en Portugal. Desde que regresó, está en un apartamento de una habitación, con cocina americana y ascensor, amueblado. Como una oficina con una cama de oficina. En un edificio de apartamentos de la Schlossstraße. Encima de un garaje subterráneo con gasolinera. Pero sólo temporalmente. Ahora está con nosotros en la esquina. Nos hemos detenido. Un día de invierno, frío. Estamos al sol, que ya empieza a irse. Sí, hemos estado en el rastro, Carina y yo.

Sibylle está en Giessen. Ahora el rastro está en el Matadero. La Jordanstraße. El cruce. Nuestro portal sólo está a tres casas. Mi hija, mi amigo Jürgen y yo. Estamos aquí, delante del Tannenbaum. Una vieja taberna de Frankfurt. Hoy no abrirá sino hasta el atardecer. El sol de invierno. Nuestras voces. Y pensar en mi padre. Como si llevara años de mi vida aquí. Sábado a mediodía. Las dos. Un día frío. Hace mucho que todo el mundo se ha ido a casa con sus compras. El sábado a mediodía las calles se quedan desiertas. Ahora me voy a casa con las flores, luego iré a visitarlos, dice. Ven a visitarnos. Nos quedamos mirándolo, Carina y yo. Saluda con la mano, se ha dado la vuelta, saluda. Sigue caminando y nos saluda sin dejar de caminar. Envuelto en papel verde, un enorme ramo de flores. A mi lado, Carina saluda. Lo conoce desde siempre. Saluda. Saludo primero a su espalda, luego su desaparición, luego el haber desaparecido. El cruce: calles vacías en cuatro direcciones. Un sol de invierno que pronto se va a ir. Nuestro portal sólo está a tres casas. Es como si no pudiera dar un paso más. Nunca en mi vida. Entonces le digo: ¡Vamos! ¡Salgamos del frío! ¡Vamos pronto a casa!

En casa y con ella por la tarde, como ayer. Como siempre que estamos juntos, y como si el tiempo nos perteneciera también en el futuro. La misma única y larga conversación, ella y yo, desde que está en el mundo. ¿Leche, infusión de hinojo, Ovomaltina y miel? ¿Quieres jugo? Para mí un expreso. ¡Y enseguida, a leer! Elige sus cinco libros favoritos de hoy (primero tiene que negociar consigo misma; ¡si tú dices tres, serán cinco!) y habla con los animales. Pelar naranjas, sanguinas de Sicilia. Hay que poner un gran plato de fruta junto a los álbumes ilustrados. Ella colecciona desde siempre los papelitos que envuelven las naranjas. Son de colores y hay que alisarlos. Crujen. Son especiales y siempre llevan aves del paraíso, estrellas, rosas de los vientos y cabezas de animales, siempre hay letras y una imagen que es como un secreto. Desde lejos. Son preciosos. Y tiene, como un avaro, un cofrecillo en el que los guarda. Por encima de los tejados, el sol de invierno baja. Y ya empieza a irse, lo notas en el corazón. Alentar a la calefacción, ¿y por qué no poner ahora mismo un cuenco de manzanilla encima del radiador, y por la noche otro? ¿El trineo? ¿Tu trineo? ¡Te lo regalaron Jürgen y Pascale! Fue así: en una ocasión estuvieron el sábado en el rastro. Ellos tenían un puesto en el rastro aquel sábado. No, mejor de otra manera, ¡mejor volver a

empezar! Una vez, cuando tú aún eras pequeña y un viernes por la tarde volvíamos a casa de la biblioteca como siempre, Sibylle y yo, empezó a nevar. Y nieva y nieva, y nieva toda la noche. Y sigue nevando el sábado por la mañana. Entonces fuimos a comprar a la Leipziger Straße, Sibylle y tú y yo. A mediodía volvemos cansados, y el teléfono suena. Como lo hacía a menudo, todo el tiempo. Acaba de parar. ¿Quién pudo haber sido? ¿Por qué? ¿Qué puede querer alguien de nosotros? ¿Y acaba de parar? Enseguida, el mundo se convierte en un enigma. Vaciar las bolsas. Dos grandes bolsas de la compra, y alguna de papel de propina. Otra vez el teléfono. Jürgen y Pascale. ¡Que si aún no tenemos un trineo para ti ahora mismo te traen uno! Nos falta meter la leche en la nevera. Volvemos a vestirnos y salimos a su encuentro. Nieve alta. Ha dejado de nevar. Y sopla un viento suave, sopla. Hace frío. Aceleramos nuestros pasos en la nieve. Cómo cruje la nieve a cada paso. En la Schlossstraße, Jürgen y Pascale. Con un trineo. Los vemos ya de lejos. Tiran del trineo con una correa. Saludan. Y echan a correr. Enseguida, los cuatro te llevamos por la nieve. El día a nuestro alrededor es luminoso, con tanta nieve. Y cómo resuenan las voces en medio de la nieve, en el aire helado. ¿Y dónde está ahora Pascale? En Francia. No sabemos dónde, pero sabemos dónde viven sus padres. Y ellos saben dónde está. ¡El trineo, dice ella, quiero ver el trineo! Así que escaleras abajo, cuatro pisos. En el patio no (el patio está envuelto en las sombras), seguramente estará en el sótano. Estar en el sótano, a la luz del sótano, con el techo bajo, y contemplar el trineo. Con una correa roja y blanca. Subirlo y dejarlo en el zaguán, al pie de la escalera. En la planta baja. Para que pueda saludarnos todos los días, al entrar y al salir. Para que, cuando nieve, esté a mano y sepa. ¡Si quieres ver a alguien, digo, y lo mantienes en tu vida, no se pierde! Se lo digo a ella, y también a mí. Dejo el trineo de pie, que es como mejor está. Y presto atención al portal, para que no se me pase por alto el timbre. Luego a leer, y el sol ya se ha ido. Se ha ido la luz. Una gruesa alfombra, y en la alfombra cojines y almohadas. ¿No era como si me estuviera durmiendo, y ella conmigo? ¿O estábamos ya medio dormidos, metidos en la luz abigarrada y el resplandor solar de los libros? Mi amigo Jürgen, y enseguida ella tiene que salir a su encuentro en la escalera. Nos trae galletitas de Navidad. Galletitas de Amaretto, del italiano de la Leipziger Straße. Y para Carina un lirio más grande que ella. Como un báculo de obispo, como una alabarda, un lirio así. Dinero prestado, dice. ¡Pronto tendré que preocuparme seriamente! Quiere ir a la ciudad, sábado por la noche. Hace

mucho que no he estado en el club de jazz, ¿y tú? Quizá está enamorado, o querría estarlo. ¿Y si vamos a desayunar a su casa mañana? Lo acompañamos hasta el portal. Vamos con él hasta la esquina. A la luz de la entrada del Tannenbaum, que acaba de abrir. Un cielo de invierno helado, tan alto y vacío, y en la calle ya empieza a oscurecer. Nos quedamos de pie y saludamos. Nos quedamos de pie y lo vemos irse. Nos quedamos de pie viendo el trozo de acera vacío a la luz de las lámparas: ¡acaba de estar ahí! Primero ahí y luego se fue. Y luego dobló la esquina. Sólo entonces y luego ya no, ves. Y quedarse atrás, de pie, helados. ¡Nunca he aprendido a despedirme! Como cuando los vimos a él y a Pascale y al puesto del rastro, como si el puesto y el día y la forma en que estaban allí se nos hubieran quedado grabados para siempre.

No sólo almohadas y cojines, también sillones. Tan grandes que puedes vivir en ellos. Y cómodos. Son de terciopelo gris claro, son puro lujo, gris nube, gris perla. El color es tan mate y distinguido que no puedes evitar pensar en la luz y en el horizonte de marzo en París. ¿Un marzo pasado, un marzo que aún vendrá? Durante años, todos los días, en cuanto tu mirada recae sobre ellos. Incluso a menudo nos hemos sentado los tres en un sillón así, Sibylle, Carina y yo. Los días amplios. Ir y venir. Las visitas se hunden en ellos. Cada sillón como un altar, pero blando. Como si viajaran con nosotros por el tiempo. También lujuria, exceso, amor. Son prácticos. Siempre al alcance. Y qué baratos los compramos. Directamente, como gente que entiende de negocios. Dos con brazos y dos sin ellos. Para Carina son como el mundo, son grandes y siempre están ahí. Apoyándose en ellos, sujetándose en los descansabrazos, aprendió a mantenerse de pie. En el sillón y con ella a mi lado, junto a mí, encima de mí. Así a través de los años, y ahora tiene cuatro y medio. Antes, puré de patatas precocinado con ella. Hacía mucho que lo tenía, una caja con una foto en color y un largo texto en prosa. Casi como en formato libro, en octavo menor. El texto nada especial. Tuve que poner una silla para ella al lado del fogón. Ella, de pie en la silla. Yo, con la leche y las instrucciones, y diciéndole: ¡Ahora, contén la respiración y remueve deprisa, lo pone aquí! ¿Un poco líquido? ¡Lo mejor es tomar una cucharada! Está bien que sepamos que no es crema de vainilla. ¡Está bien que lo sepamos! Tres expresos seguidos, y luego a fumar un cigarrillo tras otro. Carina toma leche como expreso en una taza de expreso. Tiene que tomarlo a traguitos diminutos,

de amargo y caliente y fuerte que está su expreso (¡también hay expreso blanco!). Y juega a fumar. Nubes de humo, cara de fumador, ojos entornados. La llamada de buenas noches de Sibylle ya a las cinco y media, y ¿dónde está ahora? ¡No te olvides de la comida! ¿Qué vamos a comer? ¿Qué hemos comido? De acuerdo, el puré de patatas con instrucciones y foto en color. Y, con la emoción, nos hemos olvidado por completo de comernos las salchichitas de Frankfurt. Hemos tenido que tomarlas luego, como un segundo plato retrasado. Con rábano picante, mostaza y sorpresa. Tres clases de mostaza. Con las manos. Muchas palabras en la boca. Siempre sabes más tarde que durante una vida, un año, un día, una noche, estuviste cubierto, a salvo, seguro. Otra vez el teléfono. Anne, que trabajaba conmigo en la tienda de antigüedades. Que si hoy sábado, pregunta. Ha intentado encontrarme en el cuarto trastero. En realidad, le debo el cuarto trastero. ¿No queremos ir a comer con ella, Carina y yo? Vive en la Friedberger Landstraße. Incluso si nos ponemos en camino enseguida, para cuando lleguemos a su casa ya será la hora de irse a la cama para Carina. ¿Preguntar a Anne si quiere venir ella a nuestra casa? Pero eso sólo se me ocurrió después. (¡De niña nunca era capaz de dejar de hablar!) Enseguida, un cuenco con manzanilla. Todas las lámparas encendidas, las puertas abiertas. Ahora la casa entera huele a manzanilla, a prados en junio y senderos rurales. Y a eterno verano al borde del camino. Nuestra última noche. Quizá sea realmente la última noche con Carina aquí, en esta casa, te dices, ¿por qué el tiempo corre tan deprisa? ¿A dónde va? Y te das cuenta de cómo la casa parece empezar a temblar. Mi hija. Una infancia. ¿Volver enseguida al teléfono y preguntar a Anne si estará en casa mañana? Claro, dice. Solamente sale cuando no hay más remedio. Y menos los domingos. ¿Mañana no es domingo? ¡Hasta mañana, entonces! Y mi amigo Jürgen también está localizable. Desde que no bebía, todo parecía caer aún más sobre mí. Siempre la propia vida, te dices, nunca has aprendido a despedirte. Sibylle volverá de Giessen. Vendrá. ¿Mi chaqueta? ¿Dónde está mi chaqueta? Mi vieja chaqueta de ante, de mayo del 68. He compartido durante nueve años la chaqueta con ella. Agarras tu chaqueta y te vas de casa. Mañana por la tarde, pues. Quizá al atardecer. Y no olvides los cigarrillos. Tenía que decírmelo todo, repetírmelo todo, para poder soportarlo. De todos modos, los domingos son el peor día. Los domingos, todo es peor.

Sábado por la tarde, hacia las seis y media. La casa se adentra en la noche con nosotros. De visita en mi propia casa. Última vez. Carina juega con los animales. En las paredes, los libros. Demasiados para una vida ordenada. (¿No habrá sido la llama una mala compra?) Enseguida, el agua para el baño y tomarnos tiempo. Meterla en la cama, meterla en la cama durante horas, y sólo cuando ella duerma la casa empezará a temblar. Me quedan dieciocho marcos, dieciocho marcos setenta y cuatro en el mundo entero. Pero el café era inevitable, y el viaje de vuelta en tranvía también. Sábado por la tarde, el penúltimo fin de semana de febrero. Un año bisiesto. Fuera, helada. Otra vez con ella a la ventana. ¿Seguirá estando todo ante la ventana? El tiempo no se queda allí. Pronto volverá a haber unas fresas silvestres tan ricas, y nos sentaremos en una montaña a mediodía. En la hierba, en el musgo, al sol. La boca llena de fresas silvestres, las manos llenas de fresas silvestres, y el mundo ante nosotros tan luminoso. Otra vez el tiempo se encamina al verano. Se adentra en el verano. ¡Con frecuencia! Fue este sábado cuando Carina y yo decidimos que tenía que volver a ser verano. Primero primavera, luego verano. ¡El verano lo cura todo! Y queremos hacer un viaje juntos, ella y yo. ¡Ya veremos adónde! Ya veremos. En su carterita aún queda dinero, se la llevará al verano. Hemos viajado muchas veces con ella, hemos pasado dos largos veranos con ella en el sur. En verano, siempre se convierte en una gitanita. Otra vez el verano, y las vacaciones, y pronto tendrás cinco años. Y la tos ha desaparecido, lo oyes en su respiración. Cuando duerme, con el manuscrito y mi bloc de notas encima de la mesa. Aún no tiene título. Y le falta mucho para estar acabado, al libro. Y de todas maneras, mientras no esté acabado no puede pasarte nada, ¿o será precisamente este libro y me matará? Otro verano, y seguimos en el mundo. Y el mundo con nosotros, sigue. A la mesa, adentrarse en la noche. Noche e invierno. Mi manuscrito, el bloc de notas. Sentarse y escribir. Crecerá. Pero, ¿cómo has podido asumir tan fácilmente que iba a estar cada día contigo y a tu alrededor y presente, como el tiempo? De visita en mi propia casa. La casa tiembla.

4

Salgo de la casa de la Jordanstraße, y la puerta se cierra detrás de mí. La casa con el cuarto trastero en la Robert Mayer Straße está sólo dos manzanas más allá. Apenas cinco minutos de puerta a puerta. Pero siempre era como si por el camino tuviera que cruzar puertas secretas, secretas entradas, cuevas, barrancos, corredores, límites inseguros, territorios fronterizos inexplorados, el silencio, pasados, olvido y uno o dos Hades. La mayoría de las veces, por la tarde. Hablar con las piedras por el camino. Conmigo, con el día, con las circunstancias, con Sibylle y con Carina. Leer el tiempo en las piedras. La oscuridad vespertina de los viejos bloques de alquiler, como ruinas en la penumbra. Como en mi infancia las calles en ruinas y los campos de escombros de la posguerra. También un olor a sótano e incendio como ese. Y el cielo un turbio espejo, una mirada omnipresente. ¿Quizá perdida ya de niño y, apenas vuelves a reconocerte, vuelve a estar? Delante de mí, el camino desciende suavemente. Viejo asfalto y losas de piedra. Y como si las aceras y calzadas pudieran perder el equilibrio delante de mí al instante siguiente y caerse por el borde. O empezar a arrastrarse. Cada camino a casa una tormenta de nieve. La tarde junto a mí. Mis siete años en Frankfurt junto a mí. La Schlossstraße a veces un desierto, un pedregal, una acumulación de piedras solitarias y luego una corriente arrolladora que hay que cruzar. Por suerte nunca he sido arrollado. En cuanto estoy solo, ¡deprisa! Si no, siempre más bien despacio, la mayor parte del tiempo despacio y perdido en pensamientos, y el mundo saliendo a mi encuentro y pasando a través de mí. Años, décadas. ¿Y ahora? Quizá pueda seguir despacio si alguien va despacio a mi lado, Carina. Solo y deprisa. Hacia la tarde, hacia la noche. Al final del camino, al borde del día, al extremo la casa con el cuarto trastero. Sin vistas, con las ventanas vacías. Como pintada, como un rostro sin nariz. Y detrás, ya más allá

del borde, cruces, semáforos, un puente del ferrocarril, un sombrío paso subterráneo. El tren, el metro rápido elevado, la central del gas y los almacenes y calles con fábricas, detrás de la Estación del Oeste. A la última luz, a la penumbra, espejos vacíos que se alzan hacia el cielo... ¿quién los ha puesto ahí? ¿Cuándo? Y la noche pesada como balas de tela. ¡Para ahogarse! Las noches como barreras y cuevas y almacenes. Muros, placas de latón, paneles, cristal opaco. Barracones de chapa ondulada. Sombríos y viejos cobertizos, que esperan como futuras noches. Y, adensadas con capas de alquitrán y cartón, las tinieblas de esas noches. Fábricas, hogueras, un fuelle, guerra, la Primera, la Segunda Guerra Mundial, rampas de carga y trenes. Pero también los años pasados y las puertas de sol usadas y oxidadas de todos esos años en las cuevas y almacenes y cobertizos. Apiladas y conservadas, pagadas y anotadas y olvidadas. Y al otro lado del horizonte. Allí también el tiempo almacenado y sumergido. Al otro lado del horizonte la llanura del Rin y el cielo todavía claro, un mar de cielo crepuscular. Luego Francia, el Atlántico y el crepúsculo en el Nuevo Mundo.

Antes del día, volcar y rodar hasta los pies del piano. Escuché la tormenta y tardé en saber quién soy y cómo he llegado a esto. ¿Por qué aquí? Cigarrillos, los primeros y amargos cigarrillos de la mañana. Luego, levantarme, salir del temblor (la casa hacía como si aún durmiera) y avanzar hacia el día a grandes pasos. Hacia las heladas horas de la mañana, hacia la primera luz. Iba deprisa. La calle corre delante de mí, corre sencillamente cuesta arriba. Todavía sentir el temblor y el eco del temblor y la tormenta y el oleaje de la noche pasada. La Schlossstraße, restos de nieve, tranvías, un quiosco, niños de colegio, senderos escolares, el panadero también ha abierto ya. En la parada, los abrigo ajenos. Y entre ellos te buscas a ti mismo. Aún es temprano, hay luz en las ventanas, y abruptamente empieza una acumulación de días, voces, recuerdos. ¡Al otro lado del cruce, deprisa! La fila entera de casas refleja el cielo en las ventanas altas. ¡Deprisa! A gran altura, las cornejas y vencejos de hoy. Arrastran el día como si lo llevaran con cintas y paños. ¡Escuchad, gritos!^[3] Y seguir. ¡Seguir, deprisa! Como alguien que ya se sabe perdido, pero no abandona, porque no puede abandonar. Rápido hacia el día, como hacia una playa lejana, una orilla segura. ¡Alcanzar la orilla antes de que llegue la marea! El viejo asfalto en la Jordanstraße. Cada casa pone su

rostro matinal. Y mi hija ahí arriba, en la ventana. Sentada en el alféizar. Una ventana con tejadillo de doble vertiente en el cuarto piso. Cruzar deprisa la calle. La acera delante de la casa. Una escalerita. Llamar, el zumbador de que se abre la puerta. Entrar en la casa y subir la escalera y ella que sale a mi encuentro como una voz clara y un acelerado y pequeño alboroto. Por hoy ya estoy casi a salvo.

A finales de noviembre la separación, y desde entonces vuelvo en mis pensamientos, una y otra vez, a ese día: un nuevo cómputo del tiempo expresamente hecho para la catástrofe. ¿Y adónde? La casa de la Jordanstraße ha sido todos estos años una vivienda de dos habitaciones. La cocina es una cocina americana con tragaluz, y delante del tragaluz la torre de la televisión se alza hacia el cielo. Una de las habitaciones para dormir, y en la otra hemos vivido todos los días. Días y años. La mesa del comedor, Carina, los libros, mi lugar para escribir, la guitarra de Sibylle, los juguetes de Carina, las comidas, el sillón, las almohadas y cojines y nosotros, que entramos y salimos, nosotros y el tiempo. ¿No viene de visita ninguna visita? Como un barco, como un castillo, una pradera, un mercado, así es una habitación. Como imaginada, como un escenario giratorio. El viejo tocadiscos al que hay que dar un pequeño empujón (con impulso, pero tampoco demasiado fuerte, con un ligero impulso, así, *¡eso es!*), y un espacio para bailar para Sibylle. Incluso una mesa luminosa que le permita trabajar para la editorial también en casa, también entretanto y fuera de horas. Desde hace días y años todo al mismo tiempo y junto con y entremezclado y los años y los días como un solo y largo día y una sola y larga noche en mi memoria. De momento en esta habitación ahora mi sueño y las conversaciones conmigo. ¿Soy yo? Un nuevo cómputo del tiempo. Y yo, ¿cómo voy a llamarme? Incluso si hubiera tenido dinero, no habría sabido encontrar una casa el primer día. Solo un invierno de lluvia y después un invierno de nieve. Acelerados los días. Escribía, traía a Carina a la guardería, seguía escribiendo en la cabeza mientras caminaba. Mi tercer libro. Daba vueltas y estaba desconcertado. Primero los días tan acelerados, y luego el tiempo otra vez detenido. Un interrogatorio conmigo mismo. ¿Y adónde? Nunca en mi vida he encontrado una casa para mí solo. Si hubiera tenido dinero, habría ido a un hotel. Hay muchos hoteles en mi cabeza, pero en París, en Marsella, en Estambul. E incluso con dinero no habría podido salir de

viaje, porque está Carina y tengo que verla todos los días. De ser posible dos veces al día, para que no nos perdamos de vista. Para no tener que abolir demasiado tiempo las palabras que tenemos el uno para el otro. Para que no se nos pierda nada, y tampoco nosotros. Caminar y caminar y, de pronto, como si me viera partir en la lejanía. ¿Quizá desde ahora tendré que caminar siempre así de rápido? Detrás de mí, y también para que el mundo siga en marcha, y se siga moviendo.

¿Y adónde? En una ocasión, entrada la tarde, pasando de largo con rapidez ante la Bockenheimer Warte. Rápido antes del crepúsculo, el crepúsculo ya pegado a mí. Rápido, sólo rápido, ¡y mi vida aleteando detrás de mí! ¿Y quién viene por ahí? ¡Pero si es Anne! Tan rápido y ya ha pasado de largo, de manera que tuvo que llamarme y hacerme señas. Y me detuve, como si no estuviera seguro de ser realmente yo: ¿yo? Luego con ella a la esquina, los tranvías chirrían a nuestro alrededor. Lleva un abrigo de piel en tonos dorados. Dice: ¡Ahora *tiene* que tomar un café conmigo! ¡Ya no nos vemos nunca! Primero tengo que ir un momento al banco, en la Leipziger Straße, va a cerrar. Pero si es jueves, ¿no? ¡Da igual qué día sea! El abrigo de piel se lo ha prestado una amiga. Para todo el invierno. Estuve a punto de decir: ¡No tengo tiempo!, pero fui con ella. Junto al abrigo de piel. Ella en el banco, yo, solo a la entrada. Aún no son las cuatro, y ya empieza a oscurecer. El aire está denso y gris. Un diciembre alemán. Los dos habíamos trabajado en la misma tienda de antigüedades, yo por las mañanas, ella por las tardes. Tres años. Todos los días, cuando ella llegaba y yo empezaba a irme, seguíamos un rato y nos contábamos nuestro día. El trabajo pagado más cómodo que he tenido. Y además muy cerca. En la Kiesstraße. Por las mañanas, ir a la sede central en la Warte a recoger el cambio y el correo y, por el camino, comprar para mí y para la jornada y las preocupaciones un *croissant* y un rollito de manzana. ¡Siempre en camino hacia mí mismo! Tampoco entonces tenía chaqueta, sólo la vieja... o sea, casi no era una chaqueta, pero tenía ordenada mi vida. Familia, trabajo de media jornada, horas de trabajo fijas, una casa, demasiado pequeña, entrar y salir. Mi vieja chaqueta de ante de mayo del 68. Vieja y también quebradiza ya. Abrir la tienda y dejar entrar, en mi propio y sagrado orden, las cajas que hay a la puerta y el día. Luego, simplemente, revolver, saludar, cobrar. No, no tenemos bolsas. Como clientes, los raros y locos de los libros

de todo Frankfurt y todos sus alrededores. Media jornada, cuatro horas y ni siquiera hay que poner cara de tienda. Ni siquiera había que hacer como si se tuviera trabajo todo el tiempo. Una nueva caja registradora eléctrica. Incluso sabía cómo había que acomodar los rollos de papel en esa caja registradora. No, gracias, no, no damos bolsas. La mayoría de mis clientes llevaban consigo sus propias bolsas de libros, toda clase de bolsas de libros. Ni siquiera había que envolverlos. La sede principal no estaba muy lejos, pero tampoco demasiado cerca. Un trabajo tan cómodo, ¿cómo aguantar en él? Sibylle y Carina me visitan en su camino a la guardería. Hubiera podido hablar por teléfono durante horas. De mi *croissant* diario y mi rollito de manzana, el primer trozo es siempre para Carina. ¡Puede darle un mordisco! ¡Tiene que hacerlo! Siempre tengo palabras e imágenes listas para ella. Y ella lleva canicas, plumas de pájaro y piedras, que deja aquí en la tienda para mí. Sibylle de libro en libro. Carina en todas las escaleras. ¿Esos son ahora nuestros días? En el patio, un perro que entró a la tienda y se dejó llamar perro. ¡Buen perro!

Una vez que se han ido, ¿cómo voy a aguantar tanto silencio todos los días? Apenas dormía por las noches. Incluso cuando hacía frío dejaba la puerta de la tienda abierta. Sólo puedo leer en paz en la cama. En la tienda, siempre leía varios libros al mismo tiempo. Cada uno en un sitio diferente. En parte sentado y en parte de pie. Incluso caminando. Grandes pasos y pequeños pasos. El suelo cruje. No me dejaban hacer las compras porque pensaban que era demasiado bueno. Había una buena máquina de café. Fumaba sin cesar, todo el tiempo bebía expreso y cola a la vez, sólo para que pasara el tiempo, para tener una medida, para darme cuenta de que pasaba el tiempo. El día a pequeños pasos. En aquel entonces escribía por las noches. Las tardes con Sibylle y Carina. Poco más de tres horas de sueño. A menudo en sueños en la tienda en la cama. En camisón o, ¿qué llevaré? Clientes, espías, autoridades, colegas de la sede principal, gerentes, clientes (¡cada estante es un superior que me inspecciona!). Al parecer aún no han visto la cama y mi camisón y que duermo en la tienda durante las horas de trabajo. El edredón se resbala. ¿Cómo ha venido la cama hasta aquí conmigo? Quizá hasta ahora haya sabido distraerlos con habilidad, pero ahora tengo que ir delante de sus narices hasta el atril que tiene los catálogos, y luego a la caja, ¿y entonces? Tengo ese sueño

cada vez con mayor frecuencia. Y siempre se da uno cuenta de que sueña cuando está en mitad del sueño. Precisamente en la tienda, en mi horario de trabajo, me asaltaban sin cesar imágenes lujuriosas. Arrebatadoras, una serie, luego series de series, y así todos los días. Para mi libro siempre me llevaba notas a la tienda, y a menudo también las páginas de la noche anterior. Para leerlas y corregirlas. Escribir en la tienda propiamente dicho me habría parecido demasiado arriesgado. ¡Para volverse loco! Habría podido cortarme las uñas todos los días. Por primera vez en mi vida disponía de horas para hacerlo. Reflexión, tiempo para pensar. Óperas o lenguas extranjeras con los auriculares. Una detrás de otra. Mi amigo Jürgen aparece en la puerta como un cliente. Tenía en la mano *Alcools* de Apollinaire. «Zona», se llama el poema. ¡Léelo ahora, léelo enseguida!, dije, como si lo hubiera estado esperando en la puerta con el libro abierto. Quizá desde hacía semanas. O como si hubiera sabido hacía mucho que vendría ese día. Aquí hay una silla. ¿Quieres un cenicero? Lástima que no tomes expreso. ¡Lee! Lee y no te asustes si un gran perro entra desde el patio. Sólo es un alma buena que nos conoce. ¡No te dejes perturbar y lee! Pascale viene a buscarlo. Tiene que haber sido en primavera. Un vestido ligero como el viento, rojo oscuro, como hecho de pétalos de rosa, y además supercorto. De Lyon. Ahora en Frankfurt. Se ve desde lejos lo enamorada que está de él.

Anne siempre viene a la tienda entre la una y las dos. Oficialmente su jornada de trabajo y la mía se solapan una hora. Ella tiene sus enemigos entre los clientes, yo no. Me trae una manzana, otra vez es otoño, y todos los días yo le enseño un poema, o un verso de un poema, o cualquier otro pasaje de un libro. El negocio es el negocio. Esas canicas, plumas y piedras son de mi hija. Las necesita para hacer magia. Y Anne se acerca con tanta nostalgia a esas cosas, a esos objetos, como si quisiera hacer magia. ¡Si pudiera hacer magia durante todo el día! Los días fríos viene y lleva un huevo duro en cada bolsillo del abrigo. Muy duros, para que conserven el calor. Y desde su casa a la parada del tranvía, y luego el camino entero hasta aquí (con trasbordo en la plaza de la ópera), se calienta las manos con ellos. Antes de irme, cada uno se queda con un huevo y al pelarlo tiene el presente en las manos. También teníamos sal en la tienda, nuestra propia sal. En una ocasión dije: ¡Si estos huevos fueran de colores! Al día siguiente, un huevo rojo y un huevo verde. En mitad del invierno. Yo siempre llevaba ventaja con las conversaciones y los

relatos, porque ella estaba sin aliento del camino y yo, además de hablarle de mí y de la jornada y de los libros de la tienda, siempre tenía que hablarle de mi escritura y de Sibylle y de Carina. De mi falta de sueño, de los libros de casa y de los libros de la biblioteca. Del ayer, de mi infancia. Con frecuencia también de otros países. Antes de irme siempre dejaba en orden los cestos y las cajas, las entradas de productos, para que pudiera desembalar los libros y apuntar los precios. Casi nadie de la sede principal venía a vernos a la tienda de antigüedades. La mayoría de los clientes no llegaban sino hasta por la tarde. La tienda de antigüedades no era más que una filial. Tres años y, antes de que volviera a empezar un verano, la tienda de antigüedades primero fue vendida junto con el negocio principal, más tarde fue cerrada para siempre.

Ahora estoy a la entrada del banco. En el atardecer húmedo y neblinoso. Principios de diciembre. La segunda semana según el nuevo cómputo del tiempo. Yo aún vivía en la Jordanstraße. Y Anne todavía no sabe nada de ese nuevo cómputo del tiempo y, en consecuencia, en su mente yo sigo con Sibylle y Carina y un libro recién empezado en una casa abuhardillada con grandes ventanas, me adentro en el tiempo en una casa de firmes muros, y es posible que ella quisiera ser Carina. Junto a ella, junto al abrigo de piel. Una gran bolsa de libros que traigo para ella. De pura desesperación, como una piedra. Ni una sola palabra, me dije. ¡Quizá nunca vuelva a decir una palabra! Luego, le explico el nuevo cómputo del tiempo. Sólo en aras del orden, sólo mencionarlo, sólo para que sepa. ¡Sólo para que sepa por qué apenas me han quedado palabras, y pronto no tendré una casa! ¿Adónde ir? A ninguna parte. Sibylle, el libro y mi hija. Apenas quedan palabras, y al mismo tiempo estoy como sordo. Lentamente los coches. Con los faros encendidos. La entrada de los grandes almacenes. Transeúntes y estrellas de Navidad. Mis siete años en Frankfurt desfilando ante mí. Y sigo. La bolsa de libros de Anne, que colgaba pesadamente de mi mano y temblaba como un animal. El café-heladería en la Leipziger Straße. Dejar la bolsa de libros. Quitarme mi vieja chaqueta y es como si alguien, preso de la fiebre, me hubiera puesto un violín en la mano. ¡Los primeros sonidos! Sólo a modo de prueba, y ya en medio de todo. Un violín de zingaro. Y lo que tocas siempre es tu propia vida. Ella Campari, yo un expreso, luego cola. Hace años que en este café siempre pido un Chinotto a los meseros italianos, y ellos dicen: ¡Ah, qué pena, *signore*, por desgracia hoy

no tenemos Chinotto! Un pequeño mechero de oro que sale de su bolso. Robado, dijo ella. Porque parece tan grandilocuente y es tan pequeño. Y práctico. ¿No hay Chinotto? Entonces cola. Precisamente ahora, dije yo. En mitad del presente, en mitad de mi vida. ¿Sigo siendo yo? El mesero que trae mi cola, y ella que ya va por el segundo Campari. Me tiembla la mano. Nos oía reír. En todas las mesas, gente que viene de hacer sus compras. Pronto será Navidad. Como sordo aquí, entre las voces. Nunca he hecho música. Y nunca la haré. Y sin embargo, podría sentir cómo es sostener un violín en el brazo. Un violín de zíngaro, y entonces el mundo empieza a vacilar violentamente.

Y, dije yo, precisamente en los últimos meses, es decir, ¡no ahora, sino antes! ¡Antes de la separación! ¡Durante todo el verano, y hasta hace dos semanas! A menudo he pensado que, al final, estoy aquí para aprender cómo se vive, come, duerme, se respira todos los días y se reparte el tiempo y el trabajo y se mantiene pacientemente bajo control, ¡yo! Y cómo se mueve uno. Porque concretamente con un niño, así que todo lo hemos aprendido a través de nuestra hijita. También para poder escribir. Para soportarlo. Y para no olvidar nunca nada. Si se quiere escribir, hay que hacerse viejísimo. Para sentirse en casa, con una vivienda fija y vida cotidiana y paz. En la Jordanstraße, el portal. Incluso muebles. Incluso una lavadora con instrucciones de uso y certificado de garantía. Diez años de borracheras y calles, diez años y otros diez años. Y sigues vivo. Y entonces piensas que sabes lo que sabes, para siempre. En vez de que uno se devora constantemente a sí mismo, dije. Las cinco de la tarde. El café en la Leipziger Straße. Mi propia vida. A menudo después de las compras aquí con Carina. En la pared, fotos en color de los Dolomitas. Café Cortina. Los meseros me conocen. Con lo torpe y complicado que soy, dije, probablemente nunca vuelva a conocer a una mujer. No volveré a tener trabajo ni casa. Un libro sobre el pueblo de mi infancia. Mi tercer libro. Quizá no lo termine nunca. El mesero vino a cambiar el cenicero, y yo seguía como con un violín. Estaba allí sentado como un músico zíngaro. Mejor de pie, dando vueltas por entre las mesas en el suelo vacilante. Como en un barco en medio de la tormenta. Y además, dije cuando volví de hacer pis y de ver mi imagen en el espejo, que esta desgracia no me haya servido de experiencia. Porque me va mal bastante a menudo, esto se repite. Eso lo sé hace ya mucho. Quizá todo esto no me habría pasado si no

hubiera leído a Villon con entusiasmo a los dieciséis y me hubiera creído cada palabra. Todas las mañanas con Carina atravesando mi memoria, Europa, el presente, mi vida entera, y todos los días y países, hasta la guardería. Una lavadora comprada antes de nacer ella. Compré la lavadora con el anticipo de mi primer libro. Antes, en la asociación de consumidores, todos los informes de prueba de lavadoras. Fue idea de Sibylle. Para comparar. ¿O no se dice asociación de consumidores? Las instrucciones en ocho idiomas. E ilustradas. Y de pronto todo fue ayer. Con una voz como un violín, y luego puedes volver a respirar. Sentarte y respirar. Es Anne. Pregunta si quiero irme a vivir a su casa. No, dije, ¡ya encontraré algo! Ella preguntará. También dinero, si es que necesito dinero. Incluso mucho dinero. Yo sabía que ella siempre tenía deudas. Incluso a los buenos amigos los deja ir a su casa a disgusto. Ni siquiera de visita, o como mucho durante una o dos horas. Como un zíngaro cuando ha dejado de tocar. ¡Tengo calor! ¡Fiebre alta! A nuestro alrededor vuelven las voces. El violín cautelosamente apoyado en el bar, en la barra, mejor dejarlo en el paragüero. Con ese silencio seco. Aquí, en la esquina, donde el suelo reluce. Linóleo. Un silencio encerado. Aunque es pequeño, el violín de zíngaro, y además invisible: a partir de ahora, los meseros y sus sucesores siempre tendrán cuidado en el futuro de no pisar el arco. Al pagar, cada uno paga lo suyo. Hace años que es invierno. Y, con ella, poco antes de cerrar los comercios, por la Leipziger Straße, hasta la parada de tranvía de la Bockenheimer Warte. Un abrigo de piel en tonos dorados y diminutas gotitas de plata en los hombros y en el cuello, un atardecer húmedo y neblinoso.

5

En la Juliusstraße. ¿Dónde está la Juliusstraße? Justo a la derecha de la Leipziger. En la esquina hay un supermercado, un HL, y justo al lado una caja cubierta de azulejos verdes, un edificio de apartamentos. Apartamento de una habitación, para alquilar a partir del 15.12 o del 1 de enero. Un pequeño anuncio en Blitz-Tip. Al teléfono, una mujer de Pakistán, y sólo cuando vas reconoces la casa. Hace años que pasas por delante. Se ve desde la Leipziger. Llamar a la puerta y esperar. El timbre no funciona. El portero automático está desconectado o defectuoso. El portal, probablemente cerrado. Si no hay ningún nombre puesto, el cuarto por abajo en la segunda fila empezando por la izquierda (¡hay alguien que siempre hace los letreritos!) y esperar a que bajen al portal con la llave. Es el tercer piso. El ascensor no funciona. La mujer está empaquetando. El cuarto está en restauración. Bolsas de plástico y de papel y cajas de cartón por el suelo. Botes de pintura. Los muebles amontonados en un rincón. En mitad de la estancia, un hombre subido a una escalera pintando el techo. También él parece pakistaní, pero ambos hablan entre ellos en un alemán lleno de tropezones. Ella su alemán, él su alemán. ¿Quizá de Afganistán, Persia, de Irak? ¿Un turco, un kurdo? En una ocasión da la vuelta con ella a la escalera. Una gran ventana da a la calle. Al pie de la ventana, el radiador. Aquí en el rincón la cocina rinconera. Allí, la puerta que da a la ducha y al baño. Luego, con ella en el pasillo. Puertas a derecha e izquierda. Cubiertas de chapa. Casi todas golpeadas, dañadas, rotas. Una de cada dos, rota. Los apartamentos son todos iguales. Unos dan a la calle, los otros, al interior. Al aparcamiento del Bilka, sobre garajes y botes de basura. En una ocasión el pasillo asciende. Y en otra el pasillo descende. Luego, un piso más abajo. El mismo pasillo. Una habitación abierta. Vacía, falta la puerta. Revestimiento de PVC, moqueta si se paga un suplemento. Cuanto mayor es la

distancia del cuarto de ella, mayor es su alivio. ¿O solamente me lo parece? De Pakistán. Qué cristales tan gruesos en las gafas. Y qué atónitos los ojos, no te has dado cuenta hasta ahora. Vaqueros y jersey debajo de una bata blanca abierta. En Darmstadt, en Merck. Control de relleno y empaquetado. Y por eso el traslado a Langen bei Darmstadt. Pero en realidad es técnica titulada en laboratorios químicos. En realidad, lleva toda su vida en camino hacia América.

Sigo bajando la escalera. La luz de la escalera sólo alcanza de piso a piso. Y cruje cada vez que se enciende. Ahora, a la entrada de la casa. Una pared entera llena de buzones. La mayoría abiertos. Las cerraduras rotas, las puertas dobladas. Sin puertas. Y hay buzones quemados. ¿Hace poco? ¿Hace mucho? Algunos han ardido varias veces. Arden todas las semanas. Filas enteras de buzones negros de hollín. El hollín también sube por la pared. Huele a chamuscado y a quemado. ¿Y la gente, los nombres? Nombres turcos, indios, polacos, serbocroatas, portugueses y griegos, que durante el día trabajan en Messer Griesheim, en las fábricas de pintura de Höchst y en las cadenas de montaje de Opel en Rüsselsheim. Las mujeres en VDO, en las fábricas de Adler, en Hartmann und Braun. Y por las noches con toda la familia en columnas de limpieza en los grandes almacenes del centro, en la empresa de transportes y en la ciudad de oficinas de Niederrad. La mayoría de los buzones no tienen nombre. En la pared, el reglamento del edificio, órdenes y garabatos obscenos, sin rastro de pasión ni talento. En el suelo, montones de periódicos gratuitos y folletos publicitarios de Frankfurt, en parte recién empaquetadas y con el cordel puesto, en parte sólo tiras de papel. A lo largo de las paredes hasta la escalera. Las ediciones de varias semanas. Y prospectos en color de Bilka, de Aldi, de Kaufhof, de Schlecker y de HL. Recién salidos de la imprenta. En montones. Relucientes. Algunos se han mojado hace poco y ahora no son más que bolas húmedas, desteñido el montón entero. Cerillas quemadas, cajetillas vacías de cigarrillos, colillas, botellas de cerveza, latas de cerveza, latas de cola, cristales rotos, huellas de zapatos, chicles escupidos, bolsas de plástico, basura, desechos, porquería. Hay contenedores, pero no. Se ve que no se usan. El ascensor, abierto y detenido. Quizá porque la puerta no cierra. No funciona. Apartamentos de una habitación, todos iguales, pero también familias con hijos. Y todo ilegal, cuántos indios en una

habitación. Un indio con permiso de residencia y de trabajo como auxiliar en una cocina de un puesto de comida rápida. Ocho marcos la hora. Eso vale para un indio con permiso de residencia pero sin permiso de trabajo. Por siete marcos, por siete cincuenta. Porque el próximo que ocupe su puesto lo hará por seis. Y el séptimo o el octavo no tiene pasaporte, ni siquiera nombre, y agradecido hará el trabajo por tres noventa la hora. Sin nombres. Nadie conoce su rostro (¡no necesita rostro!). Un fregadero infernal. Y recoger y limpiar después del trabajo. Gratis. Todos los días tres cuartos de hora. Por lo menos tres cuartos de hora. Forma parte del trabajo, todos los días, va incluido gratis. O lo hacen entre tres y se reparten, ahorrativos, una octava parte de su vida. Tres rostros, tres sombras apresuradas con o sin rostro, y un permiso de trabajo para todos. El fregadero está en el sótano. Ascensor para los cacharros. Mientras el fregadero funciona, nadie de arriba se deja ver abajo, salvo el ascensor. El que tiene permiso de trabajo, el primero, el indio principal, hace los turnos, hace poco que lleva unas gafas que le ha dado el seguro y habla en inglés con los indios auxiliares.

De un lado para otro en metro, y en el metro brotes de sudor, contener el aire, quedarse allí de pie y temblar. Sentado, dormitar y temblar. Incluso dormido y en semisueño, temblar. En Bockenheim, Preungesheim, Griesheim, en los barrios de Estación, de Gutleut, de Gallus. Seguir vivo, ya no conocerse a uno mismo y cada día por turnos. Dividirse en el día. Vivir y dormir por turnos. Cuatro-ocho-doce indios o indios auxiliares en una habitación, en el pasillo, en el cuarto de calderas y en la escalera que da al cuarto de calderas. Las cifras de cada día tomadas del periódico. Exactamente igual a las de la Lotto, los resultados del fútbol, las cotizaciones bursátiles y la suma diaria de toxicómanos muertos. Frankfurt am Main. Y como mensajero en bici, repartidor, vendedor de periódicos. Con ojos vivos y manos rápidas. Esperando que te llamen en el mostrador de carga. Cargando cajas en el mercado central. Como mozo ilegal en una obra. Y a las tres y media de la mañana, al azar, delante de los almacenes y centros de refrigeración de la terminal de carga del ferrocarril. A partir de las seis de la mañana, aunque llueva, delante de un semáforo con periódicos, montones enteros de valiosos e incomprensibles periódicos en la calzada. ¡No pueden mojarse ni ensuciarse! Desconocido, una carga, un peso. Comisión. Alleenring, Reuterweg,

Schlossstraße, Theodor-Heuss-Allee, Kennedyallee, Stresemannallee, Friedrich-Ebert-Anlage, Taunusanlage, Thaterplatz, Bockenheimer, Mainzer, Darmstädter, Mörfelder, Friedberger, Hanauer, Offenbacher Landstraße, el centro, todas las carreteras de salida. Bild, Rundschau, Abendpost y el Allgemeine. Capucha e impermeable de plástico, el cambio por la ventanilla. Tráfico laboral. Siempre pendiente de la carretera, siempre pendiente de los semáforos. Con el viento a favor. ¡No confundirse con el cambio, y no dejarse atropellar! Si no llueve, chispea. Todos los días de seis a nueve. Y por la tarde, voceando las ediciones vespertinas por entre *relucientes* nubes de humo. Ruido, polvo y contraluz. Por las noches en las tabernas con flores muertas que nadie quiere. En una *razzia* que por supuesto no es una *razzia*, sino un control rutinario de personas y pasaportes, en una casa de la Schleusenstraße dieciséis indios en un cuarto de diecinueve metros cuadrados. Indios e indios auxiliares. De Eritrea, Argelia, Rumania y Bangladesh. También hay indios ricos en Frankfurt.

Con ella a la entrada. El alquiler, cuatrocientos ochenta más corretaje más calefacción, electricidad, agua, recogida de basuras, gastos accesorios, fianza. ¿Y quizá un aumento del alquiler? ¿Cinco por ciento? ¿Diez por ciento? Quizá su comisión, si ella trae un inquilino. Una administración de fincas con oficina de comisionistas. Ella espera estar fuera para el quince. Tiene casa en Langen para el 1 de diciembre. Es un tiempo. Y un plazo de preaviso, pero ¿y si ella trae un inquilino? Por desgracia no tienen que aceptarlo. Ya hay once en la lista. Conmigo doce. Saca lista y bolígrafo del bolsillo de la bata. Es delgada, tanto que se abraza con sus propios brazos, y empieza a tener frío. De Pakistán, y tan pálida. La pared como apoyo para escribir. Los bolígrafos no escriben cuesta arriba, ¡no pueden! Nombre, dirección, teléfono, ¿ese soy yo? El bolígrafo no acaba de ceder. En su lista ha olvidado nacionalidad, profesión, empresa, ingresos y cuenta bancaria. Está allí de pie y tiembla. ¿O soy yo el que tiembla de ese modo? ¿O tiembla la casa? Pasado mañana con la lista a administración. También sabe para cuándo estará lista la mudanza y la restauración. Hace ya años que es invierno. Me sostiene la puerta, de pie, y está helada. Y los ojos detrás de las gafas siguen igual de atónitos, ¿o sólo ahora, o es cosa de las gafas? Mucha suerte, ya tiene el número de teléfono. En la calle, enseguida, un rodeo. Las puertas de chapa, y cómo cualquier susurro,

cualquier sonido, es enseguida un ruido. Un estrépito que resuena día y noche en mi cabeza y por todos los pisos. Sólo el interruptor de la luz de la escalera me arrancaría para siempre de cualquier sueño. ¡Una y otra vez, para siempre! Cuatrocientos ochenta más gastos es más de lo que pagábamos por el piso de la Jordanstraße. Sólo faltan unos días para el quince. El nuevo cómputo del tiempo. La tarde, pesada y sombría. Me enfila. El próximo que venga se quedará con el número trece. Incluso si tuviera dinero, no me darían la habitación. ¿Quién ha ideado esa casa? ¿Cuándo y con qué motivo? ¿Qué era antes? De la Leipziger Straße a la Hessenplatz y a empezar en la cabeza, de esto surge una historia para Sibylle y Carina. Están en la guardería o de camino a casa. Y no saben que yo estoy aquí.

De Pakistán. De Pakistán y tan pálida. Es como si siempre la viera de pie a la entrada, helada. Delante del ascensor que no funciona. Delante de la pared de buzones quemados. Delante de la basura y la porquería y el reglamento y de los coños y los rabos pintados en la pared como por obligación y los periódicos y folletos sin leer. Darse la vuelta e ir a verla otra vez y decirle ¡esto no es así! No como la casa, no tengo tiempo (¿de quién es el tiempo?) y no tengo bastante dinero y los pequeños anuncios en Blitz-Tip y los turnos y el tranvía, el metro, autoridades, la oficina de reglamentos, grandes almacenes, el tranvía y el tren ligero. ¡Y tampoco debo! No es la vida, y tampoco el país y la época. Y tampoco la gente. Por ejemplo los niños, un niño, cada niño. Allí el hombre y la mujer con el niño. El niño aún es pequeño. Y más a lo lejos un mediodía de otoño. ¿Ya ha sido? ¿El futuro? Dos enamorados que vuelven los rostros el uno hacia el otro sin dejar de andar. Por ejemplo en Staufenberg, es un pueblo. No está lejos de aquí. Allí hay rocas basálticas que son azules. Los adoquines del suelo también son azules. Una pequeña lluvia de mayo, que también ha pasado. Y cómo brillan los adoquines después de una lluvia como esa. Enseguida los pollos vuelven a salir de debajo del alero. Enseguida vuelve a salir el sol. Casas con entramado de vigas de madera y tejados rojos y todas las ventanas abiertas. Jardines y puertecitas de jardín y graneros. En cada establo las golondrinas. Hay una torre que tiene rostro. El pueblo está encima de rocas basálticas. Siempre que te sientes como ahora la torre te mira. Y exactamente así suena su canto. Y canteras. Arenisca, roja al atardecer. En las canteras, pinos. Rojos como el cobre las ramas y los troncos de los pinos. Jardines y setos y senderos campestres. Dos huellas alargadas de carromatos,

siempre hacia el horizonte. Blanca o roja la tierra de los caminos, según adónde vayas, y en verano todo se convierte en arena. Primero arena y luego polvo de verano. O vuelven a cubrirse los caminos de vegetación. Hay estanques. Con juncos y cañaverales. Y ranas que se adentran en la noche. Al menos una pasarela de tablas en cada estanque. A las afueras del pueblo los estanques. Por la tarde, algunos de los estanques son como de oro líquido. Sales del pueblo. La carretera de Odenhausen no es más que un inalterable sendero pedregoso. Pero la carretera nacional 3, la Schossee, la vieja ruta de los carreteros, está asfaltada. Describe un amplio arco delante del pueblo y corre. Corre hacia la lejanía. Hacia el Sur, hacia el Norte. Oyes el tren nocturno pasar por el valle occidental, entre el río y la montaña. El río es el Lahn. Y junto al Lahn, silencioso, el Alte Lahn. Completamente cubierto de nenúfares. A la luz del atardecer. El sol aún está alto en el cielo. Durante todo el día, el cuco ha estado llamando desde el bosque, y ahora el bosque está ahí y llama. Nos llama con su silencio, con múltiples voces. Volverá a ser mayo. Huele a heno. Primero el heno, luego el segundo corte. Sales con la aurora hacia los bosquecillos de cerezos de Staufenberg. Mayo o primeros de junio, y pronto las cerezas estarán maduras. Pero un mayo pasado tiene que haber quedado muy atrás, y cuando vengas la próxima vez ya no reconocerás nada. De Pakistán. Y ahora tiene que ser una historia invernal. ¿Sabe ella para qué dolores son las pastillas y las gotas que rellena y pesa y cuenta en la cinta continua en su trabajo diario en Merck? Al menos su trabajoso dialecto de Frankfurt, te dices, le servirá también en Langen y Darmstadt. ¿Por qué no? ¿Puede ir con él hasta Mannheim, Karlsruhe, Düsseldorf o incluso más allá! ¿Cuántas vidas necesitará aún hasta llegar a América? ¿Y cuánto tiempo hasta que todos lleguemos allí? ¿Hasta que incluso el último indio auxiliar llegue a América y le den sus gafas con montura dorada?

Así conmigo. Conversaciones conmigo, las calles vespertinas y cada vez más. Del pueblo. Cuántos años hace que escribía una y otra vez mi primer libro. Y luego, para la última versión, para la versión en limpio, expresamente a Frankfurt, Sibylle y yo. En nuestro primer año en Frankfurt tuvimos que mudarnos cinco veces. En una ocasión junto a la Westbahnhof, ella y yo, vimos un cuarto en un edificio de apartamentos con azulejos blancos y amarillos. ¿Dónde está la ventana? Ahí arriba, justo al borde del techo. Una ventana

basculante con una palanca para abrirla y cerrarla. Casi no era una ventana, era casi como estar en la cárcel. Sin futuro, sin perspectivas. No podía ser. Sólo puedes mirar desde abajo con tu nostalgia y el peso del mundo y titubear con la palanca. Angustia, dolor de cuello. Estar de pie y tragar. Como en un pozo. En el fondo del tiempo. Y sin redención a la vista. Luz de neón. Una celda individual. Has visto, aquí dentro uno solo puede matarse todos los días. La habitación del suicidio. Colgarse o gas. Pero ¿qué pasa entonces con la factura del gas? Colgarse al pie de la ventana. Amarrar con paciencia la soga a la bisagra. ¡Sin maldecir! En realidad es un cuarto para saltar por la ventana. Quizá por eso sólo haya una ventana basculante, y casi inalcanzable. Por motivos de seguridad. Autoprotección. La palanca para abrir y cerrar y como prolongación pared arriba una barra de hierro con mango y bisagras. ¿Subir y aplastarse con ellas? ¡O romper el cristal, hacer llover las esquirlas encima de la cama y enseguida todo lleno de sangre! ¿Y poner un esparadrapo? ¿Y si ahora llaman a la puerta? Saltas, y vuelve a no ser lo bastante alto. Como mucho si abajo hay objetos peligrosos. Hay que hacer las cosas con cuidado, hay que hacerlas por uno mismo, y luego, en el salto, tratar de acertar. Las esquirlas no bastan. Lo mejor son los artilugios agrícolas. Arado, rastrillo, trilladora, una segadora, pero ¿de dónde la sacamos? Una obra con excavadora y apisonadora. Al pie de la ventana, un fuego. ¿Bidones de alquitrán? ¿Aceite hirviendo? ¿Gasolina? Los contenedores con oxidado escombros de hierro estaban bien, allá en los viejos almacenes. Pero están demasiado lejos, son tan grandes como garajes y no se pueden mover. ¡Si pudiéramos volar! ¡Al menos de vez en cuando! ¿A dónde vamos ahora? Te arrastras con tus pensamientos. ¿A dónde? A los terrenos del ferrocarril, al otro lado, y al borde del día a lo largo de los raíles. Tu último paseo. ¡Tenías que haber dormido antes! Involuntariamente empiezas a cojear. Viento en el rostro. ¿A dónde? A pie del Main, por tus propios medios. Pero, en cuanto se sale de esta habitación se pierden las ganas de morir. Quizá no enseguida, pero poco a poco, cuanto más se camina. En casa, a la vuelta de la esquina, hay un quiosco, un puestecito de Frankfurt. Por aquel entonces yo aún bebía. El quiosquero es un indio. Enseguida, una petaca de aguardiente por dos marcos. Habría preferido brandy, pero en Frankfurt el aguardiente más barato sigue siendo el de maíz. ¡Vaya un dormitorio para suicidas, hay que tomar una copa de aguardiente! La habitación costaba trescientos veinte más gastos. Vivíamos en Niederrad, Sibylle y yo, pero ya no nos quedaba mucho tiempo. Quizá nos

dijimos: volvamos a pie a casa y nos ahorraremos dos marcos y seguiremos vivos, y por eso el aguardiente. O volvimos en tranvía sin billete. Gratis. Aunque en realidad sólo debe hacerse eso cuando uno acaba de embolsarse los cuarenta marcos de multa que le ponen en un control y puede prescindir fácilmente de ellos (es decir, no los necesita en absoluto).

Entonces. Una separación era impensable entonces. Incluso hace tres semanas y media. Incluso ahora sigue siendo impensable, me dije. Un nuevo cómputo del tiempo. ¡No te pongas enfermo! Y desde entonces no puedo recordarme en un solo sueño. Caminar y caminar. La Friesengasse. De vuelta a la Leipziger Straße. Un carnicero turco, un sastre de arreglos, otro sastre de arreglos, una frutería. Una tienda con ropas indias y aceites aromáticos y paños de colores. Tres tiendas de ropa seguidas con restos de existencias y piezas sueltas. Muy venidas a menos. Siempre la temporada, que acaba de pasar o está a punto de terminar o volverá pronto. Portales, entradas de tiendas. Un zapatero, pinturas, alfombras, menaje, electrodomésticos. Esas tiendas son como las de la sumergida provincia de tu infancia. Artículos de regalo, importados desde Turquía. Lentamente los coches. Al paso. Hacia el atardecer. Con los faros encendidos. Estrellas navideñas. Transeúntes. Y entonces empieza a nevar delante de tus ojos. Grandes copos. Nieve húmeda que no cuaja. Periódicos y cigarrillos. Ultramarinos italianos. La tetería. ¿No hemos estado en la tetería? Calientitos, con esa luz de color miel, Sibylle, Carina y yo. A las mesitas de madera blanca. Aún tomamos una taza de té de pie, esta tarde, con galletitas de jengibre. Té, azúcar candy, especias. Velas y abanicos y kimonos. Jarras y jarrones de China. Una tarde como la de hoy, además de a China, olerá a Navidad. Cuatro o cinco muchachas para echar una mano. Y todas nos conocen, y conocen a Carina. Y la propietaria. Tan rubia, tan esbelta, con unos ademanes tan graciosos, que Sibylle siempre tenía que ayudarme a observarlos. ¿Hace eso? ¿Lo sabe? ¿Le sale así? ¿También cuando tiene prisa? ¿También cuando está cansada, desanimada y con dispepsia? ¿Incluso cuando nadie la ve? Sibylle intentó, en casa, imitarla para mí. Incluso desnuda. Incluso hace poco, me dije. En octubre aún. Y ahora aquí conmigo y solo. Como un desconocido, ahora. Anónimo. Invisible. Mudo. He pasado tres veces delante de la tetería, una sombra, un fantasma, y no nos he encontrado. ¡No estamos, ya no estamos! Luego en el Bilka. Entrar y salir. Ojos de

supermercado. Y seguir. La entrada del centro comercial. Extranjeros, parados, vendedores de periódicos. Mi vieja chaqueta. ¡Que no se te mojen los pies! ¡Cuida los zapatos! Una nieve húmeda, los mendigos se van. Enfrente de Kaufhof, la droguería Schlecker. Contar mi dinero. Y, en un ataque de objetividad, comprar detergente. En realidad, habría tenido que comparar primero las marcas, las cantidades y los precios en Aldi, en Penny, en Bilka, en Kaufhof, en Schade y en HL. ¿Cuánta energía limpiadora? Cepillos de dientes, dentífrico, jabón, shampoo, gel de baño, crema cosmética, papel higiénico, pañuelos de papel, lavavajillas, limpiador, reparador ¡hay que comprar todo eso antes de que se acabe por completo! Así que con el tiempo hay una provisión, un excedente, un pequeño y espléndido jardín que florece y crece con uno: *¡Se sabe para qué se vive! ¡Superpaquete ahorro!* En cada compra ahorrar tiempo, ahorrar dinero, ahorrar tiempo y dinero y ¿dónde meto toda esa porquería en casa? ¡Como si el día no hubiera existido! Cuando teníamos un coche y un futuro, al menos en el pasado, todos los viernes teníamos que ir al centro Main-Taunus y a Ikea y a los supermercados Massa y Toom, alrededor de Frankfurt. Vida de familia. Viernes o sábado. Algunas semanas, dos veces a la semana. Coche y baúl de ultracongelados. A menudo aquí, en la droguería Schlecker, los pañales para Carina, a menudo con el penúltimo dinero. Una vez en junio. Queríamos ir a Francia a visitar a Jürgen y a Pascale. Queríamos hacer *auto-stop* con Carina al día siguiente. Sin dinero apenas. Mucho trabajo todo ese último día. Casi insuperable. Yo a la guardería, a recoger a Carina. Sibylle trabajará hasta entrada la noche en la mesa de luz en la corrección de unas compaginadas, y mucho después de medianoche las llevará en bici a la editorial.[4] El trabajo, mi bloc de notas, un mapa. Tender ropa en el patio, al aire libre (¡ni una nube en el cielo!). El viejo bolso de viaje. Empezar a empaquetar, y ya como medio dormidos. Y, en medio de aquella confusión, nos dijimos y le dijimos a Carina: ahora vamos a ir a la Leipziger Straße y vamos a tomarnos tiempo. ¡Ven! Una tarde de junio. El cielo sin nubes. Tan azul como el cielo de la eternidad. Lentamente, los tres subimos y bajamos la Leipziger Straße, de un lado a otro. ¡Somos nosotros! En el presente, a esa luz. Y nos teníamos, y teníamos ese día, para siempre. El día antes del viaje. Dos días antes de mi cumpleaños. El día en que empezaba el verano. Los tres en medio de toda esa gente, pensamientos, espejos y entradas de tiendas. Como una lenta caravana. Como si siempre hubiéramos caminado así. Y como si ya tuviéramos a nuestro alrededor las praderas del verano y los

senderos de la montaña, el romero, el tomillo, la orilla del río, las Cévennes, el mar a nuestro alrededor. Vamos a bañarnos en el Ardèche y en el Gardon y en el mar. Habíamos prometido a Carina unas sandalias de baño, rojas transparentes o azules transparentes, y ahora no había ninguna de su talla. Para Sibylle sí. Un *stand* a la entrada de una perfumería. A tres marcos, sólo esta mañana. Y reflejos en los espejos, fresco cristal verde oscuro y muestras de perfume. Te compraremos unas sandalias de baño en Francia, le decimos a Carina (Francia, sabe lo que es). Hace días que apenas dormimos, y aquí, ahora, es como si soñáramos. Vestidos claros y verano. El verano empieza ahora. Las muestras de perfume huelen cuando se pasa delante de ellas, y en todos los escaparates, espejos, ojos, gafas de sol, frasquitos de perfume y entradas de las tiendas, en todo reluce algo, el cielo, el mar y la lejanía. Tiene que hacer casi exactamente medio año, calculas, tiene que haber sido el 8 de junio. Ahora aquí, en la caja. El nuevo cómputo del tiempo. He contado dos veces mi dinero. Cinco personas delante de mí. La cajera y la segunda cajera, mortales enemigas. Y además hermanadas, emparentadas y concuñadas. Para toda la vida. Todo se detiene. Solamente, delante de la puerta, la nieve cae cada vez más rápida. Y enseguida el crepúsculo, noche, la noche negra delante de la puerta. Diciembre. La gente como cliente y sin palabras. Demasiado tarde. Ni una mirada. Ofendidos, ofendidos desde hace años. Están aquí en fila ante la caja. Con los dientes apretados. Carritos de la compra. Gastritis. Descuentos. Están ahí y se odian, se odian mutuamente. Dentro de dos semanas será Navidad. ¿No ha habido hace poco un llamamiento para que les paguen a todos? Rápido el tiempo, corre. Los copos caen desde lo alto cada vez más deprisa. Como ojos ciegos. Nieve húmeda, que no cuaja. Las autoridades han vuelto a elegir la nieve de adviento más barata. Y pronto habrá terminado el año, pronto será 1984.

6

El nuevo cómputo del tiempo. ¿Es el mismo diciembre? ¿Como si me hubiera excluido de mi vida! La puerta cerrada, la llave perdida, la llave rota. He olvidado el nombre. Camino de vuelta inencontrable. Se nota en cuanto es demasiado tarde: ¡En ese mismo instante! La llave equivocada. ¿Quién soy? El siglo equivocado. En una ocasión en la Bockenheimer Landstraße, a mediodía. De camino a la guardería. He estado escribiendo, y no me he puesto en camino hasta el último momento. Frío y como si me hubiera quedado en la calle. Puede ser que hablara conmigo y no pudiera dejar de temblar. ¿Quién es ese que va por ahí? ¿Alguien a quien conoces? ¿O sólo se le *parece*? ¿Una confusión, un abrigo de invierno, un error? ¿Pasado? ¿Una vida anterior? ¿Ninguna similitud? ¿El pasado en un libro? En diagonal detrás de mí. Un transeúnte, o al menos esa es la impresión que da. En la misma dirección. Me alcanza. Ya iba a concentrar toda la extrañeza como expresión en mi rostro (sombrío y ajeno, un rostro de mongol) cuando me di cuenta de que hacía dos años había leído seis poemas suyos. Mientras trabajaba en la tienda de antigüedades. Neue Rundschau, nº 2. Por aquel entonces aún tenía mi trabajo. *¡Se llama Harry, enseguida recordaré su apellido!* Siempre estaba en las fiestas de cumpleaños de mi editor. Cuanto más avanzada la velada, tanto más digno y silencioso. Prosecco, Frascati, Whisky. Whisky y Grappa. También traducía para la editorial. Entretanto lo he saludado. Como alguien que siempre todo el mundo enseguida reconoce y sabe cómo es la vida. Y también quién es él. En todo momento. Por supuesto. Hemos caminado un trecho en la misma dirección. En una ocasión incluso nos prestó una tienda de campaña. Hace dos años, la semana antes de Pentecostés. Acababa de terminar mi segundo libro. Terminado en contra de mis expectativas. Mi amigo Jürgen me había dado ochenta marcos y dos sacos de dormir. A finales de mayo, el

miércoles antes de Pentecostés. La genista empezaba a florecer al borde de todos los caminos. Y queríamos ir al bosque con Carina, Sibylle y yo. Aparte de mí, nadie sabe que en el último momento tengo que añadir un ultimísimo capítulo al libro ya terminado. Sibylle se va a recoger la tienda de campaña, porque por aquel entonces era la que, de nosotros, se encargaba del sueño. Del sueño, de la casa, de los días festivos, del mundo y del trato con él y del estado del mundo. Camino junto a él, ahora se me ocurren cada vez más detalles (una sombra de mí se ha detenido a clasificar esos detalles, aquí, ahora, en la acera; otra sombra camina delante, para el caso de que los niños ya estén esperando). Incluso he ido dos veces con él en coche. Un cenicero repleto en el coche. Tan lleno que ya no cierra. Un rápido Golf, naranja o naranja rally. Desde entonces saludo enseguida al pasar cualquier Golf, aunque no sea de ese color. Pero también a cualquier coche naranja, aunque no sea un Golf. Camino junto a él y apenas puedo seguirle el paso, tantos detalles ahora. También aún tengo en la cabeza las últimas frases de mi mañana a la máquina de escribir. Un capítulo sobre los paseos dominicales que nunca tuvieron lugar, y sobre los inútiles domingos en el campo. El pueblo de mi infancia. Antes de la separación, en otoño, ya había empezado ese capítulo. Sólo había querido escribir tres frases, y ahora no había manera de terminarlo. El manuscrito en casa, encima de la mesa. La casa ya no es mi casa. Y el tiempo tampoco es mi tiempo. ¿De quién es el tiempo? La separación, Carina, diciembre y una tiniebla en mi interior. Con esa tiniebla camino junto a él, y en mí reina un silencio de muerte. Trabajoso el camino, paso a paso. La Bockenheimer Landstraße se arrastra delante de nosotros. El día es de hierro y rechina con todos sus eslabones y bisagras. No ha habido bastante tiempo desde la mañana. De la mañana siempre se llega un poco demasiado tarde. Desde hace días, desde hace años ya. He escrito hasta el último momento, y ahora camino junto a él con la fuerza de la gravedad (se llama Harry, ¡enseguida me acordaré de su apellido!). Junto a él, junto a mí y con lo perdido que estoy no he oído mi voz. Tan sólo sus respuestas. En cambio, él conoce mi segundo libro, o al menos lo ha tenido ya en sus manos.

Lecturas, dice, una lectura. ¿Has estado en Vau-Es? Periódicos, redacciones de periódico, la radio de Hesse. Recensiones, una radionovela, un *Feature*. ¡Un *Feature* es más fácil! ¡Pagan un adelanto por él! Y, al ver la

interrogación escrita en mi rostro: lo que es un *Feature* lo decide el que lo escribe. O el que lo emite. Quizá también puedas, dice, Wolfgang Utschick y yo estamos ahora en el teatro. Como acomodadores de palcos. En la Schauspielhaus. Trabajo fácil. Mucho tiempo. Sólo hay que poner a la gente en su sitio. Ni siquiera eso. Te pones a la puerta, saludas con la cabeza y haces un gesto con el brazo. Se aprende fácil. Y tampoco hay que decirles algo. De traje oscuro. La mayoría de las veces no se dice una sola palabra. En cuanto la obra empieza puedes hacer lo que quieras. Sólo tienes que quedarte hasta el final de la representación, hasta que todos se han ido. Por si hay un fuego, para asegurarse de que nadie se haya quedado dormido. O ves la obra o te quedas, en tu calidad de acomodador, en la sala de espera. Hay una sala de espera propia. Hemos escrito una obra en el teatro. Wolfgang y yo, durante nuestra jornada de trabajo. El encargado es tal y tal. Inspector o inspector superior de la casa. O hay una plaza libre, o va a quedar libre enseguida. ¡Creo que aún están buscando a alguien! Y, si quieres, te puedes pasar el día entero escribiendo. O adentrarte en la noche después de la representación. Como quieras. La noche te pertenece. Y, dice, luego está el estudio de literatura de la radio de Hesse. La doctora Altenhofer. Llegamos al cruce. El número, dice, no llevo encima la agenda de teléfonos. El teléfono directo te lo dicen en la centralita. Llama y ve, o envíale un manuscrito. ¡Y mucha suerte! En el cruce: él sigue y yo me detengo. El libro va a ser mi tercer libro. Un domingo, dije a su espalda, o murmuré sólo para mí. ¡Anotar un domingo! Ahora ya desde octubre, desde finales de septiembre ya. Un domingo del año siguiente a la reforma monetaria. Y las mujeres con el trabajo diario en la casa, con el tiempo, con sus nombres, pensamientos y expresiones. En el pueblo las mujeres, de casa en casa. En cada momento vuelven a arrastrar su vida entera, una carta, una pesada carga. Durante toda su vida. Por aquel entonces, en el pueblo, los domingos eran tan cortos. Especialmente en invierno. Especialmente hacia el final del invierno. Si el invierno vuelve a darse la vuelta y quiere encontrar la salida. Mi próximo libro. Ahora este domingo, una y otra vez. Cuanto más escribo, más adentro de mí escribo. ¿Sigo siendo yo? ¿Sigue siendo el mismo diciembre? ¿Aún tienes aquella tienda de campaña? Como si, con la separación, mi vida estuviera ida y acabada. Quizá nunca llegue a ser un libro. Ahora mi sombra ha vuelto a mí. La misma que se había detenido a ordenar para mí los detalles. *Se llama Harry Oberländer*, me dice mi sombra. *Seis poemas. Quizá él sea de pueblo*. Lo veo irse a lo lejos.

¡Impertérrito! ¡Impertérrito! Un abrigo de invierno. ¿A dónde va? ¿Te han robado el coche? ¿Cómo escribiste una obra de teatro a dúo? ¿Cómo se titula la obra? ¿Tienes linternas de bolsillo en el trabajo? Ah, no, esos son los acomodadores del cine. ¿Cuánto paga el teatro? Hace dos años, la semana anterior a Pentecostés, en una ocasión una tienda de campaña tuya, ¿tienes que acordarte! Y ahora podría por fin empezar a explicárselo todo con calma. Una y otra vez, y cada vez mejor. En diagonal al otro lado de la calle. Mi sombra junto a mí. Otra sombra ya me estaba esperando al final del camino. Entre altos árboles, la puerta del patio abierta (¡siempre debe estar cerrada, para que los niños no salgan corriendo por descuido a la calle!). La casa ocupada de la Siesmayerstraße. La entrada a la guardería. En diciembre, un día laborable, frío húmedo, un día turbio. Quizá los niños aún estén comiendo. El tiempo avanza hacia la una y media, o se ha detenido. Quizá haga ya mucho que avanza hacia la una y media.

Al teatro. Tal y tal, inspector. Por desgracia anoté enseguida el nombre y llamé ese mismo día. A mi propia costa (una llamada local). ¡Ya sabía que iba a quedar en nada! ¡Estaba convencido, pero sencillamente no quería creerlo! ¡Estoy impotente frente a mí! Poseído por la idea de que con este trabajo y unos ingresos regulares tendré enseguida un abrigo de invierno y una casa para mí y dinero para Sibylle y Carina. Un abrigo nuevo también para Sibylle. A Carina ya se lo compramos en otoño. Seguir vivo y tener un papel protagonista como acomodador de palcos. ¿Quizá incluso con linterna de bolsillo? Sostener la puerta a los visitantes o como sea (¡ya aprenderás!) y escribir día y noche. Llamé y dijeron que podía ir cuando quisiera y presentarme. A ser posible por las mañanas. Como mucho esperar unos minutos. Tiempo de espera, dijeron, agitadas voces al teléfono. ¡Así que mañana a las once! El teatro está en la Theaterplatz. Sin ese trabajo apenas podía resistir. Se me ocurrió que con ese trabajo, cuando lo tuviera, aún tendría más tiempo para escribir y para Carina que sin él. ¡Todo arreglado! ¡Y sin preocupaciones! ¿Quizá nunca más dormiría? ¡No dormir por lo menos durante unos años! ¡La noche pasada tampoco! Las nueve. El cielo cubierto. Es hora de ponerse en camino. Antes, dos o tres expresos. La cafeterita mediana. Aún no son las nueve. Sibylle con Carina a la guardería y de allí directamente a la editorial. Aún tengo sus voces en el oído. ¡Se han ido, se han marchado! Un anillo de hierro como suplemento

al hornillo de gas, para que la cafeterita de expreso no se vuelque (¡les gusta volcarse!). Lo mejor es poner la llama muy baja y tener paciencia pero ¿cómo se consigue la paciencia? Entretanto, conmigo y con mi manuscrito y mi bloc de notas. Buscar rápidamente un par de pasajes en el manuscrito... ¿siguen ahí? ¿Cómo son? ¿Están siquiera ahí, dónde están, y qué me dicen? ¿Con qué palabras? ¿Y ver lo que quieren del autor? ¡Cuanto más busco, tantos más son los que aún quieren ser buscados! ¡Algunos se apiñan! ¡Buscar cada vez más deprisa! ¡Me abraso! ¡El papel empieza a susurrar! Entretanto voy rápido a la cocina. El expreso se ha pasado automáticamente de cocción. ¡Se ha consumido! ¡La cafeterita está casi vacía, y al rojo vivo! Oscuro el día, parecía que iba a ser más oscuro que claro. La torre de la televisión un dibujo en sepia. ¿Queda tiempo? Refrescar la cafeterita con agua fría. Desenroscarla, sacar el colador. Puede ocurrir. Y enseguida otra vez. Ahora la llama más fuerte. Por lo menos al principio (para compensar la pérdida de tiempo). ¡Y no olvidar bajar la llama a tiempo o el café se saldrá! ¡Pero me olvido! ¡Otros importantes detalles! ¡Puede ocurrir! ¡Es irritante, pero puede ocurrir! ¡Así que, con paciencia, otra vez! Tres veces. Exactamente igual que en los cuentos. ¡Menos mal que nadie se entera! Pero me he quemado un poquito los dedos. Y me he dado un golpe en la rodilla. Un día angosto. La cocina sigue siendo una cocina americana. A menudo se me ha fundido el mango de la cafetera (¡se funden en lentas lágrimas negras de baquelita, que gotean, tóxicas, grandes y pesadas en la llama, perdidas, inconsolables, y tiñen el fuego de azul manganeso, lila tormenta, verde semáforo!) *Made in Italy*. Italia está llena de historias de cafeteritas de expreso que explotan. Ahora por tercera vez. Sibylle compró en Peikert el anillo de hierro para suplementar la hornilla. Es una tienda especializada en menaje del hogar, en la Leipziger Straße. Va a Peikert para sentirse unida a su abuela, tan capacitada para la vida. Allí ve el mundo con sus ojos (¿o es que el mundo no pertenece incluso a su capaz abuela?). Muy práctico el anillo de hierro, mientras uno no se quema con él. Sigo enseguida con el manuscrito. El domingo, el capítulo del domingo. En noviembre, acababa de empezarlo con total inocencia, y tenía que hablar de él todos los días, en cuanto Sibylle entraba por la puerta. Pero no hacía más que darle vueltas, de manera que al final ya no sabía lo que realmente le había dicho y cuántas veces, y lo que sólo estaba en mis conversaciones conmigo. En las conversaciones con uno mismo todo queda enseguida mucho más claro. No podía parar. Como en un solo y largo día. Luego la separación, y con la

separación el nuevo cómputo del tiempo y ahora ya no puedo encontrar la salida del capítulo. El año siguiente a la reforma monetaria o el año después. Staufenberg, en el distrito de Giessen. Intento una y otra vez calmar a las amas de casa en mi cabeza. ¡Ya pensaba que iba a conseguirlo cuando empiezan a calmarme ellas! ¡No debo tener reparos, no debo preocuparme de nada! Sólo debo seguir, regirme completamente por ellas y meterlas así en el capítulo, escribirlo todo. En cuanto me quedo solo vienen y se secan las manos en el delantal, en sus delantales de pueblo de 1949. Delantales de pueblo en día laborable, delantales de cocina. También están los mandiles de establo y, naturalmente, los buenos, los delantales de los domingos. Vienen y hablan y no dejan de hablar. El esfuerzo, el trabajo, ¡que mire su vida, que mire sus manos! Me traen sus preocupaciones. Las oigo pensar (¡piensan cada vez más alto!). Tampoco ahora lo dejan, son así, y, en la cocina, el expreso se ha vuelto a quemar. ¡Por suerte no tengo testigos! Solamente la torre de la televisión me espía. Parece estar más cerca por la ventana. Primero parecía que iba a llover, y ahora las nubes parecen de nieve. ¿El tiempo? ¡Alcanzará, el tiempo! Vuelvo a poner la cafetera y miro el reloj. El único reloj que toleraba en la casa era un viejo despertador eléctrico, con un cordón, que estaba en el suelo del dormitorio detrás de un arcón y se arrastraba y retrasaba un poco. Polvoriento. De cara a la pared, le gusta esconderse. A veces también en el pasillo, en el armarito de los zapatos. Pone cara de dolor de estómago y da una carrera perdida al tiempo. En el zapatero no va, por el cordón, y además a los zapatos les da miedo. Así que miro el reloj, me miro y miro al tiempo y a la cafeterita. Y al cielo, si es que va a empezar a llover (a nevar). Y entretanto saco la bolsa de basura al patio, para no tener que ir al teatro con las manos sucias, o peor, que se rompa en el último momento (en el penúltimo rellano de la escalera). En la escalera, no dejo de pensar en Carina: una única y larga conversación, desde que llegó al mundo, pero ¿qué hacer ahora con la separación? La tercera semana según el nuevo cómputo del tiempo. La Navidad está a las puertas. Tiro la basura, no hay correo (el golpe en la rodilla me duele, ¡mi rodilla izquierda!) y, cuando vuelvo a subir, la cafetera se ha caído. ¿La habré puesto un poco inclinada, con las prisas, o se ha caído ella sola del susto? La torre de la televisión se inclina hacia la ventana. Es la segunda vez que me quemo los dedos. Limpiar el fogón, las diez y cinco (hace un momento aún era las diez menos diez). El práctico anillo de hierro para suplementar la hornilla parece un símbolo, pero ¿de qué? ¿Qué quiere decirnos? ¿No hay testigos? ¡Una

última vez! La torre de la televisión cada vez más cerca. El cielo se asoma para mirarme por todas las ventanas. ¡A recoger rápidamente el manuscrito, para que pueda dejarlo solo! Preferiría llevármelo, pero entonces se mezclará con todo y me echará a perder la candidatura al puesto. Desde hace tres semanas, todas las noches sostengo conversaciones conmigo, una cama en la gran habitación. Sigue habiendo almohadas y mantas y cojines en esa habitación. Para jugar, para los desparrames irrenunciables en pleno día y, si hay visita, para las visitas. Ahora, una cama cada noche. Para mí solo una cama, en el avanzado silencio que sigue a la medianoche (¿es ese el tiempo que me queda?), y sigo perplejo. Esta vez llego a tiempo a la cocina. ¡Así que funciona! Sólo que, como se demuestra, esta vez por desgracia he olvidado poner el café. Sólo he hervido agua con el agua. Y he vuelto a quemarme los dedos. Los pulgares también (el pulgar derecho). Casi estoy dispuesto a quedarme sin expreso, pero no soy capaz de rendirme nunca. ¡Y menos en la desgracia! A enfriar con agua la cafetera y a volver a ponerle café. ¡Y a no perderme de vista, ni a mí ni a la cafetera!

Delante de la ventana, el día. Se oye cuando hierve. Como una pequeña y celosa locomotora, así es como se oye la cafetera. Y empieza a bufar, hierve, bufa y vibra. Y empieza a oler a café. Pero esta vez tarda. Esperas y el tiempo se te hace largo, siempre es así. Quedarse de pie y esperar. Normalmente las cosas salen por sí solas. Se ha pasado tantas veces de cocción que ya huele a quemado. Cada vez con mayor claridad. Pero, antes de tener alucinaciones olfativas y pensar en mi padre, lo hace aún con más transparencia (¡porque mi padre tiene el mejor olfato del mundo!). Paciencia, te dices, pero ¿de verdad puede tardar tanto? Otra vez a mirar el reloj, el día es tan oscuro y silencioso como si tuviera un mensaje para mí. Diciembre. Y cuando regreso a la cocina la cafetera ya empieza a estar al rojo. ¡He olvidado el agua! (¡Raras veces ocurre!) ¡Esta vez la cafetera ha estado a punto de explotar! Aún yace siseando en el fregadero, un *shock*, pánico, y se revuelve de calor y de miedo. Ya me había quemado antes dos o tres veces, pero esta vez me quemo de verdad, y además me golpeo la rodilla. ¡Sin agua! ¡Olvidarse del agua! Después de que ya haya salido mal mil veces, puede comprenderse. El café cocido hecho una bola, la junta de la cafetera quemada, goma, y apesta. Me quemo los dedos una y otra vez. La cabeza como hinchada. Me arde la cara. ¡Quizá tenga fiebre!

Apenas es posible desenroscar la cafetera. Quizá se haya atascado para siempre. ¿Qué hacer ahora? A punto de llamar a Sibylle, cuando me acuerdo de la separación. ¡Hace mucho que es demasiado tarde, pero no sé estar sin ella! Ahora ¿la derrota como derrota y enseguida a un sanatorio (¡hay que mirar en la guía telefónica! ¿Dónde está nuestro plano de la ciudad?), o la segunda cafetera, la pequeña, y empezar otra vez desde el principio? ¡Justo una taza! Ahora la realidad regresa a mí. Ahora volvemos a empezar. Con cuidado ahora, para que el tiempo también se ponga en razón. Agua, exactamente la cantidad justa. El café. No demasiado flojo ni demasiado apretado. Presente. El cielo es mi testigo. La cafetera enroscada y lista, pero aún no puesta al fuego. ¡Primero la historia, *hay* que librarse de ella! Al menos por teléfono (¡de otro modo tendré que llevarla conmigo al teatro, y se colará en la entrevista de trabajo!). Mi amigo Jürgen en Portugal. Edelgard también está de viaje. Sibylle está en la editorial. Christa, en Nueva Orleans. Jana, en España o en Suecia, casi no hay diferencia. Se me ha perdido Praga entera. Hundida. Bohemia está ahora en el fondo del mar. Wolfram en un adosado, ni siquiera sabía la dirección. Eckart desaparecido. Horst un monumento. Manfred en Giessen y sin teléfono. También hace mucho que no vuelve en sí de la embriaguez. No hay nadie aquí. No sólo he perdido mi trabajo con el preaviso legal, sino que después de la separación no me ha quedado ni un solo amigo. O al menos eso me parece ahora. ¡Llamar enseguida a Anne! Por suerte ya está despierta. La mayoría de las veces, lee toda la noche todas las noches. Siete veces, dije, normalmente sale solo. Un día angosto. Me he dado un sensible golpe en la rodilla izquierda, y ahora la rodilla está ofendida. Las rodillas son complicadas. ¡Siete veces mal, y me he quemado los dedos una y otra vez! ¡Y ahora ya es demasiado tarde! ¡Tanto expreso! ¡Y es una injusticia! ¡Ya es demasiado tarde, y aún así no puedo irme! Ahora por última vez, dije, ¡de lo contrario me volveré loco! ¿Quizá no fuera tan malo? ¡Una nueva experiencia! ¡De qué manera tan penetrante me ha mirado el cielo! El día lleno de vileza, silencioso. ¡Cada objeto es igual que un reproche! ¡Ahora es demasiado tarde, y aún así quiero mi expreso! ¡Quiero verlo y olerlo y probarlo y gozar de ese momento único de silencio y tiempo y paz conmigo! Y apurarlo y luego, deprisa: el día de hoy, quién soy y adónde... ¡no olvidar nada! Decírmelo todo de antemano y al tranvía, ¡deprisa! Apagar el gas, cerrar la puerta, memoria, agarrar la llave, ¡y desde ese momento todo bien! ¡Como siempre, siempre se consigue! Mientras se está en el mundo, se entiende,

¡mientras se sigue vivo y en uno mismo! Todo se consigue siempre en el último momento, ¡hasta ahora! ¡Precisamente en eso se diferencian los vivos de los muertos! También puede ocurrir que uno quiera tomar, deprisa, un expreso: que haya puesto al fuego la cafetera, ¡todo en orden! Pero que haya olvidado encender el gas, me dije, ¡también eso puede pasarle a uno! Los mangos de baquelita pueden fundirse, ¡y entonces hay que describir los colores de las llamas! El filtro atascado. Se te ha quemado ligeramente una juntura. Pero, por lo demás, cuando no se dispone de mayores recursos tecnológicos, una cafetera italiana es casi indestructible para un profano que tiene prisa. Ahora puedes volver a recoger la guía telefónica y el plano de la ciudad. ¡Hay que dividir el plano! El pasado también. Nueve años. Precisamente esta oscura mañana de diciembre casi me he rendido para siempre, pero luego no, ¡en el último momento, no! ¡Al menos sin derramamiento de sangre y explosión! ¿He quitado el gas? Con el horno eléctrico, las placas eléctricas y el calentador por inmersión he sufrido otras derrotas y reveses, pero también he salido victorioso. Pasado, azares, revelaciones. ¡Apagar el gas! ¡Apagar la luz! ¡Casi nunca he sufrido un gran siniestro por agua! ¡Experiencia! ¿*Otro* expreso rapidito? Es hora de ponerse en camino.

7

Mi vieja chaqueta. Mejor en tercera persona. En el último momento, no la vieja chaqueta, sino el abrigo negro azulado de emigrante, del año 69. En la parada del tranvía. Oscuro el día. Con una mirada rígida. Se ha golpeado la rodilla izquierda. Se ha quemado la mano derecha. Se ha quemado cinco veces seguidas la mano derecha. Sobre todo las puntas de los dedos. Quizá aún dé tiempo a un expreso rápido, pregunta el distinguido demonio que espera junto a él. Siempre cortés, el demonio. Ya hace una eternidad que son las once menos veinte, y el minuterero tiembla de agotamiento. Agotado. No lo consigue. No puede seguir. Lentos los tranvías. Vienen como catástrofes. Habría ido mejor a pie. A pie y paso a paso los pensamientos, es demasiado tarde para eso. Oscuro el día. Una semana antes de Navidad. *¡Dios ha muerto! Rápido y seguro con la empresa municipal de transportes.* En el tranvía, que se para más de lo que anda. Delante de la ventanilla, la Bockenheimer Landstraße. Detrás del cristal. Puesto a toda prisa. Pasa lentamente hacia atrás, un truco que hoy no funciona del todo. Incluso por impaciencia ya en la salida, de pie y agarrado a la barra con la mano izquierda. Contener la respiración. Y acercarse a la meta. ¿Cómo fue y cuándo empezó que sólo fuera capaz de pensar en catástrofes? En la Goetheplatz, sale y recorre a pie los últimos pasos. De prisa, como ciego, pero cuidando de no ser atropellado. Tampoco esta vez. Con vida. Allá va. Oscuro el día, y nos ve con mirada rígida por todos lados. El teatro está en la Theaterplatz. A un lado, la entrada lateral.

Una secretaria con voz de teléfono. Como el candidato es de pueblo, en las situaciones decisivas vuelve a caer en las trampas de su infancia y no puede hablar con desconocidos. ¡No, o apenas! Tanto más claras son las voces en su cabeza, y enseguida las palabras que vienen detrás. Una oficinista por tanto,

urbana, muebles de oficina, plantas en macetas, su blusa, el broche, su sonrisa matinal y la correspondiente caja de cristal con calefacción central, el lector experto ya se lo imagina. Bien almidonada y planchada, una blusa de seda de cuello grande y puños dobles. El broche como una condecoración y la sonrisa como un cartel. También exactamente en el sitio correcto. Llama. No hay nadie. Hace esperar al candidato en una silla. Sentado. Las once de la mañana no es una hora, sino un estado. Para no molestarla en su trabajo ni a ella ni a las plantas enmacetadas, el candidato tiene que desviar la mirada pero ¿a dónde? ¿Ahí, a la estantería? ¡Parecerá curiosidad! Debajo del escritorio tampoco puede ser: allí están, ágiles y diestros y exóticos como peces ornamentales, sus esbeltos piececitos urbanos. ¡Dos! Lo mejor es mirar sin llamar la atención hacia la papelera, pero el cuello se le queda tieso. Lo de la mano no es grave, tranquiliza a su madre muerta, para que no se preocupe sin necesidad. Ya se curará. Las once y veinticinco. Luego, a las doce menos veinticinco, parece que la señorita ha conseguido hablar con alguien. Su rostro empieza a iluminarse, pero no. En el último momento, no. La calefacción llena de compasión. Las plantas suspiran. Por fin, a las doce menos cuarto, logra hablar con total habilidad con su voz telefónica. Luego, tapa con la mano el micrófono y pregunta al candidato si puede a la una, poco después de la una. Lo mejor es que vuelva a las trece quince y vaya directamente al despacho 318. Señor tal y tal, inspector. De todos modos el candidato ya se ha puesto en pie. Por confusión y por decoro. ¡Sabe lo que hay que hacer, pero no siempre sabe demostrarlo! Interiormente, desde las once cero cinco ha estado deletreando su nombre una y otra vez. A modo de práctica. Apellido, nombre, fecha de nacimiento. Subrayar limpia y ordenadamente en la cabeza el nombre por el que se dirigen a él. Con una raya fina. Sin encarnizamiento. (Sabemos exactamente cómo es esto. Así que él. ¡En tercera persona!). Y sólo puede desear no haber respirado demasiado fuerte durante la espera, aquí, en esta recepción tan femenina. Lo desea con carácter retroactivo.

A las trece quince, una y cuarto. ¡No lleva reloj! Lo más seguro es esperar delante de la puerta lateral. Siempre cinco pasos a un lado y a otro, no distraerse y entretanto mirar de reojo el reloj de ahí adelante, en la Theaterplatz. Un reloj oficial. Es un reloj oficial, ¿o no? Marca la hora desde los cuatro puntos cardinales. Uniformemente. Y, para seguridad de los

transeúntes, también está en hora. Por lo menos todos los que dan una impresión fiable. Centroeuropa. Hora normal. Además, alrededor hay por lo menos tres relojes publicitarios, tres o cuatro. Incluso relojes digitales, incluso con fecha y temperatura. Quizá tenga fiebre, pero no quiere distraerse. Pero luego se queda mirando los coches y los precios del concesionario de Mercedes. En el escaparate, los nuevos modelos. Y pasea hasta el Frankfurter Hof, un transeúnte de Frankfurt. Ni siquiera cinco minutos. A modo de prueba, va unas cuantas veces entre el teatro y el Frankfurter Hof (siempre la misma distancia, y la entrada lateral se mantiene también inalterable), luego va paso a paso desde el Frankfurter Hof. Un descubridor. Expediciones. Kaiserstraße, Rossmarkt, Hauptwache, Steinweg, Goethestraße, Opernplatz, Fressgass. Vendedores de árboles de Navidad. La iluminación navideña. Joyería, ropa interior de señora, complementos de caballero, y cómo se refleja el día en los escaparates. Cerutti, Brioni, Armani. Trajes *Prêt-à-porter* por tres mil ochocientos marcos. A medida, precios previa consulta. Seda, cachemir, mohair. Finísimo algodón egipcio. Camisas de seda a medida. Zapatos cosidos a mano del más fino cuero de cabra, e incansables. Maletas de cuero para todos los países. Y los relojes y cómo todos me miran presos de la ensoñación y me sonríen con sus esferas. La acera, el cielo, los muchos rostros. Casi como antaño, antes de Navidad, la calle mayor de Lollar, así salen las calles a tu encuentro y entran en tu cabeza y pasan a través de ti. Mediodía en el centro de la ciudad. Las más bellas mujeres a cada paso. Y se miran al pasar en los escaparates. Y se reflejan en cada mirada masculina. ¡Y huelen tan bien! ¡Cada una de ellas sabe distinto! ¡Ver, reconocer, mirar, sentir y probar, como si en adelante fueras a llevarlas contigo! ¡A todas! ¡A no perderlas nunca más de vista! ¡Pero se alejan! ¡En todas direcciones! ¿Cómo retenerlas junto a uno y en la memoria? Inconfundibles, cada una por sí y todas juntas, ¿cómo se hace eso? ¿Cómo aguantarlo? Una que se inclina delante de una zapatería. Botas en oferta especial. Y lleva una chaqueta corta de piel y una falda estrecha. ¡Dos veces, tiene que agacharse! Una pasa de largo ante ti, te ha adelantado y, para alegría tuya, ahora va delante de ti. Y qué manera conmovedora de caminar. Su cabello, su perfume, sus manos. Incluso su bolso y su abrigo los incluyes en tu amor. Y ahora, justo en el momento adecuado, ha girado un poquito la cabeza hacia la izquierda, para que también veas su perfil, ¡imprescindible! Y te lo llevas al infinito. La una menos diez. De camino al cielo. La librería Kohl, la librería Blazek y Bergmann, la Frankfurter Bücherstube. ¡Nunca, ni una sola

vez, has estado con Sibylle en las caras tiendas de moda de la Goethestraße! Pero ahora era casi como si aún lo tuviéramos por delante y hubiera tiempo para todo. La próxima vez. Mucha vida. ¿Y a dónde vas en tus pensamientos? Champán y aceite de trufa en la Fressgass y bogavante sobre hielo. Pescado y caza por encargo. Relojes por todas partes. Comparar el tiempo. Encontrar el camino de vuelta con todos esos tesoros en la cabeza. Hace mucho que eres rico en el camino de vuelta. Ligera y palpitante la rodilla golpeada. Ahora la mano sólo para reflexionar mejor, ahora la mano ya casi no te duele. Nunca el Frankfurter Hof me ha saludado con tanta cortesía. Incluso banderas. Incluso tiestos con flores en las arcadas. La fuente un manso chapoteo. En una ocasión abastecer de ropa interior costosa a todo un harén, un ballet y una secretaria. Rápidamente, otros dos o tres modelos de Mercedes. Entonces, un Rolls Royce se detiene delante del semáforo, y en todos los relojes son las trece nueve. Tu corazón, ligero. El día, acogedor incluso en su tristeza y lleno de esperanza. Y tiene su propio brillo interior, una luminosidad contenida y tranquila.

Despacho 318. El candidato llama. Ahora, es lo justo, la suerte debería abrirle la puerta y estar esperándolo. Llama, sigue el silencio. Una puerta gris. Con número y placa, nombre y título. ¡Y empieza a sonreír, odiosa, hace muecas! El número coincide. La placa coincide. Hay que estar agradecido, doblemente agradecido por la placa, porque sin placa habría pensado que había anotado mal el número. Y habría dudado de sí mismo. No soporta dudar de sí mismo. Llamar. La mano quemada. La rodilla como retorcida. Le arde la cara. Quizá fiebre. De un lado para otro delante de la puerta. Llamar. El silencio, cada vez más ruidoso. A lo largo del pasillo hasta el final. Con la mano y la rodilla otra vez de vuelta a la escalera, como si acabara de llegar. Uno que sabe lo que hace. Y llama con cortés brío, con la mano en el picaporte. ¡Cerrada, la puerta está cerrada! Desesperado, ¿ahora qué? Una vida echada a perder. ¿Tal vez sólo como fantasma? ¡No puede quedarse, ni irse, ni quedarse! ¿Por qué no una alarma de incendios? (¡Los abusos serán sancionados!) ¡Que hubieran empezado por ahí! ¡No ir, o al menos no decir una palabra! En tercera persona. No viene nadie. ¿Quién va a salvarnos? Durante unos minutos se sintió como si estuviera perdido para siempre. Y como si hubiera sabido desde siempre que tenía que volver a pasar lo mismo.

Unos cuántos minutos son largos, con y sin reloj. Luego, con pasos rápidos y formales, un guardapolvo gris de servicio. Con dos carpetas. Primero abre la puerta servicialmente con la llave de servicio antes de a) preguntar y b) saludar y c) presentarse, dando en primer lugar unos golpecitos en la placa con los nudillos y señalando en segundo lugar con el índice hacia sí mismo, hacia el botón superior del guardapolvo. Sin duda tiene aún algunos asuntos urgentes pero, tras el adecuado titubeo, hace pasar al candidato. Tablero con llaves, carpetas en la mesa, orden. Fuera guardapolvo. A una percha, y al armario de chapa. El armario de chapa es gris. Alisarse los pocos cabellos con ambas manos. Primero con las manos, luego con un práctico peine de bolsillo. Sacar del armario una chaqueta sal y pimienta, ponérsela enseguida y devolver al armario gris de campaña la percha vacía con fines de disponibilidad. Primero tiene que atender varias llamadas telefónicas urgentes. Ciertamente, entretanto el candidato se queda allí en el rincón, en la silla de espera. Planes de trabajo en la pared. Cuatro calendarios. Se acercan las dos. Ante la ventana, el paisaje de la ciudad pasado el mediodía. Una semana antes de Navidad. Cuán a gusto echaría el candidato una mirada por la ventana. Pero la ventana es inalcanzable. Y seguirá siendo inalcanzable. Detrás del escritorio. El inspector al teléfono. La segunda, la tercera, la cuarta conversación. En el escritorio un marco de fotos. Del tamaño de una postal. Aunque el inspector como inspector no necesita las manos para otra cosa mientras telefonea, a veces aprieta como inspector el auricular entre el hombro y el oído. Rutina. El hábito es el hábito. Y ¿a quién se dirige su repetido y astuto guiño mientras telefonea? Sin duda no al candidato, que ya está dispuesto a olvidarse de sí mismo. Con las puntas de los dedos ardiendo, con la mano quemada en varios sitios. Que ahora querría sentirse como una silla. Con la rodilla golpeada. En el rincón, en su silla. De pie como un perchero, sentado como una silla. ¿No parecía desde siempre que la vida consistía en muchas acciones simples atractivas, a las que uno no podía llegar? Aunque no costara nada y ni siquiera estuvieran directamente prohibidas. Exactamente como ahora, aquí, mirar por la ventana. Siempre hubiera querido mirar por todas las ventanas y mirar el tiempo, los días, y conocer cada puesto de trabajo y a todas las personas que están en el mundo al mismo tiempo que él. ¿Y acaso el candidato, en su simpleza, que desde niño le es cada vez más propia, no ha pensado incluso en una pequeña vivienda aquí, en el teatro? ¡En secreto! Justo al lado de la entrada principal. Donde se dejan los abrigo. En el guardarropa. Detrás del

escenario (cuando se va despacio por entre los telares, con creciente admiración, hacia el fondo pintado) o incluso en el tejado. Ante los relucientes rascacielos. En medio de Frankfurt am Main. Tranquila y apartada, en el tejado del teatro, habitable y creíble, una casita. El cielo un mar eterno cada día. Los rascacielos como reflejos del aire y nubes que pasan. Spessart, Taunus y Odenwald y desde las ventanas empiezan a hacer señas en cuanto tu mirada recae sobre ellas. ¡Hecho!, dice el inspector al teléfono, mirando hacia arriba. ¡Tiene que haber orden, tiene que ser! ¡Confíe en mí! ¡Disciplina y escoba de hierro! ¡En los dedos, como está mandado! ¡Confíe! dice, ¡entendido, está claro! Hasta las dieciséis horas todos los viernes, ¡todo aclarado y orden de ejecución! ¡Completamente de acuerdo, pienso lo mismo que usted! Y mirando hacia abajo: Hay que poner orden en esa pocilga. ¡No podemos seguir aquí mirando! ¡Disciplina y escoba de hierro! ¡Personalmente! ¡Hasta el gaseado! ¡Orden de ejecución! Cuatro conversaciones y, al colgar, un gesto de desdén con la mano. ¡Ahora, pues! El candidato ya va a presentar su solicitud (¿dónde ha dejado su solicitud?) cuando el inspector tiene que hacer otra llamada. ¿Hacia arriba? ¿Hacia abajo? El embutido, dice, carne y verduras como siempre en HL. La comida en la mesa a las siete y diez en punto. ¡Orden de ejecución! ¡Y se acabó el jaleo, basta de jaleo! ¡Hecho! ¡Eso digo yo! ¡Puntual como el Telediario, y sin chistar! ¡Se acabó la historia! Ha colgado, y hace un gesto de desdén con la mano. Ahora por fin el candidato consigo mismo y con su solicitud. ¿Levantarse? ¿Ir hacia el escritorio? ¿Con silla o sin silla? ¿Empujando la silla sin golpear algo? Encorvado, confundiendo con la silla. Avanzar encorvado, un doble ser, una torpe combinación. ¡Basta ya! El candidato con su solicitud... pero ¡alto! El candidato se queda con la palabra en la boca. El inspector se dirige al armario de chapa y, después de las conversaciones telefónicas, cambia la chaqueta por una de punto. Verde musgo, o marrón oscura, o incluso sin color. Percha, puerta del armario, vuelve a tocar rápidamente el radiador a modo de control. También con fines de reconocimiento. El radiador está debajo de la ventana. Y ahora el candidato con su solicitud. Ayer ya por teléfono, y antes con la secretaria. ¿Ahora como aprendido de memoria con las mismas palabras, o hay que reformularlo? Desde la mayor cercanía, ahora. Experiencia y precisión. En el escritorio un marco de fotos. Del tamaño de una postal. Aunque por desgracia sólo se ve por detrás. Ante el escritorio el candidato, con el dolor en la mano. ¡Agarra bien el dolor! Sólo las yemas de los dedos.

¡La rodilla izquierda mal retorcida! Y respirar, ¿cómo se hace eso? Angosto. Con el abrigo puesto. Un día angosto. El candidato tan tenso en su silla, como si tan sólo fingiera estar sentado.

Ajá, dice el inspector, ¡como acomodador! ¿Quién lo envía? ¿Escritor? ¡Algunos escritores! ¡Los escritores se multiplican! Y se acomoda las mangas. ¿Qué escribe usted? ¿Hijos? ¿Una niña? ¡Sí, es fácil hacerlos! ¡Necesitan orden y disciplina! El candidato está seguro de haber visto a ese actor en muchos papeles similares. Ahora como inspector. También hay, dice el inspector en su papel de inspector, libros en los clubes del libro. Para miembros. Baratos y representativos. Y también estanterías para ellos. Atlas del mundo, globo terráqueo y estantería. ¿Tiene usted alguno de sus libros en un club del libro? ¿Conoce tales clubes? ¿Y por qué sólo ha tenido una hija hasta ahora? Hijos del divorcio. ¡El divorcio es rápido, pero caro! ¡Ya, ya, nuestros señores escritores! ¡Como acomodador, necesitamos puntualidad, disciplina, orden! Con Adenauer... ¿se acuerda de él? ¿Le interesa la política? ¿La Historia? ¡También como escritor! Política, Alemania, el partido es cuestión privada, pero orden y disciplina. Alemania. Hay escritores que están en contra de todo, ¿es usted uno de esos? ¿Conoce a ese de la televisión? ¿Le interesa el deporte? ¡La liga, el mundial de fútbol, las olimpiadas! He construido una casa en Praunheim. Un barrio de nueva construcción, dos hijos. ¿Ha estado alguna vez en Praunheim? Primero el hijo y luego una hija, ¡es más práctico! Hace mucho que los niños son mayores. Disciplina. Fuera de casa. El hijo ya se ha construido la suya, y la hija con un ingeniero. Carrera funcionarial. Casada. Como inspector y abuelo, por su parte, ya dos nietos. ¿Qué edad me calcula? De Posen. En su momento, antaño, refugiado. Ahora, propietario de una casa en Praunheim. ¿Conoce Praunheim? Nueva construcción en una zona de nueva construcción. Una casa alemana. Disciplina, Prusia, virtudes prusianas. Suboficial. Usted y su generación no han hecho la guerra. Se tome como se tome. Hoy otras circunstancias. No dijo *nuestro* Adolf. Privado. Opinión privada. De los extranjeros, ni la mantequilla del pan. Como inspector, le corresponde también el servicio de limpieza de la casa. Está sometido a sus órdenes. Pero, entre nosotros: ¡Alemania ha aflojado! ¡Hace falta disciplina y una escoba de hierro! ¿O qué opina usted de todo esto? ¿Lee los periódicos? ¡Un escritor tiene que hacerlo! ¡Como

escriturador-escrifijador-escritor tiene que tener una opinión! Poeta, ¿no se dice también poeta? ¿No llevará casualmente un libro suyo encima? ¿De qué tratan? ¿También en los periódicos? ¿Se interesa por la política, o es más bien apolítico? ¿O más por el deporte? ¿Por la Historia? ¿Para quién escribe? ¿Grupo de destino? ¿No tiene un grupo de destino? ¿Entonces la escritura es para usted, fue siempre una especie de *hobby* para usted? Un caballito de madera, por así decirlo. Cada uno tiene que saber lo que quiere. ¿Colecciona usted sellos?

Y entretanto, como inspector de servicio en la casa, ha empezado hace mucho a clasificar fichas. Fichas, planes de trabajo, personal de servicio. Listas de ausencias, listas de material, formularios. Tiene que ponerlo todo por escrito. Hay que seguir las normas con precisión. Con bolígrafo, cuidado y lápices de colores. En aras de la precisión. Fecha, sello y firma. Sí, sí, ¡casi nadie se hace una idea de lo que, como inspector, depende de él! Para no creerlo. Su propia esposa, en casa en la cocina, no puede imaginarse día tras día, en su cocina, para la que gana el dinero cada mes. Gas, electricidad, agua, el embutido, el seguro... ¡hay que pagarlo todo! Ha construido una casa. Una construcción nueva en un barrio de nueva construcción. Casa y jardín. Y ahora, por fin, le enseña la foto en el marco. Del tamaño de una postal. Una casa alemana, grandiosa. Terraza, arriate de flores, doble garaje. Viernes Santo de 1964. La casa recién encalada. Enfrente las figuras son diminutas. ¿Tiene usted una casa? Hay que ganárselo todo. ¡Antes hay que haberlo conseguido! El trabajo. La responsabilidad. Hace cuatro años, en servicio, un infarto de servicio. Desde entonces, no fumador. ¡Fuerza de voluntad, disciplina! Desde niño. En el ejército todavía más. Luego de verdad. No ha hecho más que aprender. ¿Es usted no fumador? ¿Fuma? Bueno, aún es joven. ¡No ha estado en la guerra! ¿Ha servido? ¿Ha servido en filas? ¡Aunque el ejército de hoy en día no puede compararse con el ejército de la Gran Alemania, con nosotros! ¡Hay que admitir que Alemania ha aflojado! Usted como escritor. Sin casa. Ni un hijo varón. Ahí tiene una tarea. Otra vez el teléfono. Sí, ¡claro que sí! Sí, insisto. Como anillo al dedo, como la virgen al niño. Se lo juro. ¡Enseguida lo tendrá! Luego desde el principio vuelta al monólogo, segundo pase. El candidato está seguro de haber visto a ese actor en muchos papeles parecidos. A la segunda, el monólogo va un poco más rápido. Revisado. Una segunda

versión modificada para la escena. Ahora. Entonces. ¡Ha sido un placer! Me gustaría seguir horas así, pero ahora, ya es hora. Por desgracia no todo el mundo puede como escritor. Por hermoso que fuera. ¡El deber! Como inspector el gasto de material para el servicio de limpieza. Limpieza y depuración. Vigilancia, inspección y control. Ahora, antes de Navidad, en Adviento, los cuentos de Navidad. Representación especial. Colegios, residencias de ancianos, plantillas de empresas. Los socialmente débiles. Los autobuses en hordas. Los niños de la gente pobre. Qué cantidad de porquería, hay que volver a limpiar en cuanto se van. Llevamos ya semanas así. Desde mediados de noviembre ya. Hasta tres representaciones cada día, y luego no debe haber una mota de polvo. El deber llama. Disciplina. Así que lo mejor por escrito. A la medida. Usted como escritor. Por escrito, usted puede. No es ningún problema para usted. Solicitud, curriculum, certificados, referencias, certificado de buena conducta. Como de costumbre, ya sabe. Interesante. Una interesante conversación. Por mi parte. Coincidimos en mucho e incluso somos de la misma opinión. Por mi parte, en su opinión. Envíe inmediatamente su candidatura y veremos lo que se puede hacer. La administración. Tendrá noticias. Tendrá noticias por escrito. Chaqueta de punto al armario de chapa. Guardapolvo. Peine. Apretón de manos. Los dientes. Una sonrisa. Dicho y hecho. No dijo *nuestro* Adolf. Ni una sola vez. Inspector o inspector jefe. Interesante, también su opinión. Mucho gusto. Como candidato, todo el tiempo con el abrigo puesto. Estrecho, angosto, un abrigo de emigrante negro azulado del año 69. Sentado. Abrochado. Todos los botones abrochados, sin suficiente aire. Angosto. Un día angosto. Los botones del abrigo son capítulo aparte. Y ahora el candidato puede, no está detenido. Por su propio pie. No es ningún acusado. La puerta. Por la puerta. Pasillo, escalera, salida lateral. Theaterplatz. Aire libre. La tarde de hoy. Letreros de neón, semáforos, faros, el tranvía, cables, el viento del Main, un cielo de invierno urbano. En el reloj, las cuatro menos diez. Por los cuatro costados.

Y ahora, candidato, ya no se puede decir nada. No hay rostro. ¿Ni siquiera aflojar un botón? Cruzar la Theaterplatz sin ser atropellado. Tampoco por el tranvía. En tercera persona. Uno que no tiene dinero, un vagabundo. Dirección Hauptwache. Por delante de la iglesia de Santa Catalina. A la entrada, los piadosos mendigos de diciembre. *Reparto de sopa a partir de las 16.30*

horas. Rótulo a tiza. Sopa caliente para todos, todos los días. Cafés, montones de gente. Vendedores de árboles de Navidad con abrigos de soldado y gorras de piel polacas. Paz en la tierra. La iluminación navideña. Vendedores de periódicos. Mendigos, vagabundos, sin techo. Cada vez más mendigos. ¡Con tal de no enfermar! Se sentía tan mal que rechazaba a los mendigos. ¡Pregunta a los que tienen dinero! Y luego toda la noche a beber agua, un litro por hora, para no ahogarse. Escritor. Tantos años al margen y precisamente ahora, cuando empieza a envejecer, corazón, hígado, estómago, los ojos, los zapatos, el último par de zapatos, cada hueso, tu sistema circulatorio y diente tras diente, precisamente entonces te conviertes en vagabundo. Las navidades están en puertas. Trabajo asalariado, un puesto. Quizá justo antes de Navidad, así te lo has imaginado, y estarías salvado. Navidades y el niño y el mundo salvado con él. El cuento de Navidad de todos los años. Como vivienda de servicio en el tejado del teatro una casa de chocolate, a prueba de clima y habitable. En cada separación hay que repartir de nuevo el mundo y ver quién se lleva qué recuerdos y quién qué libros, jerseys, palabras, sillas y personas. El día con sus muchos rostros. Y te mira desde todos sitios. Vuelta a la Jordanstraße. Ya no puedes decir ir a casa. Lo que se fue, se fue. Te quitan una palabra tras otra. ¿Y si hoy se anulara la separación? Entonces entrarías por la puerta y Sibylle estaría en la alfombra con las manos vacías. Una alfombra con dragones y dioses chinos. Delante de la ventana, el cielo. El cielo entra en la habitación. Ella sólo llevaría su vieja bata. Y te estaba esperando y dice: Vamos a ver, vamos una vez más. En medio de la habitación. Pálida como el invierno. Sus manos como pájaros. Mi vida, ¡es esto la vida! Cruzando la Hauptwache a la Fressgass, un abrigo de emigrante. Cuidar los zapatos al andar. Suficiente dinero, se dice, reunir suficiente dinero para poder quedarte un par de años en la cama, en primera-segunda-tercera persona, sin que te molesten. ¿Cuántos años? ¿Cuánto por año? ¿Cuánto se necesitará? Antes, zapatos nuevos y esos zapatos nuevos al alcance debajo de la cama, como el futuro. Desde niño siempre has leído en la cama. Hace mucho tiempo te quemaste una vez las yemas de los dedos de la mano derecha. Ahí va. Vivo. Con vida. Vive.

En la Fressgass, un vagabundo. Borracho. Justo delante del Café Schwille. Está sentado en las piedras y ha bebido todo. Ron, vino tinto, latas de cerveza, ponche y aguardiente. ¡Primero aquí y luego nada! ¡Sin descanso! Se levanta,

porque sentado uno no puede dar ni su propia opinión. Se levanta y se tambalea. ¡Todo vacila a su alrededor! Fantasma, maletines, figuras con abrigo, un pueblo estúpido. Él con tres chaquetas, una encima de otra. Todos lo eluden. Los mendigos serios de la Fressgass han huido todos, hace mucho, porque con su embriaguez les perturba el negocio. Está de pie, bracea. Extiende los brazos. Las manos ensangrentadas. Cortadas. Tiene que haber sido con cristales, con botellas, y ahora no se acuerda. Las dos manos cortadas de cabo a rabo. Tiene que haber metido la mano en trozos de cristal, o con un cuchillo. Con chapas, hierros, o tiene que haber roto con las dos manos su propia imagen en el espejo cuando estaba borracho. ¿Quizá ayer? ¿Quizá hace ya tres días? Pus y porquería y la sangre seca. Ya ha vomitado antes. ¡Varias veces! Zona peatonal. ¡No es que la helada se le meta en las heridas, en medio de la noche! ¿Qué balbucea? Justo delante del Café Schwille. Borracho. Solo. Se agarra a una columna sobresaltada. Todo vacila, todo tira de él. Volverá a sentarse. ¿Cómo es que no le queda ni un trago? ¡Tanta vida, tanta experiencia de la vida, y ahora no le queda ni un último trago! ¿La poli ya está en camino? En camino desde todos los lados, desde todas las direcciones, y en su cabeza: ¡no dejan de venir! Se tambalea, resopla, se ha sentado. ¡Tiene uno que ocuparse de todo! Ahora empieza a levantarse, el mundo se incorpora, toda la Fressgass se pone en pie con él. Que no haya en ningún sitio un último trago para él, ¡maldita sea! ¡A ser posible en los alrededores! ¡En caso necesario con violencia! Y a lo lejos ya se oyen las sirenas.

Frío húmedo, pronto estará oscuro. ¿Soy otra vez yo? Un abrigo de emigrante y sin rostro. Como si me hubieran robado el día, y ¿cómo voy a tener ahora un solo buen pensamiento, de dónde lo saco? Lo mejor es volver ahora, pero ¿hasta dónde y hacia dónde? ¿Atrás y volver a empezar el día de hoy? A casa ahora, a casa, a pie. Vencido. En tercera persona. ¿Y la tarde de hoy ya como historia para Sibylle y Carina, o ni una palabra de eso? ¡Ni una palabra, no lo soportaría! A casa a pie. Hauptwache, Fressgass, Bockenheimer Landstraße. Diciembre. El crepúsculo, una semana antes de Navidad, Frankfurt am Main. Y a lo largo de todo el camino no se encuentra un solo rostro. Y nunca llegarás. A casa, como si aún fuera nuestro primer año aquí, en Frankfurt. Del pueblo. También allí extraño. Tantas veces como cruza la Opernplatz viniendo de cualquier dirección, con los pies ardiendo, vuelve a

no tener dinero para el tranvía, y ve la Goethestraße reluciente, cansado y hambriento, la Fressgasse imposible de perder como un pasado vivo flota ante él, que tiene un montón de riqueza y fama. Bajo los cielos. *Por favor, vuelva a deletrear su nombre.* Y seguir caminando y aún no, de nada suficiente nunca. Siempre con Carina, en tranvía o a pie, antes de que lleguemos a la Opernplatz. ¡Ahora, ya verás! ¿También esta vez? ¡Seguro que vuelve a estar ahí! Donde empieza el cielo. En el tejado de la ópera, y nos conoce: ¡El caballo con alas!

8

Se buscan compañeros para piso de tres habitaciones en la Leipziger Straße. Esquina Landgrafenstraße. Arriba de la antigua librería Montanus. Era por la tarde cuando llegué. Un profesor, aún joven. Su cuarto. Al lado, el cuarto de en medio. Y aquí, en el rincón, el de la esquina. El cuarto de la esquina era para mí, es decir, para alquilarlo. El de en medio era neutral. Cada uno la mitad, o como se quisiera repartir. Según las necesidades. Mi establo, dice, y enseguida se convierte para mí en caballo. Un percherón, grande y pesado. Pero con zapatillas de fieltro y tal vez lleno de gas propulsor. Resopla y relincha. Tiene que recoger, tiene que vaciar el cuarto de la esquina. Todo el fin de semana. Iba a hacerlo de todas maneras. Preparar las clases, dar las clases, reuniones con los padres, tutorías para las notas, formación permanente, todos los estudiantes carentes de interés, las clases demasiado grandes, los colegas intrigantes. Ambiciosos. Psicópatas. Enfermos mentales. Mal pagados. Abastecimiento defectuoso. La red social. Aulas, cuerpo docente y material envejecidos. Todos los fines de semana y en las vacaciones a cambiar de aires. Biorritmos. Un estrés, directamente un estrés permanente. Puede ser que yo asintiera. En el pasillo. Un gran pasillo. Él escarba con los pies. Relincha y resopla. Cocina y baño dan al patio. En la cocina, botellas de cerveza, cerveza de botella, limonada. Botellas llenas y vacías. En cajas. Las cajas apiladas. Siempre es más barato comprar al por mayor. Sillas plegables. Periódicos. Catálogos de Neckermann, Quelle, Otto. En la pared un calendario, que me sobresalta abruptamente con el tiempo. ¡Unos números tan excitados, tan nerviosamente grandes! ¡Y cómo pasa el tiempo! Montones de periódicos por todas partes. En el suelo, encima de las mesas, en todos los armarios y en los alféizares de las ventanas. Rundschau, Zeit, Süddeutsche, Stern, Gong, Funkuhr, Hör zu, Welt, Spiegel, revistas de educación: La

educación te concierne, Las directrices marco, Extra Pedagogía, Educación y Ciencia, el Sindicato. Las estanterías también llenas de periódicos. Herramientas, cajas de cartón, videocaseteras, polvo, floreros, zapatillas de tenis, piezas de decoración, un microscopio, un cañoncito con ruedas, maquetas de coches, una cámara de vídeo. En su cuarto, un televisor en color nuevo con grabadora de vídeo. Un modelo puntero. Reluciente. Recién desembalado. La caja aún está al lado. Acaba de enchufarlo. En el cuarto de en medio un televisor en una balda en la pared, ese es el viejo. Formato de pantalla, color, mando a distancia. Inobjetable. Al lado otro. De cara a la pared. Casi nuevo. Tiene que conectarlo. De sus padres. Es de Aschaffenburg. Esas cajas con diapositivas son material docente. Nuevos medios. Dos aspiradoras que esperan codo a codo la señal de arrancar. Lámparas. Y además de las lámparas las lámparas que va a poner pronto. Ya están listas. Igual que los visillos. Macetas con plantas. Una escalera. Tarde, invierno, un día laborable. En enero. Han pasado las navidades. Desde la ventana, la Leipziger Straße. En la casa, grandes bolsas de patatas fritas por todas partes.

Fuma cigarrillos mentolados, pero moderadamente, y no se traga el humo. Por las tardes, también en pipa. Un cenicero con pulsador. Se aprieta y la ceniza desaparece como por arte de magia. Muy práctico. Para la pipa no tanto. Pero, para los cigarrillos, muy práctico. También para cerillas, ceniza y colillas. Sin olor. Puros también. De la altura de la mesa. Con un soporte. Un pie cromado. Sesenta centímetros de pie cromado. Pero, aún así, hay que vaciarlo de vez en cuando. Para la pipa tiene un cenicero de la caja de ahorros. Su padre dos droguerías. Un negocio principal y una sucursal. Ahora me toca a mí. ¿Profesión? Escritor. Un hijo. La separación. Ya se lo he dicho todo por teléfono, pero no me ha oído bien. Pensaba que era profesor, o al menos algo parecido. Escritor, ¿cómo se hace uno eso? Se escribe, dije yo. ¿Y tiene ingresos? También tiene ingresos. ¿Al año, al mes? Derechos, libros, el dinero. A cada momento. Constantemente. Unos ingresos, como si yo fuera Fallada o Remarque, pero aún vivos. Crítico social y con claros rasgos autobiográficos. Como si la guerra acabara de terminar una y otra vez y cada año. Sin novedad en el frente. Primero en el frente occidental, y luego en todos los puntos cardinales en orden. La rosa de los vientos. Cuando los otros niños de Staufenberg aún veían apenas salir el sol y el Norte y el Sur por Mainzlar,

por Lollar, por la Schosseeh y por el Lahn, yo ya sabía que había Nornoreste y Sursuroeste, pero también Oestesuroeste y Estesureste. Todas las puestas de sol conservadas en mi memoria para toda la eternidad. Jamás he recibido respuesta a un mensaje en una botella. Hasta ahora no. Los grados de latitud y longitud siempre han sido una carga, como una inspección, una pesada red, falta de libertad, un peso. Ahora me doy cuenta de cómo divago. Interiormente, en mis pensamientos. Cada vez más lejos de mí. La garganta seca. El dinero. Honorarios. También de periódicos, revistas, radio, televisión y cine. Dentro y fuera del país. Como Lo que el viento se llevó. Una cosa así. O Goethe, y luego en forma de monumento. Más tarde. Periódicos por todas partes. Como la vida misma, te dices. ¡Cuántos años ya todos los periódicos todos los días, llenos de anuncios de televisores en color y grabadoras de vídeo! ¡Ordenadores y *software*! ¡Ofertas especiales! ¡Diez páginas de anuncios! ¡El fin de semana incluso más! ¡Suplementos, folletos en color! ¡Ediciones especiales! ¡Suplementos especiales! Cuando vinimos a Frankfurt hace siete años, Sibylle y yo, eran aparatos estereofónicos, torres de alta fidelidad. De todas clases. Periódicos y hojitas con anuncios. Primero, entrado el otoño, un cuarto en un piso abuhardillado, con grandes ventanas que daban a la Basaltstraße. Luego a la Kaufunger Straße, a casa del amigo de Jürgen, Siggi. Por las mañanas café con leche, huevos en taza y tostadas con mermelada de naranja. El pasado. Luminosa mañana de invierno. La casa entera huele a tostadas y café con leche. Y qué hermoso es el sonido de su timbre. Ya se acercan las navidades. Entonces. Aún forasteros. Yo quería entender la ciudad, y leí todos los días todos los periódicos durante semanas. Página por página. Schleyer. Stammheim. Mogadiscio. Política, noticias locales, los robos más importantes en la zona del Main-Rin. Coches usados. El drogadicto muerto del día. La suma de drogadictos muertos por día-mes-año. Ya entonces. Viajes organizados. Extranjeros sin papeles. Indios e indios auxiliares. Inversiones de capital de primera clase. Sin riesgo. Su dinero, duplicado en ocho semanas. Créditos inmediatos de cualquier cuantía. También sin garantía, identificación y formalidades. Dinero en metálico por correo. Cualquier coche usado para un viaje sin retorno por el mundo. ¡No divagues! Anuncios de putas con detalles y números de teléfono y en qué están especializadas. *De luxe*. Por todo lo alto. Cada día un par de jubilados bajo el tranvía. Y cuánto los arrastra: ochenta metros, ciento cuarenta metros, doscientos metros. Como si fuera una competición entre los conductores de tranvía (¡pero se niega que haya elogios

y primas por eso!).[5] Servicio de primera. Trabajo ocasional. Se buscan repartidores de folletos. Lo único que no leía eran los anuncios de inmobiliarias. En la Kaufunger Straße un piso grande, el último en el que estuvo Siggi, el amigo de Jürgen. Tiene pendiente un proceso por pertenencia a la Fracción del Ejército Rojo. El contrato de la casa cancelado. De todos modos vamos a perder la fianza, dice cuando viene. Mientras tanto, pueden quedarse. Gratis. Mi primer libro. Y cómo conseguimos comida todos los días para él y para nosotros. Sentarse y escribir, y solamente entrada la tarde recorrer cada día la Leipziger Straße hasta la Warte y recoger a Sibylle en el tranvía. El atardecer. Abrigos ajenos. De camino a casa por la Leipziger Straße, nuestras compras. Pagar la leche. Pagar el pan. El costoso papel higiénico. Y fruta. Y todo lo demás que necesitamos, a ser posible cada día, de paso. No es tan fácil, especialmente cuando se tiene prisa. A las listas de la compra las llamamos ahora listas de emergencia. Dos grandes y prácticas bolsas de la compra para las emergencias diarias. Del pueblo. Escribía todos los días. Durante muchos años escribí una y otra vez mi primer libro, y ahora, aquí, la última copia en limpio. He venido a Frankfurt expresamente para eso. Empezar una y otra vez. Todos los días de nuevo. Escribía todos los días, como si fuera mi último día sobre la tierra. Vino tinto mientras escribía. Botellas de dos litros con tapón de rosca. 1,47 marcos. Aguardiente sólo cuando había suerte y cuando un comienzo me resultaba especialmente difícil. Nuestro primer invierno en Frankfurt. Un duro invierno. Desde entonces siete años. Y ahora aquí, a no pensar en mí. La lejanía. En otra parte. Es evidente. Pero luego con él, conmigo, mi cansancio y el mundo entero que pesa en el cenicero de pie cromado. Él y yo en el atardecer. De un lado para otro por la casa. No del todo en mi ser. La niña, decía yo. Pronto tendrá cuatro años y medio. Mi hija. Carina. Se llama Carina. No hay aparcamiento. No hay sitio donde dejar el coche. Los aparcamientos legales más próximos, en la Seestraße y en la Kurfürstenplatz. Él ha encontrado un garaje barato en la Landgrafenstraße. Quizá allí quede algo libre. Puede ser que yo asienta. Cigarrillos mentolados. El cenicero. Junto a mí, cada vez más grande, el profesor. Como hinchado. Un caballo de goma. Tan pensativo como si flotara. Escarba con los pies. Se frota y se rasca con las esquinas y con los cantos. Un murmullo. Luego, otra vez, volumen a la medida de la habitación. Cuando estoy desanimado la realidad está mal sincronizada, o no lo está en absoluto. El alquiler. Mi parte serían seiscientos. Quinientos ochenta quizá. Frío.

Alquiler en frío. Una palabra que amenaza con ahogarse en mi garganta. Manotea como una rana en mi garganta. Ha pagado una fianza como fianza. Tres o cinco o seis meses de fianza. Tiene que verlo. Los documentos. Y todo lo que tiene metido en la casa. Todo escrito. Persianas. Alfombras. Contratos. Recibos. Las pruebas. Vive aquí desde hace cinco años. Y también tiene las cifras en el ordenador. Puede decírmelo con exactitud, con toda exactitud, la próxima vez. Negro sobre blanco. Que si yo garantizo la garantía, puesto que soy escritor. Con escritores no sabe. Se puede hacer a través del banco. Una fianza bancaria. Y si la niña viene a verme. Día infantil. Tarde infantil. Películas infantiles. Películas en préstamo. Vídeos. Quizá establecer una tarde fija para la niña. *Babysitter*. Él no sabe muy bien qué hacer con los niños. Su hermana tiene tres. Siempre Babysitters de confianza. Presupuesto, niñera, guardería. Su marido es comercial de Volkswagen. Y él, profesor de Física, como ha dicho. Biología, Física y Química. Segundo y tercero. Un estrés, como he dicho. Miró a su alrededor, como si buscara un puesto de trabajo para sí. Otra vez en el cuarto de en medio, junto al cenicero de pie cromado. Un cenicero de conferencias. Hay un par de interesados más, dice. Con trabajo. También ha tenido una mujer como compañera de piso. Mujer. Estudiante o trabajadora. Acaba de reformar la ducha. Toda la grifería de cocina y baño es nueva y reluciente. Se ha mudado hace cinco años. También un colega suyo se interesa por la habitación. Gimnasia y Matemáticas, a veces salen a correr juntos. Así que si en los próximos días. Llamará. Primer piso. Desde las ventanas la Leipziger Straße. Enero, invierno. La tarde a lo largo de la calle. Cada día en la Leipziger Straße como en un escenario. La gente también. De la mañana a la noche, cada día, una era entera, una y otra vez. A la ventana. Desde arriba. La calle, escaparates, entradas de tiendas. Un puesto turco de frutas. Manzanas, plátanos, naranjas, aguacates, limones y mandarinas. Son reales. A la luz amarilla. Nieve, olor a nieve en el aire. Unos cuantos copos. Quizá sólo *a posteriori*, retenidos en mi memoria y alrededor de mi mirada. Una chica con una parca oscura. Sale de la tienda de abajo, con una bolsa de Montanus, a la calle. Rubia y esbelta, y no sabes nada de ella. Rótulos de neón. Las aceras llenas de gente. Hacia la noche. Un invierno nevado. El nuevo cómputo del tiempo. Enero. Lentamente los coches. Con los faros encendidos. Otra vez el cenicero de conferencias. Firme. Higiénico. Representativo. Aprietas. Zumba, vibra. Y la ceniza desaparece. Permanece desaparecida.

Luego, a la Leipziger Straße. Solo. ¡De un lado para otro, buscándome! Durante varios años he pasado tantas veces por aquí, primero solamente Sibylle y yo, luego ella y yo y Carina. Todavía nos veo caminar por todas partes. Hacia la noche. Por entre la nieve. Una niña. Una infancia. Carina, Sibylle y yo. Al fondo, abrigos ajenos. ¿Sigue nevando? Entradas de tiendas, escaparates, luz en la acera y el cielo aún está claro. ¿Estarán ya en casa? Antes, hablo por teléfono con Anne. Si el piso es bueno, dice, que diga que sí en todo caso y luego la llame. Apenas he colgado cuando llega su segunda llamada. Tengo que ir a Bockenheimer. Banco, universidad, biblioteca, ¿el miércoles? Me estará esperando en el café. ¡Debo ir enseguida, debo ir a toda costa! La Leipziger Straße. Pralinés, un puesto de frutas, la torrefactora de café. El centro comercial, el Bilka, y ahí delante va el día. Extranjeros, parados, mendigos y vendedores de periódicos. La tetería con la luz de color miel, y no estamos dentro. Lo sabes de antemano, lo sientes en el corazón. Luego la tienda con ropa india y aceites aromáticos y paños de colores. Estrecha, atiborrada, perfumada. Arcos iris, campanillas de plata, sitar, flautas y tambores, cadenas, abanicos de palma, correas de cuero, cintas de colores y ramas, todo cuelga del techo. Música, música de caravana. El subcontinente indio. Vasos de té, una tetera plateada en una bandeja. Estrecha, sobrecalentada. Como un ídolo rojo y dorado una estufa de gas al rojo vivo. Llamas azuladas. Delante de las llamas, una ventana redonda. La propietaria nos ofrece té. Las llamas de gas bailan. En la India, en Nepal, en Birmania, en Laos, en el Tíbet, ha estado en todas partes. Esta mañana le ha llegado correo de Katmandú. ¡Un momento, tengo que hacer un poco de sitio! Paciencia y descerrar la cortina. Blusas, faldas, vestidos, ha sacado una colección entera como por arte de magia, a la velocidad del rayo. Solía mirar a Sibylle mientras se cambiaba, y le gustaba ayudarla con manos hábiles. Cuidadosa. Maternal. Como tía, como gobernante, como severa amiga. En el espejo y delante del espejo. Primero con y luego sin pretexto. ¿Más té? Cigarrillos de la India. El té crece al pie del Himalaya. Sus adornos tintinean. Fuma en una larga pipa de ágata. Si tenemos demasiado calor, abre un poquito la puerta de la tienda. Nadie se asoma a mirar. En realidad, están casi solos en el mundo con la tarde de hoy. Y me palpa, experta, costillas e hígado. Que nos pongamos cómodos, que nos tomemos tiempo. ¿Un cuenquito de vino de arroz?[6]

Cojines de Afganistán. Esta tienda india ya estaba cuando llegamos a Frankfurt. Y ahora, en diagonal en el escaparate: ¡Liquidación de negocio! ¡Venta final! ¡Como si me lo hubiera imaginado todo! ¿Sigue nevando? ¿Estarán ya en casa Sibylle y Carina? En mi cabeza ya ha empezado la tarde de hoy: sigue siendo un relato de lo vano. Cada uno distinto, y al final sin embargo todos iguales. El nuevo cómputo del tiempo. Siempre me gusta mi imagen de Aschaffenburg. El Spessart, historias de ladrones, Tucholsky y el vino de Franconia. ¿Ni siquiera una torrecita barroca sobre los tejados, antes de que el tren siga puntualmente su camino o el viejo coche encuentre por sí solo el camino correcto? El Main. Una tranquila Edad Media. Franconia empieza en Aschaffenburg y un largo verano y el tiempo es lento. El camino a Bohemia, a Viena, a los Balcanes. El Mediterráneo Oriental. El camino por tierra a la India. ¿Y ahora? ¿Cómo voy a volver a pensar en Aschaffenburg? Exactamente igual la Leipziger Straße, el invierno, mi vida, la tarde de hoy. Conversaciones con uno mismo. Por ahí delante se va a Correos. En la Leipziger Straße, de un lado para otro y buscándome. ¡Buscándome cada vez con más insistencia! Mi dinero, contar el resto del dinero y el resto de los días. Siempre, en enero, los bizcochos de Navidad son más baratos. Y pronto también los calendarios. Principios de enero. Hace demasiado frío para nevar. De lo alto, casi como de *stypopor*, caen unos cuántos copos de nieve seca. Sobre las cabezas de la multitud. Como siempre los mismos. Como si no supieran hacer otra cosa. ¡Caen sin pensar del cielo, un error, y no pueden volver! A la luz de los grandes almacenes, y en las umbrosas calles laterales, en los puestos de salchichas, los mendigos. Como los últimos supervivientes de un pueblo en extinción. Matarse a beber, claro, eso dura, ¡eso necesita su tiempo! Puedes verlos todos los días, en público, aquí en la ciudad, en su lenta agonía. Ni siquiera son las cuatro y ya vuelve a ponerse el sol. Montones de gente, ¿y adónde? ¿A dónde van? ¿No lo han hecho hace poco, no habría que contarlos a todos? Caminar. Cuidar los zapatos mientras se camina. ¿Había nieve? ¿Soy yo ese? Seguir en el mundo y escribir todos los días. ¡Todos los días con Carina, verla todos los días! Y con muchas palabras una vez más hacia el verano, ella y yo. Hacia el verano. Y ver a dónde nos lleva el verano. Zapatos nuevos para mí. Carina con sandalias nuevas. Cuando brilla el sol ella empieza enseguida a dar saltitos. En verano se vuelve una gitana. Escribir, seguir escribiendo, hasta que todos los libros estén escritos y Carina sea mayor y yo al fin vagabundo, igual que antes gitano. De todos modos pronto

todos volveremos a ser nómadas, me dije. Y el mundo otra vez grande, como es su destino. Pero ¿cómo aguanta Sibylle esto? ¿Cómo puede estar sin mí aunque sólo sea un día, una noche?

Anne en el café. Justo delante, en la Leipziger Straße. En el cuarto de atrás una panadería, pequeño y viejo un café. No hay ventanas, o las ventanas están cubiertas cuidadosamente. Plantas en tiestos, viudas, la mesera también es viuda. El linóleo gastado. Un papel pintado de flores del año 1960. Mate y pálido y casi como un recuerdo ya. El café es tan pequeño y tan viejo y dentro de poco tampoco estará, nada permanece. Pronto habrá pasado el tiempo entre estas paredes. Gastado. Entro y me limito a recoger a Anne, para que no cueste nada, y camino con ella por la calle. Abrigo de piel, bolsa de libros, la tarde en la Leipziger Straße y hace justo un mes desde que paseamos por aquí por última vez, ella y yo. Y desde entonces, como siempre, ha pasado el tiempo. Un profesor. El piso. ¡Por lo menos dos o tres mil marcos, antes de que pudiera empezar siquiera a instalarme allí! Pasamos delante de la casa. Juntos delante de los escaparates hasta el centro comercial luego de vuelta y finalmente a la heladería. Yo un expreso y ella un Campari. ¿El mechero robado? ¡Extraviado! Tiene que estar en su casa, en el pasillo, en la cocina, en la cama o junto a la bañera. ¡Extraviado, pero no perdido! Incluso en ese caso, dije yo, incluso con los tres mil marcos, ¡encima el alquiler! Seiscientos marcos al mes. ¿Cómo el alquiler, una y otra vez el alquiler? ¿Seguir siempre o detener el tiempo? ¡Por lo menos que el tiempo fuera lento! Él es de Aschaffenburg. La ventana a la calle. ¡De la mañana a la noche, podría aprenderme de memoria la Leipziger Straße! ¡Y escribir además! ¡Y tendría cada día con todos sus detalles para mí para siempre! Bien, dice ella con el Campari rojo. Ella tiene el dinero. Ella me da el dinero. Y el alquiler por anticipado hasta mayo. Botas claras, una falda corta, leotardos oscuros. Negros o gris oscuro. Se remueve en la silla, y yo me siento tan erguido que podría mirarle las piernas. Por lo menos hasta mayo el alquiler. Tiene seis mil marcos y no los necesita. Al beber es como si lo besara, el Campari rojo como un lápiz de labios. Incluso entonces, dije yo, él no me lo daría. Ahora ya no sé lo que llevaba puesto. Profesor de Física. Biología, Física y Química. Cuando estoy desanimado la realidad está mal sincronizada, o no lo está en absoluto. La realidad o lo que nos venden como realidad. Enseguida mi sistema

circulatorio. Trastornos en la vida. El año 1984. Cómo se asustó, el *buen* lector, cuando hace unos años en las estanterías de Aldi aparecieron las primeras latas de conservas con el rótulo: Consumir preferentemente antes de 1984. Años con mis preocupaciones y pensamientos todos los días. Como si no tuviera bastantes preocupaciones, apenas preocupaciones, casi ninguna preocupación, a menudo pedía Chinotto sólo en broma. A falta de otra cosa. Sólo para pasar el tiempo. Palabras. ¡Como si no pudiera pasarme nada en cualquier momento! Por primera vez con Sibylle hace casi siete años, todavía recuerdo el día, y desde entonces aquí una y otra vez. Carina siempre tomaba batido de fresa o un helado pequeño. En cuanto se imagina las dos cosas ya no puede decidirse. Entonces tiene que tomar jugo de pera. Heladería café Cortina. En las paredes, fotos en color de los Dolomitas. El mesero siempre describe un arco alrededor de mi invisible violín de zíngaro. Con respeto. ¿Son los mismos clientes que en diciembre? Incluso *con* el dinero y *si* todo encajara en mi vida, dije, no me daría el piso. Siempre se encuentra una razón. E incluso entonces, se me ocurre ahora, y es lo peor, pero a la vez es casi un consuelo: ¡Sería insoportable, qué aburrimiento! Tendría que pensar con él sus pensamientos todo el tiempo. Los mismos gestos. Se abre la puerta y se ve uno sentado en el sillón. El cenicero con pie cromado. Periódicos, televisión, cerveza embotellada. Creo que vive de frutos secos y patatas de bolsa. Al pagar, el mesero dice por su propia cuenta: ¡Por desgracia hoy no tenemos Chinotto, *Signore!* En la esquina, junto al paragüero, el violín de zíngaro. ¡Pequeño e invisible, y muy claro! Luego, con Anne, a lo largo de la Leipziger Straße. Hace frío, y va a oscurecer. Todos están ahora camino a casa. ¿Me voy a la suya por lo menos un rato, como si fuera otro? El pueblo, dije mientras caminaba hacia su casa, entre la multitud. Staufenberg, es decir, mi próximo libro. En la acera, la tarde pasa ante nosotros. Todo el mundo con su aliento humeante ¡Aún no está terminado, el libro! Siempre me había alegrado que, para escribir, no se necesitara mucho. Mesa, silla, máquina de escribir y lámpara. Sólo ahora, desde que ya no bebo. Uno se conoce, sale adelante sin consentimiento. En caso necesario, basta un colchón como cama. Con el abrigo como manta. En Staufenberg, escribí dos inviernos sin estufa, con el abrigo puesto. ¡Pero cómo voy a estar sin casa ahora, y tengo que ver a Carina todos los días! ¡Quizá siendo poeta se pueda ser sin techo! Unas cuantas hojas, lápices, navaja, un bloc de notas y todo en la cabeza. Podría sentarme todos los días en la Hauptwache, junto a la estación, y pasar de largo ante el

monumento a Goethe. Saludar siempre. Él también. Sobre todas las cumbres. A veces el tiempo para una pequeña conversación. Sobre todas las cumbres, a mí también me hubiera gustado escribir. Rosas de Frankfurt en torno a su pedestal. Japoneses de Japón con cámaras japonesas. En los últimos años el Dresdner Bank ha crecido hacia el cielo, como debe ser. Nos saludamos con la cabeza. Puedo servirme de las rosas, dice. La mitad cada uno. Mejor no, para que no parezca un niño auxiliar de Pakistán. ¡No hablar muchas palabras en alemán! Y con mirada de jungla, con las inconsolables rosas, noche tras noche de taberna en taberna. Sin techo. Sin domicilio fijo. Y sin los papeles en orden. Como poeta quizá, pero no con máquina de escribir, manuscrito, armaritos de manuscritos, mapas, cajones, blocs de notas, con el tiempo muchas notas y libros así de gordos. ¡Escribir mi época! Años y años para cada libro y página tras página, una y otra vez. Veinte veces cada página. Y finalmente, como padre, una hija. Irse, pero ¿a dónde? ¡Como padre, no quiero sentarme en la Hauptwache! ¡Hace mucho que tuve que haberme ido! Anne con abrigo de piel. Ahora ella misma lleva la bolsa de libros. Avanza con ella por entre la multitud vespertina. Nunca he estado con ella en una perfumería. ¡Sólo para probar y olfatear, por si quiero devorarla! Incluso ahora, es como un anuncio de perfume. Y enseguida testigo de cómo, un par de casas más adelante, compra sal y ensalada en un viejo mostrador de madera, bajo una luz amarilla. Luego, en la parada del tranvía de la Bockenheimer Warte. A nuestro alrededor se apretuja la tarde. Un reluciente abrigo de piel dorado. El abrigo la envuelve como una luz. Y su pelo es castaño y tiene henna. Seis. Como perlas, las diminutas gotitas de plata de la última vez, en mi memoria. No hay que contar tantas. La niebla ha envuelto, en el atardecer, su cuello y sus hombros. Eso era en diciembre. Y ahora he reconocido las montañas nevadas detrás de ella. En el escaparate de una agencia de viajes. Desde primeros de diciembre ya. Han estado ahí todo el tiempo. Se ha ido el tiempo. Exactamente igual que el sitio en el que estamos, Anne y yo. La vieja tierra. Se adentra en la noche con nosotros. Y ahora llega su tranvía.

9

Con el manuscrito a la radio de Hesse. Con un extracto del manuscrito. Fotocopias. En enero. Una mañana de enero, todavía temprano. He llamado antes. La doctora Altenhofer. Escritor, o sea yo. Y he deletreado hábilmente mi nombre. Dos gruesos libros. Y ahora el tercero, y aún me queda mucho. He llamado sin cesar durante varios días, por lo menos doce veces, antes de que por fin se pusiera al teléfono. Hay que verlo, dice. En el estudio de Literatura. Prosa. Inédito. Tiempo de emisión, media hora. Doce páginas. Por correo. Sin compromiso. Lo leerá en cuanto pueda. En cuanto toque. Puede pasar un tiempo. Ya me alegraba bastante haber llegado hasta ella y que estuviera dispuesta a creer que existo. Convertir las páginas a mis páginas de manuscrito, con una estrecha distancia entre líneas. Doce páginas normalizadas son siete de mis páginas manuscritas. Por lo menos tres capítulos de la longitud correcta y cerrados en sí mismos, ¡incluso se me habían ocurrido títulos! Pero enseguida las amas de casa con sus paseos dominicales que nunca tenían lugar. De todos modos demasiado largo, y sin terminar. Por aquel entonces aún pensaba que nunca lo terminaría. El libro desde luego, pero tampoco ese capítulo dentro del libro. En ese momento por supuesto. ¡Pero sabía que tenía que hacerlo! No tenía elección. Estoy impotente contra mí. Las primeras siete páginas, o encajarlo de alguna manera, pero nunca salía. Ni siquiera cuando me equivocaba en el número. ¿No se puede parar en medio de una frase? Empezar y llegar hasta donde llegue... en caso necesario interrumpirse en medio de una palabra: ¡con dos sílabas y media en la boca! ¡La vida entera en la punta de la lengua! Volver a teclear una parte, porque hasta entonces lo he escrito a mano y es casi indescifrable. Las amas de casa con sus temas de conversación dominical. El año 1950, los delantales y bizcochos de domingo y cómo un domingo después de la comida ha fregado

los platos y la hija de los vecinos le ha ayudado a secarlos. El hombre sentado en el sofá del salón está echando la siesta, y los niños aún son pequeños. Deberían estar jugando en el pasillo y no hacer ruido, pero prefieren sentarse debajo de la mesa de la cocina entre risitas y respiraciones entrecortadas. La mesa de la cocina es la mesa de comedor. El reloj suena. El viernes ha sido día de pago. El reloj sólo hace tanto ruido los domingos. La casa, la granja, la agricultura tradicional. Y cómo después de la guerra los hombres han vuelto poco a poco al pueblo. Y luego todos se han ido a trabajar de fogoneros a la siderurgia, a los altos hornos, a Buderus, en Lollar. Fogoneros o auxiliares de fogoneros. Y a Mainzlar, a la fábrica de ladrillos refractarios. A turnos, todos los días. A ser posible siempre el turno de tarde y el turno de noche, para poder emplear la (escasa) luz del día en el trabajo del campo. Cada uno de ellos su propio siervo durante toda su vida. Años de perro y años de caballo y años de humanos. Y luego el año en el que hubo el nuevo dinero. Y ahora las amas de casa tienen que empezar a contar hacia atrás en qué año se compraron la radio nueva con el dinero nuevo. En Lollar, en Römer. Porque los domingos el reloj hace mucho ruido. Para nosotros, la gente del campo, los domingos son tan cortos. He intentado recopilar varios extractos para distintas versiones de lectura. Fotocopiarlas. Ahora ya no podía dejarlo, ya no podía aplazarlo. ¿El capítulo entero sin terminar, y al margen, donde no está del todo escrito (mis márgenes suelen estar completamente escritos), incomprensibles y bienintencionadas marcas a lápiz? ¡Una maleza, y empieza a proliferar! Marginal: ¡Marginalias! Que pueden significar: ¡Aquí también se puede! ¡En vez de al comienzo! Empezar a leer en mitad del texto, pero luego no sale bien. Después, por fin, me doy cuenta de que no puedo enviarlo por correo. Antes tampoco podía enviar manuscritos por correo, aunque sólo fueran fotocopias. Y menos a instituciones. Y menos aún a personas que no conozco. Y en absoluto si los manuscritos son demasiado largos y encima no tienen principio ni final. Estoy impotente contra mí. Desde siempre. Así que volver a llamar. Otras cinco veces, antes de que se ponga. ¡Otra vez yo! ¡Siempre yo! ¡Se lo llevo, yo soy así!, le digo. Traerlo sí, pero no puede leerlo enseguida. Sigue sin haber promesas. El tiempo de emisión es limitado. No, no, dije yo. Sólo para que me organice, si no no hay quien lo aguante. Eso fue un jueves o un viernes. El lunes tampoco encaja, así que digamos el martes a las diez. Las diez de la mañana.

¡A pie allí! Sabía el camino, pero no con exactitud. Esperaba que hubiera en los sitios adecuados paradas de autobús con planos. Y las había, incluso con planos, pero los planos eran feos e incomprensibles. Prácticamente inútiles. Lo bastante buenos para que los pasajeros perdidos supieran, en su desvalimiento, a qué autobús tenían que subirse (si es que venía alguno). Apresurarme, porque está más lejos de lo que pensaba (siempre está más lejos de lo que se piensa). ¡Y más cuando se tiene que tener en cuenta que quizá se está yendo en la dirección equivocada! Caminar, caminar deprisa, y mientras se camina no saber exactamente si se va en dirección correcta, eso tampoco es fácil. Así que titubeando y al mismo tiempo más deprisa, para que el tiempo alcance en caso de extravío. Y a la hora de llegar no debe ser tan tarde, sino más bien antes de lo que esperabas. En cualquier llegada. La entrada principal. ¿La puerta principal? ¿La puerta Este? En Frankfurt, antes de poder decidirme por un punto cardinal, tengo que llegar al Main. A la orilla, el río pasa. Mejor aún a la pasarela de hierro. Te pones exactamente en medio. Y estás ahí y sientes, como el río: cómo pasa y fluye por debajo de ti. Estás ahí y ves cómo fluye sin parar delante de tus ojos. La lejanía existe. Detenerte, agarrarte. Estar ahí y aprender a despedirte. Una despedida no es un punto cardinal. En el Main, y en el Main recordarme en Staufenberg y cómo el sol allí se movía todos los días en torno a mí y al pueblo. Yo en el centro, el sol brilla. El pueblo al sol, lentamente a mi alrededor, y el sol todos los días en torno al pueblo. El pueblo está sobre una roca de basalto. Así se ven los puntos cardinales. ¿No me ha dicho puerta Este? Si he de identificarme, mejor ser otro. Otro, pero ¿quién? Garitas, cabinas de cristal, barreras. Los guardias armados con los que tenías que haber contado, después de todos esos libros de indios y la guerra de tu infancia (¡una emboscada!). ¡Tú desarmado, y los guardias armados a los que hay que convencer a tiempo, es decir enseguida, de que eres a prueba de balas! ¡De que eres invulnerable y estás en el mundo para bien! De que sabes quién eres, incluso en el futuro, que tienes un *sentidoy* eres tú mismo y crees en eso. Y que eso es correcto: ¡Me esperan! ¿Qué significa identidad? ¡Ninguna persona seria se parece a su foto de pasaporte! Hablar a la cabina por un interfono. Sin sentido. Desenmascarado como nido de bacilos. Y entregar por un torno el carnet, que me demuestra. Todo hermético. ¿Por qué y a dónde? Pensaba que tenían que notar que soy de por vida no

autorizado, varias veces sancionado de antemano, forastero y de pueblo. También allí forastero. ¿Por qué yo? ¿Por qué aquí? ¿Por qué no estoy en mi puesto de trabajo, en el trabajo? ¿No tiene trabajo fijo? ¿Por qué no? ¿Por qué no es al menos fogonero auxiliar en Buderus? ¡Al menos durante el invierno! ¡O como ayudante con silicosis todos los días a Mainzlar, a la fábrica de ladrillos refractarios! ¡No querrá convencernos en serio de que *usted* tiene algo que ver con —¿cómo se dice?— la li-te-ra-tu-ra, cualquiera podría venir con eso! Se quedan el carnet. A cambio, pasan por el torno una carpetita de plástico con una nota y una pinza, que parece que hay que engancharse torpemente. Con manos sospechosas y temblorosas. Sospechoso y de segunda clase, dice el plastiquito para enganchar. Los guardias con uniformes de capitán. La radio de Hesse. En la televisión. Quizá los propios guardias sean del pueblo. Un botón rojo que apretar y, si te deja pasar, para él eres sordomudo. Y ves, en su mirada desde la cabina, que ahora también te vuelves invisible para él. Primero lentamente transparente, poco a poco, y luego invisible. Enseguida. En este momento. Así que a caminar. Las casas están numeradas y son enormes. Una casa así te mira impertérrita desde muchos ojos, y tú entras en su mirada como en un campo de tiro, como en un punto de mira. Edificios administrativos.

Señales, carteles en las puertas, flechas. Saludar a cada indicador, prestar obediencia a cada flecha. Y los carteles con el debido respeto... ahora te falta un diccionario de lenguas extranjeras para los carteles. ¡No te quedes parado con el ascensor! Un ascensor con espejo... ¿hay que saludar? ¿Saludar de manera distante? Luego, una secretaria, has tenido que decir tu nombre (¡tiene que haber contado ya contigo!), te lleva de la antesala a una oficina grande y luminosa. No hay nadie allí. Puedes quedarte dando vueltas para adivinar si hablaba o cantaba. Por todas partes, libros apilados en el suelo. Todos nuevos, la mayoría aún retractilados. Es un milagro que el suelo no se hunda. Desde luego que no vas a robar ningún libro, pero ¿cómo iban a darse cuenta si lo hicieras? ¿Te estarán observando? ¿Quizá la secretaria de voz cantarina? Aquí en la radio como en una radio ópera. Plantas en tiestos, hace calor (¡no pienses ahora en la próxima factura del gas! Una pared de ventanas ante la que se apiñan las nubes. Exactamente así, pensabas de niño, deben ser las pizarras de los colegios, siempre llenas de cielo y movidas. ¡Precisamente ahora se me

van a llenar los ojos de lágrimas! Porque he venido a pie en medio del frío (para ahorrarme el dinero del autobús, y porque pienso bien mientras camino), tan deprisa, a lo largo del Alleenring. El único peatón a la vista. En medio del viento, a creciente velocidad, la única figura con un abrigo. En realidad una autopista urbana de seis carriles, y ahora, *a posteriori*, me veo venir de lejos bajo las nubes.[7] Ni un pañuelo. No hay dinero para pañuelos de papel. También he olvidado agarrar papel higiénico como sucedáneo. Así te vuelves a encontrar, obstinado y mudo. Ni siquiera dinero para pan. Mi abrigo, un abrigo negro azulado de emigrante, del año 69. Así que ahora cuentas con quince años largos. Por aquel entonces me sentía rico. Incluso después de diez años, de lejos con el abrigo parecía casi un diplomático. Como un dignatario. Luego, unos años más, ese tierno y repetido movimiento de cabeza con el que mi hija solía limpiarse la boca conmigo. Después de cada comida y antes de cada sueño. Daba igual lo que llevara puesto. Cuando aún era muy pequeña, y ligera como una mariposa. Junto con ella siempre las uñas más sucias, incluso ahora una vez más. Me doy cuenta para mi espanto de que he olvidado el manuscrito, ¡pero aquí está! Cómo se convierte uno en costumbre (el manuscrito bajo el brazo). ¿Habrá cámaras de observación? ¡Es muy probable! Y ahora han filmado mi sobresalto y no se sabe cómo interpretarlo. Ahora, con fines de relajación, pensar de lejos en los capítulos terminados, que hubieran sentado mucho mejor que aquel paseo dominical por Oberhessen que nunca tuvo lugar, y ahora (por eso) no tiene fin. Incluso escrito, no se puede negar, pero ahora me parecía casi incomprensible. Tan ajenas las palabras. ¿Qué significa Oberhessen? ¡He imaginado toda la comarca y sus habitantes, antes no existía! El manuscrito enrollado, ya un poco aplastado. Yo, como clavado entre los montones de libros. ¡Frotarme los ojos con las dos manos no va a mejorar las cosas! Estaba en pie y me oía rechinar los dientes, como si la paciencia de toda mi vida hubiera alcanzado justo hasta aquí. En el escritorio, una confusión de cosas y tres cajetillas de cigarrillos. ¿Y si no viene? Diez de la mañana. Cómo me queman los ojos. Doctora Rosemarie Altenhofer. Radio de Hesse. Redacción de literatura. En mi pasado en el pueblo la habría llamado señora doctora y le habría preguntado: ¿No tendrá un remedio contra cualquier dolor? Y yo, ¿cómo voy a llamarme? ¿Aquí, delante de ella y cómo para mí? La semana pasada he fijado la cita como si se tratara de otro. ¡Como si el futuro fuera a seguir siendo futuro en el futuro! Cómo se me nubla el mundo delante de los ojos. Un largo camino, demasiado deprisa entre el frío.

Si cierro los ojos, el silencio empezará a pitar. Aprieta los dientes: ¡encaja los dientes! Como si no fueras a volver a decir una sola palabra nunca más. Abrigo, manuscrito, la pared de nubes ante las ventanas. Y encima volver a encontrarme a mí y a mi nombre, mi voz, la presencia de espíritu. Mi conciencia de misión, ¡porque para el verano próximo ha de ser tu primera emisión en radio, te lo has impuesto a ti y al mundo! ¡Para que venga, el verano! Y para que tú sepas que eres real y que en verano seguirás en el mundo. ¡Aprietas tanto los dientes como si nunca fueras a volver a separarlos! Estar ahí y tragar. La garganta es tan angosta. Enseguida ella irá hacia la puerta, sin sospechar. Siempre es la primera vez. Nunca la has visto, y sin embargo, sabes desde el primer momento que será tan hermosa que no podrás apartar la vista. ¡Y lo hermoso es hermoso para siempre!

10

Entrado el invierno, primero un invierno de lluvia y luego uno de nieve. Mi amigo Jürgen regresa de Sicilia a mediados de enero. Antes ha estado en Portugal. Y tiene un apartamento de dos habitaciones durante dos meses. Nuevo. Un edificio de apartamentos alicatado en amarillo en la Schlosstraße. Con ascensor. Amueblado. Moqueta, teléfono, portero automático. Más de quinientos al mes. Dinero prestado. El ascensor, siempre listo y funcionando. Sólo arrendatarios bien situados. Entrada, escalera y pasillo siempre limpios. Buzones cuidadosamente pulidos. Limpieza regular de ventanas. Administración de finca y vigilancia. Como si fuera un edificio de oficinas. Quizá llegue hasta finales de mayo, pero lo mejor es trasladarse lo antes posible. *Rundschau*, *Blitz-Tip* y *Frankfurter Allgemeine*. En enero, se acerca el mediodía o el tiempo se ha detenido. ¿A quién pertenece el tiempo? Leemos los anuncios de pisos, llamamos por teléfono y oímos ponerse en marcha el ascensor. Y detenerse y seguir y detenerse. Como si hiciera años de mi vida. Me di cuenta de que no podía creer en los pisos de los anuncios. Antes tampoco. Incluso con dinero no hubiera podido creer en ellos. En *Pflasterstrand* siempre vienen las habitaciones libres en las viviendas compartidas. *Pflasterstrand* siempre sale por la tarde o a primera hora de la noche. Lo mejor es verlo en el Café Elba, en el Bastos, el Pelikan o el Albatros. Siete años en Frankfurt y estamos aquí sentados con los anuncios. A él le dan *Pflasterstrand* gratis en la redacción, por ser un viejo combatiente de la clandestinidad. A cualquier hora. ¿Un futuro? ¿Un pasado como futuro? Y qué largo se me hace enero. Precisamente empezaba a pensar que ya no podía ir a ninguna taberna. En adelante, ya no habría gastos superfluos. Así que ningún gasto que sólo fuera para mí. ¿El cuarto es para mucho tiempo, o para poco? ¿Hombre o mujer? Estudiante de pedagogía, ¿de qué edad? ¿De dónde

viene, qué notas tiene, cuantos semestres? ¿Y con qué programas informáticos? Para hombres y mujeres hay pequeños y prácticos símbolos, y quizá soy el único que confunde las asignaturas, las abreviaturas, los programas de ordenador y los pequeños y prácticos símbolos, ¡así que en realidad no he entendido nada!

En una ocasión, un piso comunitario en el que tenían una habitación completamente libre y otra durante varios meses. Una amable voz de mujer. En Oberlindau. Podemos ir enseguida, Jürgen y yo. Ante la ventana, la tarde. ¿No tienes un pañuelo para mí? Aquí tienes, un pañuelo de seda. El otro se lo pone él mismo. Como salidos de los años cincuenta. Como estafadores. ¡Y lo somos! A pie y deprisa. Ya oscurece. Por el camino, lluvia fina. Llegamos, y conocía la casa. Pintada de azul, azul y blanco. Con chaflán, alero y jardín delantero. Una escalera alta delante del portal. Y, junto a la azul, otra amarilla, igual o invertida. Ya el portal me resultó conocido. Hasta por teléfono. En el amarillo, te acuerdas, vivía hace siete años el lector de Suhrkamp para el que escribí la penúltima versión de mi primer libro. Estuve muchos años escribiendo mi primer libro una y otra vez. Y la última y definitiva versión junto con él, con el lector. En una ocasión hubo una fiesta aquí después de Navidad, cuando me quedé dormido y borracho y Sibylle conmigo y tú también estabas, le dije a Jürgen. Apuramos el vino. Asbach, Pernod. No llevaba el coche o no lo encontré (¡ya volveré!), pero ¿quién ha pagado el taxi? Siete años. Y ahora aquí, en la casa de al lado. Planta baja, entreplanta. Una parejita a punto de irse. Escritor, dije yo. Libros gordos. ¿Cómo voy a contar los libros? Si pudiera resumirlos en tres frases, dije, no tendría que escribirlos. Y Jürgen mi primer lector. Que está aquí a mi lado. Ha sido mi primer lector. La parejita muy divertida, nos vemos. Al cine, ¿o a dónde van tan deprisa? Como hermanos. Él de Hildesheim, ella de Goslar. Los dos han estudiado Derecho y los dos llevan el mismo modelo de gafas. La mujer con la voz del teléfono nos enseña la casa. Luego té con ella en la cocina, un té que huele a canela y a vino caliente. Luego con el té con ella en la habitación. Está junto a la mesa con una plancha y habla de la universidad. Solo lleva en Frankfurt desde marzo. Así que pronto hará un año. Música, radio, un equipo estereofónico con lucecitas de colores. Aceite de olor encima de la calefacción. Huele a ropa recién planchada, invierno y té. Sentarse en la cama,

cansado como en mi infancia. Ella se llama Gerhild. De Bielefeld. Está en tercer semestre de Pedagogía. Jürgen junto a la ventana. Le cuenta cómo nosotros nos imaginamos, implantamos, dimos vida a los pisos comunitarios hace veinte años, y desde entonces una y otra vez. Cómo nosotros y John, Paul, George y Ringo nos inventamos a nosotros y a los Beatles. Y las guarderías comunales, el tiempo, a nosotros y la libertad, el Socorro Rojo, los derechos humanos, las escuelas libres. Todo nosotros. De nuestra propia mano. Europa, Love, Peace, el futuro del mundo. Anarquistas. ¡Abajo el Estado y el rapto diario de la libertad a manos del Estado! Los Rolling Stones. El Estado es una cárcel. Descubrimos el tercer mundo y nos pusimos en camino con Dutschke y el Ché. Y abolimos el dinero... o casi, al menos. No hemos terminado del todo con él, ¡aún no! ¡No hasta ahora! Enumera para ella los años, los nombres, las ciudades. Y ella con el té, más té aún y plena comprensión. Y tan benévola, pálida y con el pelo fino, como muchas antes que ella, que se han enamorado desesperadamente de él con veinte años y luego se han convertido en maestras y bibliotecarias. En la radio Bruce Springsteen. Viento y lluvia en la ventana. Lo mejor es seguir aquí caliente y quedarse dormido con sus voces en el oído. La radio bajita. Bruce Springsteen, HR3, luego el estado de las calles y el tiempo. Lluvia, toda la noche lluvia y en las capas altas, especialmente al Norte y al Este de Hesse, nieve y heladas en el curso de la noche. Oyes los números de las calles y los nombres de los lugares, y lo prevés todo. Luego más música, Neil Young. Acaban de pasar las siete. La noche rodea la casa. Esperar e imaginar cómo terminaría el libro aquí. Todas las mañanas, las tardes y las noches. Sentarse junto a la ventana y escribir. Jürgen con comida y música todos los días. Lluvia, el viento en la ventana. Exactamente igual que ahora, como hace veinte años. Y en la escalera volver a encontrarse a uno mismo y al día, siempre yo. Adentrarse en el tiempo. Ir y venir, como si ya fuera el pasado y todos estuviéramos salvados. El libro también. Al fin y al cabo un libro. Aquí, pues. Y podría formar parte de mi vida, un recuerdo y la dirección de ese recuerdo. Viejas fotos en una biografía. Hojear en busca de este momento en ella. Sólo hasta que vuelvas a saber qué pasó entonces contigo y con tu vida.

Esperar, luego, al teléfono, la mujer que esperamos. De Braunschweig, cuarto semestre de Psicología. ¡Hoy es tarde! ¡Mejor llamar otra vez, y otra

vez antes! Tiene usted el número. Así que irse. De noche. El viento en el portal. Encima del portal, para que la conserve en la memoria, una lámpara esférica blanca. La escalera. Sigue siendo enero. La ventana del chaflán iluminada, ¡y ahora irse! La calle desciende montaña abajo, hacia la plaza de la ópera. Nos lleva con ella. De pronto un chaparrón, una gélida lluvia que cae sobre nosotros. Pero sólo venía de las ramas, solamente del viento entre los árboles, y ya ha pasado. Unos árboles tan altos que se inclinan hacia la calle. Y dan al viento voz, oscilan, empiezan a hablar con él. Inquietos. De vez en cuando, gesticulan con sus sombras. Aquí, junto a la farola, la noche entera. Una vez estuve aquí de día, en verano, el futuro, ¿y quién soy? ¿Por qué la ciudad está como muerta? Una tarde de enero, tan tranquila, tan sólo el viento. Como ya había sido una vez, es una tarde como esa. Incluso apenas circula ningún coche. ¿Dónde está todo el mundo? Inquilinos, sedentarios. Se quedan en sus casas. Comida y televisión. Televisión con mesita. Primero muerte aparente, luego muerte. Sujeta a retenciones. No ganar nunca a la lotería, no conocer en persona a ningún medallista olímpico y sin embargo creer siempre en el telediario, una y otra vez el telediario. Y pronto volver a presentar la solicitud de devolución del impuesto sobre la renta, y por fin puede darse por terminado el año. Orden. Apenas se encuentra un verdadero nativo de Frankfurt en Frankfurt. Todos son de otra parte. Jürgen a mi lado. Al Club Voltaire, dice, ¿vienes? Y mientras caminamos otra vez para él y para mí la historia de la introducción de los pisos comunitarios y de cómo empezamos a hacerlo hace veinte años, cuando no queríamos que el mundo siguiera siendo como es. ¿Y ahora? Veinte años después. Después del Happy End o en verdad apenas acabamos de empezar. Primero al Club Voltaire y luego al Jazzkeller. Dinero prestado. Tengo que ocuparme seriamente de esto, dice. Doscinco, dicen últimamente esos locos, cuando quieren decir dos mil quinientos marcos. ¡Adelante! El viento en el rostro. Te acompaño, dije. A pie. De todos modos, nada sale de aquí. Como mucho tomarse un café de pie en la barra, ¿o no habrá expreso ahí? Entonces cola. Y luego a pie, he estado a punto de decir a casa, a pie a la Jordanstraße. Llamar antes, para que Sibylle y Carina sepan que voy. Para que Carina aún esté despierta. ¡Tengo que encontrar algo! ¡Es hora! ¡Es urgente mudarse! Desde diciembre, desde finales de noviembre ya. Cada día es ya demasiado. Ahí delante, una cabina telefónica. En diciembre su llamada desde Portugal, y no podía entender que nos hubiéramos separado, Sibylle y yo. Un nuevo cómputo del tiempo. No ha habido Navidades. Hola,

dice la cabina cuando la abres. Dos céntimos y ver si el teléfono va. En el centro la mayoría están rotos, se niegan a responder y se quedan con el dinero. En diciembre en Portugal ¿desde un bar, o desde dónde llegó tu llamada?

11

Anne al teléfono. Una habitación, amigos suyos. Mali, Winni. ¿Con *i* o con *y*? Con *i*, dice ella, las dos con *i*. Mali ha estudiado Psicología. Se gana la vida tecleando. Escribir direcciones, informática, contabilidad. Hace seis años estuvo en un proceso contra la Fracción del Ejército Rojo, un proceso por simpatizante, y desde entonces no ha vuelto a salir a la calle. Nada grave. Delira. Anteojeas. Estados de pánico. No soporta a la gente. No habla. Dictáfono también. Como Mali funciona mejor es como mecanógrafa automática. Las direcciones van y vienen. Él es peor, es normal. Profesor, de formación profesional, o como se llame. Su televisor, su fútbol, su golf, su periódico. Su Golf es un coche. Funcionario. Un monovolumen. Compra para los dos, se ocupa y se preocupa. Bricolaje. Cerveza embotellada. Sabe lo que hace. Todo con encargos a largo plazo, todo a lo grande. Spaghetis, detergentes, papel higiénico. Casa, aspiradora, limpieza de ventanas, trámites. La tiene en el bolsillo. Él va y viene y ella se queda allí. Ambos cerveza embotellada. Viven desde años como un matrimonio, pero no se van a la cama juntos. En la Robert Mayer Straße. Cuatro habitaciones. Un piso grande y barato. Antes fue un piso comunitario, y ha seguido siéndolo. Por lo menos un cuarto para mí. Por lo menos temporalmente. Todo está preparado, hablado, ya están informados. ¿Hoy es martes? Solamente llamar e ir, o cuando me convenga, dice Anne. ¿Hoy es martes? ¿Quiero que venga ella? Vendrá encantada. ¿El proceso? ¿Estados de pánico? ¿Seis años de miedo y va a dejarme vivir allí? Precisamente por eso, dice Anne, le he hablado de usted. Ya le había hablado de usted antes. Y seis años de miedo no, por eso se queda. Y de todos modos toma pastillas a diario. Antes también. Desde los quince, Mali. Su hermana tuvo un accidente a los once. De camino al colegio. Muerta en el acto. ¿Quiere que vaya? No, dije yo, mejor enseguida ¡Tengo que ir solo! Al principio en la

tienda nos llamábamos de usted, Anne y yo. Y seguimos haciéndolo, es hermoso. Entrada la tarde. Invierno. ¿Ahora, esperar a Sibylle y Carina y ya las palabras para ella en la boca, o ir enseguida? ¿Enseguida a lo largo de la calle que se extiende delante de mis ojos? ¿Tratar de notar con todos los sentidos, con todo el cuerpo, si Sibylle y Carina ya van de camino a casa y dónde están ahora? ¿Quedarse junto a la ventana y esperar a verlas pasar? En mitad del invierno. El 17 o 18 de enero. En enero, los panes de Navidad siempre están baratos. ¿Y las dos citas con el dentista? ¡Las muelas del juicio! ¡No olvidar que aún están, aún resisten!

Junto a la ventana. La calle, el presente, yo. Dentro de mí y a mi alrededor la calle y como si yo fuera esa calle, yo y el tiempo. Desde que Staufenberg ya no es un lugar tan familiar para mí. A la ventana ahora, y revisarme. He ido aquí y allá. Y contarme el tiempo. Por encima de los tejados, el cielo. Hacia el Sur, hacia el Oeste. Y se me convertía en tierra y mar, y todos los continentes con sus costas. La mayor parte del tiempo noche. Enfrente, una casa de ladrillo y con su fachada, esquinas y piedras es para mí Ámsterdam, Estocolmo, Danzig, Riga y además un viejo y neblinoso Londres lleno de humo. Como ahogado en una botella encantada. Una pared roja, una mancha de luz, el arco de una ventana. Y todos los mediodías se me vuelven Venecia. Primero Venecia, luego la antigua Bizancio. El siglo diez, el doce. Una ventana, un visillo rojo en la ventana. Un poquito de viento y el barco sale a mar abierta con todas las velas desplegadas. Sarracenos. Uscocos. El chaflán y nuestra fachada en forma de escalera para siempre Theodor Storm y una tarde solitaria antes de las vacaciones de otoño. Oyes el viento. Oyes pasar los trenes, los ferrocarriles que van hacia el Norte. Los tejados son Staufenberg y son Praga. La casa con chaflán es Praga. El viejo empedrado es Praga. Praga también el crepúsculo, la nevada, el silencio de la noche tardía y mucho antes del día la intuición recurrente de la primera luz. Conmigo en casa. Insomne. Preso en una botella. Muchas botellas llenas de tiempo. Vitrinas. Botellas llenas y vacías. En medio de la noche la mancha clara de la acera debajo de cada farola París, una y otra vez París. Un árbol, un único árbol en la calle. ¡Como si alguien me hubiera llamado! Pasos en la acera. La puerta se cierra detrás de ti. Los rostros de las casas. Las horas del día, el día, ventanas ajenas. Las nubes pasan por las ventanas. Por todas partes las ventanas, con mirada seria. Y nos

vemos ir y venir, a nosotros y al tiempo. En casa la gente. Abrigos, portafolios, un paraguas, un bastón de paseo, un sombrero ajeno. Días laborables. Buscar aparcamiento una y otra vez. Las bombas, la guerra, todavía hay rastros por doquier. Viejas y nuevas casas. En las viejas casas aún puedes ver el susto de las bombas. Las ruinas han desaparecido. Despejar. Reconstrucción. Primero sólo de emergencia. Provisionalmente. Hasta media altura. Incluso barracones. Viviendas en sótanos y de los escombros, de las ruinas, malas hierbas, manzanilla, ortigas. Arbustos y toda clase de plantas verdes que sirven para alimentarse. Saquear el pasado. Trueque, hilo de cobre. Lo que se encuentre. Herrajes, leña, tablas del suelo, una puerta, un marco, una ventana ajena. Escaramujos y endrinas. Flores de saúco para infusión. Tila para la salud. Moras. Cosechar las bayas de saúco y al futuro, el futuro, ¿cómo va el futuro? ¡Hay que creer en él! En otoño creer en la primavera. Y en primavera en la cosecha. Jugo de saúco y mus de saúco. ¡Teníamos que haber recogido más leña! Las ortigas también sirven para alimentar a la gente, y como medicina. Entre las ruinas un árbol. Y el silencio. El silencio aún no es paz. Luego, en el silencio: en el tiempo, en el vacío, con muros y ventanas y balcón a balcón, una nueva década. Construcción social de viviendas. De vez en cuando con televisión. De lo contrario no habrían podido soportar el vacío, tanto cielo, el silencio. Especialmente por la noche. Ni las puestas de sol, y menos aún el silencio de la última luz. Casa tras casa, así están los edificios. Cada uno por sí y junto al otro. Viejas y nuevas casas y al final de la calle siempre los niños con sus voces claras. Junto a la ventana. ¿Dónde debo buscarme? Como si alguien me hubiera llamado. Entrada la tarde. Como siempre, la calle. Todos los días la calle. La calle tal como la conoces. Entrada la tarde y cada uno hacia su portal. Bolsas de plástico, maletines, pensamientos, la bolsa de la compra. Cigarrillos, el periódico, la propia vida. ¿Cuánto de ajeno hay que llegar a ser aún? Como si cada día tuviéramos que vivir de nuevo nuestra vida entera. Y apenas nos conocemos. Ayer tampoco. Antes de las noticias de la noche. Nosotros, o nuestros predecesores en su momento. Pero ¿no hemos vivido todo el tiempo aquí como predecesores, sólo que en la Prehistoria? Y de pronto la casa, la ciudad, la vida se te vuelve angosta. El aire se te vuelve angosto. Ya hacia la noche. Las primeras luces. Todos los bares con las puertas abiertas. Y ahí va el día. Como leer otra vez a Chéjov, las narraciones tempranas, todas las narraciones, los dramas, las cartas, la crónica, los diarios, otra vez todo Chéjov, así son en

la calle los días y las casas. Y las ventanas ajenas con su mirada. Y lo son cada vez que vuelves a casa. Como un dolor, un dolor familiar. ¡Debes reconocerte en el dolor!

Hace ya años que es invierno. Pero también hubo auténtico verano. Apenas sueño. Largos días. Por la noche escribir, por la noche a las tres todas las ventanas abiertas y el aire del verano llegando hasta aquí desde las praderas y los campos de trigo, hasta nosotros en la ciudad y hasta mí en mi cuarto. ¡Y meterlo enseguida en el libro! Aire de verano. Tan ligero, de tan buen olor. Mi segundo libro. Y vuelve a amanecer. El despertar de los pájaros. Los primeros tranvías. Gatos matinales. El sol de la mañana de portal en portal. En la luminosa mañana el cartero matinal con su rostro matinal, paso matinal, saludo matinal. Y trae correo. El turno de noche viene a casa del turno de noche. Nuestro portero con maletín y muleta, fumando, a la Westbahnhof. Portero siempre por las tardes, durante el día administrador de almacenes en Eschborn. Enfermedad de Burger. Fumador en cadena. La propietaria de la casa es una dama elegante y entrada en años, que vive en Blankenese en una mansión con torreones y vistas al Elba. Mástiles con banderas, cuatro torreones. Lacre y escudo de armas. El Elba hacia el mar. Día y noche pasan barcos. Trasatlánticos, cargueros, petroleros, remolcadores, buques fantasma, yates a vela y cúter de pescadores. Un barco de guerra. La aduana. La policía de fronteras. Cada barco saluda al pasar. La mansión azul y blanca. Con relucientes ventanas. Cuarenta habitaciones. Cuarenta y cuatro. La próxima vez que las cuenten serán cuarenta y ocho. Las limpian todos los días. Sólo nuestro portero conoce a esa dama elegante y entrada en años, que confía en su palabra por completo y en cada detalle. ¡Palabra de honor! ¡Es mejor no molestarla! Pero en caso de duda puede llamarla por teléfono en todo momento. ¡Claro! ¡En todo momento! A una dama elegante y entrada en años como esa. El dinero no representa ningún papel (mientras los alquileres se paguen puntualmente). Su prometido murió en la Primera Guerra Mundial, frente a Skagerrak. Primer teniente. Muerte heroica. Ella siendo mujer, siendo una dama, hizo por escrito su doctorado en Filosofía. Y con escudo de armas. ¡Imagínese! Un sauce llorón, un sendero de guijarros, un alto portón. Y gaviotas. Los barcos. El Elba. También hay que imaginar el césped que rodea la mansión, un césped tan cuidado. Día y noche pasan barcos. ¿Son siempre

las mismas gaviotas, o son distintas cada día? ¿O quizá el portero sólo se ha inventado a la propietaria? ¿Directamente? ¿Para los arrendatarios y para él mismo? Por su parte, antes estuvo en la brigada criminal de Hannover. Dirección general de policía. Un alto funcionario de rango muy alto. Puede enseñarte documentos. Entonces aún tenía familia. Entonces aún fumaba Reval y Roth-Händle, pero hace poco que sufre la enfermedad de Burger. ¡A sus espaldas con un italiano, su propia mujer! Antes, diecisiete años felizmente casados. Modélico. Cuenta de ahorro. Muebles nuevos. Carísimo, el divorcio. Dos hijos. Hace mucho que tienen que ser mayores. Hace mucho que tienen que ser adultos. En Hannover. Cerrajero de automoción, el italiano. Años, a sus espaldas. Habría podido ser su hijo. María. ¡Se llamaba María! Maletín, muleta, enfermedad de Burger, fumador en cadena. Tiene que hacerse pronto una cura. Pero ahora tiene que darse prisa. A la Westbahnhof y a comprar una revista para el viaje diario en el tranvía. La mañana viene y Praga se va con pasos sigilosos. Descalzo el espíritu del mundo, un anciano que no puede dejar de toser, en su cueva subterránea o en el mismo desván de Dios. Dios duerme. El Tannenbaum bosteza, parpadea y se voltea del otro lado, para seguir durmiendo hasta mediodía. Una vieja taberna de chaflán en Frankfurt. El cartero con el correo de la mañana y siempre pendiente de si nos va bien. Un amable cartero de ciudad. Casi como de pueblo. Será de Bad Vilbel, será de Wetterau. Estaciones del año, escolares y en la esquina una panadería que huele a pan recién hecho, a canela y vainilla. Abre temprano todos los días. Como si, exactamente igual que el cielo, perteneciera a un viejo camino al colegio en una vida anterior. Por la mañana temprano tu viejo cielo de camino al colegio, en otoño. En los aleros las palomas. Y al amanecer y todas las tardes los grajos, grajillas y vencejos. A la primera, a la última luz. Tan altos que sus gritos sólo nos llegan después de días y días. Como si viviéramos en una cueva desde siempre. En un pozo profundo. Aquí, al fondo del tiempo. ¿O a dónde van los gritos, a dónde caen los gritos? Hablar con las piedras. Leer el tiempo en las piedras. Por todas partes huellas de la última guerra. Una anciana encorvada que lleva bolsas de plástico y dos perrillos vivos en un estropeado cochecito de niño. Los perrillos erguidos junto a las bolsas de plástico. Ella con impermeable. Un impermeable de hombre con las mangas remangadas. Cada perrillo un pañuelo al cuello. La Schloßstraße, la Adalbertstraße. Con cuidado hasta la Warte. Uno tras otro, en largas filas, los días y los años. Por la Seestraße hasta la Kurfürstenplatz. Por la Homburger

Straße hasta la Schlossstraße y cruzar con cuidado la Jordanstraße. Tiene que vivir en la Westbahnhof. Detrás de la Westbahnhof, donde la tarde espera todo el tiempo. Camina, empuja. Breve descanso en la acera. Control de las bolsas de plástico. Sacudir y tironear las bolsas. Ajustar a los perrillos los pañuelos, los rizos y las orejas. Reunir el día. Trozos de pan blanco de molde sin tostar para los perrillos y para ella misma. Se siente vigilada, vienen niños, viene una parejita con un cochecito, y ella empieza a blasfemar. Blasfema y amenaza, coge el día y sigue empujando.

Abigarrada otra, también ya vieja. Maquillada de manera chillona y, sobre el abrigo beige claro, una cadena con una gran cruz plateada. Guantes, bolso, sombrerito, perfume. Los guantes también perfumados. Las cosas no son nuevas, pero como si estuvieran casi nuevas en el armario, metidas en fundas, desde hace treinta años, en el armario de la ropa de los domingos, de cerezo pulimentado. Y desde entonces sin tocar hasta hoy. Siempre entrada la tarde. Hay que arreglarse durante horas. Seguro que ha empezado por la mañana temprano. Como para un álbum de fotos. Como para la escena. A la entrada del supermercado Kaiser, esquina Schlossstraße. Y viene hacia mí por la acera vacía. Usted que es italiano, ¿puede creer en nuestro único Dios? Me agarra por el brazo, por la chaqueta. Tiene que haberse pasado la noche entera con los rulos en el pelo, y por la mañana haberse peinado con la plancha. Y para su desdicha se ha quemado un poquito, porque hace mucho que sus ojos ya no son los mejores. Veintinueve rulos, grandes como puños, todas las noches. Sólo eso ya da peso. ¿No es italiano? ¿Español, entonces? ¿O brasileño? ¡Pero no se olvide de nuestro único Dios! Como de hierro, los rizos. De hierro y de bronce plateado en las puntas, y el sombrerito muy pequeño encima. Bolso, sombrerito, perfume. La cruz en el collar. Uno de los guantes sigue posado en mi brazo. Ojos de gato. Boca de corazón de cereza. ¿O quizá *sí* es usted italiano? Tres veces ya la misma conversación. Siempre viernes por la tarde, cuando salgo con libros de la biblioteca del supermercado Kaiser. He comprado tres litros de leche. Su perfume aún me alcanza. Alto y flaco, un anciano con ropa de trabajo verde yanqui. Siempre lleva botas altas con cordones. Y un medidor de confección propia con el que mide la radiación terrestre. Tan exacto como las distintas clases de hierba y de maleza. Nadie más que él las conoce tan bien. Por eso, sí, por eso tiene que

hacer solo todo el trabajo. Medir y anotar. Arriba y abajo con su medidor, como un prisionero de guerra. ¡Cuidado con el tranvía! De un lado para otro. Contar pasos. ¡Hoy otra vez, como debe ser! Y cuenta cifras. Cuando se harta de la radiación terrestre y le parece como mala hierba y por tanto necia la patea con sus botas de cordones. Tiene que sacarla del camino y pisotearla y armar un gran griterío y gesticulación. Amenazas. Con el puño. Y anotar todo. Informe diario. Pero cuidado con el tranvía. Los rayos de la radiación terrestre: algunos son como serpientes, ciénagas, caracoles gigantes. Algunos como alambre de espino, cables y minas de plato. Como un relámpago, pero invisible. Si él no estuviera atento constantemente con su medidor, las veinticuatro horas... ¡quién sabe lo que ya habrían hecho! ¡Lo peor siempre ocurre los viernes! ¡Fuera de control! ¡Alguien tiene que hacer el trabajo y ocuparse de todo, eso está claro!

En la Jordanstraße, en la casa de enfrente, un hombre que aparta con la punta del zapato una cajetilla de cigarrillos de su portal. Está perdido en sus pensamientos. También las colillas. En dirección al arroyo. Hace cuatro años y medio que se quitó de fumar. Los dos escalones delante de la casa siempre están limpios, ¿por qué no también el trocito de acera delante de tu propia casa? De la casa al borde de la acera. Con escoba y pala. En caso necesario, hay que hacerse con una escoba de brezo. Oferta especial. Barata. Lo más sencillo es limpiar completamente la acera delante de la casa. Una vez al día, el frontal de la calle. Apenas cuesta trabajo. Se hace rápido. La escoba es una buena compra. Una vez, un poquito más allá del borde... a la vecindad, a derecha e izquierda. Primero una vez, luego siempre. No cuesta mucho, y tiene despejado todo su lado de la acera. Hacia delante hasta el cruce. ¡Más no! No más allá del cruce, y tampoco doblando la esquina. Hacia atrás, hasta los dos arcos. Donde se interrumpe la calle. Los niños se encuentran allí. Bajo los arcos ya el crepúsculo. Allí la calle es silenciosa como un gran patio. Voces infantiles. El silencio. Lo único molesto es la porquería en la calzada. Sólo donde la acera está ahora siempre limpia. Si él está arriba, en la ventana, la suciedad de la calzada le *salta* directamente a la vista. Tercer piso. Desde la ventana se ve mucho mejor la suciedad de la calle que la acera limpia. Para ver la acera limpia siempre tiene que asomarse como un suicida por la ventana, tiene que agacharse. Así que la calzada, la calzada justo hasta la

mitad. Eso lo demuestra la práctica, se ofrece directamente. Así que ahora vuelve hasta el centro. En el centro no hay ninguna raya. Hay que apreciar el centro. ¿Está el centro aquí más en el centro? ¿O más allí? No puede evitarlo, tiene que ver la suciedad también más allá del centro. ¡Se hace deprisa! ¡No cuesta nada! ¡Tampoco le importa a nadie! Una escoba así de práctica. Cómo pasa el tiempo. Ahora ya tiene tres escobas. Escobas especiales. Las consigue baratas en un comercio mayorista. A precio de mayorista. Cada uno debe barrer delante de su propia puerta. Cómo mira cada ventana, apuntándolo a él. Y las casas se inclinan pesadamente sobre él con un gemido, siempre que barre la basura con escoba y pala. Cada vez que se agacha. Casi como un lumbago ya. Lo siente en el estómago y lo siente en la espalda. En cuanto hace una salida más allá del centro, más allá de su mitad, y recoge la suciedad enemiga, tiene que levantar la vista con rapidez. ¡Casi como un ladrón! ¿No lo verá nadie? ¿Cada suciedad aislada más allá del límite? Es más práctico si limpia toda la calzada. Nivelación del frente. Son circunstancias claras. ¡Hasta el arroyo, y basta! ¡No va a tocar la acera del otro lado, se lo jura! ¡Nunca jamás! ¡En toda la eternidad! ¡Aunque le atraigan especialmente un papel, cajetillas de cigarrillos, papel aluminio, media revista con la parte superior en color e incluso una lata de cerveza vacía! ¡No, ahora he terminado el trabajo y se acabó! Rápidamente delante de la propia puerta y se acabó. Tarde libre. Cena, familia, el programa de televisión. Luego, quiero reparar y limpiar y engrasar tranquilamente el reloj y la báscula de la cocina, el despertador, el despertador de repuesto y la báscula del baño. Luego al atardecer, luego a oscuras, luego otra vez salir y cruzar la calle como una sombra, con un ataque de tos. Cajetillas de cigarrillos, papel de aluminio, media revista (¡ni una teta, un culo desnudo de mujer de Hollywood!), cuatro bolsitas de panadería y una lata de cerveza vacía. Cerveza Becks. Agachado y mirando las casas de arriba abajo, de ventana en ventana. Como con un teleobjetivo. Como en la guerra, en medio de la noche. ¡Agachado y corriendo! ¡Gracias a Dios no lo ha visto nadie! ¡Muy especialmente su propia esposa! Está haciendo punto de cruz. Delante del televisor, en el sofá. ¡Él sólo piensa bajar su propia basura, la privada! ¡Cómo lo atrae con su olor a sótano y el eco de las voces infantiles y los dos arcos! ¡Especialmente por la noche! Después de limpiar la escalera, ¿utiliza deprisa el agua para la acera? Pero medida con toda exactitud. Sólo la acera delante de su propia casa y ni un palmo más. Luego el agua al arroyo. En la guerra, primero en el frente occidental y luego en el oriental, entonces aún

era joven. Una foto de soldado, ahora no sabe dónde está. Algunos conductores siempre fuman al volante. O tiran una colilla por la ventanilla o vacían el cenicero de un golpe, en cuanto está lleno: ¡y la porquería directamente a la calle! Encender la radio del coche. En la radio del coche, música para conductores. Y enseguida el siguiente cigarrillo. Y enseguida largo, enseguida largo de allí. También delante del Tannenbaum hay cada vez más colillas, la población de la taberna. Va y viene. Incontables las colillas. Como después de una asamblea de partido, y todas las votaciones por unanimidad. Siempre a la mañana siguiente, cuando va al tranvía. Mecánico de precisión en las fábricas Adler. Va a jubilarse pronto.

Por la mañana. Un sábado por la mañana de mayo. Las lilas florecen. Todas las ventanas abiertas. Aún es temprano. Acabo de terminar de afeitarme, y el día está immaculado. Pájaros. Voces infantiles. El sol de la mañana. El día de hoy. Tan cuidadosamente y bien afeitado, ¿qué vas a hacer ahora con el día? ¡Eso fue ayer! ¿Pero no yo? Tiene que ser otra persona. Un vecino. Nuestro portero con la enfermedad de Burger. El vecino del vecino. Tiene que haber sido un sábado por la mañana del pasado, ¿y dónde ha ido la vida? Historias de sábado por la mañana. En nuestra casa. El sábado por la mañana toca limpieza de la escalera. Pero a fondo. Nuestro portero sabe. Podría buscar, como buen y vigilante administrador alemán, su propia y ordenada mujer yugoslava de la limpieza. Elegirla, contratarla, mantenerla y hacerla venir. Durante la limpieza, con fines de inspección, le miraría con ojo experto el culo dentro del uniforme de nylon azul claro, y los dedos. Pruebas de polvo. Presentarse a la solicitud. Pero, con su carácter concienzudo, prefiere limpiar él mismo. Todos los sábados. Lo hace así: cubeta, detergente, fregona. Y a la maniobra. Un poquito de ruido en la escalera, una pequeña inquietud en la cabeza de los inquilinos. ¡Inevitable! Escoba, mopa, cepillo, la tropa entera. ¡Firmes en la escalera! Apenas a las ocho y media. Luego va y recoge, como al asalto, todos los felpudos delante de todas las puertas. Son internados. Prisión preventiva. Siguen sin ser más que las ocho y media. Los sábados él siempre duerme dos horas más. Durante la semana, como administrador de almacenes, siempre tiene que levantarse a las seis. A las seis menos diez. Las mangas remangadas y agua caliente en la cubeta. Tiene varias cubetas. En cada rellano al menos una. Puestos de observación. También aparataje extra para la

limpieza de las ventanas. Extendido ya sobre el alféizar. Las plantas en macetas y los recuerdos, fuera. Centros de flores. Por una parte está a favor, por otra, en contra de las macetas. Son como los felpudos, son lo contrario de los felpudos. Forman parte de la misma familia. ¡No dejarse distraer! Lo que tiene que ser, tiene que ser. Ahora se acercan las nueve. Todo está preparado. El agua de fregar humea en las cubetas. Lo mejor es hacer una pausa ahora. Cigarrillos. El periódico. Los boletos de lotería. Mejor aún las quinielas. También el periódico deportivo. Administración de loterías. La tienda está justo a la vuelta de la esquina. Los sábados va en sandalias. Como cliente habitual entre clientes habituales, los sábados por la mañana también se compra en la tienda una petaca rápida y barata. Hay que llevarla a escondidas. Pero sí, todo el tiempo. En el camino de vuelta, si tiene suerte, el Tannenbaum ya ha abierto. Si no, puede ir al Jordaneck, pero prefiere el Tannenbaum. Rápidamente una cerveza y un aguardiente. ¡Otro más! De todos modos, el agua de las cubetas ya está fría. Hace mucho que está fría. Puede tomarse tiempo. El colega Krause. Siempre con el guardapolvo gris y nunca sin su caja de herramientas, el bueno de Krause. Se ha puesto loción para después del afeitado y crema. La loción se la han regalado hace poco por su cumpleaños. Fuma colillas. No tiene ni idea de nada. Las diez. Las once. Los colegas de la vecindad. Cada vez más sábados. Ahora *tiene* incluso que tomarse tiempo, porque a esa hora todos los inquilinos están dedicados a sus asuntos de los sábados. Siempre en la escalera. Siempre subiendo y bajando. Todos ven los trastos de limpiar y saben al instante que se está limpiando la escalera. Como todos los sábados. ¡Un portero concienzudo! Si es capaz de volver antes de mediodía, es mejor que no siga enseguida con la escalera. Para que los inquilinos no se le entrometan constantemente con sus muchos pies impacientes. Como mucho vuelve a traer agua caliente. Y a echarle detergente. La escalera entera huele a detergente, cuatro pisos. Le gusta ver las cubetas allí, humeando. Mejor aún, va a quedarse en el Tannenbaum hasta después del mediodía. Dos minihamburguesas. Dos minihamburguesas al estilo de Frankfurt con mostaza y pan. Con los dedos. Si no hay pan, ensalada de patata con tenedor. Y ahora no hay que pensar en antes, o el pasado se le clava en el estómago en forma de familia. Peor, de nostalgia y ardor. Necesita enseguida un Jägermeister preventivo. María. Se llamaba María. Así que en realidad se llamaba Marianne. Dos hijos. Los hijos ahora son mayores. No los conoce. Ni ellos lo conocen a él. ¡No podrían conocerlo! Dos hijos. Un Jägermeister

enseguida. Salud. Un buen comienzo por la mañana, y ahora puede tomarse tiempo. Sobre fútbol, política, los números de la lotería, los judíos, la Segunda Guerra Mundial, la administración del campo, digo del almacén, de Eschborn. Administrador principal del campo principal. ¡Nunca ha llegado ni un minuto tarde! ¡Y nunca ha cometido errores! ¡Guerra relámpago, victoria a los puntos, vencedor del torneo! Boxeo, Bundesliga y campeonato mundial de fútbol. Cerveza y aguardiente. Antes, alto funcionario en la brigada criminal de Hannover. Servicio secreto. Secreto profesional. Necesita enseguida otro Jägermeister. Y tres casas más allá la casa n. 36, y el portero. Protección de monumentos. De su puño y letra. Sin duda la mejor casa de los alrededores. Cuestión de honor para los inquilinos. Como propietaria, una fina señora de Blankenese entrada en años. Tan fina que aparte de él no la conoce nadie. Krause, como siempre, no tiene ni idea de nada. ¡Otra cerveza! ¡En este momento se está limpiando la escalera en la casa! ¡Se limpia por sí misma! Cerveza y aguardiente. Entrada la mañana. Si vuelve, habrá silencio en la casa. Puede tomarse tiempo. Devolver los tuestos a su sitio. Antes, retirar el agua de fregar. ¡Cuidado con no mojarse las sandalias! Los sábados va en sandalias. ¿Una canción? Prietas las filas, banderas al viento. Una canción de senderistas, pero como futbolero también le valía, naturalmente, el himno nacional. Lo mejor es volcar en la acera, delante de la casa, el agua de fregar, para que escurra hacia el arroyo. Todo el mundo puede ver que en la casa se ha limpiado. A conciencia. Luego, se devuelven los trastos al armario. Antes de que alguien tropiece en la escalera y trastabille y empiece a armar alboroto. Especialmente el cepillo, la mopa y los incorregibles palos de escoba. Los felpudos, hablando consigo mismo. Cada uno, otra vez, delante de su puerta. Si cambia uno, los inquilinos se darán cuenta y lo arreglarán. Donde se limpia, puede pasar tal cosa. A veces los sábados no llega a poner los felpudos a mediodía. Hay tiempo hasta la tarde. Y mañana. ¿Por qué esa porquería no vuelve por sí sola a su sitio? De todos modos, la mayoría del tiempo lo único que hacen los felpudos es andar por medio. Una cosa tan sucia y polvorienta. A veces vuelve a casa desde el Tannenbaum y no se ve una sola joven yugoslava limpiadora con su hermoso culo, vuelve a casa y está tan agotado que lo deja todo como está y cae en una siesta de mediodía tan ancha y tan profunda como un foso. Que los trastos de fregar se las arreglen solos. Lo primero, el domingo, es la orden de marcha. Limpiarse. ¡Muévanse! Primero los felpudos. Con una escalera así de limpia, se puede dar un día de descanso

a los felpudos. Limpieza. Orden. Trapos especiales para pulir con ellos una y otra vez la barandilla de la escalera. Regularmente. Con minuciosidad. Limpiador para latón de buzones para los buzones bautizados de latón del portal. Férreo, cada bendito sábado. Desde el desván hasta el sótano, la casa entera. Tan sólo últimamente, con la pierna afectada por la enfermedad de Burger, deja pasar un sábado de vez en cuando. En realidad, tiene las dos piernas afectadas. Sólo que una está un poquito mejor porque la otra está aún peor. Una muleta del seguro. Los sábados va en sandalias. En el Tannenbaum puede poner los pies en alto. Durante horas. Debe ir pronto a la cura. Quizá el sábado sea el día en el que siempre llama a la propietaria. Delante de la nevera llena de cervezas. Con los dos pies en alto o en una palangana con agua caliente. Por teléfono. Una dama tan fina, que confía por completo en su palabra. En su mansión de Blankenese.

El de enfrente, que siempre limpia la calle con escoba y cepillo y lejía, con vehemencia. Hoy como todos los sábados, a primera hora, ha limpiado ya su bicicleta varias veces. Desmontarla, engrasarla y montarla. *Patria* se llama su bicicleta. Ahora, delante de la puerta, en la acera limpia y húmeda, para que se vea cómo brilla y centellea. ¡Como nueva! El resto del tiempo arriba, en la ventana. Desde la ventana, tercer piso. Hay que asomarse por la ventana, mucho, para ver cómo está ahí y brilla y centellea. ¡Y que no la roben! ¡Robo de bicicletas! Sin duda tiene puesto un candado, pero los ladrones se la pueden llevar con él. Doblan la esquina y ¡largo! Tienen coches de reparto especiales, transportes especiales y ayudantes formados en el robo y el transporte. Hasta las doce en público delante de la puerta, y luego de vuelta al sótano, la bicicleta. Hasta el sábado siguiente. Mejor aún en el piso, la bicicleta, pero su mujer está estrictamente en contra. Causa desorden, suciedad no, pero desorden. Aunque se podría echar un poquito el aparador a un lado y arrimar la mesa del salón a la pared. Y poner debajo de la bicicleta periódico, cartón ondulado, lámina de plástico. Primero lámina de plástico, y cartón ondulado encima. Y luego los periódicos viejos, en una capa gruesa, para proteger el cartón ondulado y el plástico y aún más el suelo. El cartón se lo puede traer gratis del trabajo. Es mecánico de precisión en las fábricas Adler. El plástico lo tienen a montones en el sótano. El plástico es lavable. Le gusta llevar a cuestas la bici durante un trecho. Como recompensa. Una bicicleta así

de cuidada. No tiene coche. No necesita coche. De todos modos pronto va a jubilarse. Sólo entonces necesitará uno. Tampoco tiene licencia de conducir. Ni quiere. Aunque: ¡no estaría mal limpiar y cuidar un coche! Hace cuatro años y medio que se alejó del tabaco. Desde entonces, siempre tiene las manos tan vacías.

Una vez, por la noche y por la mañana temprano, delante del dormido Tannenbaum, el cruce, el cruce vacío y nevado. Barras de hierro, señales de tráfico. Al borde de la acera, dos grandes botes de basura beodos que en medio de la noche no encontraron el camino de vuelta. Vacío el cruce, y completamente cubierto de nieve. Y desde entonces es para mí una imagen del Polo Norte. El comercio de tiendas de campaña está justo al lado. Siempre de camino al trabajo. Tiendas, sacos de dormir, hornillos de alcohol, Finlandia y Laponia. El alto Norte, siempre que paso por delante. Lo mejor es ponerse en camino en junio. A finales de mayo, y tomarse tiempo. Siempre se espera un verano que no pasa. Tiendas redondas, que parecen iglús. Indios, cazadores de pieles, esquimales, Canadá y Alaska. La mayoría de las veces un poquito demasiado tarde. Desde por la mañana. Hace ya años. Rápido y con las imágenes en la cabeza. ¡Y no olvides las preocupaciones del día! Unos pasos más allá la Camargue, el Sáhara, Nevada, el Amazonas. ¡Tiempo de viajar! También mosquiteras, canoas, cantimploras, escalas de cuerda, señales de humo, hielo seco, alcohol seco, aparatos para desalinizar agua de mar y pastillas de sal. Otro año y no ha habido verano. ¡Tiempo de viajar! Y cápsulas de acero inoxidable para colgar del cuello, cápsulas de eternidad de formas hermosas como prácticos recipientes para el pasaporte, el seguro de vida, el billete de avión, el seguro de enfermedad en el extranjero, el recibo del aparcamiento, el vuelo de vuelta, fichas telefónicas, despedida y un surtido de últimas palabras. Al trabajo. A comprar. A la guardería. A la biblioteca. Y cansado a casa, una y otra vez volver por las tardes cansado a casa. Las palomas en el tejado. Por su parte, un hilo directo hacia la eternidad. Para Carina, rápido, un rollito de manzana como sorpresa, ¿o aún no ha venido al mundo? Amas de casa con bolsas y listas de compras. Arrastran la mañana de un lado para otro. Tienen que darle un golpecito y empujarla, como a un tocadiscos gastado, para que por fin se ponga en marcha. Los únicos auténticos habitantes de Frankfurt son unas cuantas viudas menos duras, que todas las

mañanas se encuentran de nueve a once en la Leipziger Straße, primero en el panadero Geishecker, luego en el carnicero Waibel y luego en la farmacia Bock. Cada una lleva un carrito de compras como constante compañero. Son prácticos. También como apoyo. Hace mucho que el marido de cada una ha muerto. Nunca han sabido esperar. Hace mucho que los hijos se fueron de casa. Ya olvidados los unos, y muy lejos y olvidadizos los otros. ¿Y canarios, peces de colores, gato y perro, animales domésticos? Pronto nos pasará con ellos como con las fotos de los calendarios y los calendarios de pared: uno se toma la molestia y los cuelga, y ya han pasado. Tienen una vida tan corta, no permanecen, no aguantan. Hace mucho que su propia circulación ya no es la mejor. Pero los carritos de compras: ¡como para la eternidad! ¡Inoxidables, duraderos y fieles! Allá enfrente, ¿es ese el espíritu universal? Zapatillas de fieltro, sin calcetines. Un largo abrigo abierto. Ataques de tos. Abrigo con cuello de terciopelo. Paja en el pelo. ¿De dónde ha sacado la paja, aquí en la ciudad? Anda a saltitos, y se sabe de memoria las matrículas de los coches. Las declama solemnemente, entre ataque de tos y ataque de tos.

A la vuelta de la esquina, cuatro generaciones de una familia griega en una pequeña tienda griega. Alimentos y fruta. De Tracia, Tesalia, Arcadia, de la cordillera de Pindos. Empresa familiar. Como una cocina con iconos, candiles de aceite, fregadero, placa de cocina, lana de oveja, tapices remendados, bordados, juguetes de Lego, tareas escolares, calendario, sofá y vitrinas. En la pared Creta, Micenas, el mar y el puerto de Ítaca. La bocana del puerto. Delante, el mostrador de la tienda. El mar es grande. En el mostrador, báscula y barra de mármol. Cajones, vitrinas. Las vitrinas han sido reformadas a menudo. Dos bisabuelas, abuelos, padres, el hermano soltero, un niño. La tienda como cocina habitada. Todas las puertas abiertas. El niño aún es pequeño. Duerme. La tarima cruje. A mediodía el tiempo se detiene a menudo. Tres peldaños de piedra desgastados y un gran cuarto trasero con la televisión siempre puesta en tu memoria. Adentrarse en la tarde. El reloj se detiene. Unas veces se detiene y, otras, vuelve a andar. El televisor. Asuntos de familia. Un bocado, el Mediterráneo, Grecia, el mostrador, la mesa de la cocina, pan. Pan y sal, un trozo de queso de cabra, un plato con pepinillos, un vasito de Ouzo y una mezcla de voces y de días. El mostrador, el sofá, la mesa. De todas partes las voces. Ahora le quitan el sonido al televisor. Una de las bisabuelas

se duerme poco a poco, la otra, con collares de perlas y una temblorosa canción infantil de las montañas, de hace más de ochenta años. Todos los santos de los iconos son miembros de la familia. El reloj se detiene. A la puerta de la tienda espera la tarde. Sombras en la pared. Luz de neón. Candiles de aceite. Cigarrillos griegos. Ahora el niño tiene una pizarra y un ábaco, y balancea en la lengua con esfuerzo su propia respiración. La mujer abre la ventana. El hermano soltero sale al patio con un cigarrillo. A la tarde. Aquí en Frankfurt, en mitad de Bockenheim, un patio cuadrado griego. Cielo vespertino. Golondrinas encima del patio, vencejos. Como un barco de pescadores, el viejo camión de suministro del mercado cubierto con una lona. Cajas de fruta, Retsina, hojas de parra, colores azules, el alfabeto griego, cajas de botellas con botellas vacías, presente, el día de ayer, el verano pasado, el tiempo, un barril de agua lleno de cielo. El tiempo, sí, el tiempo. Un cachorro, un pastor alemán, ¿cómo se llamará? Aún es pequeño, pero pronto crecerá. Como un lobo. El niño es ahora un niño de colegio. De primer curso. Mochila nueva. La familia está a la puerta. Ante sus miradas el padre, el perro y el niño. Al sol de la mañana. Con largas sombras. A principios de septiembre. Tiene que ser el primer o el segundo día de colegio. Cómo pasa el tiempo. Cómo se apretujan los días. Días de otoño, serios y grises. Ahora, el padre a la puerta de la tienda. El perro y el niño se adentran en el día. Aún es pronto. Huele a otoño. Días de colegio. Anorak, mochila y gorro. El camino hacia el colegio. Por la Homburger Straße. Por la Jordanstraße. Por la Schlossstraße. Por la Hamburger Allee. Pastor alemán. Niño con mochila. Hasta la gran puerta. Escuela de San Bonifacio. El perro y el niño delante de la gran puerta. Aún es temprano. El aire es fresco y húmedo. El niño entra en el día por la gran puerta. En dirección a su vida. Sin temor, o no permite que se le note. El perro lo mira. Mueve el rabo. Luego regresa solo y, como perro, se toma un poquito de tiempo en el camino a casa. Peatones, esquinas, días y fotos en los periódicos. Bombas de neutrones. El rearme. Nuevos sistemas de sirenas de alarma para la República Federal. Misiles atómicos en Rödelheim. [8] Tormentas de nieve en Nueva York. ¡Hoy llega tarde, la mujer de los periódicos con su carretilla! ¿Es ella o su sobrina de Niederrad, que a veces viene a echarle una mano? Ya el cartero de la mañana. Nuestro portero libra hoy, según parece. Se va, fumando, con las sandalias de los sábados, hasta el estanco, y al cabo de un rato regresa fumando con el *Bildzeitung*, el boleto de la lotería y la provisión de cigarrillos. Por desgracia, el Tannenbaum sigue

cerrado. Pero en el estanco sirven sin licencia un aguardiente barato. ¡Aquí en el mostrador, sin tener que irse hasta Hannover! ¡Ni que pensar en eso! Botellitas bajo mano para clientes habituales. ¡Salud, otro aguardiente! Experiencia de la vida. La muleta, como si siempre la hubiera llevado. Ni siquiera le resulta un obstáculo al fumar. Ahí adelante aún está la guerra y el año del hambre, el 46. El espíritu universal envía sus saludos. Dos pies tan blancos. Zapatillas de fieltro, sin calcetines. Y al ir de la Westbahnhof al Zoo pasando por la calle Zeil y de vuelta apenas toca el suelo, como el espíritu universal. ¿Desde cuándo está desaparecido el espíritu universal? ¿El espíritu universal no soy yo? Ya las primeras viudas con sus sólidos carros de compras están en camino hacia la Leipziger Straße. ¿Qué hay por encima de eso? ¿Qué hay por encima de las superiores hijas y viudas de abogados del Estado? Han heredado el título de doctor y la hermosa pensión. ¿O que una panadería de Frankfurt que va bien? Propietaria de la casa. La tienda arrendada. El difunto esposo panadero y directivo del sindicato. Presidente del distrito. Un pedazo de pan. Cuarenta y dos años de feliz matrimonio. Tres hijos, y los tres han llegado a algo. El abogado del Estado es un borracho, dicen. (¡Prefieren mantenernos al margen!) A mediodía los estudiantes cruzan el campus, todos los mediodías. Zapatillas de deporte, zapatillas de tenis, sandalias. Los primeros días del verano. Por la Gräfstraße, la Jordanstraße, la Kiesstraße. Y caminar, caminar como si jugaran, estudiantes. Terrazas de los cafés. Al sol al Café Bauer, al Pub, a Bastos, a la librería Karl Marx. Casi como en tiempo de paz. Por todas partes, tiendas de fotocopias baratas. Una tienda de antigüedades. El Tannenbaum sigue cerrado. El cardo, resistencia y dieta natural. Una tienda de ropa, dos tiendas de ropa, una tienda de ropa de segunda mano. En la Jungstraße una lechería. Delicatessen, fruta, productos lácteos. Portales, escaleras, muros bajos. Un atrio, un patio para el sol. Un alféizar para los gatos. Las más bellas estudiantes. Al sol, un murete en el cual sentarse. La librería de mujeres. Los quioscos de bebidas de Frankfurt. Delante de los quioscos los vagabundos, que se las saben todas. En verano, a mediodía, las tabernas tienen las puertas abiertas. Pub, Pelicano, Albatros. La calle y yo y el tiempo. Durante tres años, volviendo a casa a mediodía desde la tienda de antigüedades. Siempre volvía a pie del trabajo a casa. La mayoría de las veces medio dormido. O ya había empezado a escribir en mi cabeza. Nunca con suficiente tiempo (¿de quién es el tiempo?). O después del trabajo a la guardería y por el camino imaginando otra vez la lejanía, Europa, mi vida.

La Jordansstraße en verano, a mediodía, dividida exactamente en luz y sombra. Dentro de mí y a mi alrededor la calle. Y también todos los libros que he leído aquí. Y los que he escrito. Bloc de notas, manuscritos. Están Rembrandt y Pieter Brueghel y las obras maestras de la pintura flamenca. Están las cartas de Van Gogh y mi cansancio y mi sueño, está enfermar y sanar. Y, en cada ocasión, la pequeña eternidad pensativa mientras el agua llena la bañera y tú descalza entre las puertas abiertas, una conversación con el silencio y los reflejos del presente, en el agua tiembla la luz, y enseguida la bañera está llena.

Calor. Frankfurt. Hace calor. Mediodía. Azul, gris azulado y lila el calor, y se ha concentrado tanto. Exactamente igual que el cansancio, pesado. Somnolienta la ciudad. Cansancio de mediodía. Y las palomas zurean. Justo ahora es cuando, probablemente, el calor es más fuerte. Bochorno. A este lado la luz. Hace calor. Frankfurt am Main. ¿Ya y media? ¿La una y media? ¿Medio dormido ya? En julio. En agosto. Esta tarde de hoy es larga como un verano. Quizá el tiempo se ha detenido. Como cuando sueñas que sueñas que sueñas. Aquí y allá, en las calles y en tu memoria y luego en casa. En una ocasión, como siempre, cansado a casa a la luz... ¡eso acaba de ser! Como si te llevaran: te llevan, y tú llevas el mundo y el tiempo. Pesado el calor, la luz. Las voces, algunas como de tu infancia, y te llaman. Y no han dejado de llamarte. Las palomas a pasitos en la acera. ¡Estoy cansado! A mediodía cansado a casa y aún sé tu nombre, lo he sabido durante días y años. Y las piedras y pasos y puertas. A menudo he caminado así. Medio en sueños, como medio dormido y el mundo hacia ti y contigo. Las voces. También conversaciones conmigo. En la tarde. Los ojos cerrados y ya me he ido, ya casi me he ido. Campanas. Marcan una hora. Un reloj. ¿La una y media? Ya más bien las dos y media, quizá llevo más tiempo adormilado, ya más de las dos y media. Como antaño a veces, quizá me he quedado dormido mientras camino. Las manchas de luz en la pared, las conversaciones conmigo y las voces que me acompañan al sueño. Cierro los ojos y contigo el día y la ciudad y el mundo en el fondo del mar. Hace un momento aún la luz, como mariposas la luz en los párpados, y tiembla y respira. El presente. Hacia la luz, luego la luz y las voces y hundido. En el fondo del tiempo. Somnolienta la ciudad. Al sol. Se mueve lentamente a tu alrededor. Y zumba y empieza a arrastrarse,

sigue zumbando, zumba y zumba. Con muchas voces. Habla y pregunta y atrae, un murmullo de todas partes. El tráfico. *Todo centellea*. Las calles se han puesto en movimiento. La ciudad viaja. Las manchas de luz forman dibujos. El tiempo, una escritura en la pared, un murmullo. Numerosas personas. Un baile, un lento tambaleo. Tanta gente. Y cada uno en su propio sueño, toda la vida preso en su propio sueño. Palomas. Las palomas en el tejado. Las palomas zurean. Las palomas empiezan a chillar. Un día de verano en la ciudad. El Main. Barcos en el Main. Cómo juega y centellea el Main. Precisamente hoy, precisamente en su camino a través de la ciudad, precisamente aquí en los puentes centellea así. Gabarras, remolcadores, la isla de los pájaros, ¿cómo se llama? ¡Pregunta a los pájaros! Un puesto de préstamo de barcos. Barcos para excursiones. Barcos blancos. Banderas de colores. Gaviotas. Las banderas ondean. Campanas. La campana de un barco. Una campanilla tintinea. La gente se amontona en la pasarela. Las iglesias, la catedral, una pared de piedra roja que el tiempo devasta. La orilla, la luz en el agua, la pasarela de hierro. Para ti día y momento, predecir para ti cada detalle y reunirlos, como si tuvieras que idear el mundo. Y pensarlo de nuevo para ti, una y otra vez. Como de otro tiempo, de una lejana época. Como huésped solo, como testigo. Y todo como por primera, por última vez. Y lo que miras y ves te pertenece para siempre. Manchas de luz. Rostros humanos. *Cómo juega y centellea el Main. Vivo*. Estuvimos un día, por el cumpleaños de Sibylle, en uno de esos barcos blancos, Sibylle, Carina y yo... ¿o eso aún no ha llegado? En julio, muy temprano por la mañana. En la pasarela de hierro, en el barco. Desde el Main al Rin, y todo el día en el agua. Un día de verano es largo como un año. En una ocasión, desde la Konstablerwache bajando hacia la Fahrgasse. Hacia el Main. Hacia el mediodía. Y de pronto la Fahrgasse llena de mariposas. En medio de la ciudad. Como una nube de mariposas. Solemne, un convoy del silencio. ¿Ha sido ahora? ¿Siempre yo? ¿Todo siempre y en todo momento? Somnolienta la ciudad, con el cansancio del mediodía. Desde gran altura ahora, como si tuvieras la costumbre de verla desde lo alto. Detalles. Las calles y plazas con exceso de nitidez. Cada tejado al sol. Un zumbido, un brillo. Y sin embargo, como si tan sólo lo estuvieras soñando. Desde arriba la ciudad, desde arriba y sobre los suburbios. A lo lejos sirenas. ¿Una ambulancia? ¿Los bomberos? ¿Policía? ¿De qué dirección? ¿Más cerca ahora? ¿Vienen? No vienen por ti. Aún no te toca. ¡Aún falta mucho! Hace calor, calor y aquí. En verano. Una tarde. Frankfurt am Main. Como ceniza ardiente la

ciudad, pero bajo la ceniza aún hay ascua. ¿No acaba de tronar? ¿Ahora mismo? ¿Antes? ¿Hace mucho? ¿A lo lejos? ¿Muy atrás en tu memoria? ¿Ha tronado ya varias veces? La misma tarde de hoy, y en el calor el tiempo se ha detenido. Los rascacielos con espejismos en el aire. El cielo un mar durmiente. ¿No va a mostrarse ni una nubecilla? La tarde aún está lejos, y ha esperado en la sombra bajo las arcadas, en los portales de las casas, en los pasillos, patios y rincones, muda, y espera en el horizonte. Como un castillo de fuegos artificiales antes de ser prendido. Espera en el horizonte como un gran globo pálido, que se hace cada vez mayor mientras contiene la respiración. Y arde y espera y crece. No canta ni un pájaro, tan sólo, somnolientas, las palomas con su nostalgia (¿tienen que almacenar su nostalgia, cada día más, tienen que almacenarla zureando, formando bolas cada vez más sólidas en las gargantas, en los ardientes desvanes crepusculares!). No canta ni un pájaro. Las paredes empiezan a sudar. Los colores han palidecido. Amarilleado. En los desvanes tosen fantasmas. ¿Qué quieren esas voces, las de al pie de la ventana y las de tu memoria? Todo sonido como dispersado por el viento, como desde lejos. Aviones. Una tormenta pasa o se hace esperar. ¿No hay viento? ¿No se levanta viento alguno? A veces viento sur al atardecer. Caliente y tembloroso, como del desierto, un viento ajeno. Recuerdos, polvo, banderas polvorientas, hojas, trozos de papel, pájaros que pasan revoloteando junto a la ventana. Enseguida una tormenta, enseguida va a desatarse la tormenta, piensas. Y luego que no. ¿Otra vez no! ¿Da la vuelta el viento? ¿Se tambalea? El mundo se adentra en la noche. Julio. Dos calles más allá una fiesta callejera, fiesta de barrio, fiesta de verano. Lamparitas de colores. Música. Bretzeln, salchichas asadas, salchichitas a la brasa, Döner, cerveza, Gyros y sidra. Un tragafuegos bengalí del barrio de Gallus. Una banda de rock de Rüsselsheim. Fiestas de jardín de Frankfurt. Primero julio y luego agosto. Aviones. Una tormenta. Una tormenta, y no viene. Puestas de sol. Relámpagos. Trenes en el horizonte. (Mi tren corre hacia la noche: ¿Quién soy?) Noche. Ventanas abiertas. La noche susurra. Los árboles susurran. La noche es como una gran almeja. Un *souvenir* comprado en un todo a cien. El recuerdo de uno y de todos los veranos junto al mar. ¿La última noche, una tormenta en medio de la noche? ¿O tan sólo ha pasado, la he soñado? Y al día siguiente arena por todas partes. Polvo de arena. Blanco, rojizo, amarillo. Traído por el viento. Arena voladora. Como del desierto. Todos los días el mismo cielo. Hace calor. Polvo. Frankfurt. La región del Rin-Main. Treinta grados ya a las ocho

de la mañana. Desde hace semanas. A mediodía bochorno, calina, humedad. El cielo primero azul, luego gris azulado y lila. El color de la eternidad. La misma tarde desde hace años, una y otra vez. El aire como trapos húmedos, húmedo y ardiente. Como en una agotada secadora, que tiene dificultades con su destino. Eléctrica. Comprada usada. Hace calor. Calor y bochorno. Calor, bochorno y calina. Y cada día hace un poco más de calor, de bochorno y de calina (cada día dos grados más, ¿cuándo será la liquidación por fin de temporada? Una tarea de matemáticas para las vacaciones de verano). Pesado el cielo. Paredes con carteles. Hace calor, calor y humedad. Las paredes empiezan a sudar ya a mediodía. Cada irregularidad se convierte en un signo. Cada detalle, en una escritura en la pared. La luz, chillona y turbia, como a manchas y franjas. La una y media, luego las dos y media, luego hace mucho que son las dos y media. Aviones. Un avión. ¿No ha tronado antes?

Susurra un susurro, zumba y atruena. La ciudad, las calles, la lejanía. El tráfico. Son los coches. La tarde en la ciudad. Los coches de semáforo en semáforo. Como una pesada respiración, un latido, la sangre en las venas. Y rodar y parar y reptar. Somnolienta la ciudad. Los semáforos. Guardias de tráfico, guardias de seguridad. Como soldados de plomo y cascanueces... así que lo he vuelto a soñar, según parece. De hojalata, de plomo, de madera y de estaño. Los de madera recién pintados. Distintas clases, distintos tamaños y versiones. Algunos con pedestal. Y giran. De un lado a otro. Los pedestales como tambores de circo. O flotan (*parecen* flotar). ¿Con sombra? ¿Sin sombra? ¿Con esfuerzo? ¿Sin esfuerzo? Un palmo por encima del suelo. O por encima del cruce. Manifestaciones. ¿No va a verse ni una nubecita? Hombrecitos de juguete. Figuras. Las más modernas también de plástico. Algunas con el mayor cuidado. Guantes blancos. Insignias de graduación. Decisión. Conciencia del deber. Botones de uniforme. Otros, nada más que una mancha blanca como rostro en el rostro. Y cómo bailan, cómo funcionan. Desfilan y resuenan y saludan y tienen que girar sin cesar. Mecánicamente, como autómatas. Un sueño dentro del sueño. Somnolienta la ciudad, cansancio del mediodía. Hacia la tarde. Lentamente. Escaparates, espejos, rostros. El barrio de la estación. El centro de la ciudad. Desde la Hauptwache hasta la Zeil y de vuelta. La Berger Straße arriba y abajo. Pasando por el Römer y cruzando el Main. Sachsenhausen, Bockenheim. Universidad, campus y

Leipziger Straße. ¿Cómo vas a fijarte en todas las personas que ves en tu vida? ¿Incluso en las que ves hoy? Un solo y largo día. Un día de verano es largo como un año. Los semáforos, de rojo a verde. Música. Cigarrillos. La calle empieza a rodar. Todas las calles empiezan a rodar. Accesos. Cruces. Carreteras de salida. La autopista. Entradas a la autopista, salidas de la autopista. La pista, la pista de despegue, el espacio aéreo, las rutas aéreas. Un avión inclinado en el aire. Cada pocos minutos un avión asciende inclinado. Otro avión se dispone a aterrizar. Señales, torres de señales, luces de señales. Una y otra vez un avión, y otro, y todos se disponen a aterrizar. Aeropuerto Rin-Main. Frankfurt Airport. Hormigón, el bosque de la ciudad y el cielo, un cielo tranquilo, que pertenece a todos y a nadie. La Cruz del Sur, la Cruz del Oeste, la Cruz de Frankfurt. Líneas de ferrocarril, metro rápido, estaciones, suburbios, pueblos, suburbios y los suburbios de los suburbios. Jardines ordenados, cuarteles, caballos, el hipódromo, campos de deporte, talleres, gasolineras, centros comerciales, cementerios, almacenes, fábricas, polígonos industriales, un campo de maíz, zonas comerciales, rectángulos, cubos, piezas de un juego de construcciones, plantas, casas, nuevos asentamientos, terreno urbanizable, terreno en espera de ser urbanizado, terrenos en construcción, solares, obras, obras. Verano, el verano, tiempo de verano. Presente. En el verano una tarde. Primero julio y luego agosto. Campos de maíz, prados, el Taunus. Desde Bad Nauheim, desde Ockstadt, desde Friedberg hasta Bad Homburg, Oberursel, Bad Vilbel. De Bergen a Kriftel, a Hofheim, a Keilheim, a Hochheim. Por el borde sur, a lo largo del Taunus. Hasta Wiesbaden. El Taunus, a lo largo del Main. Por todas partes árboles frutales. ¿Ya habrán cosechado las cerezas? Las ciruelas, los cascabelillos, las manzanas y peras. Cada detalle. Todo muy claro. La fruta en cada árbol. Y ahora va a madurar. En Hochheim el vino en las laderas. Hace calor. Senderos campestres. La llanura del Rin. La luz titila en medio del calor. En Höchst, pasando ante las fábricas de pintura (siniestras las fábricas de pintura: incuban pesadillas) en un amplio arco, el Main. Barcos. La corriente. La luz en el agua. Barcos en el Main. Hacia el Rin, con su brillo el Main, y hacia todos los lados el campo y el verano. Vacas. El heno aún está en los prados. Un tractor. Un tractor de juguete. Un tractor con cilindro desgranador. Tractores con remolque. Camiones de heno. Camiones de heno cargados hasta los topes. Senderos campestres. Campos de maíz. El maíz se alza bien. Bien. Oro puro. Es verano, viene una época en la que los gorriones se reúnen, numerosos, entre el cielo y

la tierra. Un gran griterío y un gran trino entre el cielo y la tierra. Y salen a los campos. Igual que los pardales. Van primero a los cerezos y luego al maíz. Todos los años. Campos de maíz. Una cosechadora. Enseguida tres, cuatro cosechadoras. Amarillas, verdes, anaranjadas. Enseguida están cosechados los primeros campos. Un día de verano. Vacas. Las vacas tendidas en la yerba. Hace calor, calor y calina. Azul, gris azulado y lila el calor, el cielo, la lejanía, las colinas, el bosque. Campos. Los campos relucen. Las vacas yacen en la hierba y miran el verano. Nubes de verano, y ahora también el viento, un poquito de viento. Nubes de tarde, las primeras. Un azor, un busardo, un arrendajo chillan. Chillan como desde tu infancia. Monte arriba, el bosque en las laderas. El sol, luz del sol y, muy por encima del bosque, solitarias y leves, las sombras de las nubes. Con el viento. Como aladas las sombras de las nubes, como pensamientos que surcan el bosque.

¿Dormido? En sueño, en semisueño: como si te soñaras a ti, a ti y a la ciudad y al tiempo. Frankfurt. Un verano de Frankfurt. Una tarde. En una ocasión de la tienda a casa. Desde la tienda de antigüedades. ¿Hace poco, o tiene que haber sido hace mucho tiempo? ¿En una vida anterior? ¿En una ocasión y una y otra vez? Cansado del trabajo a casa o a la guardería (en cada camino escribes en la cabeza un libro para ti), a la ciudad, a la biblioteca, aquí y allá. Mientras caminas, los ojos cerrados, apenas un instante los ojos cerrados y ya te has ido. Dormido, hundido. Todavía los espejos, las entradas de las tiendas y los escaparates. Cada detalle se convierte en escritura. Cada cosa empieza a hablar. Cada instante te mira. Todavía, de esquina en esquina, las tabernas con las puertas abiertas. Como fuentes somnolientas. Todavía el murmullo, la ciudad, el susurro del tiempo. Muchas voces. La ciudad y la luz y las voces y todo te lo llevas al sueño. Por aquel entonces escribía por las noches. ¿Dormido mientras caminas? La calle viene hacia ti. El presente. Siempre el mismo momento. La Jordanstraße en verano a mediodía dividida exactamente en luz y sombra. En sueño, en semisueño. Caminando, sentado, tumbado. Cama, suelo, sillón gris. Las colchonetas de la guardería. En el césped, un prado. Huele a verano. La piscina de Rödelheim. La Kurfürstenplatz. El parque de Grüneburg. El zureo de las palomas. Y también me he dormido. Caminando aún es posible, pero ojalá que no en el trabajo, en la tienda. No en la escalera de la librería: un pie en el aire, con la mano en la

estantería y la cabeza en las nubes de ayer, del año pasado. No en el cubo de la escalera, ciego, el fundido en yeso durante años de una estatua mortal. No en el centro comercial construido a toda prisa, ni en la oficina de Correos de la Rohmerplatz. La oficina de Correos también es perecedera. ¡Nunca en la sede de las autoridades! ¡Y en ningún caso bajo de tierra, ni en el metro ni en la tumba! Como en lo alto de un carro de heno, un sueño así de oscilante. ¡Despertar pronto! Y sueñas que sueñas y que te sueñas. ¡Despertar pronto, entonces! ¡Escucha, vienen! Hablan de ti. Algunas voces como de tu infancia aún. Delante de la puerta, al pie de las ventanas. Desde el patio, desde el jardín (quizá también soñado y largamente pasado, el jardín). Y enseguida van a empezar a llamarte. Y al lado Sibylle y Carina. ¡Silencio! Las oyes venir en silencio con intención, quieren ser sigilosas de más. Con muchas clases de susurro, y a cada instante una nueva paciencia. ¿O Carina no está con nosotros? ¿Aún no ha venido al mundo? El dibujo del tiempo. Las campanas suenan. Cuando despiertas, las manchas de luz en la pared. En ellas debes reconocerte, a ti y al presente. ¡Despertar pronto! Cigarrillos Gauloises y Gitanes, para que la tarde detenida vuelva a ponerse en marcha. ¡Enseguida té turco, una jarra grande! En tu cabeza la luz y las voces de los comerciantes, antes de que anochezca en Estambul. Y, hasta que el té esté listo, tres, cuatro, cinco expresos de pie. Venecia, Trieste y a lo lejos la costa hasta el Bósforo. Detrás el Mar Negro, un brillo plateado y lo ves todo delante de ti. Has dejado de beber y desde entonces día y noche expreso, mocca, café y té, muchas clases. Y baños calientes, lo mejor es un baño caliente cada pocas horas, o al menos imaginar que vuelves a darte un baño caliente. ¡Ahora despertar, despertar pronto! Y ver quién eres esta vez, y cómo has llegado a serlo. Lugar y tiempo, el viejo siglo. ¿Tu vida y si la reconoces? ¿Agua para el baño? ¿Una fuente? ¿La ciudad? ¿Susurra el tiempo? ¡Ahora, enseguida, despertar!

Mi segundo libro. Cuatro años escribiendo por las noches y ganándome la vida por las mañanas. Cómplices aquí y allá. Luego, como autómatas de la escritura y respondiendo llamadas en una oficina con cinco buzones de empresa y cinco teléfonos de distintos colores en la Zeil. Detrás de la Konstablerwache. Al final del todo, de la Zeil, donde ya casi está como pintada y empieza a desmoronarse, la Zeil, y el día se oscurece. El libro negro. Cada vez más adentro de la noche. Delirios. Apenas tengo sueño

suficiente. En mitad del libro he dejado de beber, y he seguido con el manuscrito. No de principio a fin, un capítulo detrás de otro, sino todo al mismo tiempo, siempre nuevo. Desde el principio sin principio. Veinte veces cada página. He escrito veintiún años sólo a base de alcohol y luego he dejado de beber en medio de un libro y he seguido sin bebida al día siguiente. Por fin se ha publicado mi primer libro y Carina ha nacido y he conseguido el trabajo de mañanas en la tienda de antigüedades. Justo a la vuelta de nuestra esquina. No lejos de la universidad. Un trabajo al que se puede ir a pie. Apenas sueño. Pensaba que el libro iba a acabar conmigo. Y luego, contra toda expectativa, estaba listo, casi listo. Acercándose a su fin. Pronto había tocado a su fin, y Sibylle ya había empezado a componerlo en la editorial. Un concepto, una subdivisión para el libro. Carpetas negras. Muchos capítulos, que escribía todos a la vez. Son largos, los capítulos. Y en los capítulos apartados, dos clases de apartados, doble distancia. Pero al reelaborar la subdivisión los he quitado. Otra vez cada página. ¡Y ahora echo de menos los apartados! Por eso empezamos a leer otra vez los capítulos, Sibylle y yo. De noche, deprisa, para volver a poner los apartados. Para que pueda seguir componiendo al llegar el día. Dos clases de apartados, un laberinto, y en semisueño entre redes y trampas. Casi dos semanas, todas las noches. Entretanto ya es mayo, mediados de mayo. Las noches cada vez más cortas. Cuando Carina se despierta sobresaltada uno de nosotros va y la toma entre sus brazos. Qué prácticos son los sillones grises. Incluso en sueños, Carina reconoce las palabras correctas. Se estira, suspira y sigue durmiendo. Se aferra al sueño en sueños y sueña en dirección al horizonte. Al fin de la noche. Cómo puede perderse uno en este libro. Yo el que más. Un libro sobre Frankfurt. Sibylle a la cama a las dos y media. Yo hasta las cuatro, hasta las cuatro y media. Hace mucho que los pájaros están despiertos. Cada día amanece antes. Días largos. A mediodía, del trabajo a casa a pie. En semisueño, como siempre el mismo momento. Hacia el portal. Siempre en camino hacia mí. ¡Y ya he empezado a escribir en la cabeza! Música de mi amigo Manfred, de Giessen. Tres cintas. Especiales para escribir. La selección y el orden los hizo él, cuando fuimos a visitarlo en marzo. Perfectas, exactamente como yo las quiero, las cintas. Tres veces noventa minutos de música. Jürgen y Pascale vienen a vernos por la tarde como pareja de enamorados y me traen un cassette y gominolas para Carina. Y un pañuelo de colores para Sibylle. Y una foto de un león para Carina (¡en la foto hay un león vivo!). Jürgen me da ochenta marcos, que se supone que me

debe desde hace años. También podemos decir que me los prestas y ya veremos lo que nos trae el futuro. ¡Qué hermosos son! Se van ahora mismo a un concierto. Son mis hermosos pájaros de colores, les dice Carina, aunque en realidad hace mucho que duerme (¡Otra vez a tomar leche! ¡A tomar leche por última vez y mirar si todo sigue delante de la ventana! ¡Los ochenta marcos nos los guardamos para Pentecostés! Todas las mañanas a la tienda de antigüedades, a mediodía a casa. Venía del trabajo a casa, empezaba a escribir y oía las tres cintas una y otra vez. Una y otra vez la misma tarde y luego hacia la noche (falta tiempo aún hasta que oscurece). Un cassette junto a mi mano en la mesa, me parecía un milagro. Los cassettes son de todos modos un prodigio. Y la música más. Todo mayo sol, todo mayo un único y largo momento soleado. La máquina de escribir eléctrica comprada con el anticipo por mi primer libro y que, después de tres años, sigue siendo una sorpresa para mí cada vez que la utilizo. Lámpara de escritorio, armarito con el manuscrito, tres mesas de trabajo. Grandes reservas de papel. Así terminé de escribir el libro, mi segundo libro. Sibylle ya componiendo y con la compaginación. *Stricto sensu* ya casi demasiado tarde para el otoño (en realidad ya muy tarde), pero no teníamos elección. Al contrario de lo que había pasado con el libro ya impreso, no había podido librarme de mi impaciencia. Cuatro erratas. La semana anterior a Pentecostés la última página y cuatro días en el bosque, Sibylle, Carina y yo. Aparte de mí, nadie sabe que en el último momento tengo que añadir un ultimísimo capítulo al libro ya listo. Ya en febrero tuve cuatro semanas de permiso no remunerado y, después de Pentecostés, otra vez cinco días libres. Cintas, cassette y volver a empezar. Pero el libro está listo, me dicen en la editorial (¡como si yo pudiera equivocarme!). Yo también pensaba que estaba listo, dijo Sibylle. Con conciencia de culpa, como si fuera un error suyo. Acabamos de volver del bosque y me quedan cinco días libres, y escribí el ultimísimo capítulo. Luego, llamo y me voy a pie a la editorial con el ultimísimo capítulo. Pronto atardecerá. ¡Lo has conseguido! Me encontré al editor en el patio. KD Wolff. Un cerezo delante de la casa. Los castaños florecen. Delante del portal, como si estuviéramos allí, para que luego nos acordemos. Principios de junio. La propia vida. Una tarde de junio, todavía luminosa. Apenas hacía cuatro años que nos conocíamos, pero entonces nos parecía mucho. Juntos en la casa. Le di el último capítulo. Este es el último capítulo. Empezó a leerlo enseguida. Me quedé hasta que lo hubo leído. En mi cansancio, bebí ocho tazas de té. Va a ser tarde para el otoño, dice entonces,

pero ya hemos empezado. Ante la ventana, la tarde. Sí, dije yo, Sibylle ya está componiendo. Quizá no lo consiga sola. Se puede calcular a tiempo y dedicar una parte a la composición. Si no lo sacamos ahora, no estaría listo para mí, ¡no realmente! ¡No podría dejar de pensar en él! ¡No podría hacer otra cosa, tampoco podría descansar! ¿Sabes lo que he tenido que beber? ¿Recuerdas cómo vine a la editorial por primera vez? Entretanto, deprisa, una sola y diminuta botellita de aguardiente para mí solo, una petaca. La décima parte de un litro. Y, expresamente para esto, un rodeo poco antes de llegar a casa. Aquí, entonces, vino tinto. Una tarde. Pero era tanto vino tinto que no se acababa. El día delante de la ventana ya estaba lejos. Pequeño y lejano y muy claro. Hacía mucho que quería irme, pero primero quería terminarme el vino, y el vino no se acababa nunca. Sí, dice él, lo sé. Pronto necesitaremos fotos tuyas. La fotografía se llama Ute Schendel. Cada uno se toma otra taza de té. Demasiado cansado, ahora, para el texto de solapa. Noche. El cielo como cristal azul. A casa por el Westend, a pie a casa. Todo florece. 1982 en junio. Tres días antes de mi cumpleaños. ¡Lo has conseguido! Dieciocho capítulos. El libro negro. Carina aún despierta. Me estaban esperando. Contarme enseguida lo que ha hecho hoy cada uno de los animales de peluche. Luego, al baño. Ya no está realmente oscuro. Azulejos azules en el baño. Paredes y techo azules. En el suelo, losetas. Imitación de mármol. Gris y blanco. Fue entonces cuando vi en las losas las imágenes del paraíso. Cuatro años ya en la casa. Siempre, en el baño, en el suelo, las losetas, y ahora imágenes del paraíso. Para meterse en ellas. Personas y animales y plantas. El sol y en el sol todo vivo. Exactamente árboles como aquellos de los que yo pensaba de niño así son los árboles en el paraíso. Así de suave es la luz, luz paradisíaca. Las imágenes se complementan, se pertenecen. Se funden como el agua. Más bien despacio, como el valioso aceite de la Biblia. Como el cielo en un estanque, con calma chicha o casi calma chicha. Como en la realidad, cuando vas con los ojos de un lado a otro. La cercanía, la lejanía. Hablé de esto con Sibylle y con Carina, pero no podía enseñárselas. ¡Me habría quedado con esas imágenes para siempre! Las imágenes siempre estaban un día más. También el día de mi cumpleaños, y al día siguiente. Luego me di cuenta de que empezaban a irse. No se fueron sin más, sino que dejaron de estar poco a poco. Una lenta despedida. Imágenes del paraíso. ¡Primero no y luego sí y luego ya no! Para Carina fue el verano antes de cumplir tres años. Ese verano fuimos por vez primera al sur con ella. Un largo verano gitano. Pasamos su cumpleaños en

Saintes-Maries-de-la-Mer, y Jürgen y Pascale vinieron a vernos. Una peregrinación. Trajeron regalos. Pascale con una camisita de flores por vestido. Tostada por el sol. Piernas desnudas. Mi amigo Jürgen con sombrero de paja como Vincent Van Gogh. Buscan una casa en el sur de Francia. Lo único que no tienen es dinero ni ingresos, por lo demás todo está ahí. El paisaje, la comida, la gente, el clima, el tiempo, todo es perfecto, tú mismo lo ves. Pero ¿de qué van a vivir? Como hemos vivido antes, y ¿de qué? Tenían un viejo Fiat verde claro, que hace mucho que da la impresión de que ya no circula. A finales de septiembre, de vuelta en Frankfurt. Cielo de septiembre. Los azulejos azules del baño. Pequeñas losetas en el suelo. En el agua la luz *tiembla*, y enseguida la bañera está llena.

Carina delante de la casa y Carina en la ventana y en la escalera. Ahí va Sibylle. Ahí vuelve Sibylle. Carina nació en esta casa. Carina en brazos de Sibylle y Carina en triciclo. Carina en sillita. Carina sabe hablar. Carina con muchas palabras. Un molinillo, azul y blanco. Ahora los tres tendiendo la ropa. Se tiende hacia el cielo. Ahora incluso crece hierba en el patio. Carina brinca y Carina con sandalias nuevas. El primer día de la primavera. Y ha esperado delante del portal desde la mañana. Todavía nos veo ir a todas partes. Las tardes. Y voces infantiles. Y el tiempo se ha detenido. Exactamente igual que la mancha de luz en la pared de enfrente. Sibylle y Carina, mi siesta y sus voces mientras me duermo. El tiempo. El dibujo del tiempo, como las manchas de luz en la pared. Más allá de los momentos y de las voces, detrás de cada espacio el verdadero espacio. El que buscamos y buscamos (escribí) y sin embargo conocemos desde siempre. Y sólo lo encontramos después, en el pensamiento, el lugar de nuestro incesante regreso. Mi segundo libro. Cada tarde, antes de poder empezar, el suelo repleto de juguetes de Carina. Piezas de construcción, peluches, estrellas, una luna, una bola de nieve, letras, plumas de pájaro, cucharas, una pelota, una pelota de tenis, tres pelotas, un trozo de tela, terciopelo rojo, campanillas de latón y plateadas, bolas de cristal, piedras de colores, un reloj de juguete, dos o tres lunas, una camisa, leotardos, sandalias, una ovejita de lana, alas (se ha hecho dos alas para disfrazarse: ¡ella misma!), tres coches de juguete, una carretilla, un caleidoscopio, animales de granja de madera y de plástico de los de no-meter-en-la-boca, pinzas de ropa, un vapor de plástico, un velero. Sacudir el caleidoscopio y

cerrar el ojo, el otro ojo, y contener el aliento... ¡no confundir los ojos! Dibujos, lápices de colores, libros ilustrados, papelitos de naranjas, una tiendita (¿desde cuándo tiene una tiendita?), piñas, botas de goma, dados, patines, un sombrero de paja con flores artificiales perfumadas (rosas que huelen a campanillas), un espejo, una bandeja, una tetera, la tiendita hecha a base de cajones y cajas de zapatos (apenas hay clientela, no hay venta, casi no hay ventas, ¡pero se ha gastado una fortuna en cinta cello!), la tetera como espejo panorámico, como tambor, como campana, un reluciente candado de bicicleta para el futuro (¡el futuro existe!), un destapador, un bolsito, cuatro rollos de papel higiénico que no son suyos (¡hay que reclamarlos de manera inflexible todos los días!), sobres de cartas, una tijera que se ha apropiado y pañuelos de colores. Todo como sembrado, como caído del cielo. Tampoco como un mosaico... ¡y tengo que agacharme cada vez! ¿Qué hora es? ¡Y qué acumulación de confianza en ese desorden! Los peluches de mi hermana. Se los había regalado a mi sobrino hacía mucho tiempo, y ahora, fieles y cariñosos como son, regresan poco a poco con nosotros. Con ella, con Carina. A menudo también pequeños objetos preciosos que le he dado para que me los guarde. Entonces, ella también me da pequeños objetos preciosos para que se los guarde. Préstamos, préstamos permanentes. Ya el verano antes de cumplir dos años adquirió la capacidad de extender su siesta del mediodía hasta el principio del atardecer. Entonces volvía a despertarse y pasaba mucho tiempo con nosotros y con el mundo y atraía a sus amigos y los nuestros hacia sí y hacia nosotros y hacia el mundo. Para cuando se vuelve a dormir son las once. Descalza y cansada y como si nunca hubieras conocido otra cosa. Todas las mañanas a la tienda de antigüedades, a mediodía a la guardería, por las tardes con ella y con Sibylle y encima la ciudad, como si la soñaras. Largos días. ¿Ahora el despertador para mañana temprano? ¿Un baño? Como en semisueño, recoger los juguetes. Cansancio, dolores de espalda. Recoger las estrellas, un ejercicio de devoción, y luego a la mesa junto a la lámpara con mi cansancio, el manuscrito y notas. Mi segundo libro. Con música hacia la noche. Sibylle conmigo y poniendo alternativamente en marcha el tocadiscos, ella y yo. Y a seguir con el libro, de lo contrario no habría existido, el día. Sibylle junto a mí. Lee, sentada a la mesa luminosa, deja correr el agua de la bañera. Escribe. Escribe cartas, diarios, historias porno para mí. Lee a Chéjov, lee a Faulkner. Lee pentagramas como si escuchara música. Atrae y me atrae durante la larga noche. Al menos los relatos porno puede escribirlos con sandalias blancas,

para las que en realidad hace ya muchos años que el dinero no nos alcanza todas las primaveras. ¡Debes seguir atrayéndome, como si estuviera prohibido, cada vez más! A menudo pasada la medianoche todas las ventanas abiertas y a salir de la casa otra vez con todas las palabras e imágenes. Calles nocturnas. Las fábricas y almacenes de detrás de la Westbahnhof. La Leipziger Straße. La Gräfstraße, la Ludolfusstraße, la Georg-Speyer-Straße, la Zeppelinallee. Siempre en camino hacia mí. ¡Nunca suficiente espacio y nunca suficiente tiempo, y por eso escojo ventanas en todos los caminos! Ventanas de chaflán, de buhardilla, de mansarda de torre de patio, ventanas de tabernas, tiendas, plantas bajas, escaparates, vidrieras de iglesia, ventanas en la universidad, ventanas en las casas de los ricos, ventanas en los almacenes y ventanas en una fábrica vacía. Desde fuera solo, ventanas ajenas. Y en mis pensamientos despachos y libros por escribir, lámparas, el decorado, tiempo y silencio. Siempre delante de esas ventanas, que me saludan ya. También les he señalado las ventanas a Sibylle y Carina una y otra vez. ¿Luz en las ventanas? *¡Ahí se sienta y escribe!* Hace mucho que ha pasado la medianoche, y hay que encontrar el camino de vuelta. ¿Un refresco de cola en el Tannenbaum? El tabernero ha necesitado cinco años para comprender que ya no bebo. Durante el día a veces lo entendía un poquito antes, pero pasada la medianoche ha necesitado cinco años.

A casa, y otra vez con los ojos ardiendo. Fumador en cadena. Desde que dejé de beber, día y noche expreso y mocca turco. Hasta las tres de la mañana, luego mortalmente cansado a la cama y sin dormir, el sueño no me encuentra. La respiración de Sibylle, la respiración de Carina, la noche respira. Escuchar mi sangre, mi corazón, el latido y susurro y tictac del tiempo que corre. Y calcular constantemente cuántas horas, minutos, segundos de insomnio me quedan hasta que tenga que volver a levantarme e ir a grandes zancadas a la tienda de antigüedades. Imagino el sueño como un mercader de paños: enormes balas de paño. Como para la eternidad. Sólo las primeras clases. E inconmensurables reservas de ellas.[9] ¿Y la ganancia o robo de minutos, cuando me afeite una vez más mañana temprano? ¿Y si, como un ladrón de bocas, no me limpio los dientes sino hasta llegar a la tienda? Y ver todo lo que de vida se puede ahorrar en la vida, y lo que al mismo tiempo, doble o triple. ¿O no preocuparme del tiempo y sentarme y escribir? Sentarme y escribir la

noche entera. ¡No dormir nunca más! Un solo y largo día. Y, en mis pensamientos, la casa ampliada y agrandada cada vez más. Como si soñaras y te sueñas a ti. Chaflanes, tribunas, una galería, un porche elevado delante del alero y un torreón. En el porche elevado delante del alero, todas las tardes dos horas de verano. Un paso en la pared entre la mesa de trabajo y las estanterías de libros y luego la habitación en la que me siento y escribo. Sin que nadie me moleste, día y noche. Delante de cada habitación, una gran habitación: zona protegida, pasillo. La vivienda duplicada. En una ocasión como imagen en el espejo, invertida. Como en las ventanas nocturnas. Primero duplicada y luego cuadruplicada. También ventanas ajenas, pasados, vida anterior. Alguien distinto. Detrás de cada espacio el verdadero espacio. Escaleritas y puertas abiertas y, por encima de nuestras cabezas, de nuestras frágiles y soñadoras cabezas, escribí (mi segundo libro), altas y bajas las ampliaciones que se alzan hacia el cielo. Hacia el vacío. Exactamente igual que en el dormitorio, en la cocina, en el baño, en las claraboyas inclinadas, en la tranquila paz de las espaciosas perspectivas a la luz de las lámparas. Detrás de cada espacio el verdadero espacio, como diminuto reflejo de luz en el espejo, irrevocablemente dorado en tu ojo. Años luz. Para escribir como en una torre. Y en cuanto has creído en eso y te has acostumbrado y funciona y vives con eso (¡mejor guardárselo para uno mismo!), entonces, detrás de las paredes y muros y espacios y verdaderos espacios, de todos modos el infinito en todo momento. Interiormente, dentro de ti. Incluso en semisueño. Incluso en el sueño. Sentarse y escribir. Para Sibylle un sitio donde bailar. Despejado. En medio de la habitación. La habitación se ensancha como tu corazón. Una playa. Un salón de columnas. Un campamento abierto junto al fuego. Un claro. En el claro, gitanos. En la noche y de día. Cuando ella baila, baila bajo el cielo. Ayer aún era verano. Ayer aún bailaba con Carina en brazos.

Y que la calle, después del cruce, se convierta felizmente aquí en callejón sin salida. Como un gran patio, que pertenece a todos y a nadie. Y silencioso. Al fondo, dos arcadas. Para peatones, niños, gatos, puestas de sol, voces de niños, dientes de león, sueños de perro, la tarde, el eco de las voces y todos los años, en primavera, durante seis semanas, blanca, espesa y tierna, en el suelo, la floración perdida, arrancada por el viento, de las acacias que se encuentran aquí, delante (o sea detrás) de las arcadas. Las acacias altas como

edificios. Bajo las arcadas ya el crepúsculo. ¡Ven conmigo! A través de las arcadas a los campos de deporte, y para que por la tarde puedas ver a simple vista incluso el Taunus. Aquí en la ciudad ves el Taunus al menos una vez al día. El Taunus. La lejanía. Mucho cielo. Y en la lejanía el día de mañana y el tiempo para el día de mañana. El Tannenbaum: Ojos cerrados. Ronquidos. No a las diez, ni a las once, ha abierto por fin a la una del mediodía. Ha faltado un pelo para que abriera entre la una y las dos, casi precipitadamente. ¡Por Dios! Luego, a las tres, se le ocurre que las cinco sigue siendo pronto. Pero también un barranco, un pedregal, una empinada ladera la calle, y sube hacia las nubes. Una pared de roca, ves cómo el viento la forma y describe y el tiempo pasa con lentitud. El Tannenbaum quizá abra hacia las siete. Por la noche las tabernas con las puertas abiertas. Las tabernas con sus carteles y nombres y luces. Todas las noches. Y empiezan a brillar, a titilar, a llamar, como si yo siguiera bebiendo. Tabernas en las esquinas de Frankfurt, con los brazos abiertos. Agitan los brazos y gesticulan en la acera. Con grandes ademanes. Torpes. Se interponen en tu camino, como en París las viejas tabernas suburbiales en los primeros cuadros de Utrillo. El viejo siglo. La calle. La calle tal como la conoces. Y ha sido para mí el barco ebrio de Rimbaud, ha sido para mí junio, promesa y guerra y paz y noche y regreso a casa. Bebido, luego lo he dejado. En una ocasión junio y en el baño, en las losetas, imágenes del paraíso. Acabo de terminar mi segundo libro. Para Carina el verano, antes de cumplir tres años. Siempre un día en las losetas las imágenes del paraíso. Y luego otra vez yo y sólo las losetas. Grises y blancas. Dos están flojas. Desde el principio.

Caminos a casa. Ir y venir y siempre en camino hacia mí. Desde casa. Por delante del Tannenbaum. Pasando el cruce. Ante la costa griega, el color azul, los jugosos melocotones y el alfabeto griego. Ante los días pasados, ante los viejos edificios de alquiler con cara de tarde, con su olor a sótano de piedra de Praga. Ante los niños y los bebedores y las tabernas de esquina y los quioscos de bebidas de Frankfurt. Junto a la acera, muy viajados, dos viejos y abollados autobuses Ford dorados, que pertenecen a turcos de Frankfurt. Transportes, transportes. En la acera los residuos voluminosos, cachivaches, días pasados y ya los tres primeros cargamentos de mañana temprano. Estanterías, armaritos de madera, placas de Resopal, neveras usadas, viejas

cocinas de gas, viejas cocinas eléctricas. Dos grandes familias turcas en la planta baja. ¿Turcos o kurdos? Por las tardes los niños, cinco niños. Siempre por las tardes salen los cinco por la ventana. Cuatro ventanas en fila. En la última luz, en el atardecer verde claro. Llevan dos grandes botellas de agua. Se sientan, con pijamas de Woolworth, en las cocinas eléctricas y de gas blancas como el mármol, blancas como las alas de una gaviota, blancas como la escayola. ¿No hubo hace un año una tarde exactamente así, y ellos con dos grandes botellas de agua? ¿Exactamente igual? ¡Bajo una medialuna turca, que brilla cada vez más, cada vez más luminosa! Los han llamado ya tres veces, y siguen sentados en las viejas cocinas eléctricas y de gas. Un mar de cielo vespertino. La lejanía. En todas direcciones la lejanía. Hacia la salida de la autopista (ahora la calle empieza a rodar) Turquía, el Oriente, la India. Ahora la calle es como un río y se lo lleva todo consigo. A menudo he pasado por aquí. A través del campus, donde la nueva fuente susurra y brota. A través del campus y todas las mañanas con pasos matinales a la tienda de antigüedades y durante unos años a la guardería y durante unos años a casa. A la ciudad, a la ciudad, y cada vez que vas a la ciudad sale a tu encuentro desde la ciudad un Goethe. Siempre hay que ver primero de qué humor está esta vez. Terciopelo y seda y medias de color crema con pantalones de seda hasta la rodilla, ¿no puedo habérmelo inventado? Primero en la ventana. En casa conmigo. Entrada la tarde. En mitad del invierno. La calle, el presente, yo. Y ponerse en camino en tercera persona, es hora.

12

De la Jordanstraße a la Robert-Mayer Straße se entra en la tarde. Amarillo un cielo de invierno. La casa ya al primer vistazo como pintada, una ilusión óptica. Y no mueve un músculo. La vivienda en el primer piso. Ambos en casa. Mali. Winni. Y yo soy, dicen, Peter. De buen grado en el pasillo. Un rato largo. Con frases hechas en el pasillo. Como si uno estuviera al lado de sí mismo. Estar ahí y dejar que el tiempo se alargue. Carraspear. Un pasillo grande. Una puerta abierta. La habitación en la que Mali escribe. Winni se va temprano, siempre vuelve a casa después de comer. Y yo padre. Una hija. Y antes con Anne en la tienda de antigüedades. Escritor de libros, dice mi hija. No, sin ordenador. Una máquina de escribir eléctrica. Del pueblo. Así que yo. Mali, pálida. Cuando habla, manchas rojas. Se pone de pie y extiende las manos vacías. Manos frías. Dos manos. Dos. Hace mucho calor, y ella está como si tuviera frío todo el tiempo. La casa: cocina-baño-retrete. Una puerta, el cuarto de Winni, la otra, el cuarto de la televisión. Y aquí la puerta abierta. El cuarto de Mali. La habitación en la que Mali escribe. Escritorio, archivador, fichero, cama, sillón, muñeca de trapo, equipo estereofónico y televisor. La habitación es grande. Suelo de moqueta. Una gran máquina de escribir Olympia, ordenador y pantalla. La pantalla un centelleo verde y gris, ante la ventana el día. Tarde. Invierno. Un día laborable, el 17 o el 18 de enero. El año 1984. Todo el tiempo en el pasillo delante de la puerta abierta. Frases hechas. La habitación, sí, cierto, la habitación para mí. La puerta al final del pasillo. Ahora me enseñan la habitación. Aquí está la habitación. En cuanto me enseñan algo dejo de verlo. Desde siempre. Ya me pasaba antes. Otra vez en el pasillo. ¿Doscientos marcos? ¿O doscientos cincuenta? El teléfono tiene contador. Un largo cordel y para las unidades un cuaderno en el pasillo, un bloc de notas. Mañana la llave del piso. En la nevera, una balda para mí. De

todos modos hay dos neveras en la cocina, y una nevera extra para bebidas en el cuarto de la televisión. Y arcón de ultracongelados también. Y de todos modos la mayoría del tiempo es invierno. Todo está aquí, dice Winni, y se frota las manos. De qué manera tan estudiada se frota las manos. Para la balda de la nevera hay una chapita adhesiva con mi nombre. Me la rotulará mañana con el ordenador. Asentí. ¡Pero no te molestes! ¡No hace falta! He estado a punto de decir: ¡Yo nunca como! ¡Yo! Como mucho, proforma, un litro de leche en la nevera. Basta con medio. Sólo para saber que estoy ahí. Cartón. También puede ser de pega. Encajan en la puerta de la nevera. Al final, me basta con la palabra. Y una nota para anotarla. En la máquina de escribir. Por mí, incluso a mano. Una *L* a lápiz. Ya he pensado la nota. Así que hecho. En todo momento. Para terminar, se repite todo. Un gran pasillo. Ya iba a irme. Vuelvo a la habitación. ¿Una mesa? Una mesa, y utilizable. Puede utilizarse. Lo bastante grande para la máquina de escribir, y al lado mi manuscrito todos los días y las páginas terminadas. Disponible. He visto la mesa y nada más. Hasta mañana, entonces. Pero entonces me dan ya la llave del piso.

Del pueblo. O sea, yo. Y contarles a toda prisa, víctima de la exaltación (¡con la llave en la mano!), cómo se lleva una vaca al campo. De niño. Cuando uno no tiene en casa ninguna granja, ninguna economía agrícola y menos una vaca. Como refugiado, pues. Ocho años tenías. No es que la vaca no vaya contigo, no es eso. Sí que va. Va contigo mientras puedes creer ante ti que la vaca va a ir contigo. En el año 1951, en verano. Un día de verano, a mediodía. La misma verdadera historia, la misma vaca y el mismo camino que ya le había contado a menudo a Carina. Pero ahora quizá ha empezado con la vaca más bien sin pensarlo, lo ves en sus gestos. Lo venías pensando ya por la escalera. Pensando como con alas. Y sigues con la vaca. Una vaca así necesita mucho espacio, que se le hable bien y paciencia (mucho espacio incluso ahora, en la memoria). Así que una cadena para vacas, una correa, una soga. Yo mismo, descalzo. Con ocho años. Polvo de verano en el camino. La vaca, parda. Manchada de pardo y con anchos cuernos. Concretamente del matarife Heinrich. Sin esquila. No hay vacas con esquila en la comarca. La vaca se llamaba Els, o sea Else. Así que Elsbeth, que viene de Elisabeth. Els y Lies y Betti se llaman las vacas allí, en la comarca. Son pesadas y parsimoniosas. De patas tiesas, las llaman. Ellas mismas lo saben, las vacas. El matarife

Heinrich, campesino y posadero y el mejor trompetista del pueblo. No sólo del pueblo, sino a la redonda. Y asentir. Asentir uno mismo con la cabeza. A modo de explicación. Esquilas sólo ha habido últimamente. De los viajes baratos en autobús a Berchtesgaden y a la cumbre del Zug. Pero luego las cuelgan en los salones. O les ponen una cintita bordada y las cuelgan en el pasillo. Antes de cualquier compra hay que comparar todos los precios del lugar. También con los precios de antaño, y con lo que se pensó al verlos entonces. Lo mejor es aprenderse los precios, hasta donde se pueda, de memoria, y entonces hay tema permanente de conversación para el camino y en casa. También al Rin y a Heidelberg, donde no hay esquilas. Helgoland. De todos modos, en los últimos tiempos apenas había vacas en el pueblo. Vacas tienen como mucho los grandes campesinos. Pero en la comarca no hay grandes campesinos. No los ha habido nunca. Tampoco hay iglesia en el pueblo. La autoridad está afuera. En otro sitio. Ahora con despedida y puerta. Ya tres veces, de despedida en despedida. Como la campanilla de un llavero. Luego, has agarrado el llavero y te has ido. Enero. Todavía hay luz. Mirlos. En la Robert-Mayer-Straße las casas tienen un jardín delantero. Hacia el extremo inferior de la calle, antiguos jardines. Ahora no queda más que piedras de lindero, muretes, una verja baja, los postes envejecidos de una puerta. Restos. Huérfanos y viudos. Hormigón, losas de piedra, césped urbano que no crece. No viene. Dura la tierra. Espacio para los botes de basura, para que, tan repletos, puedan atrapar juntos un poquito de aire. Pequeños senderos con las losas de piedra. Siempre en ángulo recto. Más bien como símbolo, como los signos de un mapa: ¡Imagínese aquí un jardín delantero a escala! Los mirlos ya están muy acostumbrados. Trenes. Cada pocos minutos un metro rápido. Las ventanas de los sótanos miran con insistencia. En mitad del invierno los jardines, como si todo el año fuera invierno.

Traer la máquina de escribir. Tiene que ser por la tarde, quizás el próximo día por la tarde. Grande y pesada, una Olivetti con marco de hierro. Hace cinco años, con el anticipo de mi primer libro. Y ahora empieza a ser ya un poco propia y sensible. Hace poco. ¿Cómo llevarla? No tengo una maleta ni una caja para ella. Bajo el brazo no es posible, o sólo un poco. Es informe. ¡Se resiste! Entre dos no es posible. No hay por dónde agarrarla. Sólo puedes cargarla delante de ti con los dos brazos. Como impedido. La lejanía se pierde

de vista. Y jadear. El jadeo aumenta. A cada paso es más pesada. E imaginarte qué pasará si tropiezas. Un peso así, ¿cómo vas a llevarlo? Sólo entre dos, si se lleva en una caja en la que se pueda confiar. Con una cuerda, ambos como jorobados, y deteniéndose cada tres pasos. ¿Mirar alrededor, a ver si le persiguen a uno? O estamos por vez primera en una gran ciudad, y enseguida la noche se nos echa jadeante al cuello. Posiblemente para siempre. Así la llevamos a casa Sibylle y yo, felices, cuando la compramos hace cinco años. Una tarde de marzo. A finales de marzo. Hacía poco que había dejado de beber para siempre. El crepúsculo vino, gris y vacío. Tengo cada camino en la memoria. En todo momento. También puedo desandar los días y hacerlos presentes. Incluso los caminos que recorría todos los días. Siempre nuevos. Paso a paso. Pero ¿cómo llevé la máquina de escribir de la Jordanstraße a la Robert-Meyer-Straße? Nadie la llevó por mí. En enero. Enero casi había pasado. La octava semana según el nuevo cómputo del tiempo. Hacia la noche. Amarillo el cielo de invierno. Pesa, y no encuentro el camino y no me encuentro en mi memoria. Luego colchas, sábanas, dos camisas, dos toallas y la ropa interior para tres días. En medio de la vida. Salgo solo de la casa y recorro la calle a grandes pasos. Carina llama. Viene detrás de mí. Lleva un cojín. El cojín es bastante grande comparado con ella. Siempre que se le cae el cojín lo pisa, tropieza, se detiene, levanta el cojín, lo sacude, lo agita. Por una parte, amonestar al cojín, por otra, convencerlo. Paciencia también. Y yo con mis preocupaciones y mi manta en un hatillo, mi vida como hatillo, sin una mano libre y aún así haciendo ruido mientras camino con el llavero nuevo. Aún hay luz. Hace frío. Amarillo el cielo de invierno, amarillo y naranja. Y se detiene y con ella los pájaros: ¡ahí arriba! Vencejos por la tarde. La luz y el cielo los traen por sí solos. Son muchos. ¿Los oyes chillar? Cabeza hacia atrás, boca abierta: asiente. Aún pequeña. ¡Y acordarse de todo para siempre! ¡Y aferrarse al cojín, no soltarlo! En sus brazos el cojín como una nube. Y seguir. Personajes de cuento. En el camino. Y en casa de la bruja un poquito de descanso y los sueños y la manta y el cojín. Sólo prestado, como todo en este mundo. La palabra *prestado* se aprende sola. El año pasado fui con ella una vez a la guardería, por la mañana, y al principio no dijo una sola palabra. Iba a mi lado como una cavilación. Y luego: ¿Somos nosotros los que estamos andando aquí?, preguntó. Tiene que haber sido antes del nuevo cómputo del tiempo. Y no dejar de hacer ruido con las llaves. A cada paso.[10]

Zapatos, los únicos que tengo. ¿Y para leer? ¿Qué libro, qué libro empezado me llevo para el camino? Como separador siempre postales, fotos, fotitos, tickets de compra, notas, una bolsita, palabras, una palabra, un sobre de la lejanía, un sobre con mi nombre en él, entradas de cine, un billete de tren como pasado, no cheques, casi nunca billetes de banco, una cintita, una cinta, un trozo del mundo, un recorte, papelitos de las naranjas, una espiga, una hoja, una pluma de pájaro que Carina me ha traído del mundo, de la selva. Habrá sido el parque de Grüneburg. Un verano pasado. El día de ayer. A menudo también ha ido al palmeral con la guardería. Una niña de ciudad. Cada separador es un trozo de mí, y evoca mi vida. ¿Qué libro, qué libro empezado? ¿Y qué otros libros, al menos dos o tres, para que no se me acaben los libros? Especialmente esta noche. Y tampoco la próxima noche. ¡La noche podría convertirse en prisión para mí! ¿Por qué ahora sólo recuerdo los separadores y no los libros? ¡Ni ahora ni nunca más! Expreso. Una cafetera de expreso para una sola taza. La taza y una cucharilla. Mi vida como estado de excepción. Finalmente, yo y mi manuscrito, es hora. Carpeta, archivador, blocs, el alfabeto, notas, papel para la máquina de escribir, bolígrafos y lápices. Todo en dos cajas de madera, lo bastante grandes. Una servía antes de cajón, la otra guardaba dos botellas de coñac. Envase regalo. De pino las dos, y sin tapa. Mi vieja maquinilla de afeitar, que compré una vez con Sibylle, una mañana de verano del pasado perfecto en que ninguno de los dos tenía que ir al trabajo. Y un cable extensible para la máquina de escribir. De la Jordanstraße a la Robert-Mayer-Straße te adentras en la tarde. Amarillo y naranja el cielo de invierno. Aún hay luz. Oyes pasar un tren. Hace frío, ¿no hay un olor a nieve en el aire? La tarde, salir siempre al encuentro de la tarde. Tres veces el portero de noche en su camino desde la Westbahnhof. La mayoría de las veces no logra del todo llegar a casa. Sólo hasta el Tannenbaum. Fumador en cadena. Yo también fumador en cadena. Siempre nos saludamos amablemente con la cabeza, incluso desde el otro lado de la calle. Cada vez. Y entonces se te ocurre que el portero está muerto. Enfermedad de Burger, muletas, a la cura, luego le amputaron la pierna. Por segunda vez, primero hasta la rodilla y luego entera. Reval, Roth-Händle, solicitud de jubilación y *rápidamente* muerto. Ya lleva año y medio muerto, no viene a cuento aquí. Así que su sucesor será Krause, que vive dos calles más allá y

atiende la casa de pasada. Fuma colillas. Siempre le gusta insultar en público a su mujer y a su hijo, la querida familia. ¡Lo hace por bien! Siempre con guardapolvo gris y nunca sin caja de herramientas, Krause. Primero amarillo, luego naranja el cielo, y empieza ya a amarillear. Como el papel de los viejos mapas, pero mucho más deprisa. Y enseguida también se ha ido la luz. Llegar en medio del crepúsculo. Los mirlos de ayer. Tres o cuatro tardes seguidas en mi memoria, y al final una sola y larga tarde y yo siempre de aquí para allá. Oír llamar a Carina. ¿Adónde van los gritos de los vencejos? ¿Dónde están ahora, los de hoy y los de ayer? ¿Dónde los guardan? Mi vida me llama, llama y llama. Las voces detrás de mí. La puerta de la casa, la ventana abuhardillada, los años. La música grita detrás de mí. Siempre los mismos discos. Al escribir. Como mucho cinco o seis, a través de los años. Joan Baez, Bob Dylan, Janis Joplin, los Beatles, Mahalia Jackson. Siempre tuvimos sólo esos cinco o seis. Al escribir, también la música contra el cansancio. Años adentrándome en la noche. Y para cuando no escribía, Vivaldi y el Viaje de invierno. Caminar deprisa. Llegar al crepúsculo. La casa no mueve un músculo.

Luego, a la mesa con el manuscrito. Hay una mesa. Elogiar las dos cajas de madera. He recogido, y debajo de la mesa las dos cajas de madera, listas. Colocar la máquina de escribir y enseguida otra vez la última página y media. Con cada copia mejor. Ventana sí, pero la persiana hasta la mitad. Está torcida, atascada. Aún así salgo con los ojos, con la mirada. Cuando oscurece, el cielo de Frankfurt es marrón. Pesado. Impenetrable. Una bóveda iluminada desde abajo, que pesa sobre tu cabeza. La habitación: trastos, una bicicleta, una rueda de bicicleta y cuatro bombas de inflado. Números de años, archivadores Leitz, cajas de cartón, una tienda de campaña plegada. Armaritos, un armario, una máquina de coser. Zapatos, botas, limpiazapatos, armaritos zapateros, tres rollos de alfombras. Montones de periódicos, revistas de televisión, un televisor apagado, tuestos vacíos, dos aspiradoras irreconciliables. Bolsos de viaje, cuatro maletas, un cesto lleno de bolsas de plástico, cerrado por arriba. Atado. Como para ahogarse. Atado con fuerza. En mitad de la habitación, grande y negro, un piano. A los pies del piano, como llevado por la marea y encallado en la playa, un colchón. En el colchón, mi edredón y el cojín que Carina me trajo. Por la tarde. La silla en la que me

siento. La silla cruje. En la mesa, mi manuscrito y la máquina de escribir. Trastornos circulatorios, o la luz tiembla. Respirar con cautela. La silla cruje. El silencio se vuelve cada vez más ruidoso. Enseguida las cosas, los trastos. Con muchas voces. Y quieren atraerme, crujendo, susurrando y siseando, a su fantasmagórica vida. Oyes un tren pasar. Tienes tu vida entera en la memoria. Y ahora la casa empieza a temblar.

13

Enseguida, seguir con el manuscrito y no convertirse en fantasma, sentarse y escribir. Mis caminos van y vienen. Por la tarde, por la mañana. Casi como en fuga. Ahora y cada vez. Arrastras contigo tu vida entera. El día, Carina, yo y el nuevo cómputo del tiempo. Caminar, caminar más deprisa y no perderte de vista. Enero. En las calles una luz invernal. Caminar deprisa, con la vista puesta muy lejos: de lo contrario no soportas tu vida. Y al volver a casa, cada vez, a seguir enseguida con el manuscrito. La habitación, el trastero. A menudo mientras escribes, de fondo, la máquina de Mali. Bajita. Y rápida como el tiempo, como un caballo mágico lanzado al galope. Como un eco, como dentro de mi cabeza. Se acerca el mediodía. Desde hace muchos años, en cuanto levantas la vista, va a ser la una. En la cocina y con la cafetera, un expreso. Quedarse allí de pie hasta que hierve y tomarlo de pie, tan caliente y amargo. No tengo paciencia para un café con leche. La puerta de Mali abierta. En el pasillo. Encuentros. ¿Hay que saludar con la cabeza? ¿Invisible? ¿Pasar de largo en silencio? A veces, ambos al teléfono. Al mismo tiempo, ella y yo. ¿O no ha sonado el teléfono? Y, si ya no lo soportas, ¡cuenta! En la cocina, como si me hubiera sorprendido y ella con un enjambre de palabras vivas a la guardería, Carina, a mí y a la mañana de hoy, siempre es la propia vida. Cada hora un expreso. Cocina-baño-retrete y un contador en mi cabeza. Mali en el pasillo. ¿Es la misma mañana? Finales de enero. En la cocina, Mali. Desde el pasillo una luz de invierno entra en su habitación, las noticias del mediodía y los *hitsde* ayer en la SWF3. Muerta la muñeca de trapo encima de la cama. La muñeca de trapo como víctima de un crimen. De vuelta al trastero, cerrar la puerta y a seguir con el manuscrito. Leer reelaborar y copiar una y otra vez, página por página.

Entrada la tarde Winni vuelve a casa. Cuando ha hecho la compra le ayudo a descargar el coche. Subimos sus compras escaleras arriba. Todo es barato en el mayorista. Tenemos que hacer tres o cuatro viajes. Él y yo como salidos de un manual. Alemán para extranjeros. La primera o segunda lección. Cuando hace frío decimos que hace frío. En otro caso, hoy no hace tanto frío. Nos apresuramos, porque el coche está en la entrada y se acerca el crepúsculo. ¿Les gustaría a los mirlos saber qué subimos y de dónde? Una parte, directa a la cocina. Y el resto como provisiones, para tener provisiones, a la despensa, de forma sistemática. Y entretanto ha oscurecido. Huele a gasóleo de calefacción, a tarde y sótano e invierno y tiempo perdido y ajeno. A veces Winni viene a casa y luego, o incluso enseguida, tiene que volver a irse. De otro modo, ambos delante de la televisión, Mali y él. Zapatillas, cerveza embotellada, tarde, tarde libre, el programa de televisión, la televisión y un cuenco gigantesco de espagueti para ver la televisión. Él siempre sigue cada programa con aplausos y gritos de «buh». La cerveza, ni demasiado caliente ni demasiado fría. También patatas asadas con huevos y bacon. La sartén es grande como una rueda de carro. Siempre cocina de antemano para tres días. Mali se calienta los restos varias veces a lo largo del día. También raviolis de lata. Él hace la comida, ella a veces quark de frutas, müsli y flan para postre. Sentarse y escribir. En la Jordanstraße, acostar a Carina. Luego un rodeo por la Gräfstraße, la Ludolfusstraße, la Zeppelinallee, y a imaginar futuros para aguantar mi vida. De vuelta y a seguir con el manuscrito. Después de medianoche poner fin al día y al trabajo. Ahora los ves entre las cacerolas. En la cocina, bajo la lámpara. Mali, Winni. La casa está tan caliente que las paredes empiezan a sudar. En el cuarto de la televisión, sola en la penumbra, la televisión parpadea y predica. Noche en torno a la casa, noche e invierno. Oyes pasar un tren. La casa está ahí y tiembla. Y la noche empieza a gemir.

Salir en mitad de la vida. A la edad de cuarenta años. En el año cuarenta y uno. Podía soportarlo. Por las noches, los vientos hacia mí. ¡Sin aire! ¡Tos, ataques de asfixia! ¡Mojado, empapado de sudor! ¡Despertar presa del pánico! ¡Despertar por mi propio grito! ¿O sólo he soñado el grito? ¡Enterrado vivo! Despertar tres veces cada noche, tres-cuatro-cinco veces, pero podía soportarlo. La muñeca de trapo muerta. En la casa, contener el aire. La inadmisibile proximidad como un bullir de ácaros y preocupaciones y efectos

de cristal ustorio primero sobre la piel y luego debajo. Invisible sobre el pasillo. En el baño, enjuagarme la boca y no ver ninguna imagen, ningún rostro en el espejo. Cocina-baño-retrete y un contador en mi cabeza, un molino y varios contadores. En la ventana. La persiana atascada, no se mueve. A pesar de eso probar una y otra vez, para que no te acostumbres a su estado. ¡Si el piano no estuviera en mitad de la habitación, y cómo se abomba y presiona! ¡Si al menos no estuviera tan polvoriento! ¡Si al menos no hubiera bajo el polvo un barniz negro charol tan reluciente! ¡Si al menos no estuviera cerrado... si al menos la tapa se levantara y emitiera un solo sonido vivo! ¡Ese único sonido se alzaría por el aire como un pájaro puesto en libertad! ¡Por lo menos, si estuviera abierto, volver a contar las teclas como un robot feliz! Como salida de un libro, Mali en mi cabeza. Encontrársela en el pasillo: el tiempo se detiene, nos detenemos, el día, Mali y yo. Como estatuas los dos, y así adentrándonos en el día. Y con qué esfuerzo él retiene su rostro en el rostro, convulsivamente, como un dolor. Así que yo. A finales de enero. ¿Vas a tener ahora, para el resto de tu vida, un tic tan particular y académico? ¿Con gafas? ¿Sin gafas? ¿O acaso el tiempo aún no está maduro para eso? Cada hora un expreso. Mi vida como estado de excepción. Por la tarde, Winni vuelve a casa. Una vez, en la cocina, espagueti con ellos. Una edad de las cavernas, sentarse y masticar, y las paredes empiezan a sudar. ¿Pensaban que iba a ver la televisión con ellos todos los días? ¿Sería distinto para mí si Anne no me hubiera contado nada? ¿Lo habré soñado todo y me lo habré inventado y ahora no puedo parar? Una vez, de niño, me quedé dormido en la mesa de la cocina. Por la tarde. Bajo la lámpara. ¿Y desde entonces todo ha sido un sueño? ¿Cómo despertar? Invisible a lo largo del pasillo. Pero cuidado, no demasiado a menudo. De lo contrario, podría ocurrir que no puedas salir del hechizo de la invisibilidad. En la habitación no estás seguro. Cómo no sentirse seguro en un castillo, una fortaleza, en una caja de tablas y toscas normas escritas en madera, de lo contrario no estaría uno en ella. Con Carina a la guardería y luego solo a la calle. Solo y tan deprisa como si mis futuros días vinieran a mi encuentro a toda prisa, ¿quién soy? Por la noche, temblando bajo la lámpara. La luz tiembla también. Contemplar los zapatos. ¡No tengas miedo! Sentarme con mi manuscrito y agarrarme de la mesa con las dos manos, sólo para seguir conmigo. Para oírme pensar. Con los dientes apretados, pero no podía soportarlo. *¿Quién ha matado a la muñeca de trapo?*

Una vez, por la tarde, Sibylle y Carina. Ya tarde, ya pasadas las nueve. Van de camino a casa desde el barrio de Gallus a pie por el puente del ferrocarril, el puente de Ems, y Carina ha querido venir a verme a toda costa. ¡A enseñarme la Luna! Desde el puente de Ems se ven los rascacielos, y entre los rascacielos, baja y grande, la Luna. Enseguida una silla de la cocina y leche para Carina. Antes, largo tiempo solo en la mesa. Luz eléctrica. Silencio. Acabo de volver a teclear el final del capítulo anterior, y cada página vuelve a estar llena de añadidos y correcciones. Mi propia caligrafía. La luz, turbia. Sibylle en la mesa frente a mí. *¿Ves aquí?* Y mira a su alrededor. Claro, dije yo, ¡hay suficiente luz! *¿Por qué no hay una lámpara de escritorio? ¿Por qué no la has traído?*, pregunta. *¡Por lo menos la mesa!* Y ya quiere volver a empezar. Siempre está dispuesta a mover muebles. Carina en mi regazo. Leche de la taza de expreso. Detrás de mí, en el suelo, como llevado por la marea y encallado en la playa, cargado de pesadillas, el colchón. Edredón, almohada y pijama como guarnición totalmente borracha y como el cadáver de un ahogado a bordo. Turbia la luz, titila. *¿Cómo lo soportas? ¿Por qué todos estos trastos, todas estas cosas? ¿Por qué al menos el piano no está contra la pared?* Y ya quiere volver a empezar. No, déjalo, dije deprisa, *¡todo está bien!* *¡Debe estar así!* Como si fuera, como siempre, una de mis locuras, como de costumbre. Carina en mi regazo. Sibylle a la mesa frente a mí. Ya es tarde, pero seguimos mucho tiempo sentados así. Como si tuviéramos que imaginar la angustia y la separación, empezar el nuevo cómputo del tiempo y venir expresamente aquí sólo para poder volver a mirarnos, ella y yo. Ella tan cerca y en calcetines ahora, los zapatos debajo de la mesa. Se sienta y se estira. Como en el pasado, como cuando iba a empezar a desnudarse delante de mí. Carina siempre en su regazo y en el mío, alternativamente. Siempre dando vueltas alrededor de la mesa. Y contenta de volver a tenernos a los dos tan cerca. Estamos sentados y nos miramos. Las voces de la televisión o su eco en mi cabeza. Y Sibylle, *¿nota cómo tiembla la casa?* Como soldados de cera borrachos, las bolsas de plástico contra la pared. Y la persiana atascada, como si la habitación descendiera inclinada de la Luna. Y pendiera en mitad de la noche. Como en un naufragio. Detenida en medio de la tormenta, al borde del abismo. Carina en mi regazo. *¡Quiero dormir aquí contigo!* *¡Mejor mañana, ahora ya es tarde!* Todavía con ellas a la Jordanstraße, y quedarme hasta que Carina está en la

cama. La lámpara de escritorio de Sibylle. Una lámpara gris claro para atornillar, una herencia del piso comunitario. Ya la traje cuando se vino conmigo a Staufenberg con todas sus cosas, una vez en otoño, un otoño pasado, y por eso cambiamos de sitio los muebles. Hace más de nueve años. Antes, siempre había escrito bajo la lámpara de la cocina. Me da la lámpara para que me la lleve. Poco antes de medianoche. Llevarme la lámpara, no olvidar respirar (¡cada despedida es una despedida para siempre!) y a casa con la Luna.

Llegar a casa y, enseguida, la llamada de Sibylle. ¿Tiene ella la edición de Dostoievski? Aún está embalando los libros. Carina duerme. Yo lo veía todo delante de mí. ¿Puede quedársela? Sí, dije. Claro. Todos los libros. Me había propuesto no pedir para mí nada de la casa. ¿Has llegado ya a la *D*? No, dice, acabo de empezar con la *C*. En la *C* hay más de los que parece. Lo sé, respondí. ¿Están *Moravagine* y *A la aventura*, de Cendrars? Sólo por si te llaman la atención cuando los guardes. Sólo para que yo lo sepa. Buenas noches. A ti también. Ahora acuéstate pronto. Y quedarse atrás, solo, en la noche. Atornillar la lámpara. Chapa metálica, aún está fría a causa del aire nocturno. Mi manuscrito. Cansancio. Enero. La persiana atascada. Por todas partes polvo, y el corazón me duele. Un tren, un metro rápido, oír pasar el último metro rápido, ¿o eso ha sido ya al llegar a casa? ¿Ocurrió ya la primera noche, y desde entonces una y otra vez? En otoño, el que pasó: el otoño pasado, ¿cómo puede haber pasado? ¿Cómo sucedió? Querías escribir tres frases sobre los domingos en el campo y sobre los paseos de los domingos. Que nunca tuvieron lugar, porque los hombres siempre estaban demasiado cansados y con el día y las estaciones como siempre llegaban demasiado tarde y de todos modos no terminaban nunca ningún trabajo; los domingos son demasiado cortos. Son las mujeres las que se imaginan una y otra vez los paseos de los domingos. Así que un capítulo sobre las mujeres en el pueblo, las madres, las amas de casa. Adentrándose mucho en el otoño, el capítulo. Y, como el tiempo mismo, no llegaba a su fin. Casi ya un libro por sí solo. Y una y otra vez contárselo a Sibylle, contárselo con muchas palabras. Cada vez que vuelve a casa. En la misma puerta. Siempre que va a salir. Deprisa. En el último momento. Me parecía que no la alcanzaba. Tanto más alto y con tantas más palabras. Cada día, cuando iba y venía. Al final toda la vida se nos

convertía en un largo y único paseo. *A posteriori*, pues. Ha sido tan largo y tan corto el tiempo. En noviembre la separación. Y desde la separación un nuevo cómputo del tiempo. Como si con esos vanos domingos nos hubiera atraído para siempre la despedida y el invierno. Diciembre también ha pasado ya. El capítulo del domingo sigue sin terminar, pero ahora viene otro capítulo sobre los niños en el pueblo y cómo esperan un circo en el año 1950. Y hacia el circo. Por la Schosseeh, que me arrastra enseguida. El tiempo en el campo, enero. El pueblo ahora en medio de la noche y el invierno. Dentro de mí y a mi alrededor el pueblo. Puedes contar las farolas con tanta claridad. Tiene que ser el año 1949 o 1950. Tinieblas, noche y silencio. Desde Mainzlar con la noche campo a través. Desde Lollar pasando por la fortaleza y subiendo por las afueras hasta la cruz. Allí es donde están los castaños más altos. En la Schmantgasse, un borracho solitario en su tardío camino nocturno de vuelta a casa. Como si llevara caminando así eternamente. Como graneros las casas de la Schmantgasse, igual de abandonadas y sombrías. Oficialmente la Schmantgasse se llama Scheuergasse, es decir, calle de los graneros. Las casas como graneros y los graneros como rotundos bloques de piedra. Adentrarse de verdad en la noche. La farola cuelga de un cable. Cuando se bambolea al viento la calle empieza a serpentear, serpentea y vacila. Y los perros ladran a las afueras del pueblo. Sólo al borde del pueblo, luego tres pueblos más allá. Luego, en la noche y el silencio, el reloj de la torre. ¿Tendrá la Luna un halo hoy? Hace mucho que ha pasado la medianoche. Un tren, un metro rápido, oír pasar el último metro rápido. Calmar a los zapatos. ¡Y pronto a dormir! ¡Mañana otra vez! Todos los días otra vez el invierno, el tiempo y el capítulo del domingo. Primero el capítulo del domingo y después el del circo, te prometes ahora. ¡No rendirse, nunca! Seguir cada día, lo que pueda durar. Y luego, me vi sentado muy lejos, luego escribes una primavera para ti. Pronto será marzo.

A la mañana siguiente a la Jordanstraße. Las cajas de libros ya están delante de la puerta, en el descansillo de la escalera, llenas y vacías. Nueve mil páginas de Dostoievski. No, dice ella, ¡olvídalo! No los quiero. No me corresponden. Carina en pijama en el alféizar de la ventana. En la pijama, patos y margaritas. Una mañana de invierno. Amarillo el cielo. Las chimeneas humean. El cabello de Sibylle recién lavado. Sacude la cabeza. No, de verdad,

dice, y se acaricia las piernas arriba y abajo con ambas manos. Unos leotardos rojos. Encima, un grueso jersey de colores. Inquieta y confusa. Está pálida. Se rehace y mueve las piernas. Sólo fue una ocurrencia en mitad de la noche, dice. Sólo porque en verano, en Saintes-Maries-de-la-Mer, el diario de un escritor, ya sabes. ¿Fue el último verano, o el anterior? Quédatelos, dije yo. De lo contrario, se quedarán en las cajas y quizá nunca vuelvan a salir de ellas. No, dice ella, ya no están. Están ya embalados. Sólo los recuerdos de su segunda esposa, que sabía taquigrafía y contabilidad. ¿Puedo quedarme ese? Carina ahora en la alfombra. Una pijama con mariquitas. Sus animales de peluche, o con los que hable. ¿De dónde han salido las cajas? De tiendas: de Kaiser, de Schade, de Schlecker y de la anciana de la Jungstraße. Y en las llenas, con rotulador grueso, las iniciales, los nombres de los autores. Empezó a embalar los libros en cuanto me fui. Cada día un par de filas. La mayoría de las veces por la tarde, dice, también para calmarme. Y pronto podré empezar a redecorar, dice, a redecorar la casa. También unos cuantos muebles nuevos. Luego hay que encontrar sitio en el sótano para los libros, además de que tú ya sabías dónde. La primera vez en mi vida que tenía todos los libros bien puestos en estanterías, e incluso en orden alfabético. Todas las paredes llenas. Tenía tres mesas de trabajo. Armarios con manuscritos, varios armarios con manuscritos, reservas de papel y tiempo, pensé, para décadas. Y sigo perplejo. Y lo que necesites de la casa, dice ella. Me ha puesto en la mano una taza grande de café con leche. Todavía caliente. Las dos manos. No gesticular con la taza, y no tener tampoco pensamientos rápidos y repentinos. De pie, ya a medias bebida, es cuando me doy cuenta de que la tengo. Hace ya unos días, dice. Para que dejes de pasar frío. Siempre que te pregunto me dices que no. Si te pongo la taza en las manos te quedas ahí tranquilamente y la bebes. Todas las mañanas. Incluso a veces te has sentado a la mesa con la taza. Y se ríe de lo mucho que me conoce. Se acercan las ocho y media. ¿Quieres otra, o me limito a ponértela en la mano mientras hablamos? Carina no hace más que entrar y salir (salir y entrar). Busca el día, su día de hoy, y reúne los libros y los peluches para ese día de hoy. Se lo lleva todo a la guardería. Jirafas y cerezas en su pijama. Y siempre atenta a nuestras voces. No a lo que decimos, sólo a cómo suenan las voces. Aún es temprano. Hace frío. ¿Siempre la misma mañana de invierno, o una distinta cada vez? En Kaiser y en Schlecker volveré a reunir cajas la semana próxima. Y también en la papelería de la Adalbertstraße.

Carina a medio vestir y todavía con los peluches. Y aún hay que decidir qué animal será hoy durante todo el día. Y qué animales seremos Sibylle y yo. Desde que tenía dos años lo hace todos los días y no podemos intervenir. ¡Hoy gatos! Incluso cuando me marché pensamos que podíamos compartir la custodia. Otro café con leche, caliente, una taza llena. Así que va a ser el día siguiente y sin embargo como si ya hubiera sido. Una mañana de invierno. El cielo amarillo y las chimeneas humean. Ahora Carina ya con anorak, gorro y bufanda, pero todavía en leotardos, para que pueda decirle deprisa ¡Ponte-las-botas-o-voy-a-ser-un-hombre-muy-malo! Hasta hace poco aún decía rotas en vez de botas. Siempre teníamos que cuidar de no llevarnos muchas de sus palabras a la ciudad, Sibylle y yo. Al trabajo. Al mundo de los hombres, a la vida laboral. Al día dentro de todos los días. Carina con plumas de pájaro, proverbios mágicos y piedritas. ¿Aún es el mismo día? Hoy, los tres somos ardillas. Cada uno una. Botas de invierno, gorro de lana, manoplas de colores con cintitas. Las manoplas son blanquiazules. Azul oscuro, blanco y azul claro. Como el cielo y la nieve y las sombras silenciosas en la nieve, alegres sombras matinales. El pasado y nosotros tres. Un día de invierno del pasado. Ahora la cremallera del anorak, ¡con cuidado! ¡No vayas a atorarte la bufanda, y menos el cabello! Aún es temprano. Hace frío. El reloj encima de la mesa. El viejo despertador eléctrico con cordón. ¡Cómo nos mira la esfera! ¿Tendrá hoy quizá Sibylle que visitar alguna oficina? También ha pensado en eso, nuestra hija, y puede estar en todo momento con los dos. Carina y yo a la guadería. Y nos ponemos en camino. En la casa, en el pasillo, delante de la puerta, en el descansillo: por todas partes cajas de libros. Entretanto ya es febrero. Primero nuestras voces en la escalera y luego por la Jordan, la Merton, la Dantestraße. Pasando por delante del campus. Cruzando la Beethovenplatz. Por la Schwindstraße todos los días y tomarse tiempo. Años y años. Calles invernales. Aún es temprano. El cielo una mirada omnipresente. Lentamente las calles invernales. Se han adaptado enseguida al paso de Carina, nos conocen, empiezan a hablar, vienen lentamente a nuestro encuentro.

14

Finales de enero, de la Jordanstraße al trastero. Por la tarde, y la casa empieza a temblar. Desde entonces todas las noches. Con la llegada del atardecer. Está ahí y tiembla. Adentrándose en la noche, incluso en mi sueño, y en cada despertar. Pero ¿no es así desde la última guerra? Sentir aún por la mañana la réplica del terremoto, no estar nunca a salvo. El ferrocarril, piensas, fábricas, la tierra, un fantasma, el metro, obras, metros rápidos, el tráfico. Pero este temblor es otro temblor. Y se adentra en la noche, cuando ya no pasan trenes; en el silencio es peor. Ya en mi segunda o tercera tarde, Sibylle y Carina. Como visita de visita. Y la noche siguiente Carina conmigo. Una fiesta, lo convertimos en una fiesta. Quiere dormir conmigo. En la cocina, leche caliente con miel y tomarnos tiempo, ella y yo. Tiempo y leche y miel en abundancia. Con ella en el pasillo, junto a la puerta abierta. El cuarto de la televisión. En la pantalla resplandece un jefe de Estado. Y delante, en el sofá, la pareja en sombras, ves. Mali, Winni. ¡Buenas noches, buenas noches! Luego, al trastero, junto a la ventana. Mi hija y yo. La ventana abierta. Bajo la persiana torcida y atascada, dirigimos la vista hacia la calle. Juntos, con las orejas frías. Y buscar la lejanía, las luces, la noche. Las diez, poco antes de las diez. Cómo ruge y zumba la ciudad. Y respirar hondo. Descalzos. Aire invernal. Dos animales de peluche, el castor y la ardilla. Carina en pijama. Una pijama de mariquitas. La lámpara de escritorio a un lado, para que nos alumbré en el colchón. Y en el colchón ya nuestra paz vespertina y los libros para leer en voz alta. ¿Pies fríos? Y ha agarrado una manzana para ella y otra para mí. Ahora tiene que deshacer la maleta. La ha traído. Esta noche la casa no ha temblado, o yo me he olvidado de prestarle atención, o me ha dado igual.

Cada día la luz dura más, y el temblor se hace mucho peor. Por las tardes,

a casa. Cansado a casa por la tarde. La acera tiembla. Entretanto ya es febrero. Los mirlos en el jardín delantero ocupados en prolongar el día. Adherir todavía una tira clara al borde. ¿No huele a nieve? ¿No preguntar quizá a Sibylle, cautelosamente, si se ha dado cuenta de cómo tiembla la casa? Pero entonces también la casa de la Jordanstraße empieza a temblar. Siempre por las tardes, Carina espera. Decirle buenas noches. Meterla en la cama. La casa está ahí y tiembla. Los fines de semana. Sibylle se va el viernes por la tarde a Giessen, Carina y yo en la casa. También el Tannenbaum tiembla, la esquina, la casa que hace esquina, la panadería. Por las tardes siempre es peor. Todo el camino desde la Jordanstraße a la Robert-Mayer Straße. La acera, los muros, la tierra, cada piedra. La casa en la que vive mi amigo Jürgen. Un edificio de apartamentos, de azulejos amarillos, en la Schlossstraße. El ascensor, dice él, por eso tiembla. Y porque la casa tiene un garaje subterráneo con gasolinera. De todos modos quiero mudarme lo antes posible, dice, y amontona en la mesa, la cama y el suelo los periódicos con los anuncios de pisos. El Café Bauer, el Elba tiembla. Las tabernas. Ahora también de día. Bastos, Pelikan, Albatros... ¡todas tiemblan! Los grandes almacenes y las autoridades. Escaleras de piedra, piedras, muros, la Oficina de Correos de la Rohmerplatz. Universidad y Westbahnhof. El metro rápido como metro elevado. Por la tarde, a la última luz. Y detrás de la Westbahnhof las fábricas, los almacenes y los transportistas. ¿No lo notas? ¿Es que nadie más que yo lo nota? Entonces, una noche, empieza a nevar. Nieve, cada vez más nieve. Un invierno de nieve. Ha nevado toda la noche y la mitad de la mañana, y ahora puede volver a refrescar. O con Carina, y podemos tomarnos tiempo, ella y yo. O sólo y sentarme y escribir. De lo contrario, al aire libre. Ir deprisa, con la mirada puesta en la lejanía. De lo contrario no soportas tu vida.

¡Jabón! ¡Ahora, enseguida, es urgente! Pasta de dientes en la Jordanstraße, siempre al menos tres tubos al mismo tiempo, de distintas clases, y me he llevado uno. Shampoo también. Un resto, apretado, un tubo medio vacío. Durará eternamente. ¡Pero ahora el jabón! En la droguería Schlecker. Una tarde de invierno. Mi vida. La Leipziger Straße. Solo ayer o anteayer de la Jordanstraße al trastero y sigo perplejo. ¿Mi dinero? ¿Cuánto dinero? Ya he pagado tres veces el dinero. Treinta y dos marcos con sesenta y cinco. La selección. La estantería de los jabones. Yo y el jabón. ¡Agarra el más barato! ¡Escoge un jabón como visión del mundo y futuro! Antes, antes de conocer a

Sibylle, en la época anterior a Sibylle, el tiempo antes de su tiempo, entonces, usaba un jabón de romero, que ahora me resultaría demasiado caro. Que tampoco hay aquí. Agachado delante de la estantería, como si llevara una eternidad agachado así. Como si fuera parte de la estantería. Asignado. Integrante. Todas las clases de jabón de los últimos años quedan excluidas. De todos modos, no tienen la mayor parte de ellas. Como si me las hubiera inventado, y aquel tiempo. Una fantasía. ¿O he de ir en busca de esos jabones, inmediatamente, y recorrer de nuevo todos nuestros caminos? ¿Los días una vez más, cada paso, cada instante, y luego regresar hasta la infancia en conversaciones conmigo? Algunos jabones son como las tardes de sábado del año 1954. Antes, siempre jabón duro y agua fría. Jabón duro, agua fría, el tiempo, una memoria, nosotros y el tiempo. Cansado ahora. Los hombros, la espalda, el corazón me duelen. Lo mejor es irme con mi cansancio a respirar a un rincón tranquilo. Quedarme allí y abismarme dentro de mí, cada vez más hondo. O como cuando de niño me sentaba en un taburetito a los pies del mundo, con la cabeza cada vez más pesada. Dos o tres rincones tranquilos. Yo y mi sombra. Y por una rendija, un rincón entre los pensamientos, mantener vivos carteles de cartón, recuerdos, paredes, escaparates y estanterías, la Leipziger Straße, la tarde de invierno y el tiempo. Este segmento del mundo y cómo sería sin mí el mundo. ¿Había nieve? ¿Soy yo? Hace ya años que es invierno. El jabón más barato de la tienda es uno de manzanilla. Sesenta y nueve céntimos. Flores de manzanilla en la imagen del envoltorio. No huele mal. Deprisa agarrar otros dos a modo de prueba y mirarlos por todas partes y después olerlos. Olerlos a través del envoltorio. Clasificarlos olor por olor. Qué diferentes son, incluso envasados. Cada jabón canta-susurra-llama-grita-deletrea sin cesar su nombre. ¡De prisa! ¡Sí, cierto, yo mismo y a toda prisa! Vuelva a la máquina de escribir y enseguida a continuar con el manuscrito, hasta la noche. Pero también darle vueltas a lo largo de la Leipziger Straße y en la propia cabeza. De un lado para otro por la Leipziger Straße y fijarse en todos los rostros y en todos los detalles, enero, una memoria. Y no olvides las lámparas de la tetería. Brillarán como un recuerdo. En una tarde como la de hoy. Como miel la luz en las ventanas. ¡Nada más, perdido, tomar nota para siempre para mí! Rápido un jabón, cualquiera, el jabón correcto y todavía a la sucursal de la biblioteca municipal de la Seestraße, pero sólo un momento, sólo un momento. Tan sólo entrar y salir, unos cuantos libros bajo el brazo y todos los demás en la cabeza, y enseguida de vuelta al trastero. Hace mucho

que estoy sentado a la mesa, junto a la lámpara. Bloc de notas, manuscrito, máquina de escribir. Como si llevara todo el tiempo allí, como si en realidad no me hubiera ido y siguiera siendo la misma persona. Casi como en un libro. Y por la tarde a ver a Carina. Una tarde de invierno. Casi como una auténtica tarde de invierno. Casi como antes, no puedes evitar decirte. Como en mi propia vida. Dejarme tiempo. Meterla en la cama. Respirar. Todo como por última vez. Luego de vuelta e inmediatamente a seguir. Adentrarse en la noche con el manuscrito. Y mañana y todos los días. ¿Qué hora es? La cajera con muestras gratis, o se ha pintado las uñas y ahora tiene que dejarlas secar. De Yugoslavia, de Bania Luka. Hace mucho que está aquí. El cabello negro, negro como ala de cuervo, reteñido, un guardapolvo de nylon de color azul claro y tres clases de perfume. Solo a media jornada aquí, en la caja de Schlecker. El marido es conductor de autobús. Dos niños, que van aquí al colegio. Delante de la tienda, la tarde. Enero. Un jabón que huele dulce, como a verano y crema helada. Como un mediodía en verano junto al agua. Helado de vainilla y fresa, como los que hacían los panaderos antes. Cuando el helado aún alimentaba. ¡Setenta y siete céntimos, y ahora no te puedes decidir! Oler varias muestras no lo hace más fácil. Mentalmente, en Marsella, vas al mercado a comprarte una casa entera. Entretanto en una taberna, un café, un bar. Antes rápidamente, todavía en Marsella, una vivienda en propiedad, la calle, el barrio, una casa. En una roca, una casa con una torre. Por fin tienes una torre. Dos o tres tabernas y cada vez, sólo de pasada, un pastis, un vasito de tinto, un café arrosé (eso tiene que ser el pasado). Aún es pronto, pero ya están en todas las tabernas, almendras saladas, pistachos, olivas y pepinillos en cuenquitos para el aperitivo. El mercado y las tiendas que lo rodean. Mercaderes callejeros, unos grandes almacenes, el panadero, el mar solo de lejos. Barcos en el puerto. El sol mucho más afuera por encima del mar, y se queda clavado en tu memoria. Y hacia el oeste, hacia la tarde, el mar empieza a relucir. La última vez cruzaste el mercado en tus pensamientos, ¡tómate tu tiempo! La ciudad entera es un mercado. Y al final y sin ti sigue abierto, allí en el puesto de la anciana y la niña un par de pastillas de jabón. De varias clases. Igual que años y años antes. Marsella es famosa ya desde los fenicios por su aceite de oliva, la bullabesa y la luz del sol, y por sus jabones de antigua receta.

¿Pero ahora? ¡Aquí, en invierno, atrapado delante de la estantería del

jabón! Encorvado y como dentro de mi cabeza. Las estanterías también en mi cabeza. Desperdigadas y canteadas. Clavadas al suelo. ¿Desde cuándo mi vida es tan angosta? ¡Angosta y sólo como dentro de mi cabeza! ¿Exclaustrada? ¿Encerrada? ¿Cuando estás exclaustrado, delante de una puerta cerrada, el mundo entero se convierte en prisión! Entretanto, a menudo, clientes y luego otra vez sólo yo y la tarde y la cajera. La tarde delante de la tienda. Lentamente la tarde por delante de todas las tiendas. Ella y yo aquí presos. Cada uno en su caja. Solos los dos. ¡Agarra una pastilla de jabón, agarra esta o aquella, agarra la más barata! ¡Y ve enseguida a la caja! Un par de veces ya has tomado impulso para ir a la caja, y sin embargo has vuelto. Entretanto un camión alto como una casa se detiene delante de la tienda, no sabes por cuánto tiempo, y nos quita la luz, hace ruido y vibra, casi nos oprime. La cajera suspira, abre cajas de cartón. Lástima por sus uñas. ¿No está ya, delante de la puerta, el crepúsculo de hoy en el aire? Encorvado aquí, delante de la estantería, como si mi vida ya se hubiera ido, sin mí, se ha ido ya ¿o cómo ha sido esto? Y yo aquí como exclaustrado, ¡una idea fija! ¡Calcular la conversión del jabón a tiempo! Tantos días y semanas de antemano. La luz zumba, luz de neón. ¡Ahora al día, con mirada terca! Cada objeto se convierte en una mirada terca que no deja de apuntar hacia mí. Y yo aquí conmigo, como si este fuera el primer ataque de agobio y locura de mi vida. Tan sólo has ido a comprar deprisa un jabón barato ¡y ahora no puedes salir de aquí! ¿Y en Suecia? Hace mucho tiempo, una vez, en Suecia, y ahora no sabes qué jabón, entonces, en Suecia. Los jabones como prueba de la existencia. Qué jabones, desde cuándo, hasta cuándo. Y en consecuencia de la vida. Y tampoco has vivido en vano. Sin lagunas. Cronológicamente. Olores, limpieza, números de años. Una biografía. Y ahora debes ubicarte en ella. Pasado. Unos cuantos nombres. Mediados de diciembre también aquí: a comprar detergente. Nevaba. Esperaste en la caja. Navidad a las puertas. Afuera ya estaba oscuro y a la luz de la farola de la puerta de la tienda nieve en grandes copos, húmeda, que no cuaja. El nuevo cómputo del tiempo. Entonces también ya el nuevo cómputo del tiempo, ¿o esperabas aún que el detergente pudiera salvarte? Entonces la gente delante de ti, esperaste en la caja con tu impaciencia y ¡ahora no puedes irte! Ahora me parece que también entonces pensé en Suecia. ¿Quizá cada vez que vengo aquí? Quizá en todas las droguerías Schlecker tengo que volver a pensar en Suecia, y en verano en el verano en Suecia. Cuando Carina aún era pequeña, a menudo compraba los pañales para ella aquí. A menudo también he

estado aquí con ella. Siempre venía aquí cuando había prisa y no debía costar mucho. Papel higiénico, friegaplatos, antipolillas. ¡Pronto un nuevo cepillo de dientes! ¿Qué jabón, ahora? ¿No va a salvarme nadie? ¡El jabón, el futuro! Ya he dado varias veces vueltas a los precios en la cabeza. Si pago exactamente sesenta y nueve céntimos tengo las monedas justas, quizá entonces podría decidirme por el de manzanilla. Y los otros jabones tan sólo como imágenes, como nombres y aroma y recuerdo. Para el futuro. Y volver a casa por fin y, de camino a casa, pensar en mi madre. Y en cómo respetó y elogió siempre la manzanilla. En general, durante toda su vida, ha tenido amistad con todas las plantas. En Suecia en el círculo polar, y después en Noruega. Una vez en Viena un jabón de tilo. En la Josefstädterstraße, una droguería anticuada. No me fijé en el precio y me llevé enseguida el jabón a Praga. El verano pasado, en el cumpleaños de Sibylle, con un barco por el Rin, Sibylle, Carina y yo. Y, para entusiasmo de Carina, ese único día tres veces helado para los tres. Aún habla de ese día. Por eso ahora el jabón, que huele a verano y helado y agua como un largo día de vacaciones, cien gramos. Mirar los dedos de la cajera pasando por el pecho. ¿Cómo se llama ese color? Rubí, dice ella, ¡es nuevo! Una muestra. ¡Cuida las uñas! ¡Seca rapidísimo! El jabón y treinta y un marcos ochenta y ocho. Casi dos horas conmigo ante la estantería de los jabones. Y ahora hacia la noche.

A helado, verano y agua. Mediodía, un muelle de botes, la vela, la luz en el agua. Por lo menos a crema hidratante, vacaciones y piscina, ¿y a qué más? En la Robert-Mayer Straße, en el baño, delante del espejo. Por la tarde. Siempre por la tarde. Varias tardes sucesivas. Y siempre, otra vez, en medio del silencio avanzado, entrada la noche. Como siempre el mismo momento. En el espejo no hay ninguna imagen. A jabón, a tiempo, a tiempo consumido. A ropa interior mohosa. A sudor. Muy claramente. ¡Primero imagínate que huele bien! Blanco y rosa, el jabón. Como un domingo de verano, un domingo en familia y dos clases de helado mezcladas. Como cuando de las dos clases no queda más que un resto en un día de calor. Vainilla y fresa. Más bien como helado de limón, así de blanca es la parte blanca, pero huele a vainilla y fresa. Y quizá sólo cuando está mojado y el corazón te pesa también huele a ropa interior y a sudor. Sea como fuere, todas las noches presa del pánico y, con el último dinero, un jabón que huele artificialmente a sudor, a tiempo consumido, a ropa

sucia, a estación del metro. ¡Para ahogarse! Como un armario demasiado lleno. Repleto. Cada vez más cosas dentro. Ropa, trastos, pesadillas, y en parte aún está húmedo todo. ¿A quién pertenece todo esto? ¿O sólo son imaginaciones? ¿Sí y no? Varias veces al día. ¿Enviar el jabón? ¿Una carta al fabricante? ¿Devolvérselo a Schlecker o seguir lavándose cada día las manos con este jabón que escatimo? ¡Es difícil poner por escrito un olor! Lo mejor es desear que estuviera mi padre, porque es el que tiene mejor olfato de todos y el que más sabe de intangibilidades. ¿Acaso no huele también a arena mojada? Y cada arena del pasado en la memoria, trabajosamente, con palas imaginarias. Pesadas, las palas. La arena es aún más pesada cuando está mojada. Más tarde, luego, cargamentos enteros, muchos. Todos los días de nuevo con el jabón. Siempre que no tengo nada peor a mano, o para añadir a cualquier desesperación. ¿A quién preguntar? Y tampoco parece hacerse más pequeño. El olor en la nariz, y me lo llevo conmigo al sueño y a cada despertar. Y a mi jornada y a todos mis pensamientos, el olor. Llevarlo en las manos delante de mí y apartar las manos de mí. Pero también de todas las demás personas. Los brazos rígidos y las dos manos apartadas de mí. ¡Apenas respirar! ¡Evitar las aglomeraciones! ¡Por otra parte, en medio de las aglomeraciones da igual! ¡En las aglomeraciones es donde menos llama la atención! Las manos en los bolsillos del pantalón, pero luego los bolsillos huelen a eso. Mis viejos pantalones de pana azul, que de todos modos cada vez están más raídos. Invierno. Un largo invierno. Mientras camino, cuidar los zapatos y enviar la carta al fabricante. Cada vez mejor. También añado mentalmente el dictamen e imagino respuestas para él. En cada camino llevo conmigo el olor en la nariz. También mi jersey, la cama, cada sueño y el cabello. Incluso los pensamientos huelen a él. A sudor artificial y ajeno. Y no le digo a nadie ni una palabra de esto.

Por la tarde en la Jordanstraße con Sibylle y Carina. He hurgado mucho tiempo en las estanterías y cajas de libros, en toda mi vida anterior y en mi memoria, porque ahora los libros han desaparecido poco a poco y son invisibles, porque desaparecen cada vez más deprisa. ¡Como si dejaran de vivir! Paredes vacías. Primero he buscado pasado, rastros de vida y libros, y luego en los armarios de los manuscritos. ¿Qué hago con los manuscritos? ¿Los embalo? ¿Dónde voy a guardarlos, y qué hago con todo eso en la cabeza?

¿Y qué hago con la cabeza? Sibylle y Carina han discutido ya dos veces, porque Carina no quiere ponerse la pijama. Sí quiere, pero todavía no, porque para que el día alcance su perfección faltan un par de prodigios por la tarde. Qué hago con los manuscritos, que tengo que releer y reescribir y reelaborar una y otra vez. Y si desaparecen, ¿qué será de mí? De puntillas encima de una silla, ante la estantería de la pared. La casa tiembla. La silla empieza a tambalearse. La estantería ya casi vacía, y como si se inclinara hacia delante. Y, como la sombra del camión que cubría el día y lo obstruía delante de la droguería, las preocupaciones caen sobre mí, pesadas. Polvo y telarañas en el rostro, o la sensación de tener polvo y telarañas en el rostro. ¡No hay suficiente aire! Incluso debajo de la piel la sensación, que ahora empieza a reptar con extrema lentitud. Patas de araña. Al baño, rápidamente al baño, y conocerme demasiado bien. Todo está como dentro de mí. A la bañera, y a agarrar la manopla, ¡agua! ¡Deprisa! Y a pasarme la manopla por el rostro. Una toalla. Y sólo entonces me doy cuenta de que este ya no es mi baño ni es mi manopla la que está colgada en el baño y me asusto del tiempo y de mí al verme en el espejo. ¡Para asfixiarse! Mi rostro empieza a arder. Luz de lámparas. Todas las puertas abiertas. ¿Cuánto de extraño se puede llegar a ser aún? Sibylle usa desde hace poco un jabón medicinal verde, no me acuerdo del nombre, y un nuevo perfume. Quizá pronto lleve otro peinado. Música. Vestidos nuevos. Reordenar la casa. Viajes. Una mudanza. Viajes, y yo no voy. ¿Cómo puede ir sin mí, y adónde? ¿Cómo puede estar sin mí esta noche? Palabras y hombres y ciudades desconocidas. El tiempo, cada vez más tiempo, el tiempo no vuelve. En el baño, delante del espejo, ¿por qué arde mi rostro de este modo? Oler la toalla, mi mano, la manopla. No sirve de nada. Como antes las puertas abiertas y todas las luces encendidas. Noche. Cómo se refleja el baño en el espejo y en el oblicuo tragaluz. Losetas en el suelo. Dos están sueltas. Justo a la entrada. Desde siempre. Desde el principio. No realmente sueltas, pero, como si fuera un espejismo, hacen clic cuando el pie se posa encima. Cada vez. Siempre que alguien las pisa. ¡Muy levemente! ¡Casi imperceptible! ¡Nadie más que yo lo nota! ¡Y sin embargo es desde siempre como un anuncio, como un primer bandazo, el comienzo de un terremoto! Un abismo, y espera, y duerme, y en adelante ya no es posible no pensar en él. Ajeno, y cómo me arde el rostro. ¿No pueden ser sólo el polvo, mi cansancio y la manopla, su nuevo jabón, la toalla, el agua, mi imagen en el espejo y un olor desconocido? Mi imagen en el espejo, como si supiera algo o quisiera

enviarme una señal. Delante del espejo, ¿por qué me siento ahora como si ya hubiera vivido esto? Al menos, como si hubiera sabido desde siempre que esto sería así alguna vez. Tarde, noche en torno a la casa. Febrero. Carina después de la discusión con Sibylle, pequeña y sola en la alfombra. Sibylle, busca un papel oficial. Las dos pálidas y ofendidas por la vida, la una frente a la otra sin decir palabra. El nuevo cómputo del tiempo. Febrero, principios de febrero. La décima, la undécima semana. Todas las luces encendidas, y dentro de mí reina un silencio de muerte. Luego me he ido. Pero aún sería peor no poder ir. Cuando me fui, Sibylle con formularios oficiales. Carina en pijama ahora, me acompaña hasta el rellano más alto. Luego al siguiente y luego al otro, peldaño a peldaño, y así hasta la puerta de la casa. En tres minutos de luz. Luego vuelvo a subir la escalera con ella. Luz apagada, luz encendida. Y luego ella sola en el rellano más alto. Entre dos barrotes de la barandilla. Aún pequeña. El cabello recién cepillado. Una pijama con mariquitas. U está ahí y me llama y me hace señas.

¿Desde cuándo no he comido casi nada? Un pequeño Camembert francés. Comprado minuciosamente el día que vino Carina, cuando durmió conmigo. Ese día también compré pan. Y por la tarde me tomé alrededor de la mitad del Camembert. De Normandía. Desde entonces, sólo con pan y después sin pan, el Camembert aún aguanta un día. Un tarro de pepinillos agridulces. Tres rodajas de salami y pensar en Hungría. Leche también todos los días en la cocina. Siempre de pie, como si pudieran sorprenderme en cualquier momento. ¿O es mejor ser invisible? ¿Un fantasma? A veces una manzana de invierno. Preferiblemente antes de irme a la cama. A veces en la Jordanstraße, como en una vida anterior, un trozo de pan, y cada pocos días (¿cómo se pone cara de catador?) probar la cena de Carina. Contar mi dinero y comprar un cruasán al panadero al pasar. Casi como de pasada. Como si siguiera trabajando. Jornada de trabajo fija. Ingresos regulares. Y una razón para estar en el mundo. Luego, contar el dinero que queda y ver qué tiempo me queda. Eso fue anteayer. En la Leipziger Straße, en el escaparate de otra panadería, crujientes panecillos salados con anís y comino. En el escaparate. Todos los días. En la guardería también habría podido comer a veces. En una ocasión he desayunado con mi amigo Jürgen. Entrada la mañana. Paté de hígado de oca, salmón ahumado, jamón de Parma y queso francés de hierbas. De la sección de

delicatessen del supermercado. Recién descargados, accesibles. ¡Se pueden llevar, meter al carro! El salero de un hotel de Oporto. Sal y pimienta. Y huevos pasados por agua. Él, té; yo, té y café. El ascensor sube y la casa tiembla. Miles Davis u Otis Redding, pregunta. ¿Cuál primero? Cada vez más periódicos acumulados. Luego, en la caja, rápidamente sólo dos libros de leche (¿los huevos son frescos?) y pagar los huevos. ¡Al final me preocupa el dinero, dice él! ¡Y mudarme de aquí también! Ya el crepúsculo está ante la ventana, un día de invierno y me duele el corazón. En la Robert-Mayer Straße, al escribir, cada hora un expreso. En la cocina, de pie. Cuando el Camembert se acabe, pero aún va a durar, un trozo de Emmental. O de Appenzeller o Gouda. Según sean los precios, el futuro, decidirás. Por la tarde con Jürgen en una pizzería compartimos de pie una pizza, la tarde. Una pizza de pie en una pizzería en una casa en ruinas en la Adalbertstraße. Una vez al teléfono con Anne: ¡Todo tiembla!, he dicho, pero como soy escritor y ella estudia Germanística como segunda carrera desde hace una eternidad piensa que es simbólico. Que lo digo de forma simbólica. La radio de Hesse. Una llamada. Acepta el texto. Aunque es demasiado largo, y no tiene principio ni fin. Firmar el contrato y luego, si quiero, puede darme un anticipo. Título: El paseo dominical. El principio como principio, y ya encontraremos en el texto el sitio adecuado para un final. Al teléfono. Podía verla delante de mí, sentada ante la cristalera. Se sienta como entre las nubes, y fuma. Nubes, un cielo de invierno. Sus nubes y las mías. Incluso sigo viéndola después de colgar. Bueno, decían las mujeres de pueblo del capítulo, y se ponían a mi alrededor con los brazos cruzados, ¡bueno! Y ahora querían, porque va a ser un capítulo de domingo, hablar de los vestidos de domingo y de las fiestas y de las cintas de los vestidos de baile. Lo que cuestan las cintas y lo que costaban antes. Y quién puede comprarle una a quién. En general sobre los precios y Dios y el mundo. Y sobre recoger flores. Como si fueran de la ciudad. A lo lejos, los niños. Del pueblo y a Lollar y por la calle mayor de Lollar, a la luz de las turbias farolas, al circo. Como plomo la calle en el resplandor mate, reflejando el cielo. Mi manuscrito, el bloc de notas. Bolígrafo y máquina de escribir. En febrero. Se acerca el mediodía.

En este febrero siempre los viernes después de la guardería con los niños a Tatzelwurm, una tienda de juguetes en el Nordend. En Tatzelwurm hay un

cuentacientos. Todos los viernes por la tarde. La jornada de trabajo de los que los cuidan ha terminado, por eso voy allí con los niños. Hasta las cuatro el cuentacientos, hasta las cuatro y media. Luego, esperar a los padres y ver cómo llega el atardecer. Ahora los niños están cansados, y van recogiénolos poco a poco.[11] ¿Y nosotros, Carina y yo? ¿A ver a Anne, quizás? Ella vive en la Friedberger Landstraße. ¿A casa de Anne ahora, o adónde? En una ocasión, a mediodía, en la Robert-Mayer Straße, mi amigo Eckart al teléfono. Había oído decir en diciembre que vive en Bruchköbel. La semana antes de Navidad. El mismo día en que con el correo llegó una carta de Portugal de mi amigo Jürgen. Por la tarde con Carina en casa, en la Jordanstraße. Ella y yo juntos en un gran sillón gris y pintamos sellos con lápices de colores. Antes he intentado terca y seriamente, con los mismos lápices de colores, convertir un capítulo en prosa de mi anterior libro en un diálogo, una obra de teatro radiofónico, un drama, un guion, subrayando las frases con los lápices, de forma sistemática, en distintos colores con distintos lápices. Una regla para subrayar, un lápiz como regla. ¡Cuántos años hace que deseo tener una pequeña e infalible regla! ¡Una regla que acuda cuando se le llame! ¡Quizá desde mis tiempos en la escuela ya! Y asignar distintas voces a los distintos colores, o niveles de tiempo o de conciencia. Me sirve con números. Luego, empezar entusiasmado con los sellos, como si esa fuera mi auténtica vocación. Sellos maravillosos. Luego información, y he marcado directamente el número de Eckart. ¿Qué haces? ¿Dónde estás? Ocho años desaparecidos el uno para el otro. Trabaja en una empresa de transportes en Griesheim. Horas extras no pagadas, y ni siquiera tienen convenio. Vive en Bruchköbel. Una casa con ascensor. Casado. Nueva construcción. Una costosa vivienda de cuatro habitaciones. Bruchköbel. Detrás de Hanau. Un pueblo, un antiguo pueblo. Un hijo. Benjamin. Benny. Ya siete años. Ahora con Benny en el salón. Antes ha visto en la primera cadena, como siempre, los programas infantiles oficiales. Y ha jugado dos veces al tres en raya. Su mujer está en la cocina. Benny pronto se irá a la cama. Sólo entonces me doy cuenta de lo bajo que habla. Su mujer no debe saber que habla conmigo. ¿Y yo? Libros, dije yo. Siempre he escrito. Dos libros. Y cositas aquí y allá. Ahora he empezado con el tercer libro. Llevo siete años en Frankfurt. Un hijo, una niña. Carina. Está sentada en mi regazo, y tiene cuatro años. Pronto tendrá cuatro y medio. Con Sibylle, dije, ¿te acuerdas? Nueve años juntos. Acabamos de separarnos. ¿Quieres apuntar mi número sin llamar la atención? Nos hemos separado hace tres semanas, ella

y yo. Tengo que irme de aquí, tengo que irme, pero ¿a dónde? Jürgen y Edelgard también están en Frankfurt. Tampoco están ya juntos. Y ninguno de los dos está aquí. Están de viaje. Precisamente hoy ha llegado una carta de Jürgen desde Portugal. Una tarde de invierno. Sibylle en otro sitio. Otra vida. Las paredes repletas de libros. En las ventanas, cortinas de color vino tinto. El sillón de terciopelo gris claro. Una lámpara de pie con una pantalla roja. Carina cansada por la tarde, pálida y resfriada. Pequeña y caliente en mi regazo. En la mesa papel, lápices de colores, libros, luz de la lámpara, una ardilla, un tejón, unas tijeras, el cenicero, cigarrillos, la carta de Portugal, un vaso de leche, una taza de expreso, nueces, un cascanueces, un gran plato de fruta. El cascanueces es plateado y tiene adornos. En el plato de fruta naranjas y sanguinas, peladas y cortadas en trozos, y dos manzanas rojas de invierno. Y no durará mucho, pronto todo estará recogido y retirado y pasado. Luego cuelgo. Noche en torno a la casa, noche e invierno. Comerse primero las naranjas y luego una manzana, y hablarle a Carina de mí y de mi amigo Eckart. Tiene un hijo. Su hijo se llama Benjamin y ya va al colegio. Pronto tendrá ocho años. Nunca lo he visto. Tú tampoco. Eso fue en diciembre. Las navidades ya han pasado. A finales de enero llama Eckart (antes no me ha encontrado en la Jordanstraße, y Sibylle le ha dado mi número). Los viernes termina antes. Uno de cada dos viernes tiene un par de horas libres. A las cuatro y media, o sea después del cuentacuentos, no lejos de Tatzelwurm en un café de la Eckenheimer Landstraße. Poco antes de la Alleenring, a la derecha. ¿Un café? ¿Un restaurante? En todo caso un bar. Puede ser, allí hay dos. ¿Digamos, si son dos, el primero desde abajo? ¡Si sales del centro montaña arriba y vienes hacia aquí! ¿O mejor el que más nos guste? ¿Y así vemos si es el mismo? Pero quizá sea el mismo. Sólo hay uno. Desde siempre. Uno pasa por allí una vez cada varios años, en sus pensamientos está en otro y además nunca es la misma persona. Si llegamos quizá un poquito tarde, mi hija y yo, es por la ciudad, por el tráfico, por el cuentacuentos y los niños de la guardería. Y por los padres, que no recogen puntualmente a sus cansados hijos. En el atardecer, que llega demasiado pronto. Los viernes, el tráfico de tarde libre de Frankfurt siempre empieza a la dos. Se arrastra para unirse al tráfico anticipado del fin de semana, y así va de semáforo en semáforo o se precipita para sucumbir. Cada parada es un retroceso. Pero nosotros venimos a pie. Quizá tu reloj se adelanta y no lo sabes. Porque siempre llegamos puntuales, somos personas puntuales, mi hija y yo.

Otra vez viernes por la tarde, después del cuentacuentos, con Carina a casa de Anne. Cansado por el atardecer. Calles invernales. Hace años que es invierno. Caminar y caminar y no saber, durante todo el camino, si vamos a su casa o no. Incluso delante de su puerta aún me pregunto si debemos dar la vuelta. Un piso abuhardillado en la Friedberger Landstraße. Tuvimos que llamar dos veces. Ya es tarde, lo notas en tu cansancio. En la Friedberger Landstraße todas las casas son dos pisos más altas que en la Jordanstraße. Y las escaleras son empinadas. Cada vez más empinadas conforme suben. Ella ha estado esperando en la puerta y nos ha llevado a su habitación y nos ha puesto ante un gran buffet. Cecina, lomo de ciervo, roast-beef, salami, flores, platos de ensalada, mármol, plata, cristal y manteles blancos en el espejo y hasta el suelo. Ensalada de cangrejo, huevo, pollo, olivas, alcachofas, setas marinadas, una tabla de quesos. Fresas, piña, mango sobre helado. Obleas de Karlsbad. Agua mineral de Karlsbad, jugo de naranja en una jarra y copas de champán para el jugo de naranja y el agua mineral. Velas, velas, la habitación entera está iluminada con velas. Altas velas blancas, enseguida empiezas a contarlas. Ya atardece, y ante la ventana el crepúsculo, azul. Intencionadamente, no ha abierto la puerta enseguida, ha contenido la respiración y ha encendido de prisa las velas. ¡Todas! Cuarenta y ocho velas encendidas. Un gran espejo. Y las velas se reflejan en el espejo y en sus ojos y en los nuestros. Como si yo le hubiera hablado alguna vez de un buffet así. Me lo he contado y me he imaginado con detalle esta tarde, pero ¿cuándo? ¿Por qué?, pregunté, ¿para quién? ¿Nos hemos equivocado? ¿Viene otra visita? ¡Lo he traído todo de la Fressgass, dice ella, nada más! Me lo dijo por teléfono, que quizá tomáramos alguna pequeñez en su casa. Una rebanada de pan con paté, había pensado yo, para Carina. Queso Edam o paté de hígado de ternera. La mayor parte del tiempo no tengo mucha comida en casa. Nunca tengo dinero. Siempre pálido. Preocupaciones, una vida de preocupaciones. En vez de leche sólo leche homogeneizada la mayoría de las veces. Embutido de lata, sopa de bolsa y pan tostado. Podemos quedarnos en su casa a pasar la noche, dice ahora. Y bañarnos. Y mañana ir con ella al mercado, a la Berger Straße. O dormir hasta tarde, como queramos. Yo sabía que es viernes, dice, los ojos llenos de la luz de las velas. Y tendría que abrazarla, y quizá incluso estrecharla un poco, en agradecimiento. Pero el nuevo cómputo del tiempo. La

duodécima semana según el nuevo cómputo del tiempo. Y desde entonces es como si nunca pudiera volver a tocar a una persona. Tan sólo a mi hija, mientras sea pequeña y me necesite. Viernes por la tarde. Arden las velas. Volver a contarlas. Cuarenta y ocho. Tiene que haber costado una fortuna, te dices, y lo ha hecho traer todo *ex profeso*. Demasiado para traerlo ella. ¡Y ahora, a probarlo! ¿Con música o sin música? Vivaldi, dije yo, el *Invierno*, la *Primavera*. Vivaldi, también Carina lo conoce. Carina, mientras era pequeña, probaba conmigo entusiasmada todas las comidas.

A casa en el tranvía. Primero el doce, luego el dieciocho. Anne le ha dado a Carina un botecito con brillantina de carnaval para maquillarse. Puntitos azules, muy pequeños. Se quedan pegados. Se pueden usar como sombra de ojos y por todas partes. Como estrellas, incontables. O sea, casi incontables. Y brillan y no dejan de brillar. Se las prueba ya en el tranvía. El recinto ferial pasa dando brincos. El tranvía casi vacío. Un indio durmiendo. Suda, se estremece en sueños. Dos hombres y una mujer borrachos. Quieren bajar en cada una de las paradas, y luego no salen. Vuelven a sentarse. Dos soldados estadounidenses. Asientos, bancos vacíos. Nosotros y una parejita. Son jóvenes. Hablan bávaro y nos miran. Ofrecerles polvo de estrellas del bote. Como si fuera rapé. Como de otra estrella. Y se sirven. En torno a los ojos y donde caiga, por todas partes. También sobre la ropa. Él de Regensburg, ella de Passau. ¿Cómo se llama ella? En realidad de Straubing, pero lleva ya dos años en Passau. Y cómo ríen sus ojos. ¿Cómo se llama? Por todas partes el polvo, un centelleo. Carina deja que le toque los ojos sin parpadear. Todavía el recinto ferial. Ha subido un matrimonio. Serán de Praunheim, es la última estación. Ella con la permanente y la boca apretada. Lleva años ofendida, y siempre preocupada por el bolso. Él instala calefacciones. Sucursal de distrito, autónomo. Hace dos largos años que está jubilado. Ingresos por alquileres. Seguro privado. Nos mira, a la parejita de Baviera, al indio que duerme, a los tres borrachos: casa de trabajo, correccional, campo de concentración. Con Adolf hace mucho que nos habrían quitado de en medio a todos, hace mucho que nos hubieran gaseado. No está tan seguro con los dos soldados estadounidenses. Por una parte, no son alemanes y son enemigos. Por otra, al fin y al cabo son soldados y están contra los ruskis. Lento el tranvía. Del conductor solamente se ve la puerta de la cabina. Carina y yo bajamos en

la esquina de Adalbertstraße. En el último momento. Los borrachos casi también. La parejita con polvo de estrellas en los dedos y en torno a los ojos. Ambos hacen señas. ¿A dónde van? ¡Diles adiós! ¿Has oído cómo hablan?, le pregunté a Carina. No del todo, pero un poquito así hablaba mi madre. Que tú no has conocido. Los puntitos. Rastros por todas partes. Incluso al cabo de años, centelleo y eternidad de estrellas. Está bien que esta tarde no se me haya ocurrido contar los puntitos, el bote entero. Y luego todos los puntitos de todos los botes que tenga en mi poder. ¡Que no los respire, o se enfermará! ¡Se los quitaré! Para estar seguro, tienen que dar por lo menos dos veces el mismo resultado, y hay que anotar todos los números, sin aliento. En cada bote un cartelito, y además largas listas. ¿Sólo contar y recontar, o también el peso? ¿Una foto de pasaporte de cada puntito? Primero las fotos de identificación, y luego fotos de grupo a petición. ¡Empezar enseguida! ¡Pero no, en el último momento, no! ¡Salvado en el último momento! Y a casa a través del invierno. Por la arquería, a la Jordanstraße, La casa sigue ahí. Primero las nueve, y luego, noche durante horas.

15

Sentarse y escribir y no convertirse en fantasma. Todas las mañanas a la Jordanstraße con Carina, para que el día tenga su comienzo, y ella y yo a la guardería. El día va con nosotros. Enseguida, en la esquina, el pastor alemán de la tienda griega. Unas veces con, otras sin niño. El que va con el niño, nos decimos Carina y yo, el lobo. Sólo lleva el collar para disfrazarse. Aquí en la ciudad, en el mundo de los hombres, está claro. En realidad es un lobo. En el trastero yo y la máquina de escribir, mi manuscrito, bloc de notas y la revista, un viejo ejemplar de *Pflasterstrand*. El viejo *Pflasterstrand* me sirve para apoyarme cuando escribo a mano. Viene de la Jordanstraße. En cuanto me ve entre las páginas de mi manuscrito, enseguida mi vida anterior, el nuevo cómputo del tiempo. Enseguida hijo de la separación, mercado de vivienda, paro, sin techo, y cómo me dispara a la mente su veneno y su garfio, caliente, directamente desde la revista, flechas de palabras. Trampas también. Oficina de empleo, servicios sociales, atención a la juventud, previsión social, tutela. Una y otra vez leer y corregir las páginas terminadas. Al leer cambiar, reformar, corregir, añadir, hasta que yo apenas puedo leerlas, tan apretadas en cada página las muchas escrituras. Cantar para mí, cuchichear y deletrear. O empezar a hablar solo. Y hablar con muchas voces. Por lo menos mientras escribo, el tiempo debe detenerse. Escribir. Escribes tres frases. Y luego vuelves a escribir esas tres frases una y otra vez. Hasta que aquello se convierte en un libro. Así empiezas el día y tu vida una y otra vez desde el principio. Cada hora un expreso. De pie, en la cocina. Una vez invisible y otra no. Y siempre el mismo día de invierno artificial. Luz de neón, ventanas lechosas. Una edad de piedra. Como congelada en el hielo eterno.[12] De vuelta a la mesa y a sentarme con mis notas. Acaban de pasar las nueve y ya son casi las once. Y cómo echo de menos la música para escribir. Una y otra

vez el tiempo y el viejo *Pflasterstrand*, mi vida y la visión del tiempo entre los días, instantes, notas y páginas de manuscrito. En el *Pflasterstrand* un calendario de eventos caducado hace mucho. Y las direcciones de los organizadores. Teatro libre, librerías de izquierda, tabernas musicales y culturales. En Offenbach, una Librería Tucholsky. Como se llama así, llamé. Escritor. O sea yo. He deletreado una y otra vez mi propio nombre. Tuve que llamar tres-cuatro veces antes de que se pusiera alguien responsable. De la RDA. Habla sajón. De Dieringen, dice. Se llama Lutz. El título de mis libros, dos gruesos libros. Y luego le hablo del manuscrito. De pueblo, yo y el manuscrito. Un pueblo en el que la gente, los habitantes, no podían hablar con los extraños. También allí extraño. De Bohemia. Eso le queda a uno. Mi manuscrito, el bloc de notas. Aquí, encima de la mesa. Una mesa que no me pertenece. Al libro le falta mucho para estar listo. Una lectura el 28 de marzo. Nada de dinero, son un colectivo y no tienen dinero, pero quizá para entonces pueda reunir cien marcos. Alrededor de cien, es decir, marcos occidentales. Ya veremos. Ojalá. Espera. Lo espera. Otra vez mi nombre, ahora. Lo mejor es que se lo deletree. Pedirá material de prensa a la editorial, leerá los libros antes. El 28 de marzo es miércoles. Luego cuelga. Subcultura. Un teléfono con contador. De los quizá cien marcos hay que descontar de antemano el tranvía, el teléfono. Me parece mucho y poco al mismo tiempo. Hasta ahora apenas si he tenido alguna lectura, y tampoco he hablado de la escritura. Con nadie. Y menos aún con desconocidos, y menos al teléfono, nunca. Sentarse y no saber qué día es. Ni tampoco la hora... ¿no eran hace un momento las nueve de la mañana, y quizá ya se acerca la tarde? De lo contrario, como siempre, va a ser la una. Hacia la ventana, a buscar aire bajo la persiana atrancada: ¡una salida de emergencia, sitio para mí! Una vía de escape para la mirada y los pensamientos. El 28 de marzo es miércoles. Y proponerte seguir con vida para entonces. Ahora el 28 de marzo está en el calendario, ¡así que hazte un calendario! Quizá entonces el tiempo se vuelva por fin real, y transitable. El siguiente expreso. Un año bisiesto. Encontrar la vuelta al día de hoy. En invierno. Un día de invierno. Febrero. Pronto será mediodía, quizá, y yo a la guardería.

Nieve, cada vez más nieve. Empieza a nevar por la tarde. Al atardecer, hacia la noche. Nieva y nieva. Cada vez más espesos los copos. Ha nevado

toda la noche y la mitad de la mañana; luego, helada y silencio. Pronto será mediados de febrero, y ahora el invierno otra vez. Ya había empezado a irse, ya iba hacia la salida, y se ha dado la vuelta. Con las piernas abiertas, con pasos pesados, calle abajo, el invierno. En medio del silencio, con la nieve alta. Con gorra de carretero y botas de campesino. Azul la nieve, hielas. Se ha rascado la cabeza y la nuca. Y luego se ha calado profundamente la gorra hasta las orejas. Como de pueblo. Un leñador que viene del bosque. Como alguien que acaba de bajar, con un gemido, de su carro de leña. Que ha puesto las calzas. Que ha colgado al cuello de los caballos un saco de forraje, un saco de forraje casi vacío. ¡Quédense quietos! ¡Tranquilos, caballitos! Dos caballos castaños de leñador. De Münster, de Hannover. Casi como un juguete, como dos caballos de bizcocho. O un Bulldog, un Magirus, un diesel que de viejo ya no tiene color, así de viejo. De hierro. Pesado. Un viejo Deutz-Bulldog con chimenea, como las locomotoras. Un tractor con un remolque con neumáticos. En parte cargado de leña grande y en parte chica. Trabaja como cargador de leña, asalariado o por cuenta propia. Ha parado en la Schloßstraße y ha bloqueado dos calles a la vez para descargar el carro: la Nauheimer y la Adalbertstraße. Y ahora encima el tranvía, por Dios: que viene de la Westbahnhof y ahora no viene, el veintiuno, a Schwanheim. Se rasca la cabeza y se rasca la nuca, con manoplas. ¿Se santiguará? Ha escupido con fuerza, a la manera de los carreteros. Azul la nieve. Helada y silencio. Ha murmurado una frase, un murmullo. Y ahora se pone en camino. En medio del frío. De la helada. Del silencio. Preguntar la hora y el camino, una dirección de entrega, o tomarse un descanso. Detenerse, tomar un bocado. Mostrarse, dejarse ver aquí en la ciudad. Sidra caliente, vino caliente y grog. Primero un bocado y luego preguntar la dirección. Informarse con cuidado: por la dirección y el destino y la fecha. Con la respiración humeante. Primero el frío, luego una pipa de madera de fresno. Con su viejo abrigo de piel. Hinchas los carrillos. Da una palmada. Da grandes pisotones con las botas. Así baja hoy la calle en medio de la nieve, el invierno. Un invierno de nieve. Ha venido desde el Vogelsberg, desde el Ródano, desde Siberia, y ahora se toma tiempo. Primero la nieve, luego el silencio. Y ya a derecha e izquierda en la vecindad los primeros porteros, y cada vez más. Delante de las puertas de las casas, a las entradas de los patios y en cada una de las aceras. En exceso. Ejércitos. Porteros por todas partes. Y sólo entonces los propietarios de las casas. Hay algún propietario que con su vigilancia, disponibilidad, servicialidad y un viejo guardapolvo se

convierte personalmente en portero. Con un recogedor para la nieve, escoba y pala. Con sal para esparcir, ceniza y gravilla municipal. Conocimiento del asunto. Propiedad, tierra. Y decirse todo el tiempo interiormente lo que uno es, como su propio portero: cuánto se cuesta y lo que con eso se ahorra en dinero, tiempo y problemas. La gravilla municipal, hay un contenedor justo a la derecha del puente del ferrocarril. Grande como un vagón de mercancías. Rápido hacia el crepúsculo. Quizá incluso no esté prohibido. En el sótano de la calefacción el portero tiene una botella de licor de alcaravea de la que nadie sabe nada. Siempre a mano con orden y obligación de esparcir sal y palas para la nieve. No vaya a ser que alguien, con intención o sin ella, se rompa por dinero un brazo y una pierna, una cadera, el fémur, un hueso. Que no sea a costa nuestra, no aquí, delante de nuestra puerta. ¡Podría pasarle a cualquiera!

El perro y el niño. El perro, cuando va con el niño, siempre consciente de su ruta. Con cuidado, responsabilidad, no pierde el tiempo. Jadea y no se deja distraer. Solo en el camino a casa, solo, da sus habituales paseos y rodeos. Consigo mismo de camino a casa, como perro, gusta de tomarse tiempo. El perro que es un lobo, nos decimos Carina y yo. Y nos conoce y sabe que lo sabemos. Encuentros. Y no revelar, no contar, no decirle a nadie una palabra. Tomarnos tiempo, ella y yo. La lejanía, vuelo de pájaros a la vista. Estar quietos más que andar, la mayor parte del tiempo, y con muchas palabras e imágenes. También en medio de la nieve, del frío. Cada palabra es un amuleto. Aquí todos los días sobre nuestras propias huellas. Siempre hacia el horizonte. A mediodía los escolares. Con sus nombres, anoraks, gorras y mochilas. Con voces claras, en grupos. Y brincan y pierden el tiempo. Y encuentran, pierden y vuelven a encontrar toda clase de cosas. En una sola mañana de colegio y después, a mediodía, al salir de clase. Y vienen corriendo por la calle. Con el viento, como una canción. Un tumulto descompasado en cada acera. Y en el tiempo, hacia el luminoso mediodía. Caminos a casa. Mi hija y yo y el presente. Con nosotros el día. El día se toma tiempo. Niños de la escuela, dice Carina, vuelve la cabeza, y ella pronto tendrá cuatro años y medio. Con nostalgia y llena de admiración. ¡Niños de la escuela! Una y otra vez encontrarse al perro, el lobo. Y en cada ocasión hacer como si no lo conociéramos. Como mucho en secreto una mirada a él, un signo. Nadie debe

darse cuenta. ¿No ha hecho una señal en el aire con el morro? ¿Ha movido las orejas? Ha parpadeado y ha asentido con la cabeza, ¿ves? Sin llamar la atención, al pasar. Calles invernales. El nuevo cómputo del tiempo. Hace años ya que es invierno.

Un centro cultural en Höchst. Al teléfono Berthold Dirnfellner. Conoce a Karl Dietrich Wolff, conoce Rote Stern y el título de mis libros. Ha publicado las cartas de juventud de Sinclair en la misma editorial. Si hay una lectura será en septiembre, como muy pronto en septiembre. Pero quizá podamos quedar antes para fijar una fecha. Siempre está los martes en la oficina. El próximo martes no. Si voy el 6 de marzo también estará el gerente, y entonces fijaremos una fecha para septiembre. Doscientos marcos por la lectura. Cien enseguida, cuando yo quiera. De antemano, el 6 de marzo. Todavía del viejo presupuesto. Hasta el seis pues, eso es dentro de tres semanas. No, espere... ¡ya a punto de colgar! No el seis, el seis es martes de carnaval. Mejor el lunes. ¡El cinco, el lunes de carnaval! Nada más colgar, ya no estoy seguro de si la conversación ha tenido lugar en realidad, o quizá no. Quizá sólo haya ocurrido en mi imaginación, y he anotado erróneamente todos los nombres y fechas. ¿Hanau, Höchst u Offenbach? Los días y años, día, mes, año, he cambiado los nombres y las cifras. Pero antes siempre en Stauffenberg, y ¿por qué ahora en Frankfurt? ¡Todos los nombres son equivocados! ¿Un presente, una memoria? ¿Quién sabe quiénes somos realmente y qué hemos hablado en realidad? ¡Lo mejor es volver a llamar! Por suerte estaba ocupado. ¿Ahora un expreso? Primero ocupado y luego nadie contesta. ¡Precisamente por eso quedarse junto al teléfono y marcar una y otra vez el mismo número, una y otra vez! Entonces, ajena, una voz desconocida. ¿Berthold? Ya se ha ido, ¡acaba de irse! ¡Espere, no! ¡Aún está en la puerta! Y lo trae de vuelta. Berthold Dirnfellner. Sí, soy yo, digo yo. Repetimos brevemente. Así que hecho. Así que el lunes 5 de marzo, y podemos hablarlo con calma. Lunes de carnaval. ¡Lo dicho, entonces hablamos! ¡Todo exactamente como acabamos de decir! ¡Hasta entonces! Cuelgo, agotado. Subcultura. Futuro. Un teléfono con contador. ¿Cómo voy a saber si realmente existe ese día? ¿Y qué pasará conmigo y el entretanto en el entretanto? ¿Y quién soy yo ahora y quién seré entonces? Trenes que pasan. Hace años que va a ser la una. Siempre el mismo día de invierno, a mediodía. Desde la ventana una luz invernal. En torno a cada cosa esa luz invernal,

febrero, y el corazón me duele. El año 1984. ¡No olvidar que es un año bisiesto! A Höchst se va en metro rápido. A la mesa y aferrarme a ella, una mesa ajena. Durante el día la luz de la lámpara es aún más turbia. Aquí pues y quizá nunca vuelva a salir a la calle y a caminar entre la gente. Niño sin mundo. ¡Consumir los últimos restos, esto ya no va a durar mucho! Y no volver a dirigir una palabra a nadie. Mis zapatos. Siempre los mismos dos únicos y últimos zapatos. Pronto se convertirán en paja. Implacables las calles. No quieren tener consideración. ¿Qué voy a decirles a los zapatos? Ahora, contemplar los zapatos y mi vida desde todos los ángulos. Se me cierra la garganta. ¡Me falta el aire! ¿En mitad del invierno, con unos zapatos tan miserables, y poeta? Dando vueltas a las tasas telefónicas en la cabeza. Pronto necesitaré una nueva cinta para la máquina de escribir. Al menos pertenecer a la subcultura, que ningún literato honrado y ningún zapatero con un poquito de cerebro pueda dudar seriamente de ti, con esos dos únicos y últimos zapatos. En medio del invierno como si hiciera años que es invierno. Un país tan rico, te dices. Dos libros escritos. Y ahora con el tercero. Un libro como no hay otro. Y como padre, una hija. No morir de hambre en un país tan rico. Hace una semana ya he empezado a hacer mentalmente un calendario, con trazos y cifras. Ahora, a la mesa con mis notas y a imaginar un marzo con todas mis fuerzas. Un marzo en el que pueda creer. El 21 de febrero.

Un invierno de nieve. Helada. El tiempo detenido. Montañas de nieve y silencio acumulados y apilados. Montones de nieve en cada patio, montones de nieve junto a las jambas de los portales y en el arranque de las escaleras. Nieve en los contenedores de basura, en cada alféizar y junto a la puerta de la casa. En la valla, en el muro y detrás, en el patio, en los días pasados y en los cordeles de sacudir las alfombras. Nieve, un muro de nieve al borde de la calle y a lo largo de la acera. Siempre a tu lado la dura costra de nieve. Como un murete bajo, como un perro que te conoce: se ha adaptado a tu paso y corre contigo. De niño, cuando aún no tenía un perro, siempre me imaginaba uno. Que sólo me escuchaba a mí y estaba todo el tiempo conmigo. ¡En realidad un lobo, y sólo lo sé yo! La nieve en dobles filas. Nieve vieja. A lo largo de los frontales de las casas y ante los muretes de los jardines delanteros. Y luego otra vez entre la acera y la calzada, en el arroyo. Duros y encostrados la nieve y el tiempo. Y vuelve a nevar. Nieve, cada vez más nieve. Y a consecuencia de

la nieve un alto silencio que cae del cielo. A menudo, al amanecer y al atardecer, alrededor y por todas partes unos golpes, arañazos y frotaciones. Voces también. Como si no pudieran soportar el silencio. Igual que tu corazón: ¡cómo late! Así que volvemos a ser una comunidad popular junto a las palas. Enseguida sientes como si tuvieras que integrarte en algún sitio y formar parte de ella, pero ¿dónde? ¿Y cómo se hace, cómo se integra uno?[13] Y enseguida los mirlos. En la nieve, en el amanecer, en los jardines delanteros. En el árbol y en el matorral y en cada puerta, con gran celo, los mirlos. Y miran a la gente que quita la nieve con las palas. Aunque hace poco tiempo que están así dispuestos como mirlos, tienen que preguntarse si era eso realmente lo que pensaban y querían. Tanta tosquedad humana, semejante alboroto y ruido ante los pies de pájaro de uno. Y brincan en cada techo de garaje y brincan a lo largo del borde del día. Una tira clara gris azulada, desvaída, adherida a toda prisa con fines de prolongación. ¡Deprisa! Y los hilos y restos de tela entre las ramas. Una vez por la noche y otra por la mañana. Los colores del amanecer. En las ventanas hay luz. Una puerta se cierra. Una puerta de tienda se abre y se cierra. Y es como si alguien me hubiera llamado o todo hubiera ocurrido ya una vez. Pasa un tranvía iluminado. Luego, un trecho más allá, la nieve se ha fundido. Casi como en el bosque. El perro y el niño de colegio. El perro que es un lobo. Tú sabes que es un lobo, que se pertenece a sí mismo, nos habíamos dicho el uno al otro Carina y yo. Tranvías. Trenes. Antes de amanecer un motor de coche. En mi cabeza o dos calles más allá. Y no arranca. Aún está oscuro. Como enterrado en la oscuridad. Latidos, cansancio y esperar el día. Corazón cansado. A primera hora recogida de basuras. Alta como una casa, en medio del frío y del amanecer. Con dos vehículos. Seis hombres en cada uno. Luces intermitentes de advertencia. Ruido metálico y gritos. Como en la guerra, como en recuerdo de la guerra, y la tierra tiembla. ¿Cuánto tiempo lleva muerto nuestro portero? Y sigues viéndolo todas las tardes con el maletín y la muleta, viniendo de la Westbahnhof. Unas veces con muleta, otras sin ella. Siempre camino a casa. Reval y Roth-Händle. ¿Ha abierto al fin el Tannenbaum? Allí afuera, el espíritu universal. El espíritu universal, ¿no soy yo? En el atardecer. Tosiendo. Pegado al muro. Desde que pasó el verano va encorvado. O el espíritu universal o al menos su abrigo. Agotado. Un largo abrigo negro con cuello de terciopelo. En el atardecer, en medio del frío. Abrigo y polainas de goma. La tienda griega. Ultramarinos y fruta. Todas las luces encendidas y la puerta abierta. Como miel la luz. Y cada

vez te alcanza en mitad del corazón. Ya empiezan a recoger las cajas de fruta que hay a la entrada. Un niño cruza corriendo la calle. Delante de la panadería, niños con un trineo. La casa de la esquina, el cruce. Ahora el del trineo no sabe para dónde tirar. Tira de la cuerda y no puede decidirse, ni ahora ni dentro de una eternidad. Al borde de la calle, nieve y hielo. Tira de un lado a otro, del trineo. Enseguida la noche. Voces de niños. Allí en la acera Sibylle, Carina y yo. Un niño cruza corriendo la calle. Otros dos niños con un trineo. La noche va a ser fría. Todas las puertas cerradas. Macizos los cubos de la basura. Alineados. Grises en el atardecer. Pesados. En medio de la nieve. Montando guardia por la patria. Helada nocturna y frío. Un vagabundo a lo largo de la calle. Tres chaquetas puestas y además rellenas de papel de periódico (preferiblemente el *Rundschaudel* sábado), pero ¿a dónde va ahora, de dónde va a agarrarse? En última instancia, ningún camino pasa por la noche. Matarse a beber... ¡bueno, eso dura! Allá adelante los borrachos en el quiosquillo. Demasiado lejos, y sin embargo era como si los oyeras hablar. Cada uno con su propia botella en la mano y con bolsas de plástico bajo la farola. Una anciana encorvada. Empuja un cochecito de niño. En el cochecito, bolsas de plástico y mantas y cojines y, con el cuello erguido, dos perros falderos vivos con un pañuelo al cuello y un envoltorio. Maldice, ha estado empaquetando a toda prisa y cargando el cochecito, empuja el día entre maldiciones. Recorre el día, alto y vacilante, en el cochecito. En el atardecer. Detrás la Westbahnhof, a la vuelta, o ¿dónde vivirá? Empuja el día vacilante hacia la tarde. Cansada y encorvada, a la vuelta de la esquina, ella y el día.

Por la mañana con Carina a la guardería y después de vuelta al trastero y a seguir con el manuscrito. A la Robert-Mayer Straße, a su extremo, las casas con rostros de tarde. El día entero, esos rostros de tarde. Casa por casa, como si estuvieran vacías. Incluso como los días de invierno ahora, cada casa un día de invierno, y el tiempo detenido. En febrero. Detenido, el tiempo. O se ha dado la vuelta y febrero regresa a enero, que tiene aquí un patio, un almacén. Nieve vieja, montones de nieve. La nieve de muchos inviernos acarreada hasta aquí y amontonada. Y en medio el silencio acumulado. Gastado y consumido, el silencio. Un silencio de segunda mano. Duros y encostrados la nieve y el tiempo. Y los días como casas vacías. En el atardecer, las casas se reclinan unas sobre otras. Hacia el atardecer, solo en el trastero. Por todas partes

polvo, y el corazón me duele. En la ventana, la persiana hasta la mitad. Está torcida, no sube. Tan sólo a duras penas entra un poquito de luz del día. Y cómo se tiene que agachar, cómo se esfuerza. Dos manzanas en el alféizar, manzanas de invierno. Y están juntas y sonrían. Ya tienen las primeras arrugas en su sonrisa. Como en tu infancia en Stauffenberg, las manzanas almacenadas en el sótano, en los estantes. En diciembre, en enero. Y hacia el final del invierno. En algunas casas también en el desván. En dormitorios sin calefacción, en lo alto del armario. Donde no sólo se encuentran los regulares bizcochos de los domingos, donde en su momento también se encontraban las latas y las cajas de las galletitas de Navidad. Y las ciruelas pasas y los frutos secos. Nueces, avellanas. Todos los años. En las despensas, junto a la puerta de la casa y debajo de la escalera. En el lavadero, en el pasillo. El invierno no acaba de encontrar su final. En las casas grandes, en las gélidas salas de los días de fiesta, con las alfombras y las fotografías de los muertos vivientes de 1914 y 1939. Serios y minuciosos, los muertos: su última sonrisa. En marcos de plata. Enormes armarios y aparadores en esos comedores para los días de fiesta. Armarios con puertas de cristal y armarios como fortalezas. Sillas de concejal. Relojes de pie, un silencio de cera para abrillantar y el tiempo acabado. Extinguidos los pensamientos. ¿No hay puerta? ¿Está tapiada, la puerta? ¿Tapada con un armario de encina? Estos comedores para los días de fiesta llevan tanto tiempo abandonados a sí mismos que ya no saben para quién y para qué esperan. Cuanto más largo el invierno, tanto más valiosas se vuelven las manzanas para nosotros. También como forma de pasar el tiempo. Examinarlas regularmente para ver si se estropean. Y volver a contar las manzanas una y otra vez. Contarlas sin más: para saber. En sí mismo. Contar y volver a contar. Paciencia. Un orden para los días y las manzanas, casi una jerarquía. Apenas ha empezado uno con algo cuando se le convierte en ciencia. Le dices sin pensar una palabra a una de esas manzanas, y enseguida empiezan todas a hablar contigo. Todas quieren ser la primera. Y huelen, las manzanas, a invierno y manzanas. A pueblo, invierno, tierra y sótano y a devoción de cera de velas, y dulce como el vino viejo. Cada manzana sonrío con su propia sonrisa, y huelen cada vez más. La casa entera huele a manzanas. Clasificar las manzanas por tamaños y colores, por forma y capricho, por origen y nombre y clases. Reclasificarlas también varias veces. El invierno es largo. Son ácidas y dulces y al final, es decir hacia el final del invierno, ya no están del todo frescas. Se notan gélidas en los dientes. Sólo cuando las

muerdes y el aire te pasa con fuerza entre los dientes. En realidad tendría que haber manzanitas. Para cada manzana. Cuanto más largo es el invierno, también se pueden tomar manzanas asadas. Siempre por las tardes. Con aguardiente, canela y azúcar. Y, con las manzanas asadas, las tardes y las historias. El trastero. Dos manzanas. Primero, en el alféizar de la ventana. Luego en mi mano. Luego, otra vez en el alféizar. Luz de invierno, crepúsculo, nieve, y cuando estás junto a la ventana cada día como un patio. Como nieve vieja es el silencio. Luego puede ocurrirte que te parezca que tu vida te agobia. ¿Comer en silencio las manzanas o dejarlas para siempre un día antes, en el alféizar? La persiana, torcida. No sube, no baja. ¡Pronto habrá que marcharse de aquí! Pronto habrá pasado el tiempo, y entonces ¿qué? De vuelta a la mesa y por lo menos otra vez el último párrafo. Por lo menos el principio de la frase siguiente. Lo mejor es escribir y escribir y no hacer pausas. Hacia ninguna parte. Escribir como si la orden de ejecución ya estuviera en camino. Ahora ante la puerta de la casa. Ahora como el ángel guardián en persona: delante de mí, detrás de mí, a derecha e izquierda. ¡Aún no! ¡No molestes ahora! ¡Primero tengo que acabar aquí! Máquina de escribir. Bloc de notas. Manuscrito. Escribir. Sentarse y escribir y no volver a cruzar una palabra con nadie. Nada de correo, no dejarse distraer. Ni una sola interrupción hasta que hayas terminado el libro. Y enseguida a seguir con el próximo, o mejor aún todos los libros en este. Como si tu vida fuera un largo y único día. Tomar aire, respirar hondo y todo lo que has sabido alguna vez, ahora salta, o como con un violín de zíngaro por voz. Siempre es la propia vida. Las dos manzanas te las ha dado tu hija, Carina. ¿Y ahora? Cansado por la tarde. Tienes toda tu vida en la memoria. No habrías pensado que junto a la ventana hubiera tanta corriente. Casi como una respiración, casi como una voz ya. Suave, baja, una voz que nadie oye, aunque llama sin cesar. Llama incluso cuando no hay nadie allí. Y te levantas: inesperadamente te has levantado contigo y el necio pasado, que tira de tu brazo y no deja de hablarte. Contigo en la ventana. Una cháchara importuna. Tira de ti, tira. ¡Quiere y no quiere soltarte!

16

Por la tarde, con mi manuscrito y las notas, a la mesa, con la lámpara. La casa tiembla. Una y otra vez, contar el dinero y las preocupaciones. Sentarse junto a mi sombra y, cansado, mis cansados zapatos. Les doy vueltas en las manos. El uno, el otro. ¿El cuero, las costuras, las suelas? Ya no, te dices, los zapatos no van a durar mucho. Nada permanece. Son lo único, lo último, te das cuenta, que te queda, y por su parte son perecederos. Exactamente igual que las piedras, la ciudad y el tiempo. Pronto estarán definitivamente gastados, pronto se habrán ido y perecido, los zapatos. Acabados. Y ¿qué pasará entonces con mis días y mis caminos? ¿Y qué conmigo mismo? ¿A dónde? Apenas quedan palabras. El silencio habla tan bajo. Y qué preocupada se sienta mi sombra junto a mí. ¿Qué voy a decirle, que va a decirle la sombra a los zapatos, en medio de ese silencio bajito? ¿Que ella y yo pronto ya no podremos salir a la calle sin zapatos? ¿Como sombra, como humano entre humanos y a ninguna parte? ¡Aquí en la casa, en el trastero, tampoco queda mucho! Como dentro de mi propia cabeza, justo debajo de la tapa. No hay suficiente aire. La mayor parte del tiempo, invisible. Y encima la muñeca de trapo muerta y el eco de las voces del televisor. Una edad de piedra. Como siempre, probar inútilmente la persiana atascada. Abrir la ventana y empezar a helarse. La casa tiembla. Noche e invierno.

La lámpara del escritorio. A la luz de la lámpara, mesa y silla. Encima de la mesa la máquina de escribir, mi manuscrito, bloc de notas, cenicero, cigarrillos, una nube de humo. En la nube de humo, yo y mi sombra. Todo lo demás invisible, como si no estuviera. Hay que estar siempre en contra, eliminarlo todo. Esta acumulación es inútil. Inútil también el polvo (¡un decreto!). Si quiero irme a la cama, la lámpara del escritorio al lado, para que

ilumine el colchón. Como una isla amable, el colchón bajo la lámpara. Más bien una balsa. Con manta, almohada y libro. Empieza a navegar en cuanto embarco. Ahora me falta y me falta para siempre una voz humana que me diga la hora, buenas noches y una última palabra amable. Por las mañanas, lo primero es la lámpara de la mesa: el día entero la luz de la lámpara sobre la mesa y no mirar el colchón, de lo contrario no puedo seguir conmigo y con el día y con el trabajo. Apenas ha tocado mi mirada el colchón, mi vida me parece incurablemente fallida. Una ruina. Inmediatamente a la cama. A acurrucarme enseguida para el resto de mi vida, para siempre. Desde la cama, perdido, pensar en el tiempo y el polvo y en cómo me ahoga y ahoga la máquina de escribir y cualquier alegría, el polvo. ¿O salir corriendo, huir? Salir enseguida de la casa y, con el rostro ardiente... ¿a dónde? Hacia el viento y la noche. Y cómo aletea mi vida tras de mí, apresurada. Cada vez más de prisa contra el viento, siempre hacia el horizonte. Regresar y seguir enseguida con el manuscrito. Sentarse y escribir. Cuando ya no puedo seguir por cansancio, enseguida aquello, aquellos trastos de muchas voces. Enseguida sobre mí los trastos. Y cada cosa apremia, habla, susurra, tiene que imponerse. Historias embusteras. El piano se ha encabritado, relincha y patalea. Viene galopando con frases lapidarias. Después de cada frase, una genuflexión. Retuerce las frases con genuflexiones. Como presa de la fiebre yo y el trastero, a punto del naufragio. Sudar y temblar. ¡No tengas miedo! Agarrarnos a la mesa con las dos manos, la sombra y yo. ¡No rompas la lámpara, la luz! Con la sombra como un manto sobre los hombros y a esperar con todas las fuerzas el fin de la fantasmagoría. Hasta que las voces se calman. El piano se rinde. Primero sólo resopla, y luego mudo. Tan sólo las voces, ardientes y confusas, como un siseo y un susurro. Sentarse y respirar. La silla cruje. Trastos. Una bicicleta, un neumático de bicicleta y cuatro bombas de aire. Cifras de años, archivadores Leitz, cajas de cartón, una tienda de campaña plegada. Armarios, un armario, una máquina de coser. Zapatos, botas, servicio de limpieza de zapatos, zapateros, tres rollos de alfombras. Montones de periódicos, revistas de televisión, un televisor apagado, tientos vacíos, dos aspiradoras irreconciliables, bolsos de viaje, cuatro maletas llenas de bolsas de plástico, cerradas por arriba. Atadas. Como para asfixiarse. Atadas con fuerza. Mudo el piano. La ventana abierta. Delante, como siempre, la persiana. Torcida y atascada. Y debajo, comprimido y como jorobado, el día. Caduco. Un fantasma. Fuera de aquí, ¿y luego qué? ¿A

dónde? Abrir y cerrar la ventana. Devolver cada cosa a su sitio. Los cacharros no sirven para nada. Una vez a plena luz, y luego vuelta a la noche. Desde hace muchos años, en cuanto alzas la vista, se acerca la una. Dirige tu vida allí.

Cada dos semanas, doscientos veinte marcos de la oficina de empleo. Cuando cerraron la tienda de antigüedades, dos mil quinientos marcos de indemnización. También las vacaciones. Con mi última nómina, los ingresos de Sibylle de la editorial y el dinero del paro, la indemnización nos alcanza para seis meses largos, nos habíamos dicho en junio Sibylle y yo. En junio es mi cumpleaños. Incluso habíamos ido a Francia en junio. A ver a Jürgen y Pascale y al mar, Carina y ella y yo. Antes, a reunir todos los papeles, una carpeta propia para ellos y puntualmente a la oficina de empleo. Todos los papeles rellenos. Un rostro. Las respuestas adecuadas. Sólo tuve que ir dos veces, y desde entonces un número y cada dos semanas el dinero en mi cuenta. Hace mucho que he empezado el nuevo libro. Mi tercer libro. Un libro sobre el pueblo de mi infancia. La indemnización nos ha durado hasta el nuevo cómputo del tiempo, hasta el largo y oscuro diciembre. Empecé a trabajar a los catorce, y por primera vez me da dinero la oficina de empleo. Formularios y expedientes. Como solicitante ante el titular de las prestaciones, una solicitud y uno mismo en tercera persona. Todavía registrado para comunicaciones en la Jordanstraße. Revocable. Tienen que pensar que soy, como solicitante y perceptor de prestaciones, una persona como su formulario. Formación profesional. Tiempo empleado. En comunidad vital no conyugal como padre, una hija. Que escribo no aparece por ninguna parte. Podría recibir correo suyo en cualquier momento. Consultas. Citaciones. Órdenes. Incluso por teléfono. Como si tuviera que pensar siempre en eso, y poner cara a juego. Un rostro como rostro. La disponibilidad. Como si me estuvieran mirando desde lejos. En todo momento. Solicitante, ciudadano, desempleado. Buscador de trabajo. Y las opiniones a juego con eso, días, caminos, pensamientos y ademanes. Apuntarme voluntariamente y, por desesperación, convertirme en tragabasuras municipal. Guantes de asbesto. Zapatos con suela metálica. Una gorrita roja redonda traída de los Balcanes. Un alemán quebrado. Barato. Nunca enfermo, indestructible. Después del cambio de escolarización (logrado), agradecido apunte contable. Compatible. ¿Quizá si llevara gafas? ¿Unas gafas con montura dorada? Como si tuviera que verme

con sus ojos, como si ellos pudieran verme constantemente. ¿O habría debido practicar? Esforzarme. Cartera, gafas, gafas de repuesto. Una vida de repuesto. Un vocabulario. Con máscara y gafas de concha, estudiar el papel y ensayos diarios. Me di cuenta de que no lo aguantaría muy bien. Ya lo sabía de antemano. Por qué no como todos los demás, por qué tiene que ponerse así, te preguntas. O sea, yo. Da igual.

Tenía que comprar arándanos rojos. He nacido en el bosque de Bohemia, y comemos arándanos rojos porque son tan dulces y tan amargos. Para resistir el mundo y para volver a encontrarle gusto al mundo. Con una cuchara. Con leche, con leche entera, con nata agria. Se comen como alimento y se comen simbólicamente. Como visión del mundo, como postre, como cena, como culto, como medicina. Se comen solos y también en familias y grupos. Para confraternizar y como comunidad vital. También se puede ante espectadores crédulos. Con una cuchara, y torciendo el gesto. De entusiasmo, y por lo amargos que son. Si no hay arándanos rojos, también se puede hacer con arándanos azules. Hay que comerlos con cuidado y concentrarse mentalmente pensando en al menos el mismo número de arándanos rojos. Si hay espectadores, también hay que hablar de ello. Dejarse llevar. Los arándanos como monólogo. También conversaciones con uno mismo. Una conspiración. Los arándanos rojos, al no estar, tienen que ser más reales que los azules y que todo lo que haya. Superarlos. Nosotros los llamamos Brusinka. Ayer los compré en Schade. Con mi penúltimo dinero o, mejor dicho, después de comprar me quedaban dieciocho marcos treinta y ocho. Un gran vaso. Arándanos rojos silvestres de Finlandia, batidos en frío. Añadir nata agria. Y hambre. En la Robert-Mayer Straße. Forastero en la cocina. Forastero entre las cacerolas ajenas. Forastero y solo. Siempre por la tarde. Varias tardes sucesivas. Primero de pie junto a la nevera, luego con cautela a la mesa de la cocina. Verticales las paredes. En una silla de la cocina y pensar en mi vida, sentarse y pensar y tragar saliva. Pensar en mi madre. Pensar en mi padre. Pensar por separado en ambos. Como en la vida: cada uno por sí. También por eso a través de los siglos los arándanos rojos, porque nos atraen una y otra vez a la espesura, porque nos hacen familiar la espesura, porque crecen gratis en la espesura y porque son tan rojos y tan paganos. Y aguantan por su parte cualquier frío y cualquier soledad. La mayoría de las veces están en pinares, te

dices, coníferas, brezo, musgo y helechos altos como árboles. Y te acuerdas muy bien de los pinos y de su susurro, en los tiempos en los que aún no había bosque de hoja caduca. ¿No fue ayer, o anteayer?

Y una tarde, de pronto, cuando estaba pensando que mi vida estaba definitivamente acabada, Edelgard vino a verme. Precisamente ella, que nunca viene, que no va nunca a ver a nadie. Tampoco se debe ir a verla a ella; las visitas a su casa no están previstas. Puedes encontrarla en la ciudad. En heladerías, tabernas, en el campus, en la oficina de Correos de la Rohmerplatz. ¡Llamar antes! A la entrada del centro comercial. Junto a la fuente de la Kurfürstenplatz. Llamar antes, o azar. Por mí, también en la biblioteca. Una vez, antes de Navidad, en el centro, se me escapó. En la iglesia de Santa Catalina. Un largo sábado antes de Navidad. Montón de gente, adviento, mercadillo navideño, comerciantes, traficantes, cambistas, policías, y enseguida la noche. Y en medio del frío una nota para ella en la puerta de la iglesia, donde los mendigos esperan consuelo, en diciembre se han vuelto piadosos, los mendigos, esperan la sopa boba cristiana y algún milagro alimenticio. Has vivido con ella una vez, y en adelante tendrás que contar hacia atrás los días y los años, como si el tiempo hubiera empezado después y con el tiempo lo precederá, la edad, la enfermedad, prisiones, instituciones, aislamiento, enajenación mental, locura y muerte... ¡antes no! Y ahora viene a verme al trastero. ¿Cómo me has encontrado aquí? Ni siquiera sabías la dirección. Cuando quiero te encuentro, dice ella. Me hablaste de esta casa. Vaqueros ajustados, chaqueta y bufanda. No lleva guantes. Febrero, invierno, una tarde de invierno. Fuera, nieve alta desde hace días ya. Primero ha encontrado la casa correcta, luego ha contado los cartelitos de los timbres y los pisos y ha llamado al timbre de la casa. ¿Quién te ha abierto, Mali, Winni? ¿Una muñeca de trapo? ¿El locutor del telediario? ¿Una sombra jurídico-pública diestra y parlanchina? Y luego ha llamado a mi puerta. Como nadie viene. Antes yo no había oído el timbre. Amueblado, ves. Amueblado con piano. Nunca antes he tenido un piano. Es invierno y de noche. No es lo que ves, sólo donde la lámpara alumbra es real. La lámpara del escritorio. A la luz de la lámpara, la mesa y la silla. En la mesa la máquina de escribir, mi manuscrito, notas, cenicero, cigarrillos, una nube de humo. Eso lo conoces, ya era antes así. Aquí y allá. Muchas vidas. Y al borde de la luz, tú y yo. Todo lo

demás no vale. Como el polvo. Como si no estuviera. Luego, junto a la ventana. La persiana torcida y atascada. Durante el día, el día tiene que agacharse. La Schloßstraße, ves. Viviendas de alquiler, ventanas de cocinas, el metro elevado, trenes. Patios traseros, muretes, botes de basura, orden, portero, verja de hierro, alambre, setos, un árbol, el recuerdo de un árbol, nieve antigua. Raquetas para sacudir alfombras, soportes para bicicletas, historias familiares, mirlos, grajos, garajes y almacenes. De día, voces de niños. Los patios se suceden. Se llaman enero, febrero, marzo, etcétera. La persiana está atascada. Y, cuando estoy cansado y todas las letras se han gastado, me llevo la lámpara a la cama. Y quedarse de pie y contemplar la cama, ella y yo. Prestada. Es estrecha, no es más que un colchón. Como una isla a la luz de la lámpara, el colchón. Como un barco, al menos como un bote salvavidas. Una balsa, una plancha, una tabla. Como madera llevada por el mar, naufragada y encallada, como restos. Sin radio, y nunca música. Los libros que hay en la cama son de la biblioteca. Las dos manzanas que hay en el alféizar, de Carina. Me las dio antes de que empezara a nevar. Por la tarde la casa tiembla. ¿Notas cómo tiembla la casa? Bloc de notas, mi vieja chaqueta. Llaves, dinero, cigarrillos y bolígrafo. Notas también en la chaqueta. ¿Hace frío fuera? ¿Qué hora es? Ponernos en camino ahora mismo. Has entrado tan tranquila por la puerta, como si vinieras a verme todas las tardes. Exactamente igual que hace muchos años en Staufenberg, una tarde de marzo. ¡Qué buena idea que hayas sencillamente entrado por esa puerta!

Al Café Elba. Apenas hay clientes en el Elba. En verano es una heladería, en invierno una pizzería. Una tarde como la tarde de hoy, la gente se queda en casa. Ella vino tinto, Orvieto, y yo expreso. Se quita la chaqueta, un jersey verdiazul. De lana, dice. Comprado en Grecia, en el mercado. Lo ha tejido y teñido ella misma. Y se lo toca con las dos manos. Vaqueros ajustados. Es bonito, dije, un hermoso color. ¿No tenías ya uno parecido? ¿Te has dado cuenta de cómo tiembla la casa? El Elba también. Todas las tabernas. Por la tarde es el peor momento. ¿Cuándo has visto por última vez a Jürgen? Su casa también tiembla. La última vez estuvimos los tres aquí en el Elba, cuando vine de la dentista, ¿te acuerdas? Apenas podías hablar, dice ella. Tenía la boca entera llena de sangre, dije. La boca entera como una sola herida. Diez días después, la segunda visita fue aún peor. Las muelas del juicio de abajo.

Demasiado juntas, dijo la dentista, pero en realidad nunca había tenido molestias. No tenía que haberle dejado que me las quitara. El camarero viene a nuestra mesa. Ahora Rocco está en Italia, dice. Yo querer diciembre, que *no* se puede. Ahora Rocco, y si Rocco vuelve la semana próxima, quizá entonces yo en aprile. Pronto será aprile. Él Rocco chef. Él Calabria, yo Sicilia. El teléfono suena, y va a atenderlo. Mi expreso, su vino. Una pequeña jarra. Podía olerlo, el vino. Pensé, él es el que se llama Rocco, dije. Seguro, dijo ella, también yo lo he pensado. Pero el otro es el jefe. Quizá ambos se llaman Rocco. Podíamos preguntar a Gigi, se llama Giovanni y viene de Cerdeña. ¿Qué tal está el vino? Pasable, dice ella, sabe como siempre. La segunda copa será mejor. ¿Cuánto tiempo hace que no bebes? Pronto hará cinco años, dije. El 10 de marzo. Antes había bebido durante mucho más tiempo. No nos hemos visto a menudo, ella y yo, en estos últimos cinco años. ¿Por qué no?

Ella aún otro vino. Yo primero expreso, luego cola. El camarero vuelve a acercarse y señala con el dedo la mesa, el mantel. Primero la punta de la bota y luego Sicilia. Mantel sólo en invierno. En verano el Elba es una heladería. Palermo, Messina, Catania formando un triángulo, y aquí Siracusa. En Siracusa aún no, pero ya no está lejos. Ahora la gente de la mesa de al lado. Quieren pagar. Cinco personas. Pagan y piden la nota. ¿Te acuerdas, dije, del primer año que nos conocimos, cuando te pasabas toda la tarde con un solo refresco o un jugo de manzana? Nunca tomaste una copa de vino. Ni con el pensamiento. Sí, dice ella, es verdad. Y durante mucho tiempo no podía entender por qué ustedes siempre estaban borrachos, tú y Jürgen. Y por qué no les bastaba con una taberna. Ni con dos o tres, y lo mismo con las ciudades y países. La gente de la mesa de al lado se ha puesto sus abrigo y se ha ido. Oímos la puerta cerrarse, tan silenciosamente. Aquí tengo el cinturón, mi cinturón. Tuyo. Me lo diste en Staufenberg en el otoño del 71, dije. Cuando acabó el verano y volvimos de Estambul, de Samotracia. Después del viaje. Estaba metido en el equipaje, y tú me dijiste: algo que huele bien y dura mucho, algo práctico. Porque, dice ella, en el centro comercial de Giessen Jürgen y yo habíamos robado antes los pantalones de pana grises para ti. Y ese mismo día, dije yo, tú te habías probado un vestido corto negro. De manga larga. El vestido era más corto que el jersey que llevas ahora. Te agarraste el borde del vestido delante del espejo, lo subiste y dijiste: ¡pensaba que era

mucho más corto! Seguro que exageras, dice ella, sólo *quisieras* que fuera así. Te compraste el vestido, dije yo, o lo robaste, te lo ponías a menudo. Negro, de manga larga. El vestido más corto que las mangas. Me gustaría que aún lo tuvieras. El cinturón es eterno. Sigue oliendo bien a cuero. ¿Te acuerdas, después del viaje? Besino tenía dos años. Tú y yo nos conocíamos desde hacía tres años y medio y nos parecía mucho. El cocinero sale de la cocina. Una copa de tinto detrás de la barra. Suda. La puerta de la cocina abierta. Cocinero, camarero, pizzero, cocinero en un barco, albañil e instalador de hornos de pan. Alguna vez le he oído contar cómo montó sin ayuda su primer horno, a los quince años. Tallar las piedras, convencer a las piedras, cada paso él solo. Un horno en un suburbio de Catania. Aún dura. Nunca, te dices, nunca despertarás en un suburbio de Catania junto a dos almendros en una terraza de piedra, temprano, quince años, siciliano. El mar no lejos. Los almendros más altos que el tejado. Cuando florecen es febrero. Piedras y herramientas y los pensamientos que tuviste ayer. Café, salami, olivas y luego, con el queso, la primera copa de vino. Y empiezas, lleno de confianza, tu primer horno. Tejador, albañil y montador de hornos. Desde entonces, muchos hornos. En febrero florecen los almendros. Primero los almendros y luego los cerezos, albaricoqueros y melocotoneros. Año tras año con un nivel y una plomada por la isla y alrededor de tu vida y de tus sentidos, una larga peregrinación por la tierra y por hornos, como por la eternidad. Luego cocinero en Palermo, en Nápoles. Pizzero, cocinero en un barco, un puesto en Milán y luego a Alemania. Ha estado en Nueva York, en Marsella, en Odessa, en Hong Kong y en San Francisco. Tampoco se llama Rocco. Se llama Gaetano. Y hay que verlo con vino tinto y cigarrillos en la barra, lleva una camisa de color rojo oscuro y se seca el sudor de la frente. Una pausa. Nos saluda con un gesto de la cabeza y vuelve a la cocina. Aparte de nosotros apenas hay clientes. Besino es el hijo de Edelgard, su hijo y el de Jürgen. En la Schlosstraße un tranvía. Un dieciocho. Las luces delante de la ventana. Hace una parada y sigue su camino. Noche y nieve, nieve alta. Otra vez febrero. Exactamente un viernes por la tarde de febrero, cuando vi por primera vez a Edelgard. El 9 de febrero de 1968. El camarero con dos Amarettos para nosotros. ¡A nuestra salud! ¡Por Sicilia! A costa de la casa. Ahora tienes que beber también el mío. El teléfono suena. El camarero acude al teléfono. La gente llama y pide pizzas para llevar. Tarde. Cómo tiembla la casa. ¿Por qué tiemblan las casas? ¿Tú también lo notas? Ahora, dice ella, cuando estoy

contigo, lo noto. Casi como borracho ahora, dije. Como si la taberna viajara con nosotros a través de la noche, así estamos aquí. A los quince mi primer vaso de vino, y luego, veintidós años sin volver a estar sobrio. Todo vacilaba y se mecía siempre, y yo no me daba cuenta, ¿o me daba igual en medio de la borrachera? También he vivido al menos un verdadero terremoto. Dos o tres verdaderos terremotos. Jürgen es mi testigo. Para los espejos que toman en serio su trabajo, un terremoto tiene que ser algo terrible. Cómo me gusta navegar. Sobre todo en medio de una tormenta. Incluso en el mar helado. ¿Quizá el temblor me venga de la guerra? Ataques aéreos. Las bombas. Como si en realidad nunca hubiera cesado, la guerra. Y viene a visitarnos todas las tardes. El silencio también, un silencio de sirenas. Por eso el juego del skat, la lotería, las palas para la nieve, el fútbol, el Estado, la televisión y la cerveza embotellada. Y mucho dinero. Y no parar con el ruido y no parar de construir.

17

Al Bastos, al Pub y al Albatros. El Albatros ya había cerrado. Luego al Pelikan, en la Jordanstraße. Ella vino blanco, yo cola. ¿Qué vino blanco? No tiene nombre. ¿Qué tal está? Pasable. Mejor con cada trago. Como antes, dije, cuando uno, de paso, un forastero, forastero aquí como en todas partes, en la posguerra en Alemania, en Alemania Occidental, pedía un vino blanco en una cervecería y taberna alemana normal, en los tiempos de Adenauer. Hace muchos años. La mayor parte de las veces yo. A menudo en tercera persona. De todos modos ha sido un largo camino. La mayor parte del tiempo apenas me he reconocido. Un vino blanco. Como forastero. Un vasito. Entonces, todos los camareros preguntaban automáticamente: ¿Rin o Mosela? Policía, llamada de emergencia, comando de asalto y los actuales carteles de Se busca en la cabeza. Una copa sacada del armario y la mano tendida, hacia la única botella de cinco litros con cierre de rosca, de la que servía desde siempre. Aún no había bidones de plástico. Por aquel entonces, sólo había bidones de plástico, como mucho, para el aceite caro de motor. ¿Por qué no tomas aguardiente? Quizá cuando sea vieja, dice. En la casa que me has prometido para mi vejez. ¿Cómo se llamaba esta taberna antes? ¿No se ha llamado siempre Pelikan? Antes se llamaba Schrottkopp, dije yo. Pero antes Narrenschiff. En octubre una vez, hace nueve años y medio, te lo voy a contar. Jürgen clandestino. Lo estaban buscando. Tú con Besino en Frankfurt, recién llegada a Frankfurt. La casa de la Martin Luther Straße. Yo sólo lo sabía de oídas. Llegué tarde, por la tarde. En coche. Con Christian. Para un encuentro de conspiradores. Dos encuentros. Mucho trabajo. Uno al que vi esa tarde por última vez, lo mataron a tiros año y medio después. Sólo tuvo un verano. Abatido en fuga. Ya lleva ocho años muerto. Muchos muertos, muchos encarcelados. Entretanto la noticia de que habían registrado tu casa y cerrado para eso la calle desde la

Alleenring hasta la iglesia. Todo el día. Aún. Besino tenía cinco años y medio y quería aprenderse de memoria su camino al colegio. No pudimos llegar hasta tu casa. El encuentro, el trabajo después de comer. Luego, solo en la taberna y en mi vida y afuera oscurece. Tocaban The Doors, Procol Harum, Uriah Heep. No lejos de la Uni, no supe más. Así que al Narrenschiff. Una puerta de barco con ventana redonda. En cuanto abrí la puerta pensé: ¡quizá ahora! ¡Quizá en este momento, en el siguiente, se acabe todo! Había una segunda puerta, un paso a la cocina. Trullo preventivo. Tomé café con ron. Luego Crosby, Stills, Nash & Young. Como hecho para mí. Para que sepa lo que aún sé, después de años. Luego otra vez The Doors. Y ponerme en camino, es hora. Mi viejo abrigo de piel, tú también lo has conocido. Y encender un cigarrillo con otro. La taberna, música, las lámparas como faroles de barco. El año 1974. Octubre. Así que el Narrenschiff. Una puerta de barco con ventana redonda. Y se cierra detrás de mí. Llovizna, atardecer, noche. La calle mojada. Adoquines. Cómo brillan las luces en medio de la llovizna. Tarde. Viento en el rostro. Abrigo abierto. El cigarrillo. En la boca, en la mano, en la boca. Y sólo en el coche lo próximo que hay que proponerse. Y ahora las manos ya no en los bolsillos del abrigo: ¡vacías ante mí! Y respirar: ¡yo, soy yo! Cada paso, cada momento como si fuera el último. Y tiene que sustituir a una vida entera. A menudo he caminado así. El coche, dos esquinas más allá. Un niño cruza corriendo la calle. Las seis de la tarde. Cómo brilla el asfalto bajo las lámparas. En medio de los edificios de alquiler dos viejos almacenes con las ventanas cegadas, y por todas partes aún los rastros de la última guerra. Tabernas, tiendas, portales. Un carnicero, un panadero, una librería. Aún hay luz dentro. Aún hay clientes ante las estanterías. Un café. Aún abierto, o a punto de cerrar. Café Bauer. El coche. Christian ya en el coche. Antes de subir leí el nombre de la calle, para que, cuando todo hubiera pasado y si aún seguía vivo, volviera aquí: Jordanstraße. Jordan, Wilhelm, escritor y político, pero en lo primero que se piensa es en el río. La Jordanstraße, la Gräfstraße. Y viajar. La noche entera en camino. Primero llovizna, luego aguanieve, hielo, nieve. Antes de salir nos enteramos de que un abogado ha estado en tu casa y has salido indemne del registro. Cuatro años después en la Jordanstraße la casa, vaya casualidad.

¿Cómo encontraron la casa? Un anuncio en el *Rundschau*. Sibylle lo leyó.

Cuando fuimos, un sábado por la mañana, había un montón de pretendientes. En medio de la multitud, una mesa con una lista. Poco después de las nueve ya se habían anotado más de treinta personas. Maestros, parejas de maestros, empleados de banca. Commerzbank, Deutsche Bank, Dresdner Bank, Frankfurter Sparkasse. Verdaderos matrimonios, con dos sueldos, y técnicos, ingenieros, docentes solos y bien pagados. Tranquilos y bien situados. Circunstancias ordenadas. Directores de departamento, jefes de negociado, programadores, juristas, la Lufthansa, un restaurador de monumentos, empleados públicos, funcionarios, un cura, un asesor fiscal y una secretaria de un consulado general, con diploma de traductora jurada de español y portugués. La casa ya estaba vacía, una vivienda abuhardillada con grandes ventanas. Gente por todas partes, pretendientes. Y están delante de la mesa con la lista. Parecen extraños y son extraños. Todos quieren causar buena impresión y presentarse como su propio jefe. Siguen viniendo. Cada vez más. El portero viene hacia nosotros. Fumador en cadena, un bebedor de ojos azules. En mangas de camisa y zapatillas. ¿Han visto ustedes el piso? ¿Les gusta? ¿Les gustaría quedárselo? ¡Bien, entonces es suyo! Ni siquiera nos pregunta por el oficio y los ingresos, no nos pregunta nada. Grita: ¡Señores, lo lamento! Da unas palmadas hasta que se van todos. La mesa con la lista a un lado. Todas las puertas abiertas, la casa vacía me pareció gigantesca. Nos enseña el desván, el patio y el sótano y cuál de los buzones es el nuestro. Le duele el pie izquierdo. Los dos pies. Escribe un cartel: vivienda adjudicada. Inútil pedir cita. Cuelga el cartel en el portal. La propietaria, sólo para que lo sepamos, es una fina dama entrada en años, que vive en una villa en Blankenese y confía por entero en su palabra. Palabra y acción. Sábado por la mañana, apenas pasan de las nueve y media.

¿El Tannenbaum está abierto o cerrado? La puerta abierta. Una sola lámpara encima de la barra. El camarero, a solas consigo mismo. Se llama Ralf. Buenas tardes. Los postigos están cerrados. En la penumbra, el Flipper y las máquinas tragamonedas de vivos colores. ¿Asbach? No, cola. ¿Asbach Cola? ¡Sólo Cola! Ah, dice él, hoy no. Pronto hará cinco años que no bebo. ¿Edelgard? Una copita de tinto. Antes hemos venido del Pelikan, cruzando la calle. Al borde de la calle hay nieve. Desde el cruce se ve siempre la casa, y hay luz en la ventana. ¿Y por qué esta noche no hay un solo cliente en el

Tannenbaum? El camarero como camarero aquí, detrás de la barra. Toma un trago y se limpia la espuma de la barba. Tiene delante dos cervezas medio llenas: bebe y las rellena enseguida. Ha encendido dos lámparas de pared, para él y para nosotros. Estamos como en una cueva. Enciende la radio, por su parte, a bordo: ¡ahí tiene los cigarrillos! Pero ahora le falta fuego. Ahora se ve que todo esto no es sólo imaginaciones, nuestras, tuyas, aquí en la barra y dentro de su cabeza. Y tampoco un recuerdo pálido y perecedero. En la memoria, casi como un fantasma. Cada vez más pálido y pronto transparente, pronto ya no allí. ¡Sino realidad, presente, gente! Viva, con vida. ¡En pareja, fumando y presentes! ¡Un mechero auténtico! ¡Y cerillas! Iluminadoras: ¡haz que iluminen! Las tiene, por su parte, tiene como dueño del local gruesas cerillas. Cerillas para regalar y cerillas para vender. Carteritas y cajetillas. Con un abeto impreso en verde, y encima el letrero Tannenbaum. Sólo que muchas veces no logra encontrarlas. Para los clientes sí, pero no para él. Exactamente igual que hoy. ¿Ya se han ido todos a casa, u hoy no ha venido nadie? ¿No ha bajado para un primer y único trago apresurado? ¿Para buscarse a sí mismo, la hora y cigarrillos, y porque esta tarde quiere leer las noticias, un periódico, ver un telediario? ¿Comer en la cocina patatas asadas con huevos y beicon? ¿Un desayuno campesino por la tarde, ya que es el dueño? ¿Quería solo, o se lo ha hecho y luego se ha quedado de pie en la cocina? Y luego ha abierto la puerta de la taberna y ha dejado al día echar una mirada a la noche, a la tiniebla. Y para que pueda salir el humo de ayer, y la molesta confusión de voces. El Tannenbaum es una taberna que hace esquina. Contrato de arrendamiento. Cuando aún no era el dueño, ya venía hasta aquí todas las tardes. Cerveza local y de importación. Sirve, quita la espuma del vaso, bebe y vuelve a llenar. Desde que tiene la taberna su barba de estudiante se ha convertido en un bigote de guardia. Bebe y vuelve a llenar. La puerta abierta. Bebemos. Se puede oír pasar los coches de la Adalbertstraße, hay tanto silencio. A menudo, cuando escribo, hago una pausa a medianoche y vengo aquí. Cuando aún bebía, un aguardiente o un Asbach-Cola o una copita de vino tinto, como tú ahora. Más tarde sólo Cola. De pie, en la barra. La mayoría de las veces poco rato. A menudo después las calles nocturnas y los almacenes y fábricas detrás de la Westbahnhof. Antes de Carina Sibylle también venía conmigo a veces al Tannenbaum. En Frankfurt, el aguardiente más barato siempre es el de maíz. Tampoco ahora queremos estar mucho rato: ¡está demasiado cerca! Casi como si la casa estuviera al otro lado de la pared.

Pagamos, incluye un Asbach. ¡Ah, no, hoy no!, y lo descuenta enseguida. El Flipper y los tragamonedas brillan y parpadean como si tuvieran algo que decirnos. Tienen un mensaje que deletrear y tienen que empezar una y otra vez desde el principio, y no lo consiguen. El camarero como camarero otro trago. ¿Ahora, de pie en la cocina, un desayuno campesino con patatas asadas, huevos y beicon? Sí, correcto, quiere encender la radio y se olvida una y otra vez. Como camarero. Y luego cierra a nuestras espaldas y desplaza a mañana el día de hoy. Cuando nos fuimos. Delante del cruce como siempre la casa y el piso bajo el tejado, y en la ventana de la fachada hay luz.

La heladería de la Friesengasse. En invierno también es una pizzería. Antes, por la vacía Seestraße. ¿No hay luna hoy? De día se ve desde aquí el Taunus, la lejanía. A simple vista. Hemos ido largo tiempo en la noche hacia las lejanas luces, ella y yo, las luces al final de la calle. La heladería de la Friesengasse está casi a la puerta de su casa. Ella un Amaretto, yo un Bitterino sin alcohol, que parece un Campari, tan rojo. La familia entera sirviendo. De Sicilia, llevan mucho aquí. La mesa familiar delante del paso a la cocina. Con Carina a veces, aún era pequeña; sólo unos meses. Teníamos una mochila para ella. Yo volvía a casa del trabajo a las dos, e iba con ella. ¿Conociste esa mochila? De pana, azul, patente americana. Uno se la ponía y podía llevar a la niña en ella. En el pecho, y sujeta con el brazo. Incluso una chaqueta, un abrigo abierto sobre la mochila. Cara a cara, juntando la respiración y el calor. Con ella por la Seestraße jugando con sus manos y con sus pies y calentándolos mientras jugaba. Era tan pequeña que casi podía cubrirla por entero con mis manos y mis muñecas. Juegas con sus pies y puedes leerlo en su rostro y lo ves en sus ojos. Quiere retener el presente y aún no tiene palabras, aún es pequeña. Hace cuatro años. Así empiezas a compartir el mundo con ella. Mandarinas, momentos. Un trocito de manzana, pasas, las primeras fresas. El mundo es en gran parte comestible, y el resto se puede abarcar con los ojos y además tocar. Una pluma de pájaro, una cintita, una bola de cristal. Una cadenita de plata, tan fina que cada vez se te escurre brillante por la mano. Primero fría y luego caliente la bola de cristal, y siempre lila y azul. Una y otra vez un azul prodigioso. Las casas de largo ante nosotros: los muros, revoco y cristal. Hay que tocar, realidad. Hay que dejarse tocar. Y el aire, naturalmente... no es que no sea nada, el aire. Se puede sentir y saborear, el

aire. Y uno lo sublima en la memoria, junto al agua y la luz. Una hija. Una infancia. Y empezar a alegrarse de su primera primavera. Primero primavera, luego verano. La sucursal de la biblioteca municipal, con escaparates como una tienda. Siempre hay libros expuestos en los escaparates. Tomarse tiempo: lentamente los colores de los libros por tus ojos y los suyos. Y no mucho después recorrer con los ojos la biblioteca y a nosotros y las ventanas desde dentro. Nos habría gustado retorcer un poquito el tiempo y vernos un momento desde dentro a nosotros delante de las ventanas. O estar aún fuera y vernos ya aquí dentro. No puede uno perderselo, aunque ahora el cristal se empañe por el frío, la calefacción y el aliento. Al pasar, cada vez, tocar uno de los setos del jardín delantero. Un seto que ha conservado sus hojas durante todo el invierno para que pasemos a lo largo de ellas. Un seto de la obra social de viviendas, con pequeñas y relucientes hojas verdes que resisten al invierno. Y arándanos de invierno también, arándanos de invierno del año anterior. Tantos días y caminos al colegio, estudiantes, caminos a casa, los de primero y los de segundo, el tiempo, el viento, un largo otoño. Y todavía esa riqueza de arándanos de invierno en los setos. Así a través del invierno y del final del invierno, y también entonces ya con ella a la heladería. Expreso, Bitterino, Chinotto. Justo un año desde que había dejado de beber, y aún todos los días con el agotamiento. En mitad de mi segundo libro. Nunca con seguridad, no hay ninguna. Nunca suficiente sueño y siempre demasiado poco dinero. Dejas de beber y tienes que volver a aprenderlo todo. Comer, dormir, estar con gente. Incluso respirar, practicar la paciencia y cómo se mueve uno en el mundo y sobre la tierra. Día tras día, una y otra vez. Caminar... ¿cómo se hace? ¡Aprender a hablar! Encontrar un nuevo lenguaje para cada momento. Apenas hay clientes en estas tardes de final del invierno. ¿Estará el dueño echando una siesta de mediodía? Siciliano. No hace mucho que se ha casado. La mujer quiere un hijo, muchos hijos. Viene y no hace más que mirar a Carina, hablarle, atraerla, tocarla. Nos está esperando todos los días. Con una bola de nata para la niña. Y pregunta su nombre. Carina. Primero probarla, luego saborearla por primera vez, luego siempre. Como copos de nieve, diminutos y dulces copos de nieve, siempre uno más, para que la comida dure más tiempo. Carina. La semana que viene cumple cinco meses. Los ojos. La boca abierta, lamer, chupar, tragar. A la mujer se le van los ojos. Siempre un copo de nieve en la cuchara y mirar con atención, con ojos de futura madre, lo bien que eso funciona en esta niña. Entretanto pronto será primavera y nos

vamos, la niña y yo. Flores, una juguetería, una tienda de animales. En el escaparate los papagayos ya nos conocen. La cacaúa de más arriba nos está esperando todas las tardes. Ver cómo se cansa, cómo se vuelve pesada y cansada. Lo ves, lo sientes en tus extremidades. Y ya se ha dormido. Un camino a lo largo de los jardines recortados, del muro de la estación. Jardines recortados con banderas alemanas. Los jardines en marzo. Los primeros días cálidos. Allí, junto al campo de deportes, al borde del camino, allí entre los árboles. Hasta hace poco territorio indio para los niños y ahora un campo de deportes que sigue las normas. Vallado, con cerrojo y pasador. Cruzando el camino y con ella, con su sueño, con mi cansancio hasta el césped. Siguiendo la fuerza de la gravedad. Al sol. ¡Pronto despertará, ahora! Las mariquitas y las margaritas son todas para ella, y aún van a tener un ratito de paciencia. De todos modos las mariposas y las abejas tienen que hacer en las inmediaciones, y entretanto echan un vistazo una y otra vez. Hasta que despierta, pronto será primavera, y ya sabrá gatear. El sol y el viento y las apresuradas hojas de los álamos temblones y los pájaros viven allí. Y ha aprendido la sorpresa y el retorno y cómo se sorprende uno de él. Pronto será mayo y para Sibylle momento de descansar dos o tres horas todas las tardes.

¿Qué hora crees que es? Edelgard un Campari, porque mi Bitterino era tan rojo, y yo un Chinotto. Porque aquí hay Chinotto. Tan sólo el Gingerino tiene que abrirse paso, pidiéndolo una y otra vez. El mesero, como si se hubiera propuesto no decir una sola palabra de más a nadie. De ser posible, con carácter retroactivo. La mujer entre dos niños. El niño primero, para que luego la niña tenga un hermano mayor en quien confiar durante toda la vida. Y la que ahora se sienta a la mesa con nosotros y las copas tiene que ser su cuñada o su sobrina. El niño tiene tres, la niña pronto tendrá año y medio. Más tarde se sentará durante muchos años a la mesa familiar, con cada vez más deberes, como si fuera una única y larga tarde. Al pie del reloj de Coca-Cola. Un reloj de pared que está detenido. Quizá para entonces vuelva a funcionar. La máquina tocadiscos al otro lado. Con la máquina el tiempo siempre vuelve a empezar desde el principio. Una vez en verano, hace un año, les dije a mi amigo Manfred y a Sibylle que nunca me perdonaría que nos conociéramos tan poco como para separarnos mientras Carina aún fuera pequeña, Sibylle y yo. ¿Empezaba ya la casa a temblar? ¿Y desde entonces tiembla cada vez más?

¿Todas las tardes desde entonces? ¿Todas las casas? ¿Qué hora crees que es? Campari en invierno y tu perfume. Una mesita de mármol. Los dos sin reloj. Sentarse aquí como en Italia, como en el pasado, tú y yo. La calle delante de las ventanas. Y en la ventana nosotros y la mesa y luces como reflejos nocturnos. La casa de enfrente recién encalada. Jambas, postigos y portal pintados en colores. Una vieja casa aquí, al borde de la calle. Durante la noche la nieve cuaja, como al final del camino una casa campesina danesa. Amplia y espaciosa. Con muchos edredones de pluma de ganso de primera clase y cojines y cajas llenas de sueño y libros y una gran reserva de tiempo y silencio. Justo detrás de la próxima curva el mar. Hay que creer en el mar. En mitad de Frankfurt, allí plantada, como si llevara mucho tiempo esperando nuestra llegada, la casa. En la Jordanstraße Carina duerme ahora, la proyección nocturna y cómo respira mientras duerme. Y Sibylle en la habitación grande. Todas las luces encendidas. Seguirá empaquetando libros, moviendo los muebles a modo de prueba. De un lado para otro en la cabeza. Y hacerse un plan tras otro de cómo va a reordenar pronto la casa y su vida. Detrás de cada espacio el verdadero espacio, y sólo lo encontramos después. *Messina*, dije yo. De niño ya conocía ese nombre. Y sabía que era una ciudad portuaria al sol. La lejanía existe. Edelgard, un Aversa; yo, otro expreso. Da igual qué hora es. El expreso aquí es tan bueno que ni se te ocurre pensar en el insomnio. O, si lo haces, es después. Después del expreso, largamente adentrado en la noche. Tú ya en Dinamarca y yo también. Pero nunca hemos estado allí juntos, hasta ahora, tú y yo. ¡La cuenta! Su dinero y mi dinero. Y ahora ya calcular cuánto tendré que ahorrar en los próximos días y semanas para compensar los gastos de hoy. Su bufanda. La cremallera de su chaqueta. Una vez en diciembre en Hamburgo en el Hofweg en mi cuarto de hotel, cuando se fue, su perfume. Hace más de doce años. ¿Cómo se llama su perfume? Sólo vive un par de casas más allá. Me hubiera gustado saber cuántos pasos había hasta la puerta de su casa. Pago y estoy a punto de irme. Una casa de vinos, dice ella. No está lejos. He estado a veces allí con Günter y a veces con Jürgen y a menudo solo. Quizá, dice ella, no sea tan tarde. Una casa de vinos en la Florastraße. Se llama Schampus. ¿Dónde estaba el griego de las pinturas murales?, pregunté yo, ¿en la esquina? No, enfrente. Donde estaba el griego antes, hace mucho que hay un italiano. Se cierra la chaqueta. ¿Por qué no llevas abrigo? De niña, dice, nunca llevé abrigo.

La casa de vinos. En la Florastraße, una antigua tienda. En los escaparates, visillos tipo red. Viejas mesas de madera, todas distintas. Las paredes con revoco blanco. Una gran pizarra y en ella, con tiza, las clases de vino, la añada y el precio. El dueño es un estudiante o exestudiante que Edelgard conoce. Encantado de conocerme también a mí desde ahora. Ella, vino tinto; yo, agua mineral. El primer vino de la pizarra, justo arriba. Vino francés, una jarra de cristal, y huele bien. En la barra la foto de un barco velero, y las medidas y los datos técnicos. Se puede alquilar. ¿Dónde está? Ahora en Salerno, pero pronto iré a Génova. Pertenece a unos amigos suyos que viven en Múnich. Sitio para siete personas, dice. El alquiler, por días o por semanas. No es caro, él conoce a la gente, conoce el barco. La verdad es que no es caro, nos decimos, e intentamos imaginar los días y las semanas y las medidas, ella y yo, esloras, manga y calado. Y el horizonte. Dos mástiles, un motor Diesel y cómo podríamos ser siete personas. Siempre hacia el horizonte. Hay que creer en el mar. ¿Qué tal está el vino? Bien, dice ella, como en Francia. ¿De dónde será? ¿De Burdeos? ¿Borgoña? ¿Del Sur? Y enseguida todas esas regiones francesas, las ciudades y calles y tabernas en mi memoria, y lo a menudo que al pasar he tomado en todas partes un vasito de vino o primero una jarra, luego un vaso y luego un vasito. A cualquier hora del día. Forastero aquí. Acabo de llegar y ya me he ido. Forastero en todas partes. Hacia la noche con botellas y copas y puestas de sol y todas las calles como ríos que nos llevan hacia la noche. La copa llena. La luz dorada. Como si tuvieras que beberte el cielo de la tarde, un mar de cielos, una y otra vez. Ahora, en tus pensamientos, vuelves a ver todas las botellas y todas las copas de tu vida, como si fueras a ahogarte en ellas. Yo. Y luego otra vez a la mesa. Presente. Puedo olerlo, el vino. En cada mesa una vela. ¡No velas, candelas! ¡Y cómo parpadean! Como si hubiera pedido prestadas a sus amigos las mesas de la cocina para poder montar la taberna. Y la gente, todos los clientes. Como si llevaran muchos años allí, como si siempre hubieran estado allí sentados. Es cierto, dice ella, todas las noches. Pero normalmente hay más gente. De niño, dije yo, quería conocer a todas las personas que estaban en el mundo al mismo tiempo que yo. En realidad aún sigo queriendo. Christian fue detenido en Suiza, en la frontera. En Schaffhausen, eso tiene que haber sido en 1976. Al detenerlo, varias heridas de bala. Luego, extraditado y quince años. Sólo en la cárcel se sabe

exactamente si se quiere vivir o no. Lo veo, dije, sigo viéndolo conducir en medio de la noche. Manos estrechas. Cabello hasta los hombros. Las ventanillas abiertas, apenas sueño. Cada vez más en medio de la noche, y la nieve a nuestro alrededor cada vez más espesa. Saldrá adelante. ¡Estoy seguro, él quiere! De entonces es mi viejo abrigo de piel de conductor: un abrigo para vivir dentro de él. Las voces a nuestro alrededor y dentro de mi cabeza. Mortalmente cansado y muy despejado al mismo tiempo. ¿Tú también? ¡Yo deseaba poder descansar! No puedo seguir mucho tiempo en el trastero. Sentarse aquí como en un viaje. Allí detrás la escalera. La puerta abierta. Una vieja puerta de cristal, y detrás hay luz. A menudo en Francia, en provincias, en los pequeños hoteles baratos, hay escaleras y lámparas y puertas así. Llegamos por la noche. Te sientas y te tomas el vino y sabes que no tienes más que subir la escalera y estarás contigo mismo. Estaciones. Muchos años así. Pase lo que pase no puede pasar nada, esos viajes. ¿Has estado a menudo aquí? Como si hubiéramos viajado todo el día, así estamos sentados aquí. Vacila también y tiembla, la casa, pero más bien como un barco antes de zarpar. ¿Recuerdas cuando llegamos a Alexandrópolis a esperar allí el barco? Y ahora el presente con nosotros aquí a la mesa. Tú con el vino tinto. Primero la jarra, luego un vaso y después un vasito. Nosotros y el tiempo. La miraba beber, como ella me había mirado beber a mí muchos años antes. Seguir con vida. Y después, todo lo que pase. Y luego, solo de camino a casa, en mi camino al trastero, me dije, pasando en todo caso ante los escaparates de la biblioteca. Da igual la hora que sea. De todos modos. Y que se apague la luz, la iluminación. Para los libros del escaparate siempre están las farolas. Y no olvides la escalera, el barco y el vino tinto. Qué bien huele. No olvides las candelas en la mesa y cómo palpitan y arden, me dije, y se reflejan a través de los visillos en red en la noche, en los escaparates vacíos. Como estrellas, como luces en el agua. ¿Qué hora será? Verdiazul como el mar tu jersey. No como es realmente el mar, sino como es cuando se piensa en él desde la lejanía. ¿Qué hora será? Noche y nieve a nuestro alrededor. Ahora, contigo, justo hasta el principio de la Seestraße, luego tú me acompañas a la Kurfürstenplatz y después yo te llevo a la puerta de tu casa.

18

Y una tarde, en medio de mi prisa... ¿a dónde voy, en realidad? ¡Campanillas de invierno! Jardines delanteros, amanecer y los mirlos. Nieve antigua, restos de nieve. Antes, sin aliento por el largo enero. ¡Deprisa! Largos pasos y a seguir, ¡a seguir deprisa! Y ahora aquí. En febrero. Por las tardes, a la última luz. Pies mojados. Nieve. Aire invernal. Campanillas, muchas, como dispersas aquí entre la nieve. Como antes en Staufenberg, entre los de Staufenberg. Como caídas del cielo. Recogimiento. Como recién apagado el sonido, un pequeño sonido en el silencio. Mi hermana, ¡cuánto le gustan las campanillas de invierno a mi hermana! Vuelve del frío a casa, por la tarde, con campanillas de invierno en las manos. Ella tiene once, yo cinco. Cada año, las campanillas más bonitas están en el jardín delantero de Benzlersch. Una casa nueva en la carretera de Lollar. Ya a las afueras del pueblo. Antes, allí sólo había unas cuantas casas de ladrillo oscuro de la época anterior. Todas con ampliación, lavadero, caseta de jardín, cobertizo con los aperos, leñera, gallinero, conejera. Barriles para recoger el agua de lluvia llenos de cielo, y altas nubes en todas las ventanas y encima de todos los tejados. Detrás de cada casa un huertecito. Manzanos, ciruelos, un peral, un jardín con césped. Estaciones, viento y los pájaros. Cuerdas de tender y colada detrás de la casa. Judías. A menudo, en la ampliación, la ampliación de la ampliación. Las casas con cara de tarde. Cada una para sí. Sembrados como toallas y prados entre ellas. Y ahora, desde que hay dinero nuevo, los huecos se van cultivando poco a poco. La mayoría, refugiados. Benzlersch tiene su casa aún en bruto, pero ya con ampliación y porche. Un cobertizo para la leña y otros dos al lado y un membrillo delante de la casa. Así pasas, siempre de camino a casa, delante de ella durante unos años antes de que por fin le den revoco. Justo al llegar a esa casa es donde afloja el viento. Has venido monte arriba desde Lollar cruzando

la zanja y por entre las rachas de nieve, y precisamente aquí de pronto el viento desaparece. Cada vez. Sólo queda el eco. De repente sientes, directamente, calor. Y ya no estás lejos. ¡Enseguida estarás en casa! Y cómo te arden las orejas, ahora, después del viento. Cómo te susurra la sangre en los oídos. Tienes la cara completamente caliente, y qué fácil es caminar aquí, a resguardo del viento, entre las casas. Por eso, y porque a mediodía el sol calienta el suelo y la pared de la casa caliente y las piedras, enero entero ya, lo sabes, por eso todos los años Benzlersch tiene en su jardín las campanillas de invierno más bonitas. También suelen ser las primeras del pueblo. Y el membrillo: como si quisiera hablar contigo, así se inclina sobre la valla cuando pasas. Hace poco eras un niño camino a casa, ¿y ahora? Oír pasar un tren y no saber dónde han ido los años. La tierra se ha movido. En el cielo la última luz, luz de invierno, y ya ha empezado a irse. ¿Y yo? ¿A dónde? Con ella, con Carina. Mi hija. Qué activos los pájaros, mirlos y gorriones. La tierra se deshiela. Pronto será marzo. A ver a Carina, y siempre, por el camino, conmigo. Bolígrafo, bloc de notas. Decirle buenas noches y con ella otra vez el día de hoy. Llevarla a la cama con historias y dibujos. Y cuando duerme, volver enseguida al trastero. Debajo de la lámpara mi manuscrito, la máquina de escribir sobre la mesa y a seguir. Un libro sobre el pueblo de mi infancia. ¡Y no te olvides de las campanillas!

Y de repente con Carina y Edelgard. Un domingo a finales del invierno. Nieva. El invierno no encuentra la salida. Sibylle ha ido a pasar el fin de semana a Giessen. Carina y yo en la Jordanstraße junto a la ventana. La nieve pasa deprisa delante de la ventana. Un torbellino blanco al que hay que agarrarse. Nieve, cada vez más nieve. Cae del cielo en grandes copos y se posa sobre la nieve antigua. Cuando parecía que iba a parar, llamamos a Edelgard. Aquí ya ha parado, dijimos. Ropa de nieve y botas de invierno para Carina. Gorra de lana, bufanda y anorak con capucha. ¡Cuidado con no atorar la bufanda, y menos aún el pelo, con la cremallera! La capucha encima del gorro de lana y guantes con cintitas. Agarramos el trineo, ya estaba esperándonos, y salimos. Luego con Edelgard ante los jardines hacia el talud del ferrocarril. Yo con un anorak de Sibylle. Comprado hace un año en el rastro. Un anorak azul con capucha. Mientras camino me imagino que la capucha me pesa entre los hombros. Donde están las alas. No sólo es el peso,

sino la forma, perfectamente definida. Y constantemente. Carina en el trineo. Una correa roja y blanca. Edelgard me ayuda a tirar. En una ocasión, un tren. Luz en las ventanas. Dos luces rojas en el último vagón. A Giessen. Al norte. ¿Tienes frío? ¡Teníamos que haberlo saludado al pasar! Lo mejor es seguir así. Luego, más nieve. Cada vez más densos los copos. Así que a dar la vuelta. Por el campo, más bien tierra de nadie, y por debajo de la autopista que va a Ginnheim. Con pasos gigantescos la autopista: va sobre zancos. El hospital de San Marcos. El cementerio. La parada del tranvía del cementerio. La torre de la televisión, ahora invisible entre la nieve. Disuelta. Desaparecida para siempre. Con el trineo por la Ginnheimer Landstraße entre sombríos edificios de alquiler. Altos árboles. Muérdago en los árboles. Ahora en invierno el muérdago en los árboles como una premonición del crepúsculo. Y qué tristes las luces. Una farmacia, una tienda de medias, una agencia de viajes, una tienda de productos dietéticos. Una pastelería que abre los domingos por la tarde. Un mostrador con pasteles. En la estancia contigua un pequeño café. ¿No hemos estado ya una vez aquí? ¡Sacúdete la nieve! Chocolate caliente. Edelgard té con ron. Techos decorados, velas, vitrinas. Cuatro ancianas ofendidas detrás del mostrador y todavía la decoración navideña. Domingo por la tarde. Una multitud en el mostrador. La clientela con coches, bollos y tartas para llevar. Cantidades ingentes. Paquetes como sombrereras. Y cómo se mueven, cautelosos: como si cargaran con el domingo. Y con cuidado en el asiento del copiloto aquel frágil y valioso domingo. Vienen todos los domingos. Abierto de catorce a diecisiete horas. Los domingos todo es peor siempre. Las navidades han pasado. Todos los artículos navideños a mitad de precio. Antes de irnos, una bolsita de pastelitos para nosotros. ¿Nieva aún? Ahora no hay que ir a la parada del cementerio. Allí hace frío. Viento, nieve pisoteada, los coches salpican. No viene ningún tren. Uno puede pescar una pulmonía, quiere cruzar la calle hasta el hospital y lo atropellan justo delante de la entrada. ¡Mejor ir a la última parada! Vamos con el trineo a la última parada, y casi ha dejado de nevar. Sólo caen unos cuantos copos, rezagados, que se toman tiempo. Así que pasamos de largo ante la última parada, ante el metro, bajo la próxima autopista y hacia Ginnheim. Casi una carretera de pueblo ya. Una papelería. Una vez estuvimos aquí antes de Navidad, Carina y yo. Largo tiempo delante del escaparate, horas, y elegimos las más bellas postales navideñas y calendarios de Adviento, como si fuéramos a comprarlas. Y el año anterior también. Así que ahora *hay* que volver a

detenerse y estar un ratito delante. Ahora los calendarios son baratos. Ahora vamos a elegir papel de cartas, la infalible regla, un sacapuntas, lápices de colores y los blocs de notas más hermosos. Luego, a seguir por la calle. Carina en el trineo. Repartimos los pastelitos y nos los comemos, junto a su buen olor. Casi ha dejado de nevar. A través del pueblo. Ya no es ningún pueblo. Tan pequeña la iglesia, se inclina como la capilla de un cementerio. La calle que cruza dobla a la derecha y nos deja atrás. Nuestro camino es estrecho, cuesta arriba. Una curva, las casas se juntan. Precisamente aquí es donde no puedo evitar pensar siempre en Staufenberg y en los pueblos de la Alta y de la Baja Austria, a la izquierda del Danubio. Más hacia el borde, donde se pasa a Bohemia. Puertas, vallas de jardín. Un tejado rojo. Restos de nieve. Nieve. Silencio. Las casas ya con cara de tarde, y ves el crepúsculo entre los montones de nieve, atrás, en el patio. A la vuelta de la esquina, entre los cobertizos de leña y los garajes, ves la tarde esperando. Cornejas y grajos. Un cuervo grita. Nuestro camino, primero cuesta arriba, luego dobla y luego cuesta abajo. Una pequeña serie de pinos bajos, unos cuantos abetos altos. Precisamente entonces vuelve a empezar a nevar. Enseguida, fuerte, una ventisca. Justo a tiempo de encontrar el camino, cuesta abajo hasta la Ginnheimer Wiese y luego al borde de ella. Tirar del trineo. Nieve en el rostro. Hablar y hablar, como si el frío, la angustia, la carga de la capucha, la nieve y el esfuerzo del camino y el cansancio y el peso de muchos años se quitaran hablando. Edelgard junto a mí. No nos hemos visto a menudo, ella y yo, en los últimos cinco años. Apretada la ventisca, y nos envuelve. Parar y voltear hacia Carina. Anorak, ropa de nieve, bufanda, gorro, capucha. Las botas a derecha e izquierda en los patines del trineo, las manoplas y agarrarse con ellas. Nevada, cubierta de nieve. Capucha y gorra calada hasta los ojos y todo lleno de nieve. Quitarle la nieve. ¿Tienes frío? Niega con la cabeza. ¿Volvemos? Niega con la cabeza. Se le nota caliente. Quitarle la nieve de las pestañas. Enseguida los copos se vuelven a posar. ¿Quieres que te cargue? Niega con la cabeza. ¡Sigue!, dice. Como en trance. Con los ojos abiertos en medio de la nieve. ¡Sigue! No te duermas, dije. Ya sabes que te duermes. ¡Si te duermes nos tienes que llamar! ¡Agárrate bien! Y seguir tirando del trineo y hablar, ¡hablar alto! Un fantasma viene hacia nosotros. Un fantasma con perro. Y se encuentra dos fantasmas con trineo y niña. ¡Seguir! Edelgard junto a mí. Seguir. Y hablar, ¿de qué voy a hablar? Sibylle y Carina, la separación, el nuevo cómputo del tiempo. Oficina de empleo, atención a la juventud, tutela

legal y mi próximo libro. Siempre sin los papeles en orden, ¡nunca! De Bohemia. De Bohemia y sin casa. (¡Teníamos que haber guardado un par de pastelitos!)

Quizá ahora yo también me habría puesto la capucha, pero ahora está llena de nieve. Edelgard con chaqueta, gorra y bufanda. También llenas de nieve. Nieve por todas partes. Los copos son tan densos, una ventisca, que pensé, ¿quizá ahora no me oye? ¿Quizá va como sorda a mi lado, en medio de la nevada? ¿Quizá ya no somos reales? ¿Por qué no llevas guantes? Extraviados, dice ella, alto y claro. ¡Los dos, hace ya tiempo! Hay que ponerles cintas, dije yo. ¡Pero no los he perdido, dice ella, sólo extraviado! Las cintas no sirven de nada en ese caso. Cierto, digo entonces, me hubiera gustado conocerte de niña. Caminar, caminar entre la nieve, el trineo cruje detrás de nosotros. ¡Menos mal que lo aguantamos todo! Menos mal que la correa aguanta. Una correa roja y blanca, de una vida anterior. Como salida de un viejo libro predilecto, que has leído una y otra vez y ahora ya no sabes cómo se titula. Caminar y caminar. Cuando me doy la vuelta, Carina sigue ahí. Se sienta, pequeña y nevada, en el trineo, y se agarra fuerte. No se ve ni a dos metros. Si la perdemos, si empezamos a perderla antes de que pueda gritar, se notará en el peso. Sibylle ha comprado una silla con respaldo para el trineo, pero no la llevamos cuando estamos solos, Carina y yo. El trineo de Jürgen y Pascale. En Staufenberg, le dije a Edelgard, los niños de Staufenberg. Porque el pueblo está en una montaña, sabes, está sobre una roca de basalto. Por eso todos los niños de Staufenberg saben montar en trineo. Desde siempre. Teníamos pistas para trineo que bajaban desde el castillo, desde arriba del todo. ¡Agárrate fuerte! Por la puerta del castillo, por la parte alta del pueblo y a través de la torre. Dos curvas cerradas. A la torre por la puerta alta. Y montaña abajo hasta las afueras de la ciudad, y luego describiendo un arco fuera del pueblo, hacia el campo. Hasta Kirchberg y junto al Lahn. También hacia Daubringen y hacia Mainzlar. Al menos tres kilómetros. Entonces, y en aquella zona, tres kilómetros eran mucho más que aquí y ahora. Detrás del bosque del castillo, en la ladera norte, era donde más aguantaba la nieve. Ni un solo niño de Sichertshausen, Odenhausen, Ruttershausen, Lollar, Daubringen, Mainzlar y Treis sabía montar en trineo tan bien como los niños de Staufenberg. Sencillamente no sabían, los de los otros pueblos. ¡Nunca! ¡Sin comparación!

Y menos los niños de Giessen. Y proponerme contarle a Carina un descenso así en trineo, en cuanto en la historia del otoño pasado hayamos sacado de una vez la vaca al campo. Caminar y seguir contándole mi vida a Edelgard, hablar de nosotros y del tiempo. Nieve en el rostro. ¡Mejor tiro yo solo del trineo para poder hablarle mejor! Libre, sin inhibiciones ahora. La nieve nos envuelve. El trineo se desliza detrás de nosotros. Ya no tengo frío, más bien me acaloro al hablar. Delante de nosotros una ladera y casas en la ladera, pero todo invisible entre la nieve. Como hundido. Por lo demás, las casas de la ladera están como al borde del mar, como en una orilla. Quizá sólo estén así en mi recuerdo. Si ahora pudiéramos escoger una casa así. Enseguida la llave de la puerta, tomarnos tiempo e instalarnos en ella. Enseguida, arrastrado por esa idea y cuando voy a empezar a hablar de ella, me doy cuenta de que hace ya doce o catorce años, ella y yo, ¿a dónde? Y cómo también entonces escogí casas y ventanas y portales para enseñárselos. En Hamburgo, en Darmstadt, en París, en Giessen y en Tesalónica y en todas partes adonde íbamos, ella y yo, y no teníamos casa. Como mucho a veces un coche viejo y un hotel para dos días. La mayor parte del tiempo hacíamos el camino a pie. Al aire libre. Sin techo. *Autostop* y en fuga, años en fuga. Y cómo se va a vivir en un libro. Invisible ante nosotros la ladera. Habríamos debido doblar y subir la ladera hacia Eschersheim y hacia el metro. En vez de eso, nos adentramos en la nieve espesa. Mientras caminamos, estoy salvado. Tan sólo seguir adelante, las palabras vivas, y el trineo con Carina detrás de nosotros. Aire de nieve, nieve en el rostro. Habríamos debido ir a Giessen, a Hamburgo, a Moscú. Gorros de piel. Palabras rusas. Y luego a Siberia. ¡Pero no hay que quedarse dormido mientras se camina! Ni congelarse durante el sueño. Un gran arco en torno a la Ginnheimer Wiese y a lo largo del talud del ferrocarril. La Ginnheimer Wiese como un lago, congelado y cubierto de nieve. Poco a poco los copos van cayendo más lentos, y ahora también menos espesos. Postes telegráficos. A lo largo del talud del ferrocarril, y tomarnos tiempo.

¿Sigue nevando? La heladería de la Friesengasse. Edelgard y Carina y yo. Sentados aquí, porque aún no podemos separarnos, ni ir a casa ni a ninguna parte. Tenemos que secarnos, entrar en calor. Edelgard té con ron. Yo té y Carina leche con miel, ¡aún está muy caliente! ¡Al principio siempre está muy caliente! ¡Ya en mi infancia, al principio siempre estaba muy caliente! Hay que

tomarla a sorbitos, hay que calentarse las manos con la taza y pensar en el camino de vuelta. Hemos recorrido un largo camino. Las chaquetas, los gorros y las bufandas mojadas. En el alféizar de la ventana, encima de la calefacción. Mientras se secan al calor sestean, las chaquetas, gorros y bufandas. Delante el trineo, que aún tiembla por el esfuerzo. ¿Sigue nevando? Ahora los copos caen más lentos. Como si no supieran adónde van y tuvieran primero que buscar un sitio. Domingo por la tarde y afuera oscurece. Cada vez más clara la heladería, nosotros y la tarde como espejo ahora en la ventana y en el espejo la casa como soñada. En Dinamarca una casa campesina danesa. Como el propio crepúsculo. Azul en el crepúsculo. Al borde del camino, y espera. Un expreso para mí. Carina ahora junto a la máquina de música. Edelgard fuma. En la cabeza, me doy cuenta ahora, aún no están consignados los gastos de esta tarde. Once marcos cuarenta. El café en Ginnheim. Once marcos cuarenta y una conversación telefónica local. Fuera de lo previsto. Todos los gastos son gastos fuera de lo previsto, y por consiguiente inadmisibles. Pero quizá podría moverme, emplearme yo mismo, en compensar al menos parcialmente esos gastos fuera de lo previsto con un bono, que habría que establecer, sobre los billetes de tranvía no utilizados, y borrando partidas del presupuesto para pan y sellos de correos. Hay que empezar, con confianza y dureza, largas negociaciones desde el principio. Domingo por la tarde. ¿Habrá vuelto ya Sibylle? ¿Estará ya en la Jordanstraße? Luego, ¿llevar a Edelgard hasta la puerta de su casa o ella irá un trecho con nosotros y luego la acompañaremos hasta la puerta de su casa? Por la Seestraße. Por delante de los escaparates de la biblioteca. Cerrada los domingos, pero en los escaparates hay luz. En medio de la nieve y el hielo la Kurfürstenplatz, y a cada minuto más frío. Ni una persona a la vista. La fuente, helada. Esta noche habrá helada. Un vagabundo borracho pasa. Del Más Allá. La sombra de un vagabundo. A través del cruce y a la Jordanstraße y luego no me queda más que dejar en casa a Carina. Mejor ir cuando podamos estar seguros de que Sibylle ya está ahí. No se trata de que tengamos que esperarla en mitad de la tarde, eso es peligroso. Lo mejor es darle un baño caliente a Carina, una fiesta, para que no nos enfriemos, mientras Sibylle en la habitación grande habla por teléfono con su madre y le cuenta el hermoso fin de semana en Giessen y su futura vida familiar. Se acercan las seis. Domingo por la tarde, la casa tiembla. Los domingos es cuando todo es peor. La nieve cae a la luz de las farolas. Sólo de vez en cuando una figura con abrigo. Los coches con sus luces. Tan despacio como si

tuvieran que mantener el equilibrio. Sin palabras el mesero. Ha puesto las noticias de la tarde. Carina todavía junto a la máquina de música o ya en la mesa de la familia, con la mujer y la sobrina de la mujer y los dos niños. ¿Es la sobrina o es la nuera? El reloj de Coca-Cola está detenido. Edelgard fuma y yo no puedo dejar de mirar sus manos. Domingo por la tarde. Hacia la noche nieve, aguanieve, humedad que se hiela, hielo en el suelo, planchas, atascos, dificultades de visibilidad, riesgo de accidente, elevado riesgo de accidente, numerosos accidentes por choque y daños millonarios. El domingo se acabó. La mayoría de la población ha vuelto a no ganar a la lotería. ¡En ningún sitio! Y mañana, si no hay ayuda médica, habrá una infección gripal. En medio de la noche y por la mañana temprano hay que contar con obstáculos y elevado riesgo de accidentes. Así que numerosos trabajadores llegarán a primera hora demasiado tarde a sus puestos de trabajo, con notables retrasos. Hay que contar con eso. La casa amplia y espaciosa, como una casa campesina danesa. ¡Y podemos llegar por fin! Ropa seca y caliente. Hace tiempo aquí. Ya estábamos instalados. Sitio suficiente. Tiempo de sobra. Dinamarca. Bohemia junto al mar.

En Ginnheim, detrás del cementerio, un camino. A lo largo del muro del cementerio. Hiedra, musgo, árboles altos, el muro. Por el otro lado, jardines junto al camino. Árboles frutales, setos y vallas. Tranquilo y paciente el camino, especialmente en verano, a la luz y las sombras. Especialmente por la tarde, entrado agosto, en septiembre. Verano de comadres. Vas y piensas que serás viejo y volverás a venir aquí. Las mismas frutas, las mismas avispas, el mismo silencio dorado de tarde de finales de verano contigo aquí a lo largo del camino. Un jardín con postes de piedra en la puerta. Rosas de arbusto en la puerta. Grande y pesado, un cerrojo oxidado. En eso reconoces el jardín, lo reconoces una y otra vez. Todo está densamente crecido, sólo junto al poste te queda a duras penas un hueco para mirar. ¡Gatos! ¡Incontables, los gatos! En el patio pavimentado, en una terraza de piedra con escalera y murete. ¡Gatos, cada vez más gatos! Delante del cobertizo, en la ventana y en el tejado. ¡Gatos por todas partes! Dos cobertizos y en medio, con madera y cartón, toda clase de construcciones, cestos y cajas. Como conejeras y gallineros. Gatos de todos los colores. ¡Gatos en los árboles y por todas partes! Gatos blancos y negros y rojos. Gatos de pelo largo. Cabezas de león. Rostros de león. De todos los

dibujos y colores. Gatos como leones, panteras y tigres. Gatos siameses. Gatos egipcios. Al llegar a veintiocho dejas de contar. Exactamente igual que los cuencos de comida y platitos. De todas clases. ¿Más gatos o más cuencos? Un pequeño surtidor, desconectado. Una carretilla con ruedas de goma y freno de mano. Una balanza verde, grande y pasada de moda, que parece recién pintada. Verde y con dorados o bronce dorados. Los gatos tienen que haber formado una especie de comunidad de vida y protección, una fundación, quizá. Un legado. Han conseguido el dinero como gatos e integrado la finca siendo gatos en la fundación como patrimonio de la fundación, o la han adquirido con el patrimonio de la fundación o tomado en arriendo. De conformidad con los estatutos. Lo próximo quizá sean unas palomas, conejos y pollos. Un estanque con carpas, también. Carpas y peces de colores. Una pajarera de alambre inoxidable. Y lamerse los bigotes delante del alambre inoxidable. Ellos son su presidencia y su consejo de administración. No hay espantapájaros aquí, en el campo. Son ornitólogos. Entienden de acciones y conocen el derecho societario. No han plantado nada, lo dejan todo a su aire. Bien camuflado con rosales arbustivos y candado. Esta vez he pasado de largo ese camino y el jardín. Sólo un pequeño rodeo, pero a causa de la prisa y de la nieve caída del cielo esta vez, por desgracia, no hemos pasado por allí.

19

De manera profiláctica dos muelas, dos muelas del juicio. Luego nieve, el invierno que vuelve con montañas de nieve. El trastero. ¡No hay aire suficiente! Tampoco se puede estar más tiempo en el trastero. Pronto se habrán gastado el tiempo y los zapatos, papeles, la oficina de empleo, ¿y luego qué? Las dos muelas y lo que te echas de menos a ti mismo, me dije. De Bohemia. De Bohemia y sin casa. Una vez por la noche solo y loco. Poco antes de medianoche. Delante de la comisaría de policía nº 13. Conmigo. Grandes pasos y deprisa, cada vez más deprisa. Trazando un amplio arco por la desierta Schloßstraße. Entonces, delante del cruce, paró un coche. El semáforo en rojo. Del coche salía música, Janis Joplin. Tuve que detenerme... ¡para no caer, como ante un abismo! ¿Y dónde agarrarse? Conmigo y detenerme abruptamente por la conmoción, así fue para mí la música después del largo silencio. Poco antes de medianoche, o recién pasada la medianoche. La calle vacía. Y cómo se extiende, con sus farolas y semáforos, hacia la noche, hacia la lejanía. ¿Había nieve? ¿Soy yo? En realidad. En realidad sigo en la Affentorplatz. Carina y yo. Sábado por la mañana, volviendo del rastro. ¿Y antes? Hace dos, hace tres años otra vez, Sibylle, Carina y yo. Después de Navidad. Carina en el cochecito. El día siguiente a la fiesta, o dos días antes de Nochevieja. Y además quizá domingo. Como pan duro con el que las mujeres hacen pan rallado, así han sido siempre esos últimos días de diciembre. Carina en el cochecito y acaba de dormirse. Las cuatro de la tarde, las cuatro y media y enseguida oscurece. Antes, en el atardecer, como sombras, sin casa, almas perdidas, Sibylle y yo. Con la niña dormida de puerta en puerta y todas las cartas de los restaurantes con sus precios. De un lado para otro por todas las sombrías y viejas tabernas de Sachsenhausen. Una confusa y tardía Edad Media, en parte antigua y en parte retrasada. Fría y

húmeda. Un tonel lleno de tinieblas. Y cómo entrechocan hacia la noche las ripias y las tejas, los postigos, fantasmas y puertas y pizarras y muestras de las tabernas, aquí, entre los años. O ya hemos estado, ella y yo, hemos ido de puerta en puerta y vuelto y estamos y debemos estar aquí con la niña durmiendo en la Affentorplatz. Estar de pie y crepúsculo, noche, frío, aire de nieve, el invierno en los labios, estar de pie y helarse. Como exclaustros. Aire tan frío como un hierro inútil. Seguir allí de pie como una Sagrada Familia rezagada, cuatro o cinco días y un par de miles de años demasiado tarde, el país equivocado y el siglo equivocado. Seguir aquí de pie en la Affentorplatz. El día también se ha detenido. Nos mira receloso, el día. La niña duerme. Contar otra vez el dinero. Ya he contado tres veces el dinero. Contar una y otra vez, contemplar y contar el dinero. Tres billetes. Las monedas en mi mano. Como un signo incomprensible. Sigo sin tener los papeles en orden, ¡nunca! ¿Y cuándo vamos a llegar? Detenernos y esperar, hasta que delante de nuestros ojos, a nuestros pies, la noche toque el suelo. Titubeando ahora, ¿somos nosotros? Delante de nuestras miradas, paso a paso. Los dos, con el cochecito, con Carina en el cochecito y cuidadosos con su sueño. Los dos, muy juntos. Por la Affentorplatz. Al borde de la noche atravesar la Paradiesgasse y entrar en la Wallstraße. La Wallstraße, el Abtsgässchen, la Kleine Brückenstraße. ¿Había nieve? En la esquina, con muchas ventanas, una vieja casa. Ahora las ventanas están iluminadas y hay una muestra en blanco, de cristal. En la muestra pone SPLIT en grandes letras. Primero centellea y luego luce, grande y luminosa en la angosta calle. La puerta se abre. Un hombre con chaqueta de camarero y mandil. Y se queda junto a la puerta, junto a una vitrina iluminada. Abrir la vitrina y poner el menú. También en esa vitrina la luz primero ha centelleado y ahora luce constante y clara. Ahora el hombre rodea la casa y va cerrando los postigos. Pero sólo los del costado. Luego vuelve a la entrada y alza la vista al cielo en el estrecho callejón, hacia la muestra de cristal. ¿Y no ha volteado a mirarnos antes de volver a entrar? Tú y yo hacia la entrada. Algo nos atrae hacia la entrada, hacia las luces. Estamos en la Affentorplatz con el cochecito, estamos dos esquinas más allá. Nos detenemos y nos miramos.

Mesas puestas, candelabros, lámparas de pared y el silencio. El comedor casi vacío y a su lado una sala vacía todavía más grande. Espejos y cortinas

rojas. Extraños tú y yo, extraños y con un cochecito. La niña duerme. Nos guían hasta una mesa. Nos quitan el largo abrigo oscuro de emigrante, arreglan sombras y sillas para nosotros. Incluso preparan una trona, por si la niña que duerme se despierta pronto. Todo sin sonido. La luz turbia. Y ahora nos traen la carta como si fuera un documento oficial, un contrato, una escritura, una sentencia judicial. Delante de nuestros ojos acaban de encender la luz en las ventanas. Acaban de abrir y ya tienen clientes. ¿Visita quizá? ¿Miembros de la familia? ¿De paso? ¿Extras de cine? ¿Paisanos? ¿Emigrantes, extraños aquí como nosotros? Extraños en todas partes. ¿La sala de al lado para una reunión, una fiesta? ¿Como escenario, como sala de espera? ¿Estará esperando la noche, esa sala, o es el siglo? Todo sin sonido. ¿Estaré sordo? Pero luego, en medio del silencio, con mucha claridad, un tren. Desde la Südbahnhof y por el puente del ferrocarril de la Darmstädter Landstraße. Dirección Offenbach. A Praga, te dices, a Viena y después a los Balcanes. El próximo grupo de emigrantes que viene de fuera. De Armenia, Kazajstán, Kurdistán, Tíbet. Y son llevados a sus asientos. La sala del siglo. Turbia, cada vez más turbia la luz. El candelabro zumba. Los espejos están empañados. ¿Quién va de ventana en ventana corriendo las cortinas rojas? Copas, una jarra de agua en la mesa. Oyes las sombras carraspear e inclinarse las unas hacia las otras y empezar a cuchichear. Pasos. Las tablas crujen. Y viento, noche en torno a la casa, viento. Todo muy claro, tan sólo las voces son inaudibles. ¡Se han ido, han sido suprimidas, las voces! Alteración del sonido, cine mudo. Noche. Invierno. Trenes que pasan. Barcos en el Main. Estamos sentados aquí como en un tren en marcha, como en un barco. Entre los países y entre los años. De vida en vida. Prisioneros del siglo equivocado. ¿Por qué tintinean así las copas? Las ventanas truenan, la luz vacila. ¿Fue entonces cuando las casas empezaron a temblar, y desde entonces lo hacen todas las tardes? Ahora las voces, a nuestro alrededor las voces vuelven. Más clara la luz. Temprano, aún temprano. En la barra, una mujer que nos ha saludado dos veces, y ahora nos sonrío. Una sonrisa por cuenta propia. De Dalmacia, de Montenegro. Desde la cocina viene hacia ella una niña, una niña con delantal y trenza negra. Solemne como un dignatario, un camarero viene hacia nosotros. ¡Carina va a despertarse enseguida!

Y en Nochevieja, ese mismo año o el año siguiente. Queríamos ir a

Eschersheim, a ver a Jürgen y Pascale. A Eschersheim se llega rápido en metro. Habríamos podido montar en la Westbahnhof. O ir en metro desde la Hauptwache. Antes hay que abordar el tranvía, el diecisiete, el veintiuno. También se podría ir por muchos caminos (en el pensamiento) a Sachsenhausen o con el diecinueve a Ginnheim y desde allí el metro. También hay autobús, pero es más complicado. Tres o cuatro líneas de autobús, y las paradas siempre en el sitio equivocado. En parte incluso inencontrables. Sólo en el mapa, pero en realidad no están. Otras líneas y paradas también en realidad, pero sólo escritas, carteles de hojalata. Nunca un autobús. Desde hace años. ¡No vienen! ¡Ninguno! ¿O es la realidad la que no viene? Teníamos que hacer compras el día de Nochevieja por la mañana. Queremos pasar la noche con Jürgen y Pascale, Nochevieja es el cumpleaños de Jürgen. Lo mejor, les dije a Sibylle y a Carina, es ir en el dieciocho hasta la última estación y luego a pie a lo largo del Nidda, como en verano. ¡Una buena idea! Y no tenemos que meternos bajo tierra y no tenemos que pasar después días sumidos en pensamientos acerca del metro. Empecé a decirlo ya un día antes. Mañana nos vamos a comprar, Carina y yo. Por el camino, cuentos de tejones y de zorros. Nada de gato Silvestre. ¿Han cambiado hoy las puertas de las casas? ¿No han cambiado incluso las casas esta mañana? El viento, que está de guardia y pasa toda la noche de camino todas las noches, duerme ahora, duerme con nosotros en el desván. Sibylle ya está haciendo preparativos y paquetes. Juguetes, libros, ropa y pañales para Carina. Peluches. El zorro y el tejón. Comida, bebidas, una manta, más libros aún, blocs de notas y una parte del manuscrito de mi segundo libro. El libro negro. Quizá aún falte un día, un día y otro día. ¡Lo mejor es que nos llevemos el cochecito! Incluso una cacerola con comida, precocinada, lomo de cordero o ternera, una cacerola de hierro. Pesada como una bola de oro. Nuestra mayor cacerola. La tapa, atada con cintas. Para que nada se salga, la tapa atada con cintas. Pero la realidad siempre es mucho más complicada... la tapa con cintas, pero ¿dónde se atan las cintas? ¿Y por qué confiar en esas cintas? ¡Con tal de que la realidad no nos la vuelque o la desborde! ¿De dónde han salido esas cintas? Ir en el dieciocho hasta la última estación, donde el tren hace un lazo. Sacar el cochecito del tranvía con esfuerzo... ¡no derramar nada! (¡En la cabeza tengo la lista de paradas en forma de cinta magnetofónica, como un mensaje en clave, un enigma!) En la última estación, en una zona boscosa de la orilla, una casita de ladrillos amarillos. Medio tienda medio taberna, un quiosquito de

Frankfurt. Un quiosco con una sala de espera abierta anexa. Cigarrillos para mí, cigarrillos y cerillas. Carina quiere una galleta de Hanuta o una chocolatina de Duplo o un Milky Way. ¡Mejor un Milky Way, pero las galletas de Hanuta llevan cromos de animales para coleccionar! Las Duplo también llevan cromos, pero la mayoría de las veces no son más que personas, sobre todo futbolistas y boxeadores. Dulces y pegajosas. En tu mente, las tres clases han empezado hace mucho a derretirse dentro de su envoltorio. Carina en el cochecito y también un poquito cansada ya. ¡Las quiere más que nada formalmente y por principio (¡niños y quioscos!), y porque elegir entre tres clases de chocolate con crema de nougat con tres nombres distintos y cromos sorpresa para coleccionar es un dilema de primera cuando se está cansada y uno no puede decidirse! ¡Incluso más que uno, perfecto e insoluble! Ante la sala de espera abierta dos vagabundos de zona residencial en invierno, que revisan, clasifican y cambian de envoltorio sus propiedades. Bolsos, hatillos, bolsas de plástico. Cada uno lleva puestas tres chaquetas. Uno, dos mochilas y el otro sólo una, pero en cambio lleva las mejores botas. Vino tinto, botellas de dos litros. Marca Kalterer See (en Penny cuestan uno ochenta y cuatro). Empaquetan y cuentan y beben y empaquetan. Todavía, se dicen, falta para Año Nuevo. Hombre, quién sabe, hasta que empiece. Y escupen y beben y saben lo que hacen. Oye, hace más frío de lo que parece. Humedad y frío. ¡Manos frías! Junto al quiosco, juventud masculina de zona residencial, de circunstancias ordenadas. Están allí y fuman y saben lo que hacen. Beben champán Piccolo con el posadero, o sea quiosquero, que sabe lo que hace (contrato de arrendamiento, sin licencia para servir bebidas). Música, el hit del año, una radio con mango para llevar. Nochevieja. Mediodía. Las dos. Sus coches con tiras de *rally* como coches en fuga aparcados más adelante, en la calle. Y detrás del quiosco como siempre el riachuelo, el Nidda. Silencioso en invierno. Detrás del quiosco describiendo meandros y alargándose hacia la noche.

Con el cochecito por el puente. Hacia el silencio. Como hacia otro país. Y frío arriba, a lo largo del Nidda, un camino. Aquí hay nieve. Me gustaría quedarme. Me gustaría revisar con los vagabundos su propiedad y compartir sus preocupaciones con ellos, con el quiosquero, en medio del frío. Y también a lo largo de todos estos años el hit del año, toda la tarde. Aquí, a las afueras

de la ciudad, junto al río, en la última estación. Quedarse de pie y esperar la noche, Nochevieja. Y luego los tipos suburbanos con cigarrillos, llaves de coche y botellitas de Piccolo, y con sus frases y silencios. Están allí y miran. ¡Lo mejor es reunirlo todo, lo mejor es oírlos pensar! Y sus historias y sus pensamientos, la tarde y las palabras para ella y llevárselo todo para siempre. Me gustaría llevármelo todo, ir cargado con eso por la nieve. Nieve antigua, endurecida y helada. Empieza a fundirse en varios sitios, se funde al sol del mediodía. Tiene que ser ya dos semanas que nevó. Y luego, durante las noches, ha helado una y otra vez. En la ciudad ya no se veía nieve, hacía días que no. Aquí con el cochecito entre la nieve. Nieve, nieve pisoteada y capas de hielo. El cochecito pesa tanto que se atasca una y otra vez y hunde las ruedas, sobre todo las ruedas delanteras, en la nieve pisoteada. El cochecito proviene de una central de intercambio de accesorios infantiles. Sibylle lo eligió. Más bien para sí misma. Y enseguida lo reformó un poquito. Un sábado por la mañana y otro sábado por la mañana. Historias de sábado por la mañana. Cada detalle reluciente engrasado con el mejor aceite para máquinas de coser, todo reluciente y pulido. Ha hecho un curso rápido, autodidacta, de guarnicionera y tapicera. Ha atornillado bolas de colores. Ha ideado accesorios. Una red para las compras, sujeta en el estribo, en el mango. Empuñaduras nuevas para el mango (primero ha buscado caucho en el diccionario, luego en casa y después en la biblioteca). Una especie de capota para el cochecito, ¿se llama cubierta o sobrecubierta? Encaja como a la medida. Caliente y cara y buena (¡porque el coche de la central de intercambio salió tan barato!). La capota esa es de cuero y borrego y lana de colores. Con un dibujo indio, que encaja con la palabra *caucho*. Y encaja también con el dibujo esquimal y las borlitas del viejo anorak verde de Carina (como si los miembros de dos tribus desconocidas se encontraran pacíficamente. Con asombro también. ¡Y en adelante fueran amigas, o una se convierte en leyenda para la otra, junto al cómputo del tiempo!). La red para el estribo: muy práctica. Se gasta, se puede comprar otra y pensar una y otra vez en un cúter pesquero. En gamberos. El Mar del Norte. Y finalmente también el portabultos. Una rejilla, una caja hecha de alambre o cromo. Inoxidable. Una caja hecha de rejilla. Para encajar encima de los ejes. Paredes altas por los cuatro costados. Casi como media jaula. ¿Hay que buscar nasa en el diccionario? Hubo que encargarla aparte, cambiarla varias veces, reclamar, volverla a encargar. En Peikert. Una tienda especializada en menaje del hogar, ferretería, herramientas, aparatos, muebles

de jardín, cristal, porcelana, cascanueces, cochecitos de niños y juguetes de la Leipziger Straße.[14] Nadie más tiene un accesorio tan práctico. Muy práctico. Todo cargado. ¡Empujar! ¡Empujar con más fuerza! Las ruedas se bloquean. El camino serpentea. El suelo patina. Entretanto Carina se ha dormido. ¡Cuidado de no perder el zorro y el tejón! Siempre habríamos podido dar la vuelta. Con pasos crujientes. Cada pocos metros las ruedas se hunden en el camino que serpentea. ¡Enseguida se bloquean! ¡Resbalan! Siempre me ha sorprendido todo lo que aguanta el cochecito.

Cuando ya casi no podíamos avanzar me di cuenta de que era más fácil, o al menos daba esa impresión, si se pisaba ligeramente el estribo, aliviando las ruedas delanteras. ¡Y enseguida a explicárselo a Sibylle, a enseñárselo y explicárselo! ¡Explicárselo mil veces! A mí también. Una pausa para descansar. Cigarrillos. Con los pies mojados en la nieve pisoteada. Hemos traído mosto (en vez de vino blanco, vino tinto, Samos, Cinzano, Marsala), y ahora nos lo bebemos. La presión de las manos ha de ser cuidadosa y regular, controlada: un peso. ¡Hay que hacerlo con habilidad! Conocimiento del asunto. El peso exactamente medido. ¡Enseñarlo, probarlo! ¿Las manos así o así? Lo mejor es si extiendes los antebrazos y los mantienes muy tiesos. Como un pianista vanidoso que duda a la hora de empezar. O así: ¡las muñecas hacia arriba! Un cochero borracho, el cochero de una troika en un cuadro. Funciona, ¿ves? El cuadro era la cubierta de un libro, pero ¿cuál? A cada prueba un trecho más allá. Una y otra vez, también, cambiar de sitio el equipaje. Para probar, para estar seguro y para tener la cabeza más clara. Cada vez que se cambia de sitio, comer y beber algo de las reservas. No sólo mosto como sustituto del vino, con este frío también sirope de arce en vez de aguardiente. De la tienda de alimentos dietéticos. Mi amigo Jürgen me abastece. O lo compra o lo roba, según cuánto dinero tenga. Dinero y tiempo y paciencia. El sirope de arce también es bueno para el frío. Y qué bien encaja con el dibujo indio de la capota del cochecito y con las borlitas esquimales del anorak de Carina, aquí en medio de la nieve. Gris la nieve. ¡Me parece que crepita! Hace frío. Humedad y frío. En realidad no hay nada que hacer, pero tampoco podríamos volver ahora. A la una y media de camino a casa. En secreto, siempre se me pasa por la cabeza que uno puede tomarse tiempo siempre que quiera. Largo el camino, todo el camino sumido en mis pensamientos, en total

silencio. La vida entera en la memoria. Rodeos, historias, estaciones. Con buen tiempo y sin carga, habríamos hecho el camino en cuatro largas horas, y con conversaciones habríamos necesitado medio día. Y sin embargo, al llegar conforme a la ley apenas ha pasado tiempo, apenas tiempo o ninguna clase de tiempo. Antes al contrario. A la una y media de camino a casa, más bien un poquito más tarde. Y llegar a tiempo, es decir, aproximadamente hacia las dos. No demasiado tarde en cualquier caso. Más bien un poquito antes. Al menos mientras se camina el tiempo debería detenerse. Debería ponerse a un lado y esperar. Al llegar, un bocado. Café, quitarse los zapatos, contar el camino y luego, enseguida, mi pequeña siesta. Siempre he dormido bien allí. Una casa abuhardillada, medio entre los árboles. Las casas con jardín y detrás de las casas y jardines empiezan los senderos. Las voces llegan hasta mi sueño. Y cuando despierto aún es de día. Media hora para doscientos metros, y luego los dos agotados. Hace frío. Todo está mojado. El día avanza como con muletas, ¿qué nos importa eso? Si aún bebiera, hace mucho que habríamos hecho un fueguito por el camino. Podríamos tomarnos tiempo. Beber hasta que todo dé igual y poco a poco consumir todas las reservas y elogiarnos una y otra vez a nosotros y nuestra precaución y el fueguito. Oscuro el río, entre márgenes heladas. En las márgenes heladas, nieve antigua. A nuestro alrededor la nieve en el campo. Nieve pisoteada y nieve y hielo, tiras grises. ¿Oyes *crepitar* la nieve? ¿Sientes cómo se hunde poco a poco en la tierra? Lentamente, con extrema lentitud. Se hunde y desaparece. Grajos en los árboles, y nos miran. Carina duerme. Los peluches duermen, el tejón y el zorro. Empujar, empujar por turnos, Sibylle y yo. ¡Cuidado con el hielo! Uno resbala en el hielo, y al mismo tiempo las ruedas delanteras se clavan en la nieve y se detienen. El camino se inclina. Tengo todo el tiempo en la memoria unos versos de Villon. Descansar. Jadear al descansar. Ya empieza a oscurecer. ¿Son esos los mismos grajos? ¿Son los mismos todo el día? Nos siguen o transmiten el encargo todo el tiempo, de distrito en distrito, un servicio de observación. Comer una manzana, la mitad cada uno. Debimos haber traído también dátiles e higos. Inmóviles los grajos. Carina duerme. Hace mucho que es demasiado tarde para dar la vuelta. En cualquier caso, mejor que bajo tierra, dije. Y no me refería a tumbas, sino al metro. Y me alegró que Sibylle no me contradijera... ¡tenía que haberme separado de ella para siempre, aquí y ahora! Un grajo alzó el vuelo. Otros dos lo siguieron. Pesados y bajos sobre la nieve gris. Se alejaron de allí haciendo señas.

Hacían señas como si nos abandonaran. Chusma miserable. El camino empieza a reptar, tropica y reptar. Una y otra vez un trecho del camino, seguir, seguir. Ya nos estarán esperando, Jürgen y Pascale. Él espera, y es su cumpleaños. ¡Si al menos las bolitas de colores del coche fueran farolillos! Habíamos pasado mucho tiempo eligiendo y ordenando los colores, antes de que Sybille las atornillara. Realmente pronto oscurecerá. Hace mucho que Praunheim se ha hundido a nuestras espaldas. Hace mucho que la ciudad romana y la ciudad noroccidental se alzan sobre el horizonte, lentamente, y luego quedan a nuestro costado y se hunden y desaparecen. A nuestro alrededor la nieve y el silencio de los campos. ¡Tan sólo seguir! ¡Teníamos que haber traído todos los manuscritos! Nunca se sabe si se va a volver. Y, si se vuelve, si la casa aún estará allí. ¡Seguir! Y en medio del silencio hace mucho que aparecen los primeros fuegos artificiales. Tracas, cohetes, esferas luminosas. Aisladas, una aquí, otra allá. Señales. Respuestas. Luego tres de golpe, tres-cuatro-cinco en el horizonte que se oscurece. Quizá los últimos. A lo lejos, trabajosamente, entre la nieve pisoteada, la nieve y el hielo. Como en la guerra, es la guerra. ¿Nos alcanzará el tiempo? Gris la nieve, en el aire crepuscular. En cada vida volvemos a caminar así. Una vez con niña, otra sin ella. Cada pocos años. Por lo menos tres veces cada siglo. Y en cada ocasión no tenemos más que estos pocos errores y pertenencias. Cuatro libros, papel para escribir, una cacerola de hierro envuelta en cintas, una manta. ¿Nos alcanzará el tiempo? Una vez sin papeles y otra con papeles falsos. Comida para un día. Una niña. La niña abre los ojos, nos mira cansada y relajada. Como si siempre hubiéramos estado moviéndonos a través del tiempo. Crepúsculo. Disparos de artillería. Cañonazos, esferas luminosas y cohetes. Seguir. Gris la nieve en el atardecer, oscuro el río. Congelado. Empieza a helar. Inalcanzables las escasas luces en el horizonte. Y se han dado la vuelta lentamente como constelaciones que se ponen. Ahora al menos hasta el borde de Hedderheim, antes de que oscurezca por completo, ¡hay que conseguirlo! En Hedderheim un puente, y desde allí habitantes, casas y farolas o lo que quede de ellas. Caminar. Empujar por turnos. ¡Seguir! Carina a veces dormida y a veces con los ojos abiertos. Cada vez más denso el crepúsculo. El ruido del combate aumenta. A cada minuto, debe decir mi frase, el ruido del combate aumenta. Caminar. Empujar. El campo vacío. Y nosotros, siempre delante de nosotros mismos. Ahora la distancia es mayor. Con el cochecito, trabajosamente, entre la nieve pisoteada. Con esfuerzo cada paso. Allí delante tú y yo. Fuera ya del alcance de la voz.

Hacia la noche, hacia el horizonte. Seguimos caminando.

20

Y ese mismo año o el año anterior, dos o tres días antes de Nochevieja. Hemos ido, por la mañana, en metro rápido, a Bad Homburg, Sibylle, Carina y yo. Con el cochecito. A comer, y luego hemos dado vueltas todo el día por la ciudad, sol y nieve. No mucho dinero. Hacia el mediodía, a los grandes almacenes Hertie. El departamento de perfumería. Camisas de caballero a lo lejos. Durante un par de años de mi vida tuve realmente dinero para trajes a la medida y camisas muy finas. Mucho antes de ti, le dije a Sibylle. Casi como de oídas, una fortuna tan dudosa. Y *a posteriori* una leyenda, que cada vez suena más bonita. Pronto habrá que comprar una cinta nueva para la máquina de escribir. Una vez con Sibylle, después de Navidad, compré un calendario de adviento rebajado. Hace muchos años. Y le prometí y me prometí con muchas palabras que desde entonces compraríamos uno todos los años. Al año siguiente no hubo dinero para eso, y desde entonces ningún año lo hubo. Jerseys, pantalones de pana, un vestido de noche para el que hay que buscar los motivos y las oportunidades. Historias. Y Sibylle como modelo y ver cómo se lo prueba ante su dócil y muda imagen en el espejo. Hacer de director de escena. La inspiradora sección de ropa interior femenina. Con Carina a los juguetes. Antes, mucho tiempo con ella en la nieve, al sol. Montaña arriba una placita al principio de la zona peatonal. Relajada reordenación. Animada con muretes bajos y jardineras de hormigón y una nueva raza de caballitos columpio municipales, pequeños, pacientes y resistentes al clima. La nieve al sol. Huellas de pisadas. Dibujos en la nieve. Hacemos más dibujos. ¡Nosotros también! Hacemos el dibujo con los pies. Un trozo de madera, una varita mágica, un rama de abeto de antes de Navidad. Entretanto, desde Bad Homburg, los niños de Bad Homburg nos rodean. Por todas partes. Es asombroso. Y también ellos quieren, quieren unírseles. Pero por desgracia

todos los niños van acompañados de adultos minuciosos. Son como el destino, no entienden nada y por eso no hacen más que ir y venir a nuestro alrededor. Educación. Y nosotros tenemos todo el día libre. Hemos preguntado en un herbolario por arándanos rojos de Bohemia, y por jugo de saúco y pulpa de fruta de Schlehen. Y hemos visto que a Sibylle se le ponía la piel de gallina delante de la dueña. Y hemos buscado un sitio tranquilo en la ciudad vieja para que Sibylle pueda imitar para mí a la dueña. ¡Primero la dueña, y luego yo hago cómo te encuentras tú con la dueña! ¿Qué quieres que haga de ti? Habríamos debido volver a los grandes almacenes para comprar atrezzo, o buscar una tienda adecuada. Por lo menos pensarlo desde fuera y con cuidado. Otra vez a las casas que siempre busco aquí. Todas las veces. No lejos del Kurpark. Casas, casi como las de Bohemia. Distinguidos edificios de alquiler. Las fachadas con ventanas con arcos, alféizares y balaustradas. Como pintadas, como telones, como vistas interiores. Como si la diferencia entre interior y exterior estuviera definitivamente abolida y camináramos entre ellas, como si tuviéramos mucha vida. Damos una vuelta y no sabemos si soñamos. Todas las veces mi sobresalto cuando me pasa: ¡se han ido, no están, las casas! Pero luego volvemos a encontrar el sitio correcto y el presente y las casas están en su sitio. Y empezamos a sonreír, ¿las ves tú también? He soñado con esas casas antes de verlas por primera vez. Sus modelos están sin duda en un día paradisíaco en Karlsbad, en Franzensbad, en Marienbad, de niño. Con un año. Mi segundo verano en el mundo. Y desde entonces siempre es como un reconocimiento, también en otros lugares. También donde soy nuevo y forastero, por primera vez. Más claramente aún en verano con balcón, porche y ventanas de chaflán entre la espesa vegetación. Manchadas de luz. ¿Estaban también en verano, fue el último verano? Ya han estado aquí.

Precisamente entonces Carina se duerme. Y se lleva al sueño las imágenes y nuestras voces y la nieve y el sol. Sol y nieve y qué bien que estamos aquí. Nuestra hija duerme. Ajena aquí, una pequeña ciudad alemana, un balneario al borde de las montañas. Y ahora, pasado el mediodía (para que luego nos acordemos), el tiempo va más lento. Y esperar que Carina despierte pronto. Y ver cómo al despertar se mira y nos mira a nosotros y al mundo y al día, cómo lo reconoce todo. ¡Todo está donde estaba! Empieza la tarde, el sol se va y la luz empieza a amarillear. Luz de invierno, y también se ha ido ya. Azul la

nieve: hiela. Enseguida hará frío. Y enseguida la gente será toda desconocida y tendrá prisa. Todos van de camino a casa. Aún vamos a una heladería italiana abierta, para que también en los futuros inviernos en Alemania las heladerías italianas sigan abiertas. ¡Que tengamos que encontrarnos también aquí, en el atardecer, y como siempre un poquito demasiado tarde, a Hölderlin y Dostovievski seguidos! Porque uno está al principio y el otro al final de la calle. Cada uno de ellos me tira de la manga, y está tan preso de sus propias preocupaciones que apenas hablo o no llego a hablar de las mías. No despiertes a la niña sin necesidad, dice Hölderlin, pero Carina está despierta. A nuestro alrededor la tarde, y de pronto los muros son tan angostos. ¡Lo dicho, hasta luego! Los dos tienen prisa y están impacientes y cada uno tiene sus problemas. Hay que darse la vuelta y saludar por señas, en el estrecho callejón, a cada uno de ellos. Al final se ha hecho tarde. Por el Schlosspark a la estación. Pensábamos que era el camino más corto, pero la salida del portón está cerrada. Así que a dar la vuelta. Las seis y ya es de noche. Cómo brilla, la nieve. Carina ahora despierta. De pronto he perdido toda impaciencia. Casi como para siempre. Noche, nieve, aire de nieve y frío. Qué silencio hay. Cómo cruje la nieve a cada paso. De vuelta a la entrada, y ahora la puerta también está cerrada. No hay nadie. Encontramos un sitio por el cual pasar. Una verja de hierro. ¿Primero tú o yo? Luego ayudamos a trepar a Carina. Las cosas del cochecito. El cochecito por encima de la verja... como si fuera a subir al cielo y luego no. Para Carina, todo lo que vive con sus padres es regular y normal. ¡Y ahora tú! Se puede estar contento de que no lo encierren a uno de forma permanente. ¡Podemos estar contentos de que no nos disparen! ¿No hay luna? Inencontrable, la luna. Cómo me impresionó de niño un cartel con las palabras *Instalaciones de disparo automático*. ¡Y ahora, ojalá que tengamos el dinero justo para el metro, para no tener que discutir con las máquinas!

Cansado en casa por la tarde. Normalmente no, pero ya en el metro rápido dolores de garganta, tos, bronquitis, reuma, úlceras de estómago, artritis, artrosis, una boca llena de ruinas y de gingivitis, un corazón cansado. De todos modos, en el metro rápido, especialmente por la tarde, mi vida y la de todo el mundo me parece enseguida desesperada y arruinada. Como si no supiera quién soy. Y pudiera ser exactamente igual cualquier otro. Los otros también, todos. Y el tiempo perdido. Cada día pasado en una duermevela pesada y

estupefaciente. ¡Deprisa ahora! Deprisa reunir el equipaje y la familia, los pensamientos, y salir de la estación! Por mí nunca me bajaría en la Westbahnhof. Mejor a la Hauptbahnhof y hacer todo el camino a pie a casa, o no llegar. Lo peor es la Westbahnhof en una tarde de invierno como esta. El día ha pasado. Estar de pie en medio de las tinieblas ventosas. Nieve pisoteada, mierda, desperdicios, hormigón, esquirlas de cristal, las paredes alicatadas (por si salpica sangre). La escalera mecánica no funciona. Por todas partes carteles con órdenes. ¡No entrar! ¿Quién ha vomitado aquí? ¿Quién puede haber comido tanto, y cómo estará ahora? Billetes tirados por el suelo, latas de cerveza, latas de cola y las máquinas que vigilan. Dos vagabundos borrachos con un perro que se preocupa. Un perro pastor con un trapo a modo de collar. Aún peor a medianoche. Los vómitos congelados. (¡Pero aún así no pisarlos! ¡Mejor no!). Helada nocturna. ¡Todas las puertas cerradas, y por eso todo lleno de pises! Noche negra, como mucho la sombra de un vagabundo. Como bajo tierra. Como en el Más Allá. Lo peor de todo un sábado. Finales de febrero, principios de marzo. Un sábado de Bundesliga, juega el Eintracht, eso era por la tarde. Luego, todos los amigos del deporte están borrachos. Con sus chaquetas de colores. Y no saben qué rugir y gritar a la vida que se les escapa. Primero rugir, luego vomitar y reír. Y montones de latas de cerveza. Un sábado por la tarde en primavera, cuando aún es de día, queda mucho día, ¿a dónde vamos? O peor aún, un domingo de verano. Las sombras alargadas en la calle. Paredes llenas de carteles. En la televisión, la televisión. Y nada más que la televisión. Más no. En la piscina, el *Bild am Sonntag*. El metro rápido como ferrocarril elevado. La escalera mecánica no funciona. Edificios de alquiler, almacenes, garajes. Todo como muerto a la luz de la tarde. Tarde. Como golpeadas las calles por tus pies, y no hay ningún lugar al que puedas ir. Si no fuera por mi libro y la infancia de Carina, hace mucho que habríamos vuelto a ser nómadas. Cada uno de los dos vagabundos dos cigarrillos. Todos hemos sido críos una vez, dice uno. El perro me mira como si pronto fuera a no saber qué hacer. La semana siguiente a Navidad. Dos o tres días antes de Nochevieja. A pie a casa. Todos tosemos. La ciudad entera tose. El camino no dura más de cinco minutos. Y sin embargo, era como si todas las tardes pasáramos tosiendo delante de esas paredes con carteles y órdenes y delante de estos tristes y angostos muros, como si lleváramos toda la vida yendo a casa, cansados y perdidos. Sin palabras. Sin palabras, ¿qué puedes desear? Cansado a casa por la tarde.

En casa. El fin de los días. Tanto ha avanzado ahora la tarde, tanto ha quedado atrás. Y Carina, que juega en la alfombra, cansada en mi recuerdo y aún pequeña. Tiene unas piñas de abeto. ¿Dónde nos ha llevado el día? Me resulto ajeno y tan lejano, que si quiero parecerme tengo que ir mucho más atrás, hasta diciembre de 1980. Y mi cansancio tiene años. Se ha acumulado tanto, años y años. Tan grande era mi cansancio entonces, cuando a menudo al despertar tenía que cavilar y buscar y mirar dónde estaba en mi vida y en el mundo, día tras día, y quién era. Y pensaba que sí, que se puede morir de cansancio, como muere un caballo cansado al borde del camino. Vencido y con la cabeza echada a un lado, como los caballos de los soldados muertos en las cunetas. Primero sólo en las cunetas, luego también en la carretera. Enseguida se aprende a esquivarlos a tiempo. Incluso medio dormido, febril. Describir un arco, una y otra vez, en torno a los caballos de soldados muertos. Algunos muertos y enseñando los dientes, como si se hubieran reído por última vez a mandíbula batiente. Amarillos. Grandes dientes. Algunos con un agujero en el vientre. Sangre e intestinos y las moscas. Muertos los caballos. ¿Cómo hablar con ellos? ¿Cómo volver a cerrar un agujero así? ¿Volver a meter los intestinos, devolverlo todo limpiamente a su sitio, deprisa, y volver a cerrar el agujero? ¿Reparar? ¿Saber los nombres, sus nombres, sus verdaderos nombres! ¿Para alinearlos y seguir jugando con ellos? Doblados y torcidos, tirados en medio de nuestro camino. Y nosotros volvemos a casa de la guerra, a pie, con muchos desconocidos, mi madre, mi hermana y yo. Pero no a casa, sino siempre hasta el próximo campo. Los campos pasan por nosotros. ¿Por qué ya entonces pensaba que en adelante no iba a poder dormir? Carina en la alfombra con piñas de abeto y peluches. ¡Encender rápido la calefacción! ¡Prestar atención a la calefacción! Una calefacción de gas, un termo en la cocina en un armario. Una de mis constantes preocupaciones entonces, ¡que la calefacción pudiera estropearse! Por eso siempre estaba ocupado interpretando los ruidos. ¿Suena bien? ¿Calienta? Demostrarme que funciona. ¡Sin reparos! ¡No sólo ahora, también en el futuro! El termostato. Sólo hay que sacar el aire de los radiadores de vez en cuando, hay una válvula para eso. Una válvula en cada radiador y una llave universal. Menos mal que no la hemos perdido, extraviado. Podía haberse caído al inodoro, haber ido a parar a la basura (¿quizá la semana pasada fue a parar a la basura?) o simplemente

estar inencontrable. *Agua de condensación* también es un concepto. Viene junto al de llave universal. El agua condensada. El termostato. Y la temperatura ambiente. Sacar el aire, animar a la calefacción, regular poco a poco la presión del agua. Un circuito. ¡Sin problemas, impecable! ¡Incluso mejor que antes! Durará eternamente. La casa también. ¡Exactamente igual que nosotros y el tiempo, está claro! La calefacción nos conoce como si se hubiera acostumbrado a nosotros. La verdad es que calienta mejor que hace un año, ¿no te parece? Los radiadores dan calor enseguida, inmediatamente. ¿De manera uniforme? ¡Ir de uno al otro palpando su calor, como si todos estuvieran gravemente enfermos! ¡En el lecho de muerte! ¿Les queda aún un soplo de vida, o empiezan ya a quedarse fríos? Confiado uno mismo, con la propia respiración tranquila y profunda, regular. No se puede decir *el* termostato. Eso es un error y no le gusta. Y escuchar los sonidos como si estuvieran dentro de mí. Escuchar y escuchar su sentido y significado, un sistema, una lengua extranjera. En realidad la dueña de la casa es la responsable de la calefacción, primero el portero y luego la casera (que vive en una villa en Blankenese con vistas al Elba), pero ahora nos ocupamos nosotros, hace mucho. Cuando estoy desanimado, la calefacción no funciona bien. Otra preocupación permanente, especialmente en invierno (hace años ya que es invierno). ¡Cada dos meses la factura del gas! ¿A cuánto ascenderá esta vez? Al volver a casa lo he pensado, luego he ido a afeitarme, a recoger, ¡y no olvidas la luz en la nieve de este mediodía! Responsable del mundo y de la variedad del mundo, todo en el año viejo. Llamar a Jürgen y Pascale. Una carta a mi amigo Manfred, en Giessen. Al menos responder a su carta, al menos escribirle que ha llegado su carta. El año pasado, los asuntos oficiales, mi correspondencia con las autoridades. Sigo sin tener los papeles en orden. Preocupaciones económicas. Me gustaría tener de golpe un montón de dinero, o al menos haberlo ahorrado. Retroactivamente. Para todo el año. Sin facturas. Lo mejor es no tener gastos, años y años. Me gustaría tener un poquito más de tiempo para nosotros, tiempo y también espacio suficiente. Y silencio también. Vuelvo hambriento del frío y lo que más me gustaría es seguir trabajando en mi libro. Nunca tengo bastante tiempo. Por cada tarde de mi vida necesitaría pleno derecho por lo menos tres o cuatro tardes. Durante el día suele ser aún peor. Ordenar el manuscrito. Una cinta nueva. Lo mejor es comprar una caja entera de cintas. Doce unidades. ¡Da igual lo que cuesten! Y no ponerlas cerca de la calefacción. Porque se secan. ¿O es que la calefacción no va bien?

Retroactivamente un poquito de tranquilidad también. Una nueva vida. Visión de conjunto, claridad (pero también escuchar la calefacción, respirar con tranquilidad, tranquila y profundamente, ¡y no perder de vista las facturas del gas!), una abrumadora claridad espiritual en la cabeza. Y en vez de eso ahora tan desanimado que ni siquiera me acuerdo de qué hemos comido esta noche. ¿Qué podemos haber comido? Ha pasado el día. Fumador en cadena. Demasiado cansado hasta para un expreso. Todos los días ochenta cigarrillos y por la tarde como si el día no hubiera existido. Mejor en la cama, todas las vacaciones de Navidad en la cama. Lamparilla para la mesita. Montones de libros junto a la cama. Y leer día y noche. Lo mejor, retroactivamente en la cama y llevar horas dormido. Como pan duro para rallar, los días. Lo mejor es no levantarse, ayer tampoco ya. Alguien distinto. Otra época. Noche e invierno.

Carina ya tiene puesta la pijama. Con ella junto a la ventana. Una pijama blanca como la nieve con un dibujo de niños con trineos en la nieve, así que aún es pequeña. Nuestra ventana abuhardillada. Carina en el alféizar, caliente, pequeña y erguida, y yo puedo aferrarme un poquito a ella. Como todas las noches las ventanas desconocidas, las luces, cortinas, visillos. Los pájaros ya duermen. Las farolas son siempre las mismas. En los aleros y tejados aún hay nieve (en el recuerdo, cada vez más nieve), ¿y por qué no hay luna hoy? Con ella como siempre las palabras, nombres y detalles. La acera, nuestros pasos en la acera. Portales, lo que dicen las piedras y otra vez el día de hoy. Todos los días. Junto a la ventana. De la ventana a la cómoda. Una vieja cómoda de mi padre, que ya huele a tiempo y a lavanda. Abiertas sobre la cómoda las obras maestras de la pintura flamenca. El otoño pasado ya el libro de la biblioteca municipal, y desde entonces he prorrogado una y otra vez el préstamo. Nos conocen. Como si fuéramos intelectuales, cuando sólo leemos por placer. O en la cómoda el libro o de la cómoda a la mesa familiar, que también es nuestra mesa de comedor. En una de mis tres mesas de trabajo. Allí en la estantería, en el alféizar, en el largo armarito con el tocadiscos y el teléfono. Un Secondhand-Sideboard por ochenta marcos. Del anticipo por mi primer libro. En un sillón, en el suelo, en los cojines. Aquí y allá, como un libro de misa, el libro abierto. Hace mucho ahora que por *El regreso de los cazadores* de Brueghel, y también ese cuadro todos los días con Carina. La

nieve. Árboles en invierno. El grajo en el árbol (que tú ves) no levanta el vuelo, nos conoce hace mucho. La nieve, y pronto por la tarde. A menudo recorro un trecho con los cazadores. Con ellos por entre la nieve. Y muy claros los pasos y las voces en la nieve, en el aire invernal. Los pasos y las voces en los oídos. El cuadro, y aprender a despedirse todos los días. Nos quedamos de pie y los miramos. ¿Tienes frío? Esperar a que estén fuera del alcance de la voz, y ante nuestra mirada el horizonte, siempre hacia el horizonte y a casa. Mañana otra vez. Del libro a la máquina de escribir. Pies de tela en su pijama (así que aún es pequeña). Cuando llega la tarde, la sujeto en brazos. Luego en mi regazo, en mi silla de trabajo. La lámpara del escritorio. Conectar la máquina de escribir. Zumba y vibra. Pongo una hoja, ahora agarro su mano en la mía y sigo con su índice: Querido Manfred. Cada letra por separado.

Solo en el baño, delante del espejo. Ayer no me afeité, es decir, que ahora no será fácil. Días libres. Pero, si sigo aplazándolo, será cada vez más difícil. ¿Empezar ahora? ¡Molesta, molesta para pensar! ¿Empezar o no? ¿Suficiente fuerza, y presencia de espíritu y paciencia? De todos modos, cada vez que me afeito me veo degradado a la categoría de hombre medio. ¿Empezar pero no? La maquinilla es antigua, y ya no es la mejor. Eléctrica. Algún día se parará en medio del proceso, y entonces, ¿qué será de mí? ¿Cómo proseguiré mi vida? Sentir la casa a mi alrededor, la tarde, la ciudad entera. En el pasillo hay un enchufe defectuoso. ¡Ya hace mucho que está defectuoso, así que a partir de ahora hay que contar con que el resto de los enchufes tampoco durará mucho! Caerán todos poco a poco, uno tras otro, ¿y entonces? ¿Vuelta a la Edad de Piedra? No sería lo peor, pero hace mucho que nos tienen en sus computadores. Tranquilo y hermoso, el baño. Azulejos, las paredes azules. Paredes inclinadas. Azul una bañera azul. Toallas, una estantería azul. Pequeñas losetas en el suelo. Dos están sueltas. Justo a la entrada. No del todo sueltas, tan sólo se oye un clic, leve, como si se engañaran los sentidos, cuando alguien las pise, leve y sigiloso. Es difícil distinguir si el clic se oye o si más bien se siente. Sibylle lo niega por completo. ¡Nadie más que yo lo nota! Hago caminar por encima a todas las personas posibles, amigos, invitados, personas neutrales, una y otra vez, y las miro mientras lo hacen. Y las obligo a jurar. Perplejo de que no estén perplejos porque ahí hay algo y no

lo notan y no hay una palabra, un nombre para eso. Junto al lavabo, un taburete alto para Carina. Trepa por el borde de la bañera, trepa en cuanto se le ocurre, trepa lo más deprisa que puede, al taburete, y se agarra al lavabo. Siempre corriendo. La mayoría de las veces sin dejar de hablar, y masticando por el camino un trozo de algo. Pan con miel, manzana, plátano, las palabras como bocados exquisitos (¡a veces lame su imagen en el espejo, pero no hay que contárselo a nadie! ¡Sabe frío y liso! ¡Otra vez!). Desde que empezó a hablar va sin aliento por el mundo como si el corazón volara por delante de ella. Ahora está en la cama. Sibylle junto a ella. Y empiezan a llamarme las dos. ¡No pueden llamar cuando estoy afeitándome! Pero no dejan de llamar. Así que voy, con la maquinilla y el cable en la mano. Que el del espejo espere. ¡Afeitarse es terriblemente difícil! ¡Agotador incluso! ¡Y peligroso! ¡No puede ser que a uno lo molesten en el proceso! Pero quieren que me sienten con ellas. Ven, dicen, colocan los cojines y me quitan la maquinilla y el cable, para los que no habría sitio en todo el mundo. Sibylle me los quita de las manos, y Carina ejecuta devota los mismos movimientos, con las manos vacías y los ojos brillantes. Está sentada en la cama. Peluches, libros ilustrados. Huele a infusión de hinojo. Un gran farol blanco de papel cebolla. Los habíamos hecho de tal modo que pudiera cambiarse de sitio, colgarlo aquí y allá. Se mece ligeramente. ¿O es la habitación la que se mece? En la pared, la imagen nocturna. No hace mucho que Sibylle la ha colgado. Y durante un momento es como si pudiera sentarme allí con ellas, como si pudiera sentarme largo tiempo allí y respirar y quedarme. ¡Pero no he terminado de afeitarme, como mucho me he afeitado un cuarto de cara, y no lo aguanto! ¡Sí, dicen ellas, y empiezan a acariciarme, lo aguantarás si te quedas sentado con nosotras, querido loco! Una vez, estoy solo en casa con Carina y quiere un libro. Sabe dónde está. Tolstói: Fábulas. Lo compré mucho antes de que naciera, por un marco, en una caja de libros en la calle, al otro extremo del Zeil. Por aquel entonces pasaba por allí todos los días. Ahora quiere verlo conmigo. Cubierta de colores. Xilografías que acompañan al texto. No quiere que se lo lea, sino que veamos las ilustraciones hasta que vuelva Sibylle. Las ilustraciones, y explicárselas. Osos, campesinos y abigarradas iglesias rusas con cúpula bulbosa, con una simplona sonrisa. Las xilografías están en blanco y negro. Aún así se ve que las iglesias son de colores. Los campesinos con botas de fieltro, campesinos y siervos y cocheros de los señores. Trineos tirados por caballos, rosquillas, un panadero, un zar. Una cabaña de madera con una estufa

de azulejos. Luz de velas. Una mujer acuna a un niño. Al borde del cuadro, un lobo. Está en la oscuridad, entre la nieve, y se le ve por la ventana. ¿Qué le habrá contado Sibylle a Carina de estas ilustraciones? ¿Ves?, le dije, el niño está cansado por la tarde. Casi se ha dormido. Y aquí hay un lobo. Esto es un lobo. ¡No se llama lobo, dice ella en mi regazo, se llama loco!

Desde entonces, a veces, ella y Sibylle me llaman Loco. Pero sólo por las tardes, en casa, y no con frecuencia. Un secreto. Una vez, por la tarde, mientras yo dormía (primero primavera, luego verano y todas las puertas abiertas; habrá sido en junio unos días antes de mi cumpleaños, a principios de junio) y ellas esperaban que despertara entre varias clases de cuchicheos, Carina hizo que Sibylle escribiera una nota: ¡Vamos a querer 600 años al Loco! En rojo, azul y lila, con las letras grandes como huevos de Pascua. Pintadas con gruesas ceras, no tóxicas, compradas en Tatzelwurm. Y Carina pega, con su propio pegamento, una ancha cinta roja de adviento para mí en la nota. Afuera espera el día. Se sientan conmigo. Han dejado la nota mientras duermo encima de la almohada, para que la vea en cuanto me despierte. Seiscientos es mucho para Carina, ¡casi inconmensurable, o incluso más! Durará hasta que tenga por fin dos, y luego tres años. Sigo empleando la nota con la cintita como separador. Pero yo sabía que en su imaginación era como una bandera, una pancarta, un cuadro. Lo bastante grande para tapar la pared. O para colgarlo de la casa y que ocupara pisos enteros. El Loco se sienta un ratito con ellas, y casi se le cierran ya los ojos, pero siente el afeitado empezado como una presión asimétrica en el rostro. Y la presión me mantiene despierto. ¡Seguir afeitándome! ¡Habría sido mejor no empezar! El futuro. Necesitamos toallas, necesitamos sábanas. Pronto volverán a hacer falta zapatos para Carina. No hay primavera. Sigo teniendo pendiente una elevada factura de libros (¿por qué me dan crédito?). Pronto llegará la factura del gas, y como siempre no hay dinero. A menudo al afeitarme sucede que me pongo furioso. Como para un duelo. Como una furia autista. Como si las palabras se hubieran confundido por estar guardadas tan juntas. Como si fueran una misma palabra. Así que mejor distraerme a tiempo con pensamientos pacíficos. Ahora los campos de grano están demasiado lejos. Y tampoco es la estación correcta. Nunca se me ha desbordado la bañera, sólo una vez estuvo a punto (¡quizá como prueba personal de la existencia de Dios!). Pequeño, el baño,

pero se refleja en diagonal a la luz que entra por el tragaluz. Se puede creer que sigue. Un par de peldaños más arriba y a la vuelta de la esquina. Detrás de cada estancia la verdadera estancia. Felicidad. Mármol. Más luz. Espejos, armarios de pared, ventanas y tiempo en abundancia. Y además una bañera. Cada vez más bonita. El cansancio me envuelve como una ventisca (no quiero ser consciente de la edad que tengo). Termino de afeitarme con mis últimas fuerzas, como un campesino que ara. Que ara con dos vacas flacas o un único y viejo rocín, el fantasma de un penco, una enorme ladera bajo el cielo. Y no puede parar, aunque sepa que supera sus fuerzas. Luego, en la cocina, un expreso. Primero uno, luego dos, luego tres. Caliente y amargo. De pie. Y preguntarme si saldré alguna vez de ese cansancio, que ya hace mucho que me envuelve como una ventisca. Pronto tendré treinta y ocho. Mi segundo libro, y aún falta mucho para que lo termine. Desde que he dejado de beber algunos días tomo veinte o treinta expresos. Una cocina para estar de pie. Delante de la ventana de la cocina, la torre de la televisión. Las luces parpadean. Hacia el cielo. Un cielo nocturno de Frankfurt, marrón. El faro gira. Luces blancas y rojas. En la gran habitación de Carina, recoger los juguetes y los pensamientos. Como siempre, como todas las tardes. La venta, el silencio, el retorno de los cazadores.

Luego, al escritorio. Tres mesas de trabajo. ¿Dormirá ya Carina? ¿Se habrá quedado Sibylle dormida con ella? Todas las puertas entornadas. Querido Manfred:, pone ya en el papel. 1) Tu carta llegó el día siguiente a Navidad (anteayer). 2) Tan sólo una rápida respuesta, para que no tengas que esperar tanto. 3) Seguirá una carta más larga. 4) ¿Por qué no llamas nunca? ¡Es tarde! (En realidad no son más que las ocho y media, pero hay que sumar mi cansancio.) (¡Y él sigue sin tener teléfono!). 5) Estoy como borracho de cansancio y de recuerdos. 6) Carina duerme. 7) Sibylle quizá se haya dormido con ella. A menudo, en mi cansancio, para conseguirlo a pesar de todo, numero las frases de mis cartas. Con fines de concentración. Ayuda. He encontrado ese mismo método en Chéjov. 8) Escribo todos los días, pero el libro no se acaba, sólo crece. ¡Todo al mismo tiempo! ¡Es como ahogarse! 9) *Reza por mí, pero no lo cuentes* (¡porque soy ateo!). 10) Desde el lunes otra vez a la tienda de antigüedades, a media jornada. 11) Si lo conseguimos, iremos el segundo o tercer fin de semana de enero. Mejor el segundo, pero probablemente el

tercero. ¡Nunca hay bastante tiempo! 12) Si es posible el viernes a mediodía. Lo mejor ya el jueves a mediodía. Aunque los billetes de vuelta baratos para los domingos sólo salen a la venta el sábado por la mañana. 13) ¿Has terminado tu trabajo? Llama cuando pases por una cabina. ¿Dónde estás y con qué pensamientos, ahora en Giessen, los días siguientes a Navidad? 14) Puedes enviarme ya las notas, pero también esperar a que lleguemos. 15) Puedes hablar conmigo toda la noche (lo mejor de pie o tumbado), pero sólo si Carina duerme. Entretanto en la cocina, y un expreso una y otra vez. Mientras escribo Ginger Ale, cola y agua mineral. De todos modos fumador en cadena. En la cocina, la ventana del techo abierta y un viento de nieve me sopla en la cara. Unas veces la torre de la televisión está cerca y otras lejos. Tuvimos chuletas de cordero para cenar, una oferta especial del supermercado Kaiser. Por eso, en la mesa de la cocina y en la sartén todavía hay romero por todas partes. Bolitas tostadas. Se disuelven en la boca con el vino de Provenza. Seguir escribiendo. A partir de 18) los números sólo de vez en cuando, luego desaparecen (a partir de 23). Cuatro páginas con espaciado angosto, y luego de cinco a diez. Antes, entra Sibylle. Leotardos y jersey. Casi me quedo dormida, dice, y ahora tengo que trabajar un poco. ¿Quieres un jugo de naranja? El disco de Mahalia Jackson. Entonces mi carta está lista, y ella lee mi carta. Mañana mismo la echaré al correo, para no empezar a repararla. Fui a la cocina, exprimí más naranjas todavía. Habríamos podido irnos a la cama, pero la música, Mahalia Jackson, más jugo de naranja aún, Sibylle con la carta y yo fui a revisar rápidamente dos o tres pasajes de mi manuscrito. ¿Cómo son? ¿Qué dicen? Si es que están ahí y pueden encontrarse, y ya están empezados. Enseguida, olvidar la hora. Mi segundo libro. He dejado de beber en mitad del libro. Una y otra vez el manuscrito. No escribo desde el principio, sino todo al mismo tiempo. Copiar veinte veces cada página y una y otra vez desde el principio. Quizá no lo termine nunca. No hay salida de emergencia, no hay vías de escape. Celda individual. No hay posibilidades de fuga. Prisión durante años, y al final me matará. Pero en cuanto has empezado, otra vez, todo lo demás te da igual. Música. A menudo el mismo disco durante semanas. Ahora, una y otra vez, Mahalia Jackson. Ya desde principios de diciembre. ¡En cuanto escribo, todo es como ahora! Sibylle escribe una carta para acompañar mi carta. La gran Olivetti eléctrica comprada con el anticipo de mi primer libro, pero aún tenemos la vieja máquina de escribir mecánica Alpina. Comprada cuando empecé a trabajar, a los catorce años. Primero la

alquilé por meses, 15,50 marcos al mes, y luego la compré para siempre. Al comprarla me descontaron el alquiler. Como aprendiz, cobraba cuarenta y cinco marcos al mes. De ellos, siete marcos para el billete. Primero cuarenta y cinco, luego cincuenta y cinco marcos de ingreso mensual. Semana de seis días. Una máquina de escribir propia.

Ahora Sibylle y yo nos turnamos en ir al tocadiscos. Siempre la misma cara del mismo disco. También, siempre con cautela, un empujoncito al tocadiscos, ¡pero no demasiado fuerte! Una tarde de invierno. Dos máquinas de escribir. El susurro y tecleo del tiempo apresurado. Entretanto en la cocina. Expreso. Jugo de naranja. La cocina entera huele a mondas de naranja. Pronto volverá a haber sanguinas. No sólo jugo de saúco caliente con miel y canela y clavo. Después de las chuletas de cordero con romero (¿sigue siendo la misma noche?) un trocito tras otro de roquefort y (en mitad del invierno: siempre el mismo, una única y larga tarde, me decía) pepinillos griegos suaves. Con mucha sal. ¡Mañana comprar olivas, las mejores! ¡Todas las clases de olivas, y después empezar a ahorrar en serio! Una y otra vez a ver a Sibylle. Una larga tarde. Cada vez, muchas palabras. Cuando escribo, todo lo que se me pasa por la cabeza es enseguida real para mí e irresistible. Como siempre en Grecia al afeitarme. ¿Te acuerdas?, dije. Día sí día no. La mayor parte de las veces al lado había un café. Uno puede sentarse al sol hasta que le toque. Al menos un café, o sea mocca, o sea la clase griega de café turco. Café con ouzo, una copita de ouzo, un ouzo con una tapa. El mar. Viento matinal. Qué enamorados están del azul. No cedería el paso a un ministro, pero a este viejo capitán, con su vieja gorra de capitán y en mangas de camisa y sandalias, ¡a este sí! Lo he visto a menudo en la cubierta de su barco. ¡A él sí que le cedo el paso! Luego, con él, otro ouzo con su tapa. Se puede vivir bien con estas tapas. Y estudiar cómo cambian a todo lo largo del país y de copa en copa. Ahora, yo delante del espejo. Y te veo en el espejo sentada a la mesa junto a mi silla blanca vacía. Llevas un vestido claro. A la luz de la mañana parece blanco, más claro que el blanco. Pero yo sé que es lila. Un lila claro como de lilas. El viento, como un perro fiel, se ha tendido en el suelo a tus pies. Ese día ha existido en realidad. La isla de Samos. La ciudad portuaria de Pitagorión. Las carihuelas florecen. Una única planta trepadora, que crece blanca y rosa y celeste y lila por toda la ciudad. Por encima de las puertas y alrededor de las ventanas. A lo

largo de los muros y tejados. Alrededor del puerto y por todas las calles y callejones y patios. De casa en casa. Desde Pitágoras, desde hace ya dos mil quinientos años. Hoy todavía no, hoy todavía aquí, junto al mar, bebiendo vino de Samos. Mañana con agua a la montaña. Ahora el viejo capitán sale ante nuestros ojos a mar abierto con su lento Diesel. El peluquero, con movimientos tan suaves, y yo en el espejo primero como un pirata, luego, con el manto de púrpura, un espléndido dignatario griego.

En Turquía, en el peluquero, a uno siempre le sirven té turco. Vasitos en forma de tulipán, con borde dorado, en una bandeja. El té lo sirven niños. Niños serios, de ocho o diez años. Se alimentan a sí mismos y alimentan familias. Un vaso más. El té turco te deja tranquilo y decidido, da igual a qué. Música de caravanas. Ya los búlgaros y griegos y los albaneses de Kosovo tienen largas navajas de afeitar, pero los turcos utilizan sables. Uno se sienta en el sillón como en un trono. Una música de caravanas como esa puede durar días. En el espejo la imagen reflejada de una bandera turca. El peluquero de un lado a otro con el sable. Su ambición es, sin importar la persona, afeitar completamente a cada cliente con un único movimiento ofensivo del sable, que deja sin respiración, a lo largo de la piel, vertical, una vez a la derecha, otra a la izquierda, desde la oreja hasta la garganta. Como un esgrimista o un verdugo. El cliente pacífico, la mayoría de las veces desarmado. Y la piel queda suave y delicada, casi intacta. Luego hay que repasar un poquito, para que pueda mostrarme su pericia, minuciosidad y respeto y nos quede tiempo para una pequeña conversación satisfactoria en varias lenguas. El bigote en el labio superior, no sé cómo lo hacen, pero ya a la segunda vez uno se sienta como un turco impenetrable con un bigote turco, relajado y orgulloso. El chico recoge los vasos, serio y diestro. No queda mucho para que sea lo bastante mayor para un trabajo de hombre. Luego vendrá aquí su hermano pequeño. Entretanto te han limpiado los zapatos. Dos veces. Por lo menos dos veces, no se puede hacer nada para impedirlo. Salvo que fueras descalzo. Limpian incluso las sandalias y las zapatillas de tela. Ahora, a desayunar en el bazar. En las tabernas del bazar hay de todo en grandes fuentes. ¡Lo que quieras! Döner, yogurt, kebab, ragú de cordero, salchichas picantes, schaschlik, huevos revueltos, pan hojaldrado con anís, con sésamo, con comino, pichones asados, gallinetas, perdices, pollitos con hinojo, con jengibre, carne de cabra, carne

seca, carne en salazón, carne de vaca seca, ternera asada crujiente, pan ácimo caliente deformado por el sol, judías rojas con comino, sopa de calabaza con nata, carne ahumada, calamar, buey, mijo, tomates, calabacines, aguacates y berenjenas, frutas en vinagre y verdura en conserva, queso de oveja, queso de cabra. También se puede mezclar todo en el desayuno. ¡Queremos probarlo todo! Sin olvidar los pequeños pasteles de colores. Se los come uno como bendiciones con azúcar. Grandes nueces peladas. Dátiles, higos y uvas. ¿Te acuerdas del cubo de madera con miel silvestre? Cazos de madera de olivo. Y toda la leche caliente que quieras. Cuando te vas te llevas un puñado de pasas, un puñado de pistachos para el camino. Inicios de octubre. Pronto tendremos que volver a casa, a Alemania. Por las noches ya hace fresco, pero ahora hace calor al sol. Las diez de la mañana. Un desayuno con música de caravanas. Y seguir, los países árabes. Egipto, Afganistán. Si es que allí se va al peluquero. ¿Pareceré un indio cuando esté en la India?

En Marsella, en el barrio árabe, había un peluquero que ni siquiera tenía un local. Solamente una silla, una alfombra, un espejo, una tapa de chapa como cenicero para los clientes y sus herramientas en una caja de madera con dos cajones. La alfombra era más bien un felpudo, pero con un dibujo de palmeras. Principalmente clientes habituales. Sin paredes. Trabajaba en la calle. Siempre en el mismo sitio. Durante años. Principalmente clientes habituales, pero también clientela eventual, un montón. También espectadores. ¿No le has visto conmigo? Entonces ya no era joven. Apenas le quedaba pelo, siendo peluquero. Ahorrar y ahorrar. Quizá por las tardes sólo los desechos del mercado, vale con eso, y ahorrar cada céntimo durante años. Cigarrillos sólo los regalados. ¿Tendrá ahora una tienda diminuta en el barrio, todos los días? ¿En el portal de una casa, junto a la escalera, y el espejo ahora clavado en la pared? ¿O habrá vuelto a Tánger, a Marrakesh, a Orán, y será especialista en Europa? Una vez, en octubre, fui en un barco argelino de Marsella a Córcega. Muchos argelinos querían subir al barco. Empezaban a esperar horas antes. Casi sólo hombres, jóvenes y viejos. Principalmente con sacos y cestos como equipaje. Media vida en Europa y después todas sus propiedades en un saquito de café y un cesto de mimbre. Cestos con tapas, como los de los encantadores de serpientes. Aún no había bolsas de plástico. Acababan de implantarlas en el mundo. En el barco había primera, segunda y cuarta clase. La cuarta clase

sólo para africanos. Abajo del todo en el barco, e invisible durante la travesía. El barco sale por la tarde a mar abierto entre las islas. Con la última luz, se le puede seguir con la vista durante mucho tiempo. ¡Sigue escribiendo! Noche, invierno. Una larga tarde. Cuando estoy desanimado, la calefacción no va bien. Exactamente igual que la máquina de escribir. Tímida y temerosa. Se avergüenza, empieza a tartamudear. La *E* arrastra. Y también la tecla con el 2 y las comillas. ¿La *E* quizá porque es la que más se usa, y el 2 porque no se usa lo bastante a menudo? O son una mala influencia mutua, por estar tan cerca en el teclado. ¿Quizá estén vinculadas de manera subterránea? Dentro de la máquina hay un cable eléctrico y la corriente falla porque hay un doblez, un recodo. Realmente no pasa. No quiere. No se atreve. Apenas es posible escribir un buen texto en alemán sin la *E*. Pero aún que cuando el carro no acaba de encajar después de cambiar de línea. Después de la primera, cada vez que se cambia de línea se contiene el aliento. Se contiene involuntariamente y se ralentiza el latido cardiaco hasta que se sabe si esta vez ha funcionado. O se acelera el corazón. Pero ahora: hace calor. La calefacción zumba. La luz es clara, clara y alegre. La máquina de escribir, fuerte y ágil. Reúne todas sus fuerzas y se agacha para saltar. Otra vez en la cocina. Hay corriente. El tragaluz abierto y la noche que entra por la ventana, noche y viento. ¿No ha pasado esto antes? ¿Esta noche o hace cien años, a menudo? Y el viento también como antes. Viento, viento de nieve, como si bajara de una montaña. Y te pones de pie, sientes el viento en la cara y sabes que en algún momento va a empezar el deshielo. ¿La lámpara de la cocina siempre es así de brillante? ¡Corriente de aire! ¡Cada objeto grita su nombre! ¡Con qué fuerza ondean los instantes y los paños de cocina! ¡La torre de la televisión parpadea y manotea y gesticula excitada! ¡Se inclina hacia ti con todas sus luces, como si quisiera entrar por la ventana, tan grande y tan próxima! La próxima vez la ventana estará cerrada. La misma tarde. La lámpara turbia. La ventana empañada. Cada objeto hundido en su propio silencio. ¿Dónde se ha retirado el tiempo? La torre de la televisión con luces que se extinguen. Muy lejos se hunde en la lejanía. Cuando vuelvas, habrá flores de hielo en las ventanas. La cocina es pequeña y angosta. Una cocina para estar de pie. Paredes inclinadas. Como una cueva, encerrada en el hielo eterno. Y todo el invierno ya, jugo recién hecho todos los días. Por eso en nuestra cocina huele tan bien a mondas de naranja todo el invierno.

Conmigo. Con Sibylle, que ahora repasa, rigurosa, su propia carta. Ella y yo, el uno con el otro. Es hora. Deberíamos salir. Pronto. Deberíamos empezar a viajar otra vez. Aunque sea con poco dinero, aunque sea sin dinero. Ya hemos esperado bastante. A más tardar cuando se acerque el verano. Carina ya es lo bastante mayor. Lo ve todo. No se cansa. Nunca tiene bastante de todo. Pronto tendrá dos años. Primero pronto dos, luego pronto tres. Dos es una buena edad. Tres también. Sobre todo tres. Cuando esté dormida podemos llevarla en brazos. O sentarnos con ella en el césped. Tampoco yo estoy tan agotado como en los primeros tiempos después de nacer ella. Había dejado de beber. El primer año, otro año, ¡y la vida volvió a mí! Puedo llevarla en brazos durante todo el día. Ahora más que antes. La mayor parte del tiempo corre y brinca, se balancea y baila por el mundo. En verano será una gitanilla. Todos los veranos. Mañana la carta al correo, mañana mismo, temprano. Nos veo a lo largo de la Seestraße, primero a Correos. Restos de nieve, nieve en la Kurfürstenplatz. En la sucursal de la biblioteca municipal. Todavía en la Leipziger Straße. Comprar. Tomar té. Té caliente en vasos altos, en los que el azúcar candi crepita y canta. Y salir al encuentro del día, con su cara de invierno y sus muchos rostros. ¡No olvidar las olivas! Con libros, fruta, leche y muchos pensamientos por la Leipziger Straße. Despacio. Un día de invierno, Sibylle, Carina y yo. Como si siguiéramos oyendo a Mahalia Jackson mientras caminamos, exactamente igual que ahora. Exactamente igual que el año en que cumplí dieciséis y me puse mi vieja chaqueta negra y salí del pueblo y me fui a Lollar. Y según como esté el día no dar la vuelta en Lollar, seguir: a Giessen, a Roma. Pero mejor mañana temprano empiezo por hacer fotocopias de la carta, de ese modo se conserva el tiempo en la memoria. Y repasar las fotocopias, por lo menos para mí, en cuanto tenga un poco de tiempo. Enseguida será medianoche. Desearía que tuviera ya la carta y pudiera empezar enseguida a leerla. Lo mejor sería telegrafiarle enseguida la carta entera, palabra por palabra. Directamente dentro de su cabeza. ¡Da igual lo que cueste! ¿Ha sido lunes hoy? ¿Es Nochevieja pasado mañana? Enero siempre es un buen mes de trabajo, dura mucho. Todos los eneros se adentran larga y silenciosamente en el tiempo. En enero hay naranjas sanguinas. Y también jugo, mucho jugo. El jugo es rojo oscuro, a menudo casi negro, es como el jugo de arándanos. Quizá mañana vengan ya las primeras. A finales de diciembre siempre llegan las

primeras, y luego maduran durante todo enero. Sicilia. Las islas del Mediterráneo. ¡Cómo las hecho de menos hoy!

Invierno. Una larga tarde. La calefacción zumba. La nieve resbala del tejado. Como en Staufenberg, ¿te acuerdas? A la luz de la lámpara, largas tardes. Y cómo se refleja en los vasos y botellas, rojo, pardo y oro. Una sola y larga tarde en mi memoria. Sentarse y escribir. Ya a los quince, en Staufenberg. Durante todo el día, cargar cajas como aprendiz en Giessen. Un guardapolvo gris, cara de tienda y saludar todo el tiempo. Y por las noches a la mesa de la cocina de mi madre. La máquina de escribir alquilada, primero alquilada y luego comprada. Descorchar el vino. Empezar con el vino. Mi primer vaso de vino. A los quince mi primer vaso de vino y luego veintinueve años sin estar sobrio. La lámpara de la cocina. Ya entonces un viejo disco de Mahalia Jackson y un tocadiscos al cual empujar. En medio de la noche y el silencio. El pueblo duerme. El despertador ya puesto para mañana temprano. Afuera había nieve alta. La lámpara de la cocina, del primer año que siguió a la reforma monetaria. En cuanto hubo dinero nuevo. Una lámpara de cocina amarilla, con cordón para tirar. La lámpara de la cocina, la máquina de escribir, la mesa de la cocina y las tardes en Staufenberg contigo. Las mismas tardes. Tú también las has conocido. Adentrándose cada vez más en la noche. Y luego nuestro primer invierno en Frankfurt. El primer año, cuando teníamos que mudarnos constantemente y nunca teníamos una casa, mesa, cama, ventana y tiempo durante más que las dos próximas semanas. Del pueblo. Durante muchos años escribí mi primer libro una y otra vez, y luego una última vez. El nogal enfrente de la tienda en la que te compras el pan. Expresamente para eso a Frankfurt. Sentarse y escribir. Y como si al escribir tuviera que contener la respiración, todo el tiempo, hasta que el libro estuviera terminado. Hace tres años. Pensábamos aún que, cuando estuviera terminado, volveríamos a Staufenberg. O pensábamos que lo pensábamos. Como si se pudiera volver alguna vez y fuera el mismo sitio y nosotros las mismas personas. ¡Nos hemos quedado porque nos fue mal! Ahora, para la ciudad, el segundo, mi próximo libro. No quiero deberles nada. Carina duerme. Ya ha pasado medianoche. ¿Nos alcanzará, el tiempo? En cuanto se acaba el disco, el mismo silencio una y otra vez. Antes nunca había tenido tiempo libre entre Navidad y Año Nuevo. Sólo ahora, en la tienda de antigüedades, antes nunca. Por eso ahora los días

tienen una excesiva claridad. Tiene que haber sido precisamente en torno a esa época que, al escribir o al caminar, me llegaba como de muy lejos un presentimiento, como tú habrías de recordar después, de que era como si me pareciera que quizá podría ser que al final el libro estuviera acabado, y yo salvado. Ya tenía el título. El libro negro. Sibylle conmigo. ¿Cuánto?, pregunta, ¿cuánto tiempo aún? Una pregunta que no está permitida. Y con la mano en mi camisa, que ya he desabrochado para acabar antes y porque al escribir es frecuente que tenga calor. Como siempre, dije, ya sabes. Siempre la *penúltima* frase. Entonces, dice ella, voy a llenar la bañera y vas a bañarte conmigo. Son nuestras vacaciones de Navidad. De todos modos ya es tarde, dice ella, van a ser la una. A la mesa, con la lámpara. ¿Hacia dónde va la tarde? Primero termino de afeitarme con mis últimas fuerzas. Luego la carta a mi amigo Manfred. Y a seguir con el libro. Repasadas dos páginas y media. Son cuatro páginas ahora. Y tres cuartos de página nueva. Copiarla mañana. Al copiarla saldrá página y media. Todo con espaciado estrecho. Mañana tengo que volver a la tienda de antigüedades. La próxima factura del gas no llegará sino hasta mediados de enero. ¡Así que por lo menos por el momento, te dices, por lo menos por el momento seguir en el mundo! Y creer, por el momento, que seguimos con vida, ¡teníamos que haberlo escrito hace mucho, negro sobre blanco! ¡No olvides que funciona, que se puede hacer todo lo que uno se propone! Y todo lo que uno ha soñado, un duro trabajo. Todos los días desde el principio. Y además numerosas sorpresas. Siempre lo he creído (porque de otro modo no se puede vivir). Otra vez Mahalia Jackson. ¿Ha temblado ya la casa? Completamente cansado ahora del puro cansancio.

Antes me he quitado los calcetines. Uno sólo está de verdad en sus cabales y libre para pensar cuando está descalzo. Ahora, la última frase por hoy. Y luego empezar a parar. También hay que aprender a parar. El manuscrito encima de la mesa y en mi cabeza, un orden. Desconectar la lámpara del escritorio, conectar la máquina de escribir. Al menos deberían darme cintas gratis de por vida, pero ¿quién? Descalzo en la alfombra. Antes, como todas las tardes, he recogido los juguetes de Carina, ahí es donde empieza la tarde. Sibylle ha venido desde el pasillo y ha empezado ya a desnudarse. Todas las puertas abiertas. El agua susurra en la bañera. Enseguida está llena. ¿Aceite de tomillo o de lavanda? Qué pies tan bonitos tienes, dice, sí, dije yo, como

Jesucristo. ¡Y que aún siga vivo! Realmente he tenido mucha suerte en la vida. En realidad, creo, uno se lo hace todo solo. Qué esfuerzo agotador beber sólo para mí. Años, décadas. Allá donde iba bebía cualquier matarratas. Ella mira mis páginas de hoy. Esta noche vas a dormir bien, dice. Y cuando mañana te despiertes temprano como siempre, yo volveré a dormirme. Aún me quedan días enteros libres. Vacaciones de Navidad. Entrada la noche ahora. Mi vida entera en la memoria. ¡No olvidar las olivas mañana! ¡Y mirar el ganso! En la Rohmerstraße. Enfrente de Correos. En una ventana del tercer piso. Desde que llegamos a Frankfurt. Cada vez que pasamos. Un ganso. Una lámpara de ganso. De tamaño natural. Rápidamente cuatro-cinco-seis cigarrillos, mientras se llena la bañera. A veces he escrito un párrafo. Luego lo he copiado durante dos años. Así, el párrafo se convierte en medio libro. Y luego, al cabo de dos años (¿dónde estaré entonces?), se me ocurre una frase que añadir. Quizá tan sólo media frase. ¡No perder las palabras! Y luego puede ser que durante un día entero me parezca como si ahora supiera por qué empecé con ella hace dos años y desde entonces no he tenido descanso. Ni siquiera durante el sueño. Por lo menos durante el resto del día puede parecérmelo. Quizá incluso a la mañana siguiente. Descalzo en la alfombra. ¡Comprar olivas mañana! El agua de la bañera. Como borracho de cansancio. Luego, en el baño, seguir fumando. Junto a la ventana. El día pasado. El retorno de los cazadores. Luego, ver dormir a Carina. Ahora está la luna, ves. Me había preguntado dónde estaba durante todo el día. Se va, disminuye. Cuando está disminuyendo, sale más tarde cada noche. Y entonces necesita su tiempo para llegar aquí, encima de nuestro tejado y delante de nuestra ventana. Desearía tener ventanas en los cuatro costados, ventanas en todas las direcciones. A ser posible una torre. He querido una torre toda mi vida. Tan estrecha, apenas queda luna. En el último cuarto. No sale a menudo hasta medianoche. Y ella siempre me pregunta: ¿cómo lo sabes? ¿De dónde sacas eso? De la vida. Me he imaginado el mundo entero. En los campos. De niño. Primero en los campos y luego en los vagones de ganado. Allí es donde el mundo empezó a rodar. Ahora, todo me pertenece.

21

Nueve años juntos. Una hija. La palabra *separación*, y entonces un nuevo cómputo del tiempo. A finales de noviembre la separación, y desde entonces todas las noches una cama en la gran habitación, con su sueño y sus conversaciones consigo mismo. En medio de un silencio avanzado. Hace mucho que ha pasado medianoche. Y prepararse para la noche en tercera persona. O sea yo, el autor, y todavía perplejo. Los cojines siguen en la habitación, para que tengamos siempre un sitio donde jugar y para las tardes, para los huéspedes y para nosotros. La guitarra de Sibylle. La mesa del comedor. Su mesa luminosa para el trabajo de la editorial. Como un bloque de hielo iluminado por dentro. Tres mesas de trabajo. De todos modos desde hace muchos años he escrito en este cuarto tarde tras tarde. Adentrándome cada vez más en la noche. A menudo con Sibylle hasta las tres de la mañana. Música, nuestras voces, el silencio, y quiénes somos. Y Carina justo al lado. Bajo la imagen nocturna, su sueño confiado. No se nota que sueña hasta que está en mitad de un sueño. Al menos no tenemos que pelearnos por la niña, como todas las demás parejas que se separan. Lo pensábamos, y nos lo decíamos. Cada uno es su propio testigo. Mientras me desnudaba, queríamos compartir la custodia. Dos semanas después Sibylle me dijo: ¡Si quiero puedo hacer que no vuelvas a ver a Carina! En mitad del invierno. El trastero. Y que mi tiempo se acaba. También, agotado el plazo, he perdido mi insustituible trabajo a media jornada, me siento estafado. Sin casa, sin trabajo, sin dinero, sin expectativas, y con mi tercer libro empezado. El amor perdido. Mi hija no está junto a mí. La mesa y la cama, prestadas. Y la máquina de escribir, comprada hace poco con el anticipo de mi primer libro y llevada a casa los dos juntos, Sibylle y yo. ¡Ayer o anteayer, y ahora ya hace cinco años! ¿No debería haber llevado a arreglar la máquina de escribir hace mucho? Cuando estoy desanimado la

máquina no va bien. ¡No se atreve! ¡Empieza a tartamudear! ¡Se avergüenza! Sentarse y escribir y luchar día y noche con la eterna transitoriedad, como siempre. Por lo menos mientras escribo el tiempo debería detenerse. Debería detenerse junto a mí y sonreír, como si fuera una mujer, una hermosa mujer. Sólo tendría que alzar la vista para reconocerla. Sentarse y escribir. Por la noche, por la mañana y otro día más. Durante media vida he cargado con trastos ajenos, como un porteador, y he seguido siendo pobre. Nunca he tenido suficiente tiempo y apenas me he conocido. El que ahora no tiene trabajo ni casa ni pan, se decían unos a otros los vagabundos rusos en un libro que leí, en sus cuevas nocturnas, ya no tendrá un trabajo de verdad en toda su vida. Leer en la cama por las noches. El libro es tan gordo y tan pesado que al leer y al día siguiente me duelen los pulgares. La biografía de Tolstói escrita por Schlovski. He estado esperando mucho tiempo, media eternidad, hasta que la biblioteca municipal ha comprado por fin el libro para que pueda leerlo. Y ¿cómo no he perdido la vida, cómo no se me ha ido durante la espera? Carina, Sibylle y yo, la casa, el tiempo en la Jordanstraße. A menudo aún es como si me llamaran. La mayoría de las veces, la voz de Carina. La vida, que me llama. Como caído del mundo. Niño sin mundo. Encallado y, después del naufragio, sólo en el estrecho colchón serpenteante (¡nos hundimos!). Antes todavía como en el Más Allá. La lámpara del escritorio a la cama y más allá de la luz los objetos, colonias enteras de objetos y pesadillas. Ruinas, una luna muerta, una rueda solar quebrada, polvo, tinieblas, piedras, un monumento funerario, pirámides, tiendas de nómadas, el arrecife y los pecios. Y empezar a susurrar, susurrar y crujir y gemir. Hace mucho que aún no estoy seguro de si lograré salvar los recuerdos de la avería o al menos conservar parte de ellos, y en qué estado. ¿Siguen las dos manzanas en el alféizar? ¿No están ya demasiado marchitas y encogidas? Agarrarlas, sacarles un poquito de brillo con la manga, para que puedan seguir sonriéndome. Una en cada mano. Como dos veces el mismo mundo. Apaciguarlas. Decirles manzanitas, manzanitas pequeñas, manzanas del reino. Mi pequeña manzana. Y devolverlas a su sitio. Son de Carina. La corriente de aire. No pensabas que junto a esta ventana hubiera tanta corriente. Como si alguien invisible, alguien del próximo mundo, respirase sin cesar sobre nosotros. Estar de pie y tener frío. La noche polar. El universo. Y sientes que tiran de ti. ¡Y otra vez sobre hielo, de vuelta, rápido! A la cama, a mi cueva, la luz de la lámpara. Sólo sabes leer de verdad tumbado. Desde niño, desde siempre.

El Estado, oficina de empleo, atención a la juventud, servicios sociales, protección civil, seguridad social, fiscalía, juzgados, caja judicial, etc... sabía que si empezaba a tener relación con las autoridades enfermaría para toda la vida. De todos los posibles dolores y enfermedades, sin nombre aún, que andan por mi cuerpo buscando un lugar, buscando sitios en los cuales anidar de manera permanente. Rodeos, cada día rodeos, para no encontrarme ninguna oficina y no pensar en ninguna oficina. ¡Y cuidar los zapatos! Buzones, señales de tráfico, semáforos, parquímetros. ¡Hay órdenes puestas por todas partes! Ya no podía tocar una guía telefónica, ni siquiera con el pensamiento. ¡Al cartero sólo verlo de lejos, y mi susto es enorme! ¡Y en adelante con cada cartero! ¡Cada vez! Incluso los botes de basura municipales, de color gris militar, son erguidos representantes de la Ley y el orden. Mi correo aún va a la Jordanstraße, porque aún estoy domiciliado allí. Sigo sin tener los papeles en orden. Ya me he propuesto varias veces no volver a rellenar un formulario en mi vida. Porque mi vida no encaja en él. Ninguna vida. Desde la palabra *separación*, no puedo recordar un solo sueño. Cartas de amenaza por correo y sentencias judiciales (cada impreso es una sentencia judicial). Y en cada despertar, puntualmente, los ruidosos comandos rodantes que vienen a mi diaria ejecución. En cada despertar de nuevo, como si la separación todavía estuviera en el futuro. Como si mi propia vida, ¿cómo ha sucedido?, se hubiera convertido en una trampa de la que no es posible escapar. En enero, los panes de Navidad y los calendarios son baratos. A finales de enero de la Jordanstraße al trastero... y las casas empiezan a temblar. El año 1984. ¡No olvidar que es año bisiesto! De manera profiláctica las muelas, dos muelas del juicio. Antes nunca había tenido molestias. Sólo por desesperación sacarme las dos muelas del juicio, sólo me di cuenta *a posteriori*. Febrero. En las tiendas sigue habiendo panes de Navidad baratos. Y son numerosos también los calendarios, todas las clases de calendarios. Un día laborable. En febrero pues, ¿el cuatro, el siete, el diez? Hace apenas dos semanas que me mudé, y desde entonces voy todos los días a ver Carina. Una niña. Una infancia. Por las mañanas con ella a la guardería y por las tardes a decirle buenas noches, a llevarla a la cama. Una niña. Y sigue siendo pequeña. Quizá hemos ido a la biblioteca y a comprar leche, ella y yo. O un domingo, ¿el cinco entonces, o el doce? Si quiero puedo hacer que no vuelvas a ver a Carina, acaba de decirme

Sibylle. Y no puedo acordarme de la respuesta. ¡No la encuentro! Diga lo que diga, no hay respuesta. No quiere reunirse conmigo. Por la tarde. Carina duerme. ¿Mi chaqueta? ¿Dónde está la chaqueta? Llévate tu chaqueta. ¡Pensaba que no podría ser! ¿Cigarrillos? ¡No olvidar los cigarrillos! Los cigarrillos están en la chaqueta. Esta única frase durante toda mi vida. Nada que podamos decir y hacer, volvamos a soltarnos. De Bohemia. La chaqueta y luego me he ido. ¿Había nieve? ¡Me fui y pensé que nunca volvería a poder tocar a una persona! Y ya no me calmaré hasta que Carina por fin sea mayor. Adulta. Domingo por la tarde. La chaqueta. Mientras bajo la escalera me pongo la chaqueta. Mi vieja chaqueta de ante de mayo del 68. Sólo me reconozco en el dolor y en mi propia chaqueta. Domingo por la tarde. ¿Qué hora es? ¿Domingo o no? Los domingos todo siempre es peor, así que habrá sido un domingo. Siempre me había organizado de tal modo que podía pensar que podía agarrar mi chaqueta e irme. En cualquier momento. Pero ahora una niña. Y como mis padres también están separados, desde ahora eso ya no puede ser. ¡Nunca había pensado que podía ocurrirnos! ¿A dónde ahora? ¿Contar mi dinero y un expreso en el Pelikan? ¿Sólo a la estación, mortalmente cansado a la estación central, por qué a la estación central ahora? Sin dinero, de lo contrario habría querido irme a un hotel. Ser otro. Por lo menos durante un tiempo ser otro. Con cuánta frecuencia he cruzado de un lado para otro los puentes del Main, noches enteras de un lado para otro, para no ahogarme. Siempre yo. ¿Ver si está Jürgen en casa? ¿Llamar a la editorial? ¿Preguntar por KD y, si está, ir allí a pie? Un domingo por la tarde en invierno. A casa de Anne, que va conmigo a comer. O quedarme con sus libros y tomar cantidades ingentes de pan tostado. (Siempre tiene pan tostado en casa.) ¿Llamar a Edelgard e ir con ella a la heladería de la Friesengasse? Primero con ella a la heladería, luego con ella de taberna en taberna. Qué miedo me da la noche, y apenas son las nueve y media. Ir solo hacia la noche es como congelarse, es como perecer. ¡Nunca más una palabra! ¡No volver a dirigir nunca una palabra a nadie! ¡O contar desde ahora mi vida, mi vida entera en una sola frase, a todo el que venga! Y seguir narrando, eso podrás decidirlo después. Ya te darás cuenta. Todo menos quedarte quieto. Siempre adelante. La noche entera hacia la noche. Hace cinco años que he dejado de beber. ¿Y ahora? Caminaba sobre la tierra como sobre un barco vacilante. Sobre hielo, y ¿quién me mira? ¿No ha ocurrido esto ya una vez? ¡Yo ya he escrito una vez un recorrido así, sobre hielo, en peligro de muerte! Una vida anterior, un libro anterior, pero sin duda no era suficiente. El

trastero. Mi manuscrito. Mesa y cama meramente prestadas. Como Robinson. Robinson sin Viernes. La sombra es Viernes. Un Robinson de invierno. Con pájaros en la nieve, listones, gorra de piel, empalizadas y todo lo que se le ocurre y tiene que levantar a su alrededor. Una armadura de cuerdas, nombres y plumas de pájaro. Todo meramente ideado. ¡Lo que se acabó se acabó! Un Robinson de invierno, del que hace mucho tiempo que el lector sabía que está loco. ¡Está loco! La noche polar. ¡Y ahora, hazte un calendario!

22

Hace un año Sibylle vino a verme una vez a la tienda de antigüedades. A mediodía, en enero, inesperadamente. El día era gélido y luminoso. Anne ya había llegado, y yo estaba a punto de terminar. No quedaban más que los pedidos y las notas de entrega para Anne. Casi ningún cliente en toda la mañana. Aunque hacía un frío gélido, yo había puesto la caja de libros para revolver delante de la puerta desde por la mañana, para que ocurriera algo. Para ganarme honradamente el sueldo. Para que la vida pareciera un mercado. Cortesía, atención al cliente. Apenas he dormido durante la noche, y por la mañana he dejado la puerta de la tienda abierta durante casi dos horas. Contra el cansancio y para sentir con claridad el día a mi alrededor y la ciudad y el frescor matinal y el paso del tiempo. Para que, si es que llega un cliente, se le facilite entrar sin compromiso. Porque hoy el día es tan luminoso. Y porque así puedo seguir fumando y andar de un lado para otro y pensar, excitado, después de la larga noche sin sueño. Al lado, una taberna española que no abre sino hasta mediodía. En la otra dirección, un quiosquito de Frankfurt con rompevientos, columnas y alero. Famoso entre los vagabundos. He vuelto a meter la caja de libros para que no le dé trabajo a Anne. Para que los libros no se congelen (excepcionalmente, pura morralla en las cajas, y al menos doce grados bajo cero). Sibylle todavía sin aliento, ha venido deprisa. Se quita el abrigo y enseguida agarra un libro, pero ¿qué libro? Y Anne, que habla con ella y le mira el culo y las piernas. Me parece que lo hace a menudo. ¿Con fines de comparación? ¿Para imaginarse nuestra vida familiar y nuestros excesos? Naturalmente no puede evitarlo, eso es lo bonito, le había dicho yo, y le había hablado de las cartas de Sade porque, en su segunda carrera, acaba de descubrir a Bataille y Klossovski, ¡así que obsesiones, así que irresistible! Toda inevitabilidad es un enriquecimiento. El vaso lleno. La variedad del

mundo. ¡Sólo que el tiempo no alcanza, nunca se tiene suficiente! ¡De niño ya nunca tenía bastante! ¡Pero era grandioso! ¡Arrebatador, inevitable e irresistible! Por eso ahora, para empezar, no puedo evitar darle una nalgada a Sibylle delante de sus ojos. Unos pantalones de pana azules ajustados, desteñidos y viejos y hermosos. Ahora se pone el abrigo para irnos. Es un abrigo tan fino, y hace ya siete años que lo tiene. Y Anne, que nos mira como si quisiera dejarse llevar por nosotros. Dejarse atraer, o mejor aún por la fuerza. En la calle, Sibylle y yo. Sé que Anne sigue un trecho con nosotros en sus pensamientos. Delante del quiosquito los vagabundos, y nos miran. ¡Matarse a beber tarda, lleva su tiempo! La taberna española ya ha abierto. Y huele, incluso ahora en medio del frío, huele a vino y a sur. En un mediodía luminoso. En el arroyo hay un perro marrón. Viene todas las mañanas. Cuando la puerta de la tienda está abierta se queda allí y espera a que salga y hable con él. Ahora mira tímido hacia un lado, como si nadie debiera saber que nos conocemos. Como si, como perro, no estuviera seguro de si debemos conocernos. Al sol. Luminoso y gélido el día. Sibylle junto a mí. He venido a recogerte, dice, todavía sin aliento. He salido antes de la editorial y he hecho todo el camino a pie. Está lejos. Me he apresurado todo el camino. Se me ha ocurrido en el último momento. ¡Tenía miedo de que ya no estuvieras! ¡Ahora un rato contigo, y luego a la guardería!

Sol y nieve. De la acera ahora a la calzada y al sol. Cómo resplandece el día. Nieve en la acera. En todos los tejados y muretes nieve, y en todos los alféizares. En la Kiesstraße, las casas son más pequeñas y más bajas que en la Adalbertstraße y en la Jordanstraße. Se apoyan las unas en las otras. Ahora al sol del invierno, como si empezaran a sonreír tímidamente. Ni una nube en el cielo, que se refleja azul en las ventanas. Ventanas relucientes. Desde algunas ventanas el sol como reflejo luminoso en la calle, en la casa de enfrente. *Temblando, una mancha clara.* Como ojos, grandes ojos vivos. Y donde una de esas manchas cae sobre la nieve la nieve parece florecer. El aire es claro y frío. Helado. Con claridad excesiva cada detalle, cada sonido. Como si todo respira y tiembla, un día así. Ir al cruce y ver, dos esquinas más allá, los escolares que vuelven a casa. Hace ya horas, años que están volviendo a casa. Tanto que puedes pensar que también nosotros lo estamos haciendo. También nosotros de camino a casa, cada uno en su pasado. Sibylle y yo. Es doce años

más joven que yo. O más próxima a Carina. Los niños, coloridos en medio de la nieve, y claras sus voces. Como si se refiriesen a nosotros. Sibylle y yo, en vez de a la Jordanstraße y como siempre a nuestra casa, ahora al otro lado del cruce y por la Kiesstraße. Mediodía. Cada vez más hacia el sol. Hemos empezado a hablar de que la empresa se va a vender, y la tienda de antigüedades va a cerrar. Finales de junio. O un puesto de jornada completa en la tienda principal con ficha de empleado o una pequeña indemnización. Jornada completa en cualquier caso, dice ella, qué canallada. Saben que tú escribes y que Carina aún es pequeña. Por lo demás, nunca he estado en esta parte baja de la Kiesstraße. Y por eso ahora es como si fuéramos por aquí para poder volver a encontrarla en nuestra memoria. Una imagen para nosotros y para la posteridad. Y miras al cielo, la nieve y las casas, y lo sientes incluso en la cara. Delante de nosotros, unas palomas levantan el vuelo y se alzan luminosas hacia la luz. Sus sombras sobre la nieve y en las casas, todo centellea y brilla. Dos vagabundos vienen hacia nosotros. Las voces atenuadas. Los dos muy juntos y con sus bolsas de plástico y sus secretos pasan de largo junto a nosotros, a lo largo del arroyo. Enfermos de los pies. Mucho tiempo caminando. Cada uno cojea de distinto pie. Alégrate, dice ella, ahora tendrás tiempo. ¡Lo conseguiremos! Carina ya no es tan pequeña. Y aún queda mucho hasta junio. No te preocupes, dice. Hace años que nos lo decimos. Tu libro también, dice, el libro negro. ¿Te acuerdas de cuando pensabas que nunca lo terminarías? Sí, dije yo, pero aún así me negaron la beca. Y con tu primer libro, dice ella, apenas sueño y nunca tiempo. Y cómo entonces nos fuimos a Frankfurt y no teníamos nada más. Ni casa. Ni siquiera una mesa para el manuscrito. Ahora los dos libros, y seguimos existiendo. Sí, dije yo, pero aún así me negaron la beca. ¿Cómo voy a escribir ahora el próximo libro? El trabajo, tan práctico, tan cerca de casa. Casi como en el pueblo. Y exactamente la mejor jornada de trabajo. No mucho dinero, pero se puede ir a pie y no hay que entrar en la tienda como algún otro. Sin máscara, sin rostro ajeno. Aire en la tienda. Auténticas ventanas que abrir y cerrar. Puedo dejar abierta la puerta de la tienda. Una mañana tan luminosa. Una cafetera expreso. Un perro marrón cada mañana. Y todos los clientes que entran a hablar conmigo. El trabajo más fácil que he tenido nunca. ¡E incluso honorable! ¡Y Anne también! Qué contenta estaba con ese trabajo, aunque se burle la mayor parte del tiempo. ¿Cuánto de pequeña será la pequeña indemnización? Si nunca van a darme una beca, ¿por qué no puedo al menos

conservar este sencillo trabajo un poquito más? Llegamos al extremo inferior de la Kiesstraße. Si te das la vuelta, la calle, la tienda, los dos vagabundos vistos desde atrás. Hacia el quiosquito los dos. El famoso quiosquito, con columnas y alero. Los dos vagabundos están ya muy cerca del quiosquito. Han recorrido un largo camino, y cada uno cojea de un pie distinto. Ahora, dije yo, casi tenemos que estar contentos de nuestra desventaja de no haber tenido la casa el año pasado. Si el año pasado hubiéramos tenido un piso de tres habitaciones con una gran cocina y un pequeño balcón. Tres habitaciones. ¡Todo auténtico! ¡Se puede utilizar! Sólo setenta marcos más al mes. ¡Una oportunidad única! ¡Mucho más grande, y sólo setenta marcos más! ¡No va a volver a estar libre! Mejor esperar, dije yo entonces, apenas nos llega y, con una niña pequeña, no se puede salir adelante sin dinero. Al menos un poquito. Necesidades primarias. No como de costumbre. Con una niña pequeña no se puede. Piensa en la factura del gas. Con el alquiler no se bromea, decía mi madre todos los meses. Entonces aún pensábamos que quizá nos darían la beca y nos iríamos con el dinero al sur, donde nos duraría el doble. O, dije yo entonces, a la alta Austria. A Freistadt, no lejos de la frontera. Una zona boscosa. Buena leche. Bosque de coníferas. Allí pronto se está como en Bohemia. O quién sabe, un premio por el segundo libro. Y con el premio, al campo con Carina. O nos quedamos en Frankfurt y todos los días tenemos tiempo todo el día. ¡Imagínate, podría empezar a escribir desde por la mañana! Mejor esperar. Quién sabe en qué acabará todo esto. Pero al final acabó en nada, y ahora todo parece volver a ir peor en vez de mejor. Cómo me gustaría trabajar media jornada en la biblioteca municipal. Por mí, como auxiliar o sustituto del auxiliar, como auxiliar de un ordenador. Lo mejor es la sucursal de la Seestraße. Me habría aprendido de memoria toda la sucursal en las primeras semanas. Una vez presenté una solicitud por escrito a la central. Había puesto especialmente para eso una cinta nueva en la máquina de escribir y había destinado una tarde limpia y vacía, todavía sin escribir, a redactar el currículum. Para la candidatura, una recomendación de mi editorial. Una entrevista de trabajo, una cita. Antes de que me ofrecieran una silla, ya estaba claro que preferirían darle el trabajo a un analfabeto que a alguien que se presenta como escritor. Da igual si es escritor o no. Escritor, lector, dos libros, una hija. Administrativo, librero, jefe de personal. Empecé a trabajar a los catorce años. No puedo imaginar mi vida sin bibliotecas públicas. O casi. Una vez solo, de camino a casa, se me ocurrió contarles en detalle y de buen

grado mi propia e irrevocable vida. Vencido y a pie a casa, un ejército derrotado. Precisamente en esos días puede ocurrirle fácilmente a uno que acabe delante, primero delante y luego debajo, del tranvía, y además sin papeles. Llegamos al final del Kiesstraße, Sibylle y yo, y dimos vuelta a la derecha. Unos pasos a lo largo de la Robert Mayer Straße y enseguida, en la próxima esquina, la Jungstraße. Volvemos ahora por la Jungstraße, completamente cubierta de nieve. Azul la sombra en la nieve, y al borde colores espectrales. Cada sombra con su propia aura. Azul acero y plata en el arroyo el hielo. Todo centellea y brilla, un día así.

En la Jungstraße, una pequeña tienda. Fruta, leche, alimentos. La tienda pertenece a una anciana que la trabaja junto con su hijo. Principalmente ancianos como clientela. Y pocos más. Siempre se va allí cuando no se quiere ir directamente a la Leipziger Straße y tampoco ir adrede al supermercado Kaiser. Sólo a comprar un paquete pequeño de mantequilla, un litro de leche, azúcar y sal. ¡Ayer olvidé la sal! Copos de avena, pasas, harina para rebozar. Media libra de café en grano, para moler en el acto. Y un bote de leche Glücksklee, como para un domingo por la tarde logrado del año 1954. Las amas de casa quieren hacer ellas mismas la harina de rebozar con pan duro y días de invierno sobrantes, y no llegan a hacerla. Otra vez. Ciento cincuenta gramos de paté, una coliflor. Sí, por desgracia hasta ayer tuvimos las mejores, y en oferta. Pero ahora se han acabado. La última se la ha llevado la señora Morgenstern, usted no la conoce, se la hace con miga de pan. Entonces una lechuga. ¿Lechuga o endivias? Y lo que haya para acompañar. La coliflor también se puede tomar con alcaparras, hay de Prusia Oriental y de Berlín. Y dos plátanos maduros y pequeños, maduros, pero no demasiado. Y panecillos recién hechos, pero sólo por la mañana. Los niños entran y compran chicles y galletas. O tienen que comprar un bote de raviolis y no perder el tiempo, ¡pero tampoco caerse! ¡Volver enseguida a casa! Alcohol para encender estufas y dos yogures. Saben que tienen que llevar yogur normal, yogur natural, pero llevan yogur con sabor a fresa. Helado en verano, los niños. Caramelos de frambuesa y polvos efervescentes, que siguen existiendo cuando uno piensa que ya no existen. El hijo, con una vieja furgoneta. También sirve pedidos. A algunos ancianos del barrio, a los que lleva lo más necesario una vez a la semana. Cerillas. Fideos, los mismos de siempre. ¡No olvidar el papel

higiénico! Desde que hacen que les lleven lo más necesario y ya no tienen que salir de casa para cualquier pequeñez tienen problemas con las caderas y las rodillas. Ahora la tienda está cerrada. Pausa del mediodía. Delante de la tienda, la furgoneta. Si se quiere comprar urgentemente queso fresco y detergente para lavadoras (canela, mermelada de albaricoque y una esponja impaciente) se puede llamar a la puerta, y entonces hay que contar una historia. También huevos frescos. Corned Beef en latas y filetes de arenque caseros en salsa de tomate. Dos clases de sardinas en aceite. Naturalmente las dos buenas y baratas, pero ahora hay que ver cuáles valen más. ¡Esas son las mejores! Ha dejado de vender pinzas para la ropa, hacía mucho que no eran rentables. Pero velas sí, naturalmente, ¿a dónde iríamos a parar si no cuando se va la luz? En la pausa del mediodía pasamos por delante de la tienda, en medio de la nieve, Sibylle y yo. Tienes que descansar, dice ella, y comer y dormir como cualquier persona. Puedes leer, pero sólo si al final del día dejas que te acaricie sin resistencia antes de irte a dormir. Leer sólo dentro de un orden. Y nada de escribir. La cosa no va a ser tan mala como la última vez con el libro. Tenía que haberle prometido voluntariamente esperar un tiempo con la escritura. También a mí me parecía bien, mucho tiempo incluso. Pero entretanto el tiempo no me daba respiro. Jürgen y Pascale se fueron a Francia con todo lo que tenían en un viejo autobús Volkswagen de color verde policial, comprado barato. Habían encontrado un lugar en el sur donde querían abrir una taberna. Un restaurante con tres mesas. Tres mesitas. En una casa antigua y angosta, sin bodega, una sola estancia húmeda. Décadas llenas de telarañas, polvo y trastos. Tenían un contrato de alquiler, incluso habrían podido comprar la casa. Encontraron en el mismo lugar una vivienda que no era demasiado cara. Despejaron la sala y empezaron a restaurarla. Su vivienda estaba en casa de un amable y rico cultivador de lavanda, en una colina a las afueras del pueblo. El pueblo se llama Barjac. Vino y fruta y campos de lavanda. No lejos el Ardèche y muchos amables riachuelos que vienen de las montañas y la mayor parte de las veces tienen prisa y hablan con claras voces. Desde la puerta de la casa se ven las Cevennes todos los días. Durante todo el otoño y el invierno me escribió cartas entusiastas, casi como hace veinte años. Tres mesas, o sólo dos, esa era la cuestión. Inauguración en Semana Santa (me escribe ya a principios de enero). Bocetos de menús. Él cocina y Pascale atiende las mesas. Servirá como si fuera un papel en un ballett. Pero, ¿cómo se va a llamar el restaurante? Ya ni siquiera se le podía llamar taberna. Entretanto

tenían un teléfono en la taberna, o sea en el futuro restaurante. A veces me llamaba por la noche y me explicaba cómo pensaba proceder con la restauración. Si la taberna sale medio rentable nos iremos también allí y comeremos todos los días en el restaurante con ellos. Sibylle también como mesera. Carina ya está practicando. En cuanto me siento en algún sitio, da igual dónde, ella se lanza decidida hacia mí, da una palmada (lo más rápido que puede) y dice: Por favor, ¿qué desea? ¿Está bien así? Ahora, Jürgen y Pascale van a venir a Frankfurt ocho o diez días y van a alojarse con nosotros. Provisiones. Discos abrasivos. Una taladradora eléctrica. Herramienta alemana hecha en Alemania. Sólo que aquí es más barata, o tendrían que llevársela de algún sitio. También tenemos cosas en el sótano. ¿Logrará el viejo autobús Volkswagen hacer otra vez el viaje? Entretanto, han comprado cuatro mesas de mármol al dueño de un restaurante en quiebra, y me han dibujado una en la carta como muestra. El dueño del restaurante no ha quebrado, sólo está cansado y viejo y es viudo y tiene una lesión hepática. A las afueras de Alès. Me gustaría poder llevarle las sillas para las mesas. De regalo. Tienen que ser cómodas y modestas. No hay mucho sitio. Lo mejor es que sean de ébano y con las esquinas redondeadas y de cuento como las cosas de cuento de los cuentos orientales. Primero esperar su visita, me dije, y luego organizarlo todo poco a poco. Primero sólo en mis pensamientos y luego en mis tres mesas de trabajo. Y, pronto, a empezar mi próximo libro. Pero entretanto ya estoy clasificando mis viejos blocs de notas y pasando las notas a cuadernos grandes. Siempre por las mañanas, por el momento. Justo al volver a casa. Por el momento, las tardes libres. Los cuadernos me los manda mi amigo Wolfram, de Giessen. Todavía de la vieja tienda de su abuela muerta, en la que estuve de aprendiz a los catorce, seis días a la semana, tres años. De todos modos, en la Jordanstraße hay grandes reservas de papel. Todos mis viejos manuscritos de Stauffenberg. Archivadores Leitz. Mapas. Cajones. Armarios con manuscritos. Varios armarios con manuscritos. Uno de los armarios revestidos por dentro de fieltro verde. Como para la eternidad.

Por la nieve. Sibylle junto a mí. Cómo brilla la nieve al sol. Sencillamente donde ha caído, y la gente, el tiempo y el invierno la han apelmazado y ahora cruje a cada paso, se puede caminar mejor que allá donde los caseros y los

porteros, las autoridades y los servicios de quitanieves la han retirado una y otra vez y esparcido ceniza y sal. Un portal de una casa de Frankfurt. Delante, tres peldaños de piedra arenisca. En el de más arriba, un gato de piel intocada por la nieve. Las palomas brillan sobre la calle. A gran altura, y se posan juntas en el más alto de los canalones. Al borde del cielo, en fila. Y se recolocan minuciosamente, espectadoras, una bandada entera. En Giessen, Sibylle venía a menudo a buscarme al trabajo. Con frecuencia venía *ex profeso* en autobús desde Staufenberg. En Frankfurt, en los primeros tiempos, ella y yo, juntos, todos los caminos. Y luego, desde Niederrad, muchas veces yo iba a lo largo del Main a buscar a Sibylle. A pie. Pasando por delante de la clínica universitaria (¡no hay que enfermar!), la Mörfelder Landstraße y por Sachsenhausen o, para asombro de las gaviotas, por los viejos y oxidados puentes del ferrocarril. La única persona a la redonda. Barcos en el Main. Por Griesheim, Nied, Höchst, donde las fábricas arruinadas cuelgan desesperadas del cielo dejado de la mano de Dios, Occidente. Las depuradoras, el viejo transbordador del Main. La central térmica, obras, la zona de oficinas, Nied, Schwanheim y Rödelheim. Pasando por delante del Römerhof, el Industriehof, la colonia de Hellerhof con sus olvidadas tardes libres e infancias perdidas. De la colonia de Kuhwald, de la estación de maniobras, de las cámaras frigoríficas, de la estación central de mercancías. A través de tres o cuatro puestas de sol. Trenes de mercancías. Barcos en el Main. Por delante del puerto occidental, de Degussa. Viento, humo, una tormenta de nieve. Nieva. Los copos se lanzan al oscuro y lento Main. La Gutleutstraße, la Hafenstraße, dos Hafenstraße, el túnel, preservativos usados, que antes se llamaban parisinos. Los cadáveres del día (los de hoy son los de ayer), las jeringuillas desechables y lo que te escriben en la pared. Profecías, números de teléfono, precios. Muchas ofertas, escritas a lo largo de la pared. Por el túnel, pies secos, vivo, con vida, él vive (¡o sea yo!). ¡He pasado a menudo por el túnel! ¡Y, una y otra vez, he seguido vivo! Y detrás del túnel, detrás de la estación, la salida de la estación. La lejanía, el día, una tierra crepuscular de cianotipos, traficantes y tierra de nadie y la colonia Friedrich Ebert. Trenes de larga distancia, trenes de mercancías, el barrio de Gallus. A pie. Recoger a Sibylle, mentalmente hace mucho que converso ya con ella y siempre, por el camino, conmigo. Tres veces ya el barrio de Gallus *y ahora empieza a nevar. Nieva.* Y por fin la Mainzer Landstraße, que aquí avanza como con muletas; el día te parece avanzar aquí como con muletas. *¡Ha empezado a nevar! ¡Nieve,*

aguanieve, nieve húmeda, que no cuaja! ¡Recoger a Sibylle! Todo el camino a pie. Todo el camino ensayando mentalmente para futuro mendigo de gran ciudad. Frankfurt am Main. En cada camino escribes mentalmente un libro para ti mismo. Edificios de alquiler, fábricas, sombrías construcciones cristianas de ladrillo, que incuban pesadillas constantemente. Como con muletas, el día. Obras, almacenes, coches usados, coches usados, coches nuevos y usados. *¡Aceptamos su coche usado como pago al máximo precio!* Cuarteles, búnkers, la guerra, la Primera, la Segunda Guerra Mundial. En medio de la nieve y de la lluvia la Mainzer Landstraße hasta la Plaza de la República. Medios días y días enteros a pie y con esfuerzo dentro de mi propia cabeza (en Frankfurt am Main el aguardiente más barato sigue siendo el de maíz, de pie en la barra, ¡pero es mejor tener dinero para una petaca! Aguardiente, brandy, ron, mezcla de ron, cigarrillos y conversaciones con uno mismo, primero una petaca, luego yo y el día, ¡y luego otra petaca!) El camino y el día y mi media vida y la ciudad con todos sus suburbios pasando por mí una y otra vez. ¡Casi desaparecido! El invierno de 1977/1978. Nuestro primer invierno en Frankfurt, años de invierno. Ni siquiera encontré trabajo como repartidor de propaganda o vendedor de periódicos. Ni como cargador ni como auxiliar de cargador. Escritor sólo para mí. El camino entero a pie. Un largo camino. En la Plaza de la República, delante de la casa Bellaphon, sobre la nieve pisoteada. Muchas luces por la tarde. Esperar, de pie en el crepúsculo neblinoso, frío y húmedo. ¡Sibylle tiene que salir ya, en cualquier momento, viva, y venir hacia mí! Las cinco de la tarde, las cinco menos cinco. ¡Esperar, y no convertirse en fantasma a lo largo de todo el camino! Ahora, desde que Carina está con nosotros, raras veces estamos Sibylle y yo sin Carina. Lo conseguiremos, me dice ahora. Mejor que antes. Con Carina sí, de un modo u otro. Y todo lo demás que nos decimos. En cualquier apuro y en cualquier momento. Mientras sigamos juntos, tú y yo.

El futuro. Pronto será primavera. Del futuro y nosotros y la primavera y de la primavera dentro de un año. ¿Quiénes somos? ¿A dónde vamos? Los dos vagabundos pasan por delante de nosotros. La Kiesstraße, mediodía, Sibylle y yo. En medio de la helada, del aire gélido, en el luminoso mediodía su voz junto a mí y el sol cálido que nos da en la cara. *¿Somos nosotros los que andamos aquí?* ¡La nieve resplandece y muy clara cada palabra suya, cada

sílaba! ¡Casi como si pudiera *ver* los sonidos, con esta luz! Y de pronto seguro de que todo lo que dice no existirá. Ni el tiempo ni nosotros. Perplejo. Entonces. Una separación era entonces impensable. Me vi detenerme. Una sombra, un espejismo. En medio de la nieve, al sol. Luego, lentamente, retrocedo como sombra, paso a paso. Un murmullo como si hubiera perdido algo. Me quedo plantado como un monumento. Al borde de la acera. Un monumento conmemorativo, una estatua de sal masculina. Me dejé ir. Lejos de mí y de vuelta, siempre de vuelta. Con ademanes, primero ademanes aún, luego un salvaje manotear. Tropezando, embebido en conversaciones conmigo. El camino de vuelta, en pos de los vagabundos. Un trasgo al sol. ¡Uno que molesta, sin nombre y sin techo, que no está en sus cabales! Hasta que me perdí de vista. ¡Día y noche por la ciudad y no encuentra el camino y no se encuentra a sí mismo, en su memoria! Y siempre junto a ella. ¿Somos *nosotros* los que caminamos? Puedo oírla, y aún así estoy como sordo. ¡Como en una bola de cristal, una bola de cristal o convertido en piedra y como si fuera para siempre! ¿Quizá me he olvidado de comer? ¿Quizá justo después de la tienda este aire claro y frío demasiado deprisa? ¿Quizá he respirado *mal*? Caminar. Caminar junto a ella. Un cielo profundamente azul. Delante de nosotros las palomas levantan el vuelo y se alzan luminosas hacia la luz. Como si flotaras, me dije, eso hace la luz, y de pronto el aire es tan tenue, y lo sientes en el corazón. ¡No te desmayes ahora! Seguir adelante: la tierra delante de tus pies y respirar despacio, ¡despacio! Una pequeña muerte, una debilidad, y ni siquiera me he dado cuenta enseguida. Sólo para practicar la mortalidad. Ahora un pequeño descanso y se pasará: enseguida iré mejor. La Jungstraße, la Jordanstraße y el cruce delante del durmiente Tannenbaum. ¡Como si no hubiera pasado nada! En medio de la nieve, al sol, la tienda griega. Cajas de fruta delante. Un toldo a rayas, azules y blancas. Más adelante en la calle los estudiantes, ahora. Junto a las máquinas de chicles. Bolas de chicle con colorantes y posibilidad de premio. Pegado a los niños, el perro marrón. Como si esperase una conversación, pero no quisiera resultar molesto. Ahora ya no dices nada, dice ella. Y ya vas por la nieve hacia la puerta de la casa, que nos conoce. Sube, dice ella, ¡sed! La produce el aire, y tener tanta prisa. Subo un momento, y enseguida a la guardería. Tan ajena, y tú no dices nada, dice ella, y me toca. ¿Correo? También entonces preocupaciones constantemente. Nunca sin preocupaciones. La factura del gas, la cuenta del banco en números rojos, cartas amenazadoras de las autoridades. Sin dinero, y

todavía sin tener los papeles en orden. ¡Nunca! Y sin embargo me resultaba fácil mirar todos los días el buzón. Como si estuviera protegido, como si no pudiera pasarme nada. Algunos días miraba el buzón tres veces al día, y me inventaba los motivos una y otra vez. Cada vez eran nuevos, los motivos.

La casa. Solo ahora, y todavía perplejo. Acabo de volver en mí lo bastante para notar que no me desmayo. Todavía el cerrarse de la puerta cuando ella se fue. Casi una hora desde entonces, y no sé qué he pensado (¿dónde estoy cuando no estoy conmigo?). El sol en la habitación. Cómo brilla el día. ¿Por qué son ya las tres? Un día de esos en los que uno se asusta ante su imagen en el espejo o no se reconoce. ¡Como si el espejo supiera algo que nosotros todavía no debemos saber! Todavía su voz, la puerta, sus pasos en el oído... ¡se ha ido! Y quién sabe, quizá exactamente como el tiempo, ido para no volver. Ya más de ocho años juntos. ¿No es cada apartamento como una tumba? Carina pronto tendrá tres y medio. Nunca había pensado siquiera en una separación. El único que a veces habla de eso soy yo. ¡Si no entiendes lo buen pintor que era Cézanne, y que ha pintado el silencio una y otra vez! ¡No quieres entender que una sola frase de Rimbaud, aunque nadie lo haya leído nunca, cambia la vida, y con razón! Que sería correcto y estaría bien que pasara el resto de mi vida sentado delante del cuadro de Hobbema que está en Londres, y recorriera con el pensamiento la carretera que va a la ciudad. ¿Cómo se llama la ciudad? ¿Es una ciudad, o más bien un pueblo? Por mí en la cárcel, celda individual, el cuadro en forma de tarjeta postal, y no volver a intercambiar una palabra con nadie. Pan y agua o sopa prusiana de agua, me da igual. Pero, en todo caso, con sal. Mi propia sal. Sal y cebollas. Son exquisitas en la cárcel. Si quieres vivir, imprescindibles. La avenida de Middelharnis. ¡Y aún me gustaría más si fuera otro! ¡Una vida rica y plena! En el cuadro siempre es sábado por la tarde. ¡Aparte de mí no lo sabe nadie! Y la verdad en ese poema de Lo-Tschu-Nai. Muerto a los treinta y tres, y no sabemos cómo ha vivido. Y tampoco sabemos chino. Que es mejor aquí, en el sendero, da igual si el pueblo se llama Seelenberg o no (¡simplemente lo escriben así!), a pie por el bosque a Usingen. Aunque no conozcamos el camino y muy probablemente se nos eche la noche encima; ¡aún no quiero saberlo! ¡Ahora, como ante nuestras propias miradas, aquí, adentrarse en el bosque que espera! ¡Incluso si no llegamos, incluso si nunca llegamos!

Siempre será mejor que abordar un autobús (que de todos modos habríamos perdido, y el día también!) o ir en el metro rápido desde Frankfurt, con muchos rostros desconocidos, sin aire suficiente y uno mismo con un rostro ajeno en el rostro. Sólo de vez en cuando un rostro ajeno en el rostro, y luego se queda para siempre. Si no quieres admitir que toda autoridad es una ofensa, exactamente igual que las estaciones del metro. Que es *más razonable*, dije yo, ir durante millas en la dirección equivocada o girar en círculos para siempre que preguntar el camino a alguien. ¡Y menos aún a un matrimonio armado de silencio hasta los dientes! ¡Y no digamos a una madre alemana que lleva a rastras a su hijo! En ningún caso a un agente secreto disfrazado de conductor de autobús o dueño de tienda. ¡Nunca a un policía! Si no lo entiendes, no sé por qué seguimos juntos y por qué nos conocemos. O no nos conocemos y nunca nos habríamos conocido. Así o algo parecido. También para decirle mi desesperación los días de lluvia. Y para obtener pruebas de amor de ella. Cada historia porno que escribas para mí tiene que tener una historia previa, una introducción y, después de la parte principal, la conclusión y varios apéndices. Exactamente igual que en la vida real, sólo que más detallado. Naturalmente, también diálogos. Espacio y tiempo. El clima forma parte del asunto. Y tienes que dar ejemplo y representar después cada una de las historias. Escenarios de la vida cotidiana. Exactamente igual los papeles secundarios. Cada frase una imagen. Hay que hacerse las imágenes como lector, así es la lectura. Pero también con fotos y series de fotos, que uno se imagina y numera. Y continuaciones, muchas continuaciones. Eso somos nosotros. Eso es la infinitud. ¡Nadie muere! ¡Debes cantar! Eres el presente y la vida en esas historias. Como por las mañanas salgo antes (apenas duermo por la noche), ella me escribe notas que yo debo encontrar al volver a casa. En la mesa familiar, en la cómoda, en la ventana, en una de mis tres mesas de trabajo. A menudo se pasa con Carina por la tienda de antigüedades, de camino a la guardería. Quizá haya una nota para ti en casa, me dice. En la tienda de antigüedades la mayoría de los clientes son tipos raros. Algunos recogen la tienda y clasifican los libros. Los hay que no compran para ellos *los* libros que les gustaría tener, pero sí otros. Y te cuentan una y otra vez su operación de vesícula. Con dibujo incluido. Como si se la hubieran hecho ellos mismos, y muy probablemente por motivos de fe. Uno que tiene que pasar página por página cada libro que toma en sus manos, porque podrían estar pegadas. Algunos vienen y me leen, o quieren que me haga vegetariano y

que a partir de ahora sólo construya mis casas con cáñamo y madera natural. ¡Y necesariamente redondas! ¡Sin esquinas ni bordes! Como mucho se permite cera de abejas para la madera. En mitad del mediodía (de pronto hay mucha luminosidad) llama Sibylle desde la editorial a la tienda y me hace declaraciones de amor y me dice apasionadas obscenidades. A veces desde la editorial y a veces desde cabinas telefónicas de cristal. Cuando la vi por primera vez tenía diecinueve años. Sólo sabía su nombre de pila. Una estudiante que vive sola y está en el Socorro Rojo. ¿Qué es el Socorro Rojo? Llegamos hasta ella por una dirección de refugio, la mujer que ella conocía y yo. Era urgente. Ella vivía a las afueras de la ciudad, en una fábrica vacía. Cuando fuimos a verla, estaba de pie encima de una mesa. Sabía por qué íbamos. Una cola de caballo, una camisa de hombre a rayas y unos pantalones de pana que alguien le ha regalado. Muy ajustados y demasiado cortos, desvaídos y de color rosa, y tan finos que uno piensa que o la tela se va a romper o va a volverse transparente. Estaba encima de la mesa como si en realidad estuviera desnuda. La mesa junto a la ventana. Un alto ventanal de fábrica: rectángulos de la misma altura. De puntillas delante de la ventana, con los brazos encima de la cabeza. Sujetando una cortina. Y ahora se voltea hacia nosotros.

Eso era en octubre. Desde entonces han pasado más de ocho años. Ahora conmigo. En la casa. Solo. No puedes quedarte, ni irte ni quedarte. ¡Es seguro que dentro de un año ya no estaremos juntos, que ya no existiremos! Y sin explicación, perplejo. He dejado de beber hace cuatro años, de lo contrario estaría muerto. Al dejarlo aún pensé que por lo menos cuando muriera tendría la cabeza lo bastante despejada para saber que era mi propia muerte. Para poder estar en mí ser cuando muriera. Hace mucho que no he jugado hasta el final. Nunca he terminado nada, apenas he empezado mi jornada. Y desde entonces la vida volvió a mí. ¿Qué va a pasarnos? Con una hija, si eres responsable de ella, no puede pasarte nada. Ni siquiera contraes una gripe mientras la niña es pequeña. También Sibylle y yo nos hemos metido en la cabeza: con niños no es posible sacrificarse. Lo más importante es que nos vaya bien, como padres. Eso es lo mejor para los niños. Carina pronto tendrá tres años y medio, y cada día es más hermoso estar con ella. El tiempo ahora, ¿el reloj? Sólo un viejo despertador eléctrico, que a veces gime por el

esfuerzo, el único reloj en la casa y en nuestra vida. Y ahora, mirar una y otra vez qué hora es. Me lo he llevado a mi habitación. Con cable. Es tan anticuado que no funciona sin estar enchufado. Pero en comparación con los despertadores del pueblo de mi infancia es modernísimo. Lo mejor sería tener ahora tres o cuatro o diez relojes a mi alrededor. Como para una carrera. De ser posible, relojes a los que hubiera que dar cuerda y agitar todo el tiempo. Acicatearlos. Hablarles. Incluso relojes de arena. Y cronómetros, como en una fiesta deportiva, como en el ajedrez de competición. ¡Lo insoportable es un estado que empeora a cada minuto! ¿Cómo va a aguantarse algo sin entenderlo? ¡Como si hubiera perdido el lenguaje! ¡Ya ni siquiera hablo conmigo! (¡Me dije!) ¡Me falta aire! Quería beber agua y no podía. Dentro de un año, ¿qué pasará dentro de un año? Ya no estaremos juntos, y entonces, ¿dónde estaremos? Has sobrevivido a tu guerra, con eso empezó todo. ¿Separarnos? ¡Yo no! ¿Que ella se separe de mí? ¡Inimaginable! Fumar, toser, fumar. Empecé a fumar a los dieciséis, y desde entonces he sido fumador en cadena la mayor parte del tiempo. ¡Quizá hace mucho que tengo cáncer de pulmón, y de todas maneras es demasiado tarde! ¿Hace mucho quizá que es demasiado tarde? Directamente aliviado ahora, porque al fin tengo una explicación. Enseguida me sentí como si siempre lo hubiera sabido. Al menos en secreto. ¿Y desde cuándo? ¿Cuándo has empezado a morir? ¿Ahora aquí conmigo y con todos mis sentidos y el mundo respirando como una mariposa en mi mano, y dentro de un año todo muerto? ¡Por eso ha sido! Y enseguida se convierte para mí en certeza. Faltan cinco minutos para las tres y media. Cómo ha corrido antes y corría y ahora ha vuelto a ralentizarse el tiempo... ¿o viceversa? Por fin he podido al menos tomar expreso y cola y además seguir fumando. Casi como por las mañanas en la tienda. Como en una casa ajena. ¿Ahora vamos por fin a comprarnos la esfera de nieve? Hemos querido siempre una esfera de nieve. Para Carina y también para nosotros. Pero ninguna era lo bastante bonita. Lo mejor, una con una casa, un árbol, un pueblo, una ciudad, un gran bosque. Un bosque de pinos. Una zona de pinos. Un paisaje, un país entero. Agitas la esfera de nieve y empieza a nevar. Nieve, cada vez más nieve, los copos cada vez más densos. La nieve cae y lo cubre todo. Otros dos-tres expresos, apurar la cola y fumar sin parar. ¿Y luego pasar ante las vallas con anuncios de cigarrillos de la Leipziger Straße? ¿Primero en la Leipziger Straße, o directamente al centro? ¿Comprar cigarrillos por el camino y seguir encendiendo uno con otro? ¿Como llevo haciendo años,

décadas? ¿Por la ciudad y con mi vida de hora en hora? Pero tampoco ahora encontraría una esfera de nieve lo bastante bonita. Y me di cuenta de que no podía marcharme de allí antes de haber visto a Sibylle y a Carina. Ni marcharme de allí ni ir a ninguna parte. Quise cortarme las uñas. Primero las de las manos y luego las de los pies. Y me di cuenta de que en ese momento no tenía la paciencia necesaria. Afeitarme y no tenía paciencia. Llenar la bañera y no tenía paciencia. Olivas, pepinos, un pan y ninguna paciencia. Jamón sin pan pero no la paciencia. Ni siquiera para mirar por la ventana. Sólo quedarme y esperar. Siempre he sentido en el estómago los relojes del mundo y la cara que ponían para mí, según si aún quedaba tiempo o no. Ya de niño. Los peores eran los relojes de las estaciones. No puedo guardarme nada para mí. Sí que puedo, pero me cuesta trabajo. Sólo en el entorno más íntimo. Ni siquiera regalos y sorpresas. ¡Vamos a intentarlo! Cierra la boca, aprisiona la lengua, mueve la cabeza, silencio. La boca como una raya. Primero una raya, luego un punto. Apartar en silencio la mirada. ¡Comer, negar, para que no se me escape el secreto! Atragantarse, toser, ataque de asfixia, nada de sueño. Primero la noche entera sin pegar ojo, y luego despertarse sobresaltado y presa del pánico. Neuralgias, fiebre, brotes de sudor. Series enteras de pesadillas perfectas. En cuanto voy con una sorpresa para Sibylle, en cuanto tengo incluso la primera idea: ¡silencio inmediato! ¡Enseguida tan obstinado que ella piensa que estoy enfadado, ofendido, embrujado! Líos con mujeres extrañas, maravillosamente bellas. Y ricas e inteligentes, supone ella. Muy dotadas. Líos con países extranjeros, con libros, mujeres y hombres. Hace mucho que estoy en otra parte, cuando no hartado. ¡Basta del mundo, eso sería lo peor! Y me mira y piensa que ya no la quiero. Y pronto no la conoceré. Todos los años y navidades, hacia el largo y oscuro diciembre: ¡diciembre es casi insoportable! Y en verano, cuando se acerca el día de su cumpleaños: ¡en verano sí, en verano hay que abrirse! Y cualquier sorpresa en otoño y en primavera. Al menos las sorpresas para Carina puedo compartirlas con Sibylle. ¡Las verdaderas sorpresas tienen que ser en el acto! ¿Y ahora? ¿A quién voy a contarle mi futura muerte? Fecha desconocida, pero presumiblemente dentro de los próximos doce meses o antes de expirar el año, es decir, en ningún caso mucho después de la mencionada (prevista) primavera, dentro de un año, vinculante. Será usted inequívocamente informado a su debido tiempo. Obediencia obligatoria. Todos los plazos de reclamación prescritos. Prescritos hace ya diez años. Prórrogas en el lecho de muerte dentro de la

prevista primavera oficial solamente por horas. Como aplazamiento. Exclusivamente por motivos administrativos de orden superior. Como mucho de día en día, y revocables. ¡Las consultas y preguntas son inútiles! ¿Cómo voy a guardarme para mí esta muerte? ¿Voy a llevarme el silencio a la tumba como legado? ¿Cómo se muere y cuándo se ha muerto, cuándo ha empezado? ¡Y tiene que pasarme precisamente a mí!, se dice uno, ¡precisamente a mí! Hasta ahora siempre he considerado la muerte un error humano, una necedad, un malentendido. Por comodidad. Una costumbre insípida. Precisamente el silencio nos mata al final. Como si uno se estrangulara a sí mismo. Estoy con gusto a su disposición para más detalles. ¿Y si al final quizá la muerte se presenta ante nosotros como un fantasma? Una locura fantasmagórica. Como el progreso y el dinero y el tiempo. Y como nuestra vida, cuando por la mañana no la reconocemos y (¡ha pasado otro verano!) nos esperamos a nosotros en el *hall* de un hotel o perdidos en paradas de autobús. En estaciones. En la rampa. En la pasarela del transbordador. El despertador gime como si llevara gimiendo mucho tiempo. Y cómo se esfuerza. ¡Muy caliente! ¿Desde cuándo se calienta tanto? ¡Un día va a empezar a arder! Lo veía delante de mí. ¡En el futuro inmediato, un día, explotará como fuegos artificiales! ¿Y yo? ¡Arderé! Ya he tenido mucha suerte en la vida. Descanso y tiempo y días abundantes. Los días han sido amistosos conmigo. ¡Y a menudo todo ha estado bien! La mayor parte del tiempo tu vida te parece incluso como si tú mismo la hubieras ideado, me dije. ¡Y ahora cada vez más! ¿Por qué no sigue siendo cada día como una larga vida feliz? Qué esplendor, este mundo. Un día en el baño, en las losetas, imágenes del paraíso. Dos losetas sueltas. Las imágenes del paraíso, como escenas de mi vida. ¡Cuando brilla el sol todo me pertenece! Pero, siempre *a posteriori*, sabes que has estado protegido, salvado, a salvo, durante un año, un día, una tarde. Siempre en medio del sueño se da uno cuenta de que sueña. Y sueña que sueña que sueña. El sol en la habitación. Ya cuando Carina era muy pequeña, cuatro o seis semanas, el sol jugaba con ella aquí en la habitación, todos los mediodías. Siempre has pensado que bastará con dejar de fumar a los sesenta. A los sesenta y tres. Hasta entonces, fumador en cadena y llegar a ser viejo como Matusalén. ¡Cáncer de pulmón o no, deja ahora esa idea! Incluso con el riesgo de perder la idea. Como mucho al comprar cigarrillos. Al fumar. En cuanto enciendes un cigarrillo con el anterior. Siempre tienes en mente el uno y el próximo y el siguiente. Ante cada anuncio de cigarrillos, al respirar y al ver cómo pasa el tiempo. Como mucho entonces,

y sólo como un lejano recuerdo. Al escribir, al respirar, en cuanto el mundo te llama y cada vez que estás con Sibylle y Carina. Y cuando sientes que piensan en ti. El sol en la habitación. Los tejados llenos de nieve. El día brilla delante de la ventana. Una luz de invierno. Y ya ha empezado a irse. De la calle llegan voces de niños. Aquí conmigo y solo. Solo con el tiempo, confiado al viejo despertador eléctrico, que a veces gime por el esfuerzo. Y desear que Sibylle y Carina vengan a casa, en cuanto oyes a los niños en la calle. Los niños jugarán delante del portal, y su sombra cada vez será más alargada. Niños de colegio, dice Carina. ¡Que vinieran, Sibylle y Carina, antes de que esta luz se fuera y desapareciera por completo! Cuando ya las oigo en la escalera, puedo —¡salvado por hoy!— dejar correr por fin el agua en la bañera. Un plato de fruta, palabras, reencontrar el lenguaje. Hambre y sed. Olivas, pepinos, pan. Sibylle con la boca llena y una historia de hoy. Sus manos como pájaros. ¡No es ninguna viuda! ¿El jamón con o sin pan? Pasas y lo que se necesita para escribir, letras, sitios para las letras, que ya en casa de mi madre, como desde muy lejos, decían pan en ruso. Un lenguaje nutritivo. Y palabras para calentarse con ellas. Café con leche, té, leche caliente con miel. Carina se sentará en el alféizar y tomará nocilla con una cuchara. Una cuchara sopera. Y nosotros como padres podremos hacer como si estuviera permitido. Los tres podemos bañarnos. Aceite de lavanda, tiempo, la fiesta del baño. En el baño pequeñas losetas, grises y blancas. Y de pronto se han convertido para mí en estampas del paraíso. Todas las lámparas encendidas y con el día y el mundo hacia la tarde. Nos habría gustado alargar el tiempo hoy y jugar con ella como si fuéramos siempre nuevos, siempre una vez más. Como si siempre pudiéramos empezar desde el principio, el tiempo. Llevar a Carina a la cama, a ella y con ella a muchos peluches cansados y las historias de esos peluches. Cada animal ha escogido qué animal quiere ser durante su vida. Llevarla a la cama con todos los libros ilustrados. Durante horas. Repasar con ella sus colecciones de palabras, contemplarlas, clasificarlas. Dar vueltas en la boca a cada palabra hasta que se caliente y empiece a brillar. ¡Son exquisitas, son indestructibles! Cada vez que se va a dormir, siempre quiere volver a aprenderse las horas y los números y todas las letras. ¡Tomar leche otra vez! ¿Seguirá todo delante de la ventana? Todas las tardes quiere volver a vivir todas las tardes anteriores de su vida y siempre ir un poquito más allá. ¡Que no se olvide ninguna!

Esta tarde acabo de recordar cómo estaba Sibylle encima de la mesa cuando la vi por primera vez. *¿Vivimos o actuamos?* Poco antes de medianoche. Carina duerme. El mundo duerme. Sólo Sibylle y yo seguimos despiertos. ¿Quizá esa tarde por fin podamos ver en paz las fotos de *Ámsterdam*? Una revista que Jürgen me ha enviado por correo. Pasear por las fotos y ver a quién nos encontramos además de nosotros. Hace décadas que quiero ir a *Ámsterdam*. Como si *Ámsterdam* estuviera esperándome desde hace mucho. Empecé muy pronto, al irme a dormir y al despertar, a pensar en *Ámsterdam*. Si en alguna parte está escrito *Además*, yo leo *Ámsterdam*. ¿Llegará la llamada de hoy de Jürgen antes de medianoche? Hace una semana que llama todas las noches: ¡Pascale y yo iremos pronto! En el restaurante, en esa húmeda bóveda de piedra en la que están instalando el restaurante, han puesto el muro de la chimenea. ¡Casi listo! Ayer también estaba ya casi listo. Así que pasado mañana, si es que aún es hoy, ¿o ha pasado ya la medianoche? Pasado mañana o al día siguiente, dice, en cualquier caso volverá a llamar antes. Más a menudo aún... ¿y cómo estamos nosotros? ¿Qué quieren que llevemos? Nada, le dices, nada o quizá miel. Un frasquito pequeño, una cucharada de miel. De ser posible miel de tomillo, de vuestros vecinos. Oye, una mesita de mármol, el sol de la mañana y al sol de la mañana un café au lait, un pequeño café negro y un Gauloises y un Gitanes. Exactamente igual que para ti y Pascale. Para Carina un trocito de *tarta aux pommes* y una rama de ciprés, con la que puede mostrar a las avispas el camino. ¡Por aquí, por el aire! Una rama de ciprés, que huele bien. El café con leche para Sibylle. Una vieja fuente de piedra cerca. Dos o tres olivas quizá. Lo mejor con ajo y romero, como en Marsella. Y un pequeño Chèvre de las Cevénes. No tiene que ser mucho más grande que un sello de correos, el Chèvre, pero tiene que tener sal. Sal de mar de la Camargue y una gota de aceite de oliva de la comarca de Remoulins. Sólo para probarlo. De tarde en tarde (quizá lo ha escrito). Unas lonchas de salami de Arlés. De la clase que en Arles llaman *le véritable*. Se saborea (¡masticar bien!) y enseguida se empieza, dicen allí, a fanfarronear desmedidamente. Es lo que hace ese embutido, dicen. Un tarro de mostaza, puedes comprarlo en cualquier supermercado, mostaza de Dijon. ¿No es ahora la época de las trufas en Perigord? Qué olor tan bueno y nutritivo, cuando tienes un puñado de trufas en la mano. Un par de Cornichons. Tienen

que ser más pequeños que mi dedo meñique. Una tira de pasta de membrillo y una lata de puré de castañas. La misma lata de puré de castañas que uno siempre quiere traer de Francia o trae o pide que le traigan, y después olvida comer en Alemania. Sombras de plátanos. Una Madeleine, sólo una. Lavanda, la justa para respirar hondo una sola vez. Del campo de lavanda que hay junto a vuestra casa. Del campesino que se las ha alquilado. El terreno cubierto de musgo delante de tus pies. Sólo la vista. El horizonte todo el tiempo. Para Sibylle un par de vidas en la Provenza, porque la mejor época de su infancia empezó allí. Carina quiere un gato de color gris claro. En realidad gris azulado incluso, como el que vio en Martigues en septiembre pasado. Y para mí blocs de notas, muchos diferentes. Gruesos blocs de notas con rayado francés. Eso ya lo sé, te dirá, hace mucho que te conozco. Qué pena que ya no bebas vino, dirá, y apenas se atreverá a decirlo. ¡Y cómo te gustaba el aguardiente!, dirá, ¿te acuerdas? Coñac, Calvados, Armagnac, Marc. Mañana un aguardiente y todos los días, como en un largo sueño matinal, el aperitivo en las tabernas. De todas clases. Y cómo brillaba en las botellas y en las copas y en todos los espejos de las tabernas y luego, para siempre, en el recuerdo. Pascale lo traerá para Sibylle. Cuando se es una persona que pasa la mayor parte del tiempo callado, siempre sorprende cómo las mujeres pasan de tema en tema con muchas palabras. El teléfono, me dice cada vez, no está en la casa, sino en el restaurante. Mistral, al cuarto día ya se llamó Mistral. Soleado y no tan caliente. Pero protegido del viento, uno puede sentarse a gusto al sol a mediodía. Hace ya mucho. Todo enero ya. ¿Qué tomará, entonces? ¡Jarabe de anís! Jarabe de anís sólo lo hay en Francia, y huele como el pastis y la lejanía. Como una mañana temprano en un barco. Como antes de zarpar hacia nuevos países. ¿Habrá sido esta tarde cuando la casa empezó a temblar? ¿Y no lo notamos en seguida? Sigue siendo primera hora de la tarde. Conmigo, con mi corazón, con cable y despertador y la hora en mitad de la habitación. Con creciente impaciencia ahora. Hacia la tarde. ¡Cada vez más apremiante ahora, esperar cada vez *más deprisa*! Esperar con creciente velocidad. El tiempo arde. ¡El tiempo es un fuego viviente, y me quemo! Y escuchar a Sibylle y a Carina por encima de los gemidos del despertador. Como si enviara fantasmas. A lo largo de la Jordanstraße y por el campus. Por la Beethovenplatz, a la Schwindstraße. ¿No irán ya de camino a casa? Cruzar la Bockenheimer Landstraße y llegar a la entrada de la guardería. La casa ocupada de la Siesmayerstraße. Anarquistas. Violentos. El escenario anarco.

El lugar más pacífico del mundo. El verano pasado la restauraron chapuceramente durante semanas. Estuvieron restaurando hasta entrado el otoño. El año pasado, el verano duró hasta entrado el otoño para los niños y para nosotros en la guardería. Y ahora empezamos a prolongar a modo de prueba la guardería hasta la tarde. El despertador, la hora. Estar en pie y escuchar y esperarlas. Con todos mis sentidos. Para que, cuando vengan, el sol aún no se haya ido y las voces infantiles sigan en la calle. Para que pueda sonreírles de antemano y dar comienzo a tiempo a mi alegría. Y volver a encontrar el lenguaje, eso lleva su tiempo. Eso fue en enero, hace un año. Ahora, en el trastero. Junto a la lámpara. Mi sombra, los zapatos y yo. Agotados, ¡están agotados, los zapatos! ¿Qué voy a decirles a los zapatos? Primero un invierno de lluvia y luego uno de nieve. El nuevo cómputo del tiempo. El año 1984. Una vez tuve una hija. El trastero. Mi manuscrito. Mesa y cama meramente prestadas. Me he mudado hace seis semanas y desde entonces ha pasado el tiempo. Finales de febrero. El invierno aún no termina. Y sólo me quedan los últimos tres días en el trastero.

NOTAS

[1] Nuevo quiere decir nuevo desde hace cinco años, pero cuando Sibylle y yo llegamos a Frankfurt, en el otoño de 1977, allí había una taberna que se llamaba Schlagbaum.

[2] ¿O solamente se lo proponen y no llegan a hacerlo, las mujeres, y pronto envejecen?

[3] Al despertar por la noche, un grito abrupto: ¿Vencejos? Tienen que ser comejas, tiene que ser el crepúsculo como con alas, tienen que ser sombras y golondrinas y urracas, ¿o hay un decreto que dice que los vencejos también se quedan en invierno? Siempre sin aliento, sigo mi camino hacia el día, antes de que aún haya verdadera claridad: ¡No tienes más que añadir los vencejos a tus pensamientos! ¿O son azores, y vuelan a gran altura sobre la ciudad? Águilas y aves legendarias y azores... ¡ahora estoy despierto, o no estoy despierto? ¿Sueño quizá todas las mañanas la mañana y a mí y mi recorrido matinal? ¡Ante mí el día vuelve a vacilar, y multitudes de vencejos! ¡Son tantos, incontables! ¡Vienen en multitudes, de todas partes, y entran conmigo en el sueño! ¡De mañana otra vez!

[4] A las tres de la mañana, recordarás, las calles vacías empiezan a irse. Miras al cielo y la vacía Alleenring se convierte delante de tus ojos en puntual carretera de acceso a una Vía Láctea increíblemente acelerada.

[5] ¡Las rutas, los horarios prescritos, la compasión humana, y especialmente el reducido presupuesto, nos lo impiden!

[6] ¿O estaban, cuando vieron las torrecillas barrocas, ya en Würzburg, en Budapest, en Arad, en Oradea? ¿Cuánto faltaba para Odessa, cuánto para Damasco?

[7] Para cuidar los zapatos: ¡Caminaba como si fuera otro!

[8] Hay apenas dos kilómetros hasta Rödelheim, donde también hay una gran piscina para la época de verano en la ciudad, para las avispas y las personas. Una piscina con prados y viejos árboles, mucho espacio. El parque Brentano. Estaciones, el Nidda. El Nidda susurra. Aquí se divide el Nidda. Junto a la orilla, un camino. Puentecitos, sombra, la luz en el agua, una pasarela. El camino pasa por entre el susurro. Hacia la sombra. Hacia la tarde. Patos, una presa, una rueda de molino y, viva, una cascada, verde. La isleta de Rödelheim. A menudo he ido a Rödelheim con Carina a parar las tardes. A menudo con toda la guardería. En el césped hace calor. Siete niños, una gran sandía a buen precio, ni un solo pañuelo, ni siquiera papel higiénico, y la navaja está mal afilada y es un poquito corta. A menudo con Sibylle y Carina por las calles laterales de la tarde, lentamente de casa en casa, escogiendo las más bonitas. Las casas son pequeñas y antiguas. Talleres. Cobertizos. Un anexo y un anexo al anexo. Cada casa tiene un patio con luz y con sombra. Unas veces es un patio de mañana y otras de tarde. Son casas de campesinos, dice Carina

(¡que siempre confunde la *m*!). Acabamos de comprar cerezas. Dulces cerezas, las primeras de este año. Y hemos evitado por los pelos que con las cerezas nos regalaran una gran tortuga laúd dormida. Ha sido a principios de junio. Los castaños con altos penachos. Las lilas florecen. No son verdaderas casas de campesinos, dije yo, porque soy de pueblo. Pero hacen que son casas de campesinos, dice ella. Pronto tendrá cuatro y lo sabe todo, o casi todo. En junio, una tarde. Una semana antes de mi cumpleaños. El verano acababa de empezar. Rödelheim es un suburbio de Frankfurt. Los misiles atómicos han sido estacionados oficialmente en Rödelheim. Y luego, se les han añadido oficialmente las cabezas nucleares. Pershing Dos.

[9] ¿Habrán cargado barcos con ellas?

[10] Y sólo unos días después mi sueño a pie de página y en el sueño me ha dicho, sobresaltada: ¡Pero si no hay vencejos en invierno! ¿Quizá regresan sus almas volanderas? ¿Todas las mañanas y todas las tardes? O, de niño, me he quedado dormido antes de tiempo sobre la mesa de la cocina. Por la tarde. Bajo la lámpara. ¿Y desde entonces sólo he soñado los días, todos los días? ¿Y ahora también mi vida como sueño dentro del sueño? ¿Despertar por fin! Pero ¿cómo?

[11] Como si estuvieran perdidos aquí en el atardecer, como si nos dijeran uno-dos-tres, como si se perdieran en el conteo y en el ensamblaje de los versos.

[12] Quizá también el hielo sea artificial. La época como instalación frigorífica. Omnipresente en baúles con muchos cajones, y trueno y vibra. En el pasillo Mali, la muñeca de trapo, yo. Arte en construcción. Tamaño natural. Pero ¿quién nos ha traído aquí? ¿Idea y forma? ¿Y qué significamos como grupo de personajes para nosotros y la posteridad? ¡Pero no sólo bajorrelieve, tiene que ser un error del catálogo! Y por fin un ataque de tos, que me libera.

[13] De lejos, y los papeles aún no están en orden. ¡Nunca! (¡No aquí, entre nosotros! ¡Allí en la rampa es el extranjero! ¡Primero en la lista, luego en aquella pared, en el muro!)

[14] En Peikert hay incluso césped artificial verde para desenrollar, resistente a la intemperie, pero sólo en verano. A menudo Sibylle ha ido sola a Peikert y ha aprendido a ver las cosas con los ojos de su abuela, tan capaz para la vida, a la que nunca vi durante mucho tiempo y luego vi sólo una única vez. Cabeza de familia. Intemporal. Vive como un ser superior en el Taunus. A setecientos veinte metros sobre el nivel del mar.